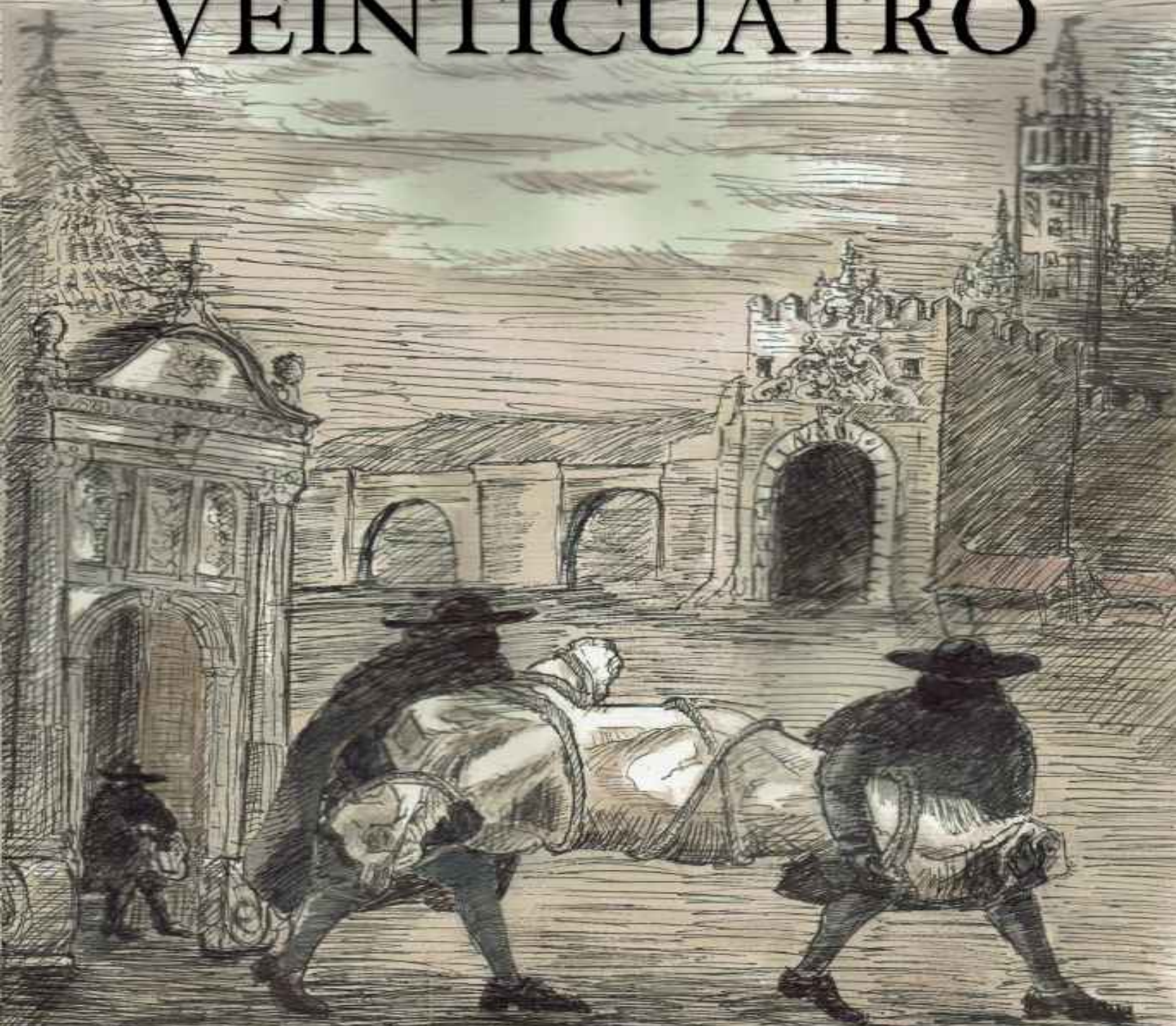


# CABALLERO VEINTICUATRO



Jesús Delgado

**CABALLERO**  
**VEINTICUATRO**

**Jesús Delgado**

*A mis padres,  
que me enseñaron a amar esta Ciudad*

## PREFACIO

Esta historia que ahora les cuento ni es invención mía ni tampoco la he vivido en persona. Tal como se la oí a su protagonista una madrugada de Viernes Santo ya lejano, yo os la haré llegar. Llegado este momento de mi vida, poco ganaría añadiendo detalles a unos acontecimientos que, por sí mismos, ya son extraordinarios. Tan solo el hecho de que se la oyera nada más y nada menos que a un Caballero Veinticuatro de la Ciudad hace que tenga un crédito mucho mayor del que le daría si se la hubiera escuchado a un tabernero de los que tanto abundan aquí. Y no por montañés o francés, claro; no crean vuestas mercedes que se es más mentiroso por venir de lejos: se peca contra el Octavo Mandamiento mientras más se habla, sea uno de Toledo o de Sicilia. Por otra parte, don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro, Conde de Torcina, no era hombre ni de muchas palabras ni de inventar historias.

Eran los Medina recia estirpe de lo mejor de la cristiandad. Y así lo legitima el que honorables caballeros con ese noble apellido llegaran acompañando al Santo Rey Fernando cuando se recuperó la Ciudad a la morisma. Y si bien estuvieron entre los más valerosos, no fue esto tenido en cuenta por el Rey, mal aconsejado por algunos que, a buen seguro, escondieron sus gznates cuando los alfanjes arreciaban. Fue Su Majestad menos generoso con los Medina de lo que hubieran merecido. Les fueron concedidas viñas cercanas al Tagarete, dehesas cerca de Monesterio, huertas en Sanlúcar y Albaida, y un molino de aceite en la puerta de la Macarena, y algunas otras tierras. Construyéronse casa en la calle Santiago, que aún conservan. Y quedaron así los Medina establecidos durante generaciones entre lo mejor de la Ciudad, aunque nunca llegaron al renombre de viejas familias como los Guzmán, los Osorio o los Ponce de León. Durante años, las tierras y otras propiedades fueron menguando poco a poco. Como un goteo se iba malvendiendo la hacienda. En la política nunca fueron astutos, y nada obtuvieron de reyes ni validos más que el olvido. Y así, junto con la posición de Caballero Veinticuatro, lo heredó todo don Fernando a la muerte de su padre, don Francisco Núñez de Medina: antiguo y venido a menos.

Era don Fernando buen amigo de mi abuelo, don Álvaro Henríquez y Santolalla, vendedor de lienzos de la mejor calidad y último vástago de toda una familia de comerciantes de telas que traían su género de Italia e, incluso, del turco y hasta del Lejano Oriente. Tomó mi abuelo algunas riquezas del comercio con las Indias, donde hubo mucha falta de ropajes. Gozó de grande esplendor esta industria en años pasados, que ahora no todo es como antes y aunque no quiero decir que tengamos necesidad, sí es bien cierto que tiempo ha que menguaron nuestros dineros, y así lo rezan los libros de cuentas, para quebranto de la familia.

Mi abuelo y don Fernando hicieron amistad durante la visita de Su Majestad el Rey Felipe el Cuarto a la Ciudad, en el mes de marzo del año de 1624. Hubo gran pompa en todas las calles y plazas: gallardetes y colgaduras en los balcones bajo los que pasaría, o suponían sus ingenuos vecinos que lo haría, Su Majestad. Carreras y gritas seguían a la voz de “¡por allí, por allí!”, y todo el mundo aseguraba haberlo visto en la taberna más sucia, vestido como un pechero cualquiera para saber de las necesidades de sus súbditos. Y es que en la Muy Noble Ciudad se vive tanto del teatro diario que sus habitantes llegamos a creernos nuestro papel en la magna obra de la vida, sobre todo si rebosa vanidad, aunque para cenar haya tocino rancio.

Durante las recepciones en las que Su Majestad agasajaba a toda la alta sociedad, el Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad, el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral y la

Audiencia, todas las familias nobles de antiguo y también las de nuevo, que todo se compra y se vende en este mundo, pugnaban por hacerse notar delante de don Felipe. En uno de esos fastos, el padre de don Fernando hubo de terciar en la acalorada discusión que se tuvieron el notable Ortiz de Melgarejo, y el Conde Duque, Valido de Su Majestad. No era el de Sanlúcar hombre querido por estas tierras, y el Veinticuatro Melgarejo, y otros del Cabildo de la Ciudad, igual de molestos pero más prudentes, tenían la intención de evitar una nueva “donación” de las vacías arcas municipales que apoyaran con buenos maravedíes las campañas contra los herejes protestantes. Enterado el Conde Duque, que espías tenía de sobras, le espetó que quizás estaba más interesado en vender y comprar con los holandeses que en ser buen cristiano y buen español. Era bien cierto que gentilhombres de la Ciudad traían alquitrán y otras mercaderías de las provincias rebeldes, con la callada aquiescencia del Almojarifazgo. Pero no eran los Melgarejo los que estaban en tales negocios. Don Francisco Núñez de Medina terció respondiéndole al Conde Duque que no había nadie en la Ciudad que no estuviera dispuesto, no ya a dar toda su fortuna para el triunfo de la Fe Verdadera, sino a marchar por donde Su Majestad diera orden librando a Europa y al Mundo entero de aquella peste. Y todo quedó en mandíbulas apretadas. Y se las hubieran tenido tíasas Melgarejo y los otros capitulares que no querían soltar un real, que, aunque en esas alturas no se echaba mano al cinto con facilidad, sí se atravesaban pechos con las dagas de los ojos o con un par de espetones comprados. Y si no, pues se le daba algo de trabajo a los del Santo Oficio y aquí paz y después gloria. Pues no es en vano lo que se dice de la Ciudad: que cada abrazo aquí lleva una puñalada.

Al final aquellos polvos trajeron estos lodos: la Ciudad se arruinó, las guerras se perdieron, nadie vino a dar las gracias y así estamos hoy, que de Babilonia de Occidente, Puerta de las Indias y otras zarandajas nos hemos quedado en este triste teatro cuyo decorado se cae a trozos.

Mi abuelo y don Fernando Núñez de Medina, ambos en la veintena, se conocieron aquella noche en el Alcázar. Apoyados en las murallas y ocultos de la luz de las lámparas y antorchas, y de los ojos de los espías del Valido, apagaron con vino la tristeza por una ruina que ya veían encima. Cultivaron grande amistad durante sus vidas, a pesar de las muchas vicisitudes por las que hubieron de pasar, incluso años de separación por mor de los negocios de mi familia, que, sin embargo, no enfriaron la luz que aquella noche se encendiera.

Cuando la vejez comenzó a visitarlos gustaban de reunirse a comentar cuánto había cambiado todo en los últimos años: “Don Álvaro, que ya no es la Ciudad lo que era. Ya no nos queda ningún teatro. Al Tirso González éste que Dios lo guarde muchos años, pero que lo guarde lejos de la Ciudad”, decía siempre don Fernando, como particular homenaje al misionero que logró que cerraran el último teatro que quedaba, el del Coliseo, que era muy frecuentado por el viejo caballero y mi abuelo. Más de una vez los acompañé en sus largos paseos desde la calle Alcázares hasta el muelle, pues a veces se decidían a comentar la obra de teatro en un viejo lupanar del Postigo del Aceite, el de María la del Puerto, y que durante años creí tasca decente engañado por mi abuelo. Hasta hoy le guardo el secreto.

La extraordinaria historia que intentaré contarles llegó a mis oídos un hoy lejano Viernes Santo. Mi abuelo me había llevado a ver las procesiones de nazarenos y disciplinantes que tanta fama han dado a la Ciudad, y que son, según cuentan los que son muy viajados, de las de más lustre y riqueza no sólo de todo el Imperio, sino también de todo el Orbe. Y lo mismo dicen los que apenas han ido más allá de San Laureano, por lo que por fuerza ha de ser cierto. Y es por ello que allá donde uno va, en diciendo que viene de la Ciudad, siempre le preguntan por tal o cual



cofradía. Así son de conocidas. Y no sólo por la contrición de sus cofrades o lo piadoso de sus imágenes y sus enseñas, sino también, y muchas más veces de las que hubiera querido el Cardenal correspondiente, por los numerosos tumultos y disputas que provocaban entre ellas y contra Su Excelencia. Que no es en vano por lo que se dice aquí que “ni fía, ni porfía, ni cuestión con cofradías”. Y para que no crean que exagero, deben saber vuestas mercedes que la primera noticia que se tiene de algunas de estas hermandades es un pleito; y que no sabemos si es que nacieron para socorrer de la pobreza y la vagancia a los miembros de la Audiencia.

Aquel Viernes Santo mi abuelo y yo nos habíamos citado ya avanzada la noche con don Fernando en la puerta de una taberna cercana al Convento Casa Grande de San Francisco, bien conocida por don Fernando ya que caía muy cerca de las Casas Consistoriales, pues era, como ya se ha dicho, Caballero Veinticuatro. La taberna, como todas las de la Ciudad, estaba cerrada por ser días de especial vigilancia piadosa. Era la primera vez que yo salía a la calle en la noche del Viernes Santo, y todo me resultaba harto sorprendente. Había mucha más gente de la que podía imaginar, y, sobre todo, en actitud menos contrita de la que esperaba en tan señaladas fechas. Los perillanes hacían su negocio escamoteando bolsas de los gabanes de los caballeros, los amantes prohibidos se dirigían miradas secretas y los hombres se retaban a cada momento. De manera que no sólo los pillos, sino también los sacerdotes y los alguaciles tenían bastante trabajo confesando los unos y arrestando los otros.

Yo me hallaba sumido en un extraño estado en el que el cansancio y el sueño provocaban en mí una cierta excitación. A través de mis dormidos ojos percibía, cuando mis párpados no lo impedían, una Ciudad piadosa pero arrebolada, acongojada pero exultante, una Ciudad que, poseída por los sentimientos, ardía en pasiones. Capas, plumas, sedas y terciopelos se veían por todas partes. Una marea humana esperaba ansiosa las procesiones. Y, sin embargo, esperaban en vano.

Llovía desde la medianoche. Primero muy débil, y luego de manera más intensa. Tan intensa que aún recuerdo cómo anduve empapado casi toda la noche, calzones incluidos. Tal era el chaparrón que, nunca mejor dicho, aguó las fiestas. Después de andar un rato nos refugiamos en un corral de la calle Viejos. Una señora que se asomó al patio preguntó qué había, y las buenas palabras de los caballeros la convencieron de que eran gente de paz y mojada. El caldo de gallina, recocado el pollo, o lo que fuera, varias veces, era lo poco que la buena señora pudo ofrecernos, además de un licor claro y, según pude apreciar por un sorbo que me dio mi abuelo, de un sabor fortísimo y rasposo. Aquello me parecía imbebible. Pero no a ellos. Ni a la señora, de los pueblos de la sierra según contó y, según a mí me pareció, habituada a pasar los fríos de aquellas altas tierras atizándose tales latigazos. Pasaba la madrugada, y se clareaba la calle. La gente se iba retirando: llegaba el alba y no habría procesiones. Oímos contar a dos hombres que venían de vuelta que la de la Sentencia se tuvo que volver con la mitad de los cofrades en la calle. Las del Traspaso, la Santa Cruz y la de las Tres Necesidades ni siquiera salieron. Para apagar la decepción, don Fernando y mi abuelo decidieron echarse encima un último trago en la tabernucha del Tuerto, cerca de la Cruz Verde.

La casa del Tuerto, junto a la taberna, humilde, de yeso y tapial, ocultaba en la oscuridad sus muchas deficiencias. Un pequeño ventanuco con una portilla de madera se abrió en respuesta a las llamadas de mi abuelo. La cara somnolienta del Tuerto asomó. Los taberneros suelen ser maestros en entretener a los asiduos con cuentos e historias que invitan a echarse otra jarra de buen vino del Aljarafe en la garganta, aunque la mirada del único ojo de éste presagiara un gruñido y un portazo en lugar de un relato de intrigas y espadazos.

–No nos digas que vas a darnos con la puerta en la cara –le saludó don Fernando.

–Don Fernando y don Álvaro por aquí –le entusiasmaba más la idea de ganar unas monedas a seguir en la cama–. Ya saben vuestas mercedes que mi humilde taberna está cerrada. Que es Viernes Santo y no es tiempo de beber sino de rezar. –El Tuerto, como se pueden imaginar, no era, lo que se dice, hombre de Fe, sino de dineros, y no quería arriesgarse a abrir el negocio un Viernes Santo si no era por algunas monedas.

–Venga Tuerto. ¿Acaso el tiempo te ha vuelto un beato? Sabremos ser generosos –don Fernando sabía del punto débil del tabernero. La portilla se cerró y, transcurridos unos instantes en que intercambiaron sonrisas los dos viejos caballeros, el Tuerto salió de su casa y abrió la puerta contigua, dándoles paso a la taberna.

–Y si alguien me pregunta, sepan vuestas mercedes que les diré que me obligaron. Que no estoy yo como para desafíos a la Santa Madre Iglesia.

–No te pongas serio, Tuerto. Una y nos vamos, que ya está amaneciendo. Y trae un almohadón para mi nieto, que ya está durmiéndose –dijo mi abuelo, que ya se dirigía hacia un estante que había tras el tablero para coger una botella, que parecía ser la preferida de tan señalados clientes. Lo habían sacado de muchos líos con los alguaciles, de manera que no podía negarse.

–Don Fernando, que me lleven los demonios si miento, que mientras vuestas mercedes dicen que es un trago nada más, yo sé que hoy duermo en esa butaca de madera. Y mi mujer sabe que hoy no han salido las cofradías, así que díganme tan ilustres caballeros, que son personas leídas, qué le digo yo mañana. ¡Que ahora le ha dado por decir que una morena de Cádiz que trabaja en un telar que está aquí al lado pasa mucho por delante de la taberna!

Riendo de la resignación del pobre Tuerto empezaron a darle tientos a aquella botella oscura y polvorienta. Yo me acomodé en uno de los bancos de madera, con el almohadón entre mi cabeza y la pared de la taberna, protegiéndome del frío de fuera con una capa, no recuerdo si de mi abuelo o de don Fernando. Adormilándome pude oír cómo brindaban por la madre del Tuerto, meretriz con tanta afición por el vino como por el dinero ajeno. Y brindaron también por el mismo Tuerto, que pasaba licores a la Ciudad, y por lo que ya fue alguna vez llevado ante la Audiencia. Como era causa poco importante, unos pocos maravedíes de mi abuelo y su viejo amigo sirvieron para que la justicia mirara hacia otro lado. Favor con favor se paga, le solían decir al desdichado tabernero.

Aquella noche, como todas las noches, empezaron lamentando la decadencia de la Ciudad. Ni hembras como las de antes quedan, don Fernando. Aquello se perdió, don Álvaro, porque ya no tenemos ni teatro. Venga un brindis por el Padre Tirso. Otro por la madre del Tuerto. Y, de esa manera, siguieron las escudillas llenándose y vaciándose a la luz de una lámpara de aceite durante un largo rato. Pues, aunque el Veinticuatro no era muy dado a festejos ni a dejarse los dineros en una taberna, sabía apreciar la conversación con un amigo regada con vino. Yo me había quedado recostado en el sucio almohadón que me había dado el Tuerto, que refunfuñaba adormilado, echado en otro banco, sumido en la oscuridad de una esquina. Siguieron hablando de Carlos el Segundo, de Mariana de Austria, de Nithard y de Fernando Valenzuela. He de decir, ahora que se puede, que Su Majestad no salía muy bien parado de aquella charla, y aunque pueda objetarse en descargo de mi abuelo y de don Fernando que algo sí que habían bebido, no es menos cierto que me parecía a mí que, a veces, en lugar de Su Majestad de quien hablaban era de Vicentillo, un desgraciado faltusco que haraganeaba tiempo ha por la puerta de Carmona,

bañándose en los Caños, y de donde lo sacaban a bastonazos los alguaciles. Así transcurría la noche, alternando risas, brindis, susurros y más carcajadas.

El Tuerto, conocedor de cómo se las gastaban, y viendo cómo menguaba el contenido de la botella que había sobre la mesa se levantó y sacó otra, tratando de evitar que lo despertaran al menos durante un buen rato.

—Aquí tienen los señores. Están vuestras mercedes servidas, y si no, siéntanse como en su casa, libres de tomar cuanto quieran, que yo me vuelvo a mi cama.

—Suerte tienes, Tuerto, de haber dado con dos viejos de buena garganta en lugar de con dos matones de espada fácil, que hubieran destrozado tu taberna en una riña —don Fernando disfrutaba con la acritud del tabernero—. Que después se acogen a sagrado en el Patio de los Naranjos y si te he visto no me acuerdo.

—Deberías estar contento —añadió don Álvaro—. Seguramente somos las personas más pacíficas que vienen a tu taberna. Yo vendo telas, aunque cada vez menos, y no llevo armas, y don Fernando es uno de los caballeros de esta Ciudad que desde las Campañas de Portugal no ha vuelto a tirar de espada. Lo jalona una vida tranquila sin meterse en lío alguno por la Ciudad. O al menos eso cuentan, ¿no? —dijo mirando jocoso a don Fernando, que se había quedado observando la nueva botella, llena de aquel líquido opaco y espeso.

—Eso cuentan —respondió sombrío. Y el tono serio de su voz hizo que, aún somnoliento, yo abriera un ojo.

Todas las grandes casas guardan en la Ciudad algún secreto. ¿Quién no tiene una hermana en algún lejano convento separada de amores poco convenientes? ¿O quién no ha mandado acuchillar en la oscuridad a algún amante de los jardines ajenos? Pero no era don Fernando hombre de escalar conventos ni de esquivar maridos cornudos. Por eso su mirada vidriosa y perdida en las paredes de la botella me extrañó tanto que agudicé el oído.

—Eso cuentan —volvió a decir.

—Bueno, don Fernando, yo nunca lo he visto desenvainar ¿No lo hizo ni para limpiar el acero? Debe vuestra merced tener la hoja roñosa —mi abuelo estaba demasiado achispado como para detectar el cambio de humor de su amigo—. ¡Igual no sale ya de la funda! —y acompañaba sus comentarios con grandes carcajadas y golpes sobre la mesa.

La taberna estaba completamente a oscuras. Sólo la lámpara de aceite de nuestra mesa proyectaba sus luces sobre la cara de don Fernando, tornándola más afilada. La edad pareció vencer una batalla sobre su rostro en un instante: sombras y arrugas acudieron en tropel a entristecer el gesto del Veinticuatro. El Tuerto roncaba desde su cama, y parecía un oso de los que dicen que hubo donde doña Ana. Mi abuelo, don Álvaro Henríquez y Santolalla, escrutaba desde el sopor de la bebida los ojos de su amigo don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad, Conde de Torcina.

—Sólo fue una vez. Sólo una vez puse mi vida en juego por esta Ciudad. Y no fue en Portugal —repitió—. No tuve más remedio.

—Una buena causa sería. Venga otro trago, que lo veo distraído. Además, debió haber sido hace mucho tiempo, porque ni vuestra merced ni yo tenemos ya edad para riñas por asuntos de faldas ni de honores.

La sonrisa se había borrado ya de la boca del Veinticuatro, y el gorgoteo del licor al caer



sobre los vasos sonaba denso, viejo, cargado de oscuridad, como un río antiguo que traía en sus aguas recuerdos que el tiempo había hecho espeso fango. Como los muebles y trastos viejos que del fondo del Guadalquivir sacan los areneros, del viejo río de la memoria salieron herrumbrosas sus palabras:

–No tenía más remedio, don Álvaro. Fue en el año de la peste bubónica. Y eran días donde no cabían juegos ni componendas. Son cosas que se hacen porque hay que hacerlas. No estoy orgulloso de ello, y bien lo sabe Dios, a quien he rezado durante años para que me perdone. Y sabe vuesa merced que no soy hombre muy piadoso. Nunca lo he contado, y hoy, vivos, no quedan muchos que lo sepan. Quizás ninguno. Hoy ya nada importa. El tiempo ha pasado muy deprisa, y la Ciudad ha olvidado algo que nunca supo, pero cuyo recuerdo me ha perseguido cada día de mi vida. –En el silencio de la taberna siseaba débil la llama, haciendo bailar a su alrededor pequeñas chispas de aceite. Mi abuelo miró al Veinticuatro, que continuó—. Ocurrió en los meses de junio y julio de 1649, el año de la peste.

–Tenemos tiempo, don Fernando –asintió mi abuelo, contagiado de la seriedad de su acompañante, y, mesándose la barba blanca, giró la cabeza lentamente hacia mí, dándome el tiempo justo para cerrar los ojos y aparentar un profundo sueño que me abría las puertas a un relato que es el que aquí les refiero.

# CAPÍTULO I

Viernes, 28 de mayo de 1649

Cipriano de Utrera, fraile del Convento de San Agustín desde hacía sólo unos pocos meses, debía de haber visto cerca su final. Y no era por la peste que asolaba la Ciudad desde hacía semanas, que dejaba centenares de muertos cada día que debían enterrarse en grandes fosas comunes, que las gentes habían llamado carneros. No era por eso porque la peste aún no había penetrado en el convento. Maniatado y amordazado, lloroso, lo que contemplaba era superior a sus fuerzas. El ruido fue ensordecedor, retumbando en las bóvedas como un quejido inhumano, de un dolor inconsolable, de un lamento eterno. Anochecía con luna llena, y como la hora era tardía, dentro del templo se mezclaban los reflejos plateados con tibia luz de los cuatro grandes cirios que habían encendido junto al altar los tres embozados. Cipriano, en una esquina de la nave derecha, tumbado bocabajo en el suelo, rezaba con grande ansiedad.

Lo habían abordado en la puerta de la Sacristía. Se le había hecho tarde revisando los libros de asientos acerca de algunos pagos realizados para organizar la procesión extraordinaria que tendría lugar el día dos de julio. La Ciudad, como en otras ocasiones de gran necesidad, acudía al Santo Cristo de San Agustín, su Asilo y Protector, para que la librara de la peste. A Él se había encomendado y no se hablaba de otra cosa. Cipriano iba a cerrar la puerta que daba a la calle, que alguien había dejado abierta en un descuido, y, cuando quiso darse cuenta, un hombre con la cara tapada lo amenazaba con una daga en el estómago mientras otro le cortaba una huida imposible. Lo hicieron entrar de vuelta a la Sacristía y al momento se incorporó un tercero, también embozado, que cerró la puerta tras de sí.

–Estése tranquilo, que esto no va con vos.

–No tenemos dinero. Ayer mismo llevamos todo lo que había en la bolsa a Palacio. Los hospitales necesitan de sábanas, colchones y ropas nuevas cada día –confesaba nervioso el pobre monje.

–No queremos dinero. Le repito que esto no va con vos. Sólo os pido que nos deje hacer y no os ocurrirá nada, ni a vuestra bolsa –respondía muy tranquilo el que parecía dirigir a los otros dos. Era un hombre alto, pero el embozo negro y el sombrero del mismo color sólo dejaban ver unos ojos castaños sin demasiada expresividad.

–¡De verdad que no tengo nada, lo damos todo para cuidar a los apestados! Lo recogido hoy está ahí, ¡miren! –dijo volviéndose a una bolsa vieja y descolorida que colgaba de una pared de la sacristía. Cipriano estaba cada vez más nervioso. Como no obtuvo respuesta, se sentó en una silla y lloró sosteniendo la cabeza con sus manos–. ¿Qué quieren? ¡No me maten, por favor! ¡Por favor!

–¿Está abierta la puerta que da a la Iglesia? –respondió el embozado desentendiéndose de la angustia del fraile.

Cipriano lloraba con tal amargura que no escuchaba las palabras que el embozado alto le dirigía. No tenía enemigos, o al menos no los conocía. Llevaba muy poco tiempo en el convento. Era un hombre bueno, de una familia piadosa de Utrera, que asistía a cuantos menesterosos

llegaban a su puerta. El Cardenal Agustín Espínola, al que debía su cómoda posición en un convento tranquilo, fuera de la muralla y lejano del centro de la Ciudad y del bullicio de sus calles, había muerto en febrero. ¿Quién era él? Nadie importante. Y a su familia no le había dado tiempo a caer en desgracia ante el nuevo Cardenal, pues aún no había sido designado. No era Arcediano de Jerez ni ningún otro cargo de renombre. Era un simple fraile sin más pretensiones que servir en un convento, y no de los más ricos. ¿Por qué? ¿Por qué a él?, pensaba sin orden alguno.

–Cipriano, no me haga enfadar. Llévenos hasta la Iglesia –repitió el hombre alto, con un acento que denotaba cierto hartazgo de los sollozos del monje. El pobre hombre, levantó la mirada y, se enjugó las lágrimas con las mangas del hábito de buen paño que vestía.

–¿La iglesia?, ¿la iglesia? Ah... sí... La puerta. –Se levantó tembloroso, tentándose la ropa, y sacando del bolsillo un manojo de llaves enormes ensartadas en un aro de hierro ya oxidado. El tintineo producido por las llaves llenaba el silencio de la gélida Sacristía, devolviendo cierta conciencia de la situación al atribulado Cipriano. Con paso errático y nervioso, el monje atravesó la estancia y se introdujo por un pasillo estrecho y de bajos techos, con las paredes adornadas de retratos de clérigos que con seguridad eran ya polvo. Tras él salieron los tres hombres.

Las dos vueltas de la llave en la cerradura sonaron tronantes en la iglesia vacía, y a ese estruendo siguió el de la puerta al abrirse. La poca claridad que había entraba por las cristalerías altas de la nave central, que no constituían más que una fuente de difusa luz nocturna, blanca y fantasmal. La puerta por la que habían penetrado daba a un ensanche situado tras el altar mayor, accediéndose al atrio por dos pasillos laterales.

–Ahora, Cipriano, lo lamento, pero vamos a ataros y taparos la boca. Haremos nuestro trabajo tan rápido que ni os daréis cuenta. Y así se os pasa el susto antes.

De debajo de la capa, uno de ellos sacó una talega grande y pesada, y que parecía llena de herramientas. Con destreza tomó una cuerda, con la que ató concienzudamente al agustino, empujándolo hasta una nave lateral. Una vez allí, y sin decir una palabra, le hizo una señal para que se tumbara en el suelo boca abajo. Volvió a la talega y extrajo un trozo de arpillera con el que amordazó al sacerdote, que sudaba a pesar de la noche tan fresca que hacía.

Al momento parecía que se habían olvidado de él. Encendieron los cuatro cirios que estaban situados en el altar mayor. Los tres hombres de negro levantaron la mirada y contemplaron la venerada imagen del Santo Cristo de San Agustín. La muerte del Redentor debió ser tal cual se reflejaba en su rostro. Si grande fue el dolor de las traiciones, si las magulladuras hirieron su rostro, si la sangre se le secó a borbotones por el cabello, si los clavos atravesaron su cuerpo sin piedad, su cara no lo reflejaba, pues parecía dormir plácidamente. Los gestos no denotaban ningún sufrimiento. Las señales de su cuerpo no parecían impedir la grandeza de su descanso eterno. Era Dios dormido, su cabeza orlada por un sol dorado y una corona de espinas. La larga cabellera negra caía por el hombro derecho, donde reposaba la doliente cabeza de la imagen. Del costado en el cual la leyenda piadosa decía que a veces reposaba su brazo izquierdo, no caía el agua que milagrosamente manó de la herida sino sangre derramada por nosotros. Y tantas gentes y durante tantos años habían orado a sus pies y prendido velas de oración que la imagen ya comenzaba a oscurecerse. Poseía un sudario de rica seda blanca, ribeteado, que le llegaba hasta las rodillas, y que contrastaba con el color negruzco de la encarnadura. De la talega sacaron con presteza los embozados tres grandes tenazas y una sierra.

Cipriano comprendió de golpe. Su pulso se aceleró desbocado y comenzó a gruñir bajo la arpillera, que atenuaba sus inútiles intentos de pedir socorro. Uno de los hombres trajo una gran escalera que reposaba en una nave. La tendió sobre un lateral de éste y comenzó a trepar. El que dirigía la operación permanecía a los pies de la imagen, aflojando con mucho esfuerzo los pernos que sujetaban la cruz de la imagen al retablo. Primero un lado de la cruz y luego el otro, se deshicieron de todas las sujeciones en un silencio total, sólo roto por algún crujir de la madera del retablo y los gemidos de los pasadores. Cuando la imagen clavada en la cruz ya estaba libre de todos los remaches, los tres hombres se dirigieron a sus pies, y agarrando la cruz cada uno a una altura, fueron tirando de ella. El ruido fue ensordecedor: el agudo chirrido de los pasadores de hierro deslizándose por sus agarraderas llenó la iglesia e hizo llorar al pobre fraile, que tan desesperado rezaba que se encontró implorándole ayuda al duque de Arcos y todos los Ponce de León que hubiera enterrados en la capilla mayor.

Con sumo cuidado depositaron la imagen con la cruz sobre un enorme lienzo que habían dispuesto sobre el suelo, y que había salido también de la talega, que ahora envolvía cuidadosamente la cabeza del Cristo. Poco a poco fueron rodeando la imagen con sucesivas vueltas de la tela. Lo aseguraron con algunas cuerdas y, entre dos, lo levantaron.

—Nos vamos —dijo el alto mirando tras de su embozo—. Estése tranquilo, que no le va a pasar nada. Ni a vos tampoco. —Y se fueron tras del altar mayor maniobrando con cuidado para no golpear la imagen.

Cipriano pasó la noche llorando y rezando todo lo que sabía. A las seis de la mañana del día siguiente lo encontraron dormido en el suelo. Varios frailes agustinos, extrañados de no hallar la iglesia abierta para maitines, avisaron al Prior. No se dieron cuenta de nada, preocupados como estaban en despertar y dar los primeros cuidados al hermano Cipriano, pero su mirada, perdida en el vacío del retablo, reveló la causa de sus lágrimas. El Santo Cristo de San Agustín había desaparecido y el 2 de julio debía salir por las calles de la Ciudad para librarla de la peste.

## CAPÍTULO II

**Martes, uno de junio del año de 1649**

Don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad caminaba pensativo esa mañana. Lo había despertado muy temprano un alguacil de los de a caballo por encargo del Alguacil Mayor. Habría Cabildo. Y no era normal: hoy era martes. Y mucho menos a tan temprana hora. No había sonado la esquila de Tercia de la Santa Iglesia Catedral, como estaba acordado que debía hacerse. Se vistió rápido y sin la ayuda de Ambrosio, su asistente, que se había encontrado algo indispuerto la noche anterior. A solas y casi a oscuras se calzó y salió de la estancia, dejando a su esposa Leonor durmiendo. Ni siquiera pasó por el comedor. Venancio, el criado que había abierto la puerta al alguacil, le preguntó si quería comer algo, pero don Fernando, con gesto somnoliento y un rápido agitar de la mano, le hizo desistir. Mientras le traía el sombrero y una capa ligera se quedó mirándose en el espejo del recibidor. Su imagen se enmarcó de decenas de volutas de madera dorada que parecían hojas abullonadas en un bosque de oro. Parezo un cuadro, había pensado. Su cara, alargada, de piel blanquecina y de gestos afilados, se perfilaba aún más a causa de una ligera barba, el bigote fino y un cabello negro, a pesar de estar en la cuarentena, y muy recortado para lo que algunos gustaban. No era ni alto ni bajo, quizás algo delgado. Tras meses de lluvia y unos fríos que no desmerecían los de diciembre, hacía calor en la Ciudad, así que sobre la camisa se puso sólo un jubón de terciopelo negro. Manuel, el intendente de la casa, le preguntó si usaría el coche, aun a sabiendas de que no lo haría. Tampoco tomaría el caballo. A don Fernando le gustaba andar.

—No sé cuándo volveré, Manuel. Tengo Cabildo, o algo parecido. —Al abrirse la puerta de la casa la luz llenó la estancia y lo cegó. Ocurría todas las mañanas durante la primavera y parte del verano. Así que, invariable, al salir, aguardaba unos segundos, se ajustaba el sombrero y guiñaba los ojos antes de seguir su camino. Oyó cómo se cerraba la puerta y comenzó a caminar. Era una mañana luminosa. Tanta luz caía del cielo que rebotaba inmisericorde en casas, fachadas y azoteas, haciendo de la cal el aliado del astro rey para obnubilar a los que tenían el valor de salir a la calle. Don Fernando gustaba de caminar con parsimonia, dando rodeos para degustar rincones olvidados, para palpar todas las casas, todos los ladrillos de la Ciudad. Sin caballo y sin coche podía estar más cerca de ella, cuerpo a cuerpo, como con una amante a la que puede no volver a ver más. Esta amante, sin embargo, estaba apestada, y no era muy juicioso demorarse en el contacto con ella. Aceleró el paso.

No hubo andado unas cuabras cuando se cruzó con Gaspar, un pobre desgraciado que lo había perdido todo con las inundaciones que hubo en marzo, y que fueron tan graves que durante la Semana Santa no salió ninguna cofradía por temor a las lluvias, cosa que nunca se había visto hasta ese año, pues en algunas de ellas es bien conocido que, de común, se echan a la calle con mayor alegría si ven peligrar sus ricos enseres por una tormenta. Gaspar vivía en un corral cercano a la Torre del Oro. Había llovido sin cesar durante días en el mes de marzo, con tal fuerza que muchos no se movieron de sus casas. Tal era el estado de los canales de expulsión, atascados con la basura que de normal se encontraba por la calle, que el agua estancada no podía salir. Los husillos estallaron y el agua, además de caer del cielo, empezó a surgir de debajo de la tierra. La muralla y las puertas, llenas de grietas e incluso agujeros, no sirvieron de defensa, y el agua penetró en la Ciudad en grandes avenidas. El barrio del Arenal empezó a ahogarse.

El agua anegó la calle Cestería llegando hasta la Puerta de Triana. El río rebosaba extendiéndose por la Ciudad. Por la calle Cantarranas y Pajería llegó hasta la Magdalena. Como una gigantesca y húmeda serpiente iba sorteando palacios y devorando las viejas casas. La de Gaspar, sin embargo, resistió el envite del agua. El propio don Fernando, junto con otros Caballeros Veinticuatro, así como algunos prebendados de la Santa Iglesia Catedral recorrieron la Ciudad en barcazas, prestando socorro a los necesitados: “dale una hogaza de pan a éste, hay que buscar al niño perdido de aquélla, ordenad a esos mozos que apuntalen ese murete”. No tenía la Ciudad otro socorro que el que entrase por la puerta de la Carne. Así fue como don Fernando conoció a Gaspar, hombro con hombro en el fango. A los pocos días de detenerse el temporal se declaró un incendio en la misma zona, quemándose varias casas de vecinos. Se extendió el fuego por la Ciudad, y con él el pánico, corriéndose incluso la voz de que los protestantes iban a desembarcar. Todo ardía: Triana, los Humeros, la Alameda, San Bernardo pasaron de maldecir el agua que las había anegado a clamar por ella para que acabase con el fuego que devoraba lo que no pudo inundarse. Cadáveres aún flotando, podredumbre brotando de los pozos negros reventados, muebles y ropas a medio quemar, basura que antes estaba amontonada flotaba por todas las calles; restos en putrefacción, animales carbonizados, ahogados y despedazados por las ratas, gentes con hambre tan grande que acudían a comer los peces muertos que dejaba el río. Y el barro devorándolo todo a la vez.

Pero la casa de Gaspar se libró también de las llamas. Cierto era que apenas podían los vecinos entrar en el corralucho, pero allí estaba, erguido aunque moribundo. Con ayuda de unos albañiles reparaban el apuntalamiento cuando un carro enfiló la calle. Gaspar gritó al cochero para que frenase, corriendo hacia él, moviendo las manos y maldiciendo como un loco. Pero el coche avanzaba. Las ruedas, de buena madera, golpeaban los guijos del suelo, haciendo saltar los que no se había llevado el agua. La casa de vecinos donde vivía Gaspar se estremeció al paso de los caballos, y, una vez que éstos doblaron la esquina, decidió que no podía más y se vino abajo, derrumbándose vencida por tanta desgracia.

Gaspar lo había perdido todo. Con su esposa y sus tres hijas se quedó a vivir entre los escombros con las pocas cosas que se habían salvado del agua y del fuego. Era su barrio y allí en el río trabajaba descargando en el muelle. Sin embargo, no había mucho que hacer.

Ya por el mes de enero se habían enterrado los primeros enfermos de peste, y el contagio se conocía que venía desde Valencia y Murcia. Por días crecían los rumores aquí y allá. Y, aun así, las autoridades, para evitar el menoscabo en el despacho de Flota y Galeones para las Indias, miraron para otro lado hasta febrero. Fue entonces cuando se cerró el puerto para luchar contra la peste, y lo vigilaron día y noche para evitar la arribada de barcos. Así creyeron tener controlada la epidemia. Gaspar y otros como él esperaron durante días, sentados en la arena donde antes acostaban las embarcaciones, soñando con una voz que les trajera la nueva de que se había permitido que tal o cual navío viniera a la Ciudad para descargar.

Gaspar lo venía oyendo en los corrillos de las tabernas del muelle desde hacía días: el Asistente había declarado la peste, y uno de los primeros y principales focos era el Arenal, en un corral cercano al suyo. Cada día había más muertos. En unas semanas calles enteras quedaban desiertas. Algunos incluso habían dicho que era un castigo de Dios, y que el primer castigado había sido Nicolás Toso, el contrabandista, que había entrado una carga de ropa de enfermos. Una tarde, al volver del muelle, Gaspar no encontró a su familia. Se fue directo al Hospital del Espíritu Santo, en la calle Colcheros. No sabían nada. Estuvo dos días vagando sin parar hasta que las encontró en el Hospital de la Sangre, extramuros de la Puerta de la Macarena. En un



incómodo jergón estaban las cuatro. Rezó para que fuera un romadizo o una fiebre cuartana. La mujer y la más pequeña ya tenían unas pequeñas bubas negruzcas en el cuello. Las otras dos hijas se habían contagiado durante estos días, y empezaban a tener fiebre. El médico le dijo que no había solución, que no respondían a las sangrías que le habían hecho. –Están en paz con Dios y es mejor que se marche de aquí si no quiere enfermar también. Rece mucho–, le dijo. A los tres días todas habían muerto. Se las habían llevado al carnero de San Sebastián, o al menos eso creían. Sin casa, sin familia, sin siquiera una tumba que llorar Gaspar creyó que se volvía loco. Cada vez que cerraba los ojos veía sus cuerpos rodar en la fosa común. Durante unos días se dedicó a mendigar y casi olvidó su nombre y su historia, sepultada y cubierta con cal viva, anónima entre otras muchas.

De esta manera lo había vuelto a ver don Fernando hacía unos días cuando Gaspar, que volvía en sí poco a poco, le refirió su suerte. Aquella tarde, extendiendo un ducado en su mano derecha, y recordándolo honesto y trabajador durante las inundaciones, el caballero prometió ayudarle. Esa mañana, en la Plaza de San Leandro, al verlo de nuevo, recordó su vaga promesa.

–Por ahora no hay nada, Gaspar. Me sobran cosas que hacer, pero en ninguna me puedes ayudar. Pero no te he olvidado –y volvió a alargar la mano con tres ducados, uno y dos más para lavar la conciencia, lo que era una limosna más que suculenta. El Veinticuatro siguió su camino calle abajo. Gaspar le ocupó la mente unos segundos, pero era el año de la peste, era el mes de junio, y había unos cincuenta mil gaspares en la Ciudad, que parecía vivir en un eterno funeral donde los que no han muerto sólo pueden hacer de enterradores y andan con esa amarga expresión en la cara, que todos saben que solo guarda la incertidumbre de saber cuándo les tocará a ellos.

Las campanas tañían a duelo durante gran parte del día. Las primeras semanas de la peste muchos de los carpinteros habían dejado sus labores para fabricar ataúdes, cada día más bastos, cada día peores, pero cada día más necesarios. Y así fue hasta que la mortandad fue tan grande que los cementerios de las parroquias se desbordaron. Finalmente, la prisa por enterrar a los finados hizo que se habilitaran carneros donde echar los cadáveres, cubriéndolos con cal viva cuando había tiempo. La peste no servía ni para hacer negocio con ella. El primer caso, como ya se ha contado, ocurrió en el corral contiguo a aquél donde vivió Gaspar. Al quinto día se contaron más de dos mil víctimas, la mayoría en el Arenal, Triana y San Bernardo. En menos de una semana habían caído las murallas frente a la fuerza arrolladora del mal.

Durante los meses anteriores las reuniones en el Cabildo habían sido agotadoras. Por un lado estaban los partidarios de controlar los accesos a la Ciudad así como la entrada de mercancías procedentes del Levante y de Cádiz, donde se decía que ya se había declarado la peste. Frente a éstos, otros daban poco crédito a esas noticias. Los días pasaban y no se tomaron medidas. A don Fernando le parecía que hacía años de aquello: las inundaciones, los incendios y la peste habían llenado su mente y empujado al fondo los recuerdos de aquellos Cabildos, con acusaciones veladas y amenazas no tan subrepticias. Sin embargo, la destrucción era tal que nadie se ocupaba de buscar culpables. Ya daba igual, sobre todo porque, con toda probabilidad, los culpables habían sido los primeros en morir.

El ruido de un carronato en la calle Papeleros, cargado de cadáveres, le sacó de sus ensoñaciones: el cochero no arreaba la famélica mula, que parecía huir, despaciosamente, con una lentitud resignada, de la muerte que cargaba. Don Fernando no pudo evitar sentir un escalofrío a medio camino entre la náusea y el miedo. El Caballero Veinticuatro llegaba a la Casa Consistorial.

En la puerta le sorprendió la ausencia de las chamarras granas y el brillo de las mazas de los porteros. ¿También la peste? Quizás vivían en alguna collación especialmente atacada y el Portero Mayor había decidido ponerlos en cuarentena antes que contagiar a todo el Cabildo. O quizás no habían tenido tiempo de avisarles. No en vano habían sido convocados de una manera extraordinaria, o más bien extraña. Tampoco vio a los mayordomos que recogían las armas, con las que no se podía acceder al Cabildo. Subió las escaleras con rapidez: si los pasillos no estaban concurridos es que llegaba tarde. Al abrir la puerta le rebotaron las palabras del Alguacil Mayor, don Ginés de la Bárcena:

–Le esperábamos, don Fernando. Y aunque no es esto un Cabildo Ordinario y no puedo multaros con el real que marca la ley os rogaría un mayor rigor en el cumplimiento de los horarios marcados.

–Os ruego me disculpéis. El Alguacil Mayor sabrá comprender que las condiciones en que se halla esta Ciudad han convertido algunas calles en intransitables por los cadáveres que se acumulan y la hediondez que despiden. Y en otras son las montañas de ropa de los fallecidos que aún están por quemar. –Era cierto que había tenido que dar un pequeño rodeo al llegar a la calle Mesones, donde yacían varias personas en el suelo, cortando el paso más por el espanto que por el hedor que emanaba toda la calle, aún un lodazal de basura. Ya le había ocurrido más de una vez. La peste provocaba en muchos un miedo atroz, atávico. Nadie sabía cómo se contraía la enfermedad. Unos hablaban de alineación de planetas, otros de los pecados de una Ciudad entregada a la desmesura. Algunos habían esparcido el bulo del agua envenenada por protestantes, o por algún vecino con el que se tuviera alguna cuita pendiente. Y mientras se buscaba culpar a un hereje, al carnicero o a Saturno, las gentes se morían a raudales.

Mientras se acomodaba sobre el cojín carmesí, don Fernando miraba a su alrededor. Inusualmente estaban todos los Caballeros Veinticuatro del Cabildo, que tiempo ha que no eran tal número que les diera nombre hace años. Presidía don Diego de Cárdenas, Conde de la Puebla del Maestre y Asistente de la Ciudad. En el asiento del frente estaban los cuatro Alcaldes Mayores, bien visibles por todos. Los Veinticuatro estaban sentados por orden de edad detrás del sitial del escribano. Junto a don Fernando se sentaba uno de los más jóvenes: don Antonio Espejo, un próspero comerciante de aceites, que había adquirido grandes propiedades en el Santo Reino de Jaén y comprado la veinticuatría por la nada desdeñable cifra de ocho mil ducados. El Cabildo se enriquece y el Cabildo se empobrece, paradójico, pensaba don Fernando, que desconfiaba mucho de las intenciones de tanto honrado ciudadano deseoso de ser hijodalgo o de parecerlo. Otros como éste había en tan ilustre sala, aunque la mayoría pertenecían al más rancio abolengo de la Ciudad: Guzmanes, Ponces de León, Dávilas, Pinelos, Medinas y Riberas por doquier.

De pronto percibió que algo extraño ocurría. No sabía cómo no se había fijado antes pero no estaban presentes ninguno de los cincuenta Jurados. Aún más sorprendido, recaló en que no había escribano ni secretario que levantase acta y que el Alguacil Mayor no recitaba la consabida fórmula de inicio de los Cabildos. Todos se miraban, enarcando cejas, mordiendo labios, inquiriéndose unos a otros sin palabras si sabían algo. Para mayor sorpresa el Asistente don Diego de Cárdenas se levantó y, cuando el silencio se hizo patente, tomó la palabra en primer lugar.

–Supongo que la mayoría de vuestas mercedes estarán ansiosos por conocer los motivos de tan extraña convocatoria; extraña no sólo por el horario sino también por los asistentes. Esto no es un Cabildo, por lo que no me he sentido obligado a llamar a los Jurados de la Ciudad. Es necesario mantener el mutismo más absoluto, y pues son gran número era más probable que el

contenido de lo que hoy aquí se discuta pasara al pueblo, con las graves consecuencias que ello acarrearía para todos. Debo prevenirles, por tanto, de que no comenten nada de lo que oigan en este día y en los sucesivos en que se trate del tema que nos incumbe.

Qué mezquino este don Diego, pensaba don Fernando. Los Jurados del Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad lo habían acosado hacía unos meses a cuenta de unos maravedíes perdidos. Era su deber, pero en la Ciudad esas cosas se pagan, tarde o temprano. Y aquí lo tenemos, los jurados excluidos de este Cabildo secreto.

—Les supongo a vuestas mercedes enterados —continuaba el Asistente— de que el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral había requerido de los monjes del convento de San Agustín y de la cofradía que lo tiene por Titular la salida del venerado Santo Cristo en procesión de rogativas para invocar el fin de la peste que está asolando nuestra Ciudad. Dicho acontecimiento tendrá lugar el viernes día dos de Julio, estando prevista para el tres, asimismo, una procesión del Santísimo Sacramento de Nuestro Señor. Ayer día treinta y uno de mayo, y aquí comienzan las tristes novedades, recibí notificación en la que don Fernando de Quesada, canónigo y Arcediano de Niebla, y actual Deán y Provisor de la vacante sede arzobispal, me citaba para la misma tarde en la sala capitular. Encontré al Cabildo Catedral al Completo, y con el gesto más adusto de lo que acostumbran. Que ya pueden hacerse cargo vuestas mercedes de lo que les hablo. Los acompañaba el Prior del Convento de San Agustín. Tras un corto preámbulo, dicho religioso tomó la palabra para relatarme que unos encapuchados penetraron hace cuatro noches en la iglesia del convento y, amordazando a un fraile, descolgaron la imagen del Santo Cristo, la envolvieron en unos paños y se la llevaron. Y por ahora no sabemos nada más.

El estupor se adueñó de la sala en ese momento: conversaciones en voz baja, lamentos y cruces, y no pocos gestos de desesperación. El Santo Cristo era imagen desde antiguo reverenciada y había obrado varios milagros en la Ciudad. Traído de Indias, suscitaba tal devoción que desde ciudades muy lejanas venían a postrarse ante él, y, por ello, ahora que la Ciudad debía hacer frente a la peste, se suplicó la procesión. Una vez anunciada ésta, fue tal el revuelo en las calles que incluso durante algunas horas se corrió el rumor de que la sola invocación del evento había logrado la erradicación de la pestilencia. Al día siguiente los hechos desmentían cualquier curación milagrosa, y se esparció por la Ciudad la historia de que un marrano moribundo había inventado tal patraña para así desprestigiar a la única religión verdadera. El Santo Cristo de San Agustín, Protector de la Ciudad, al que en tantas otras ocasiones se había encomendado, había desaparecido en este momento terrible.

—Como Regidores de la Ciudad —continuó don Diego con el gesto grave— les supongo conscientes de que si llega a saberse este luctuoso hecho estaremos a un paso de la revuelta popular. El Deán ha puesto al corriente a don Francisco Velarde, que, a su vez, pondrá los sucesos en conocimiento de los Oidores, o al menos debe estar haciéndolo en estos momentos en la Audiencia de Grados. Esta tarde ambos, don Francisco como Presidente de la Audiencia y yo mismo, hemos sido citados por el Deán. No preciso comunicar a caballeros de tan recia estirpe que recuperar la imagen es asunto del que el Cabildo deberá ocuparse, para lo cual será necesario designar a alguno de los presentes como diputado para este grave crimen contra la gran devoción de la Ciudad —y se sentó dejando una losa de granito sobre los hombros de los capitulares tal petición.

Aunque no era un Cabildo, las jerarquías seguían implícitas entre los gentilhombres, de manera que la edad era el determinante del orden en el que tomarían la palabra. Fue, como siempre desde hacía ya algunos años, don Andrés Osorio el primero en levantarse, adelantando su

blanca barba para hablar.

–Quisiera alabar, en primer lugar, la prudencia de nuestro Asistente don Diego de Cárdenas. Es un asunto del que es difícil que la Ciudad salga airosa. La Ciudad y sus Regidores. No es que lo considere un tema menor, pues bien saben vuestras mercedes que entiendo que tal ofensa a la religión debe ser perseguida y castigada con todo el rigor que merezca, sin despreciar el castigo que, de manos del Altísimo, pudiera recibir aquél que haya cometido tamaña tropelía. Sin embargo, sí considero que teniendo como tiene esta Ciudad una inundación reciente y una peste presente, quizás sería una buena oportunidad para que persigan a los enemigos de Dios aquéllos a quienes la Iglesia ha designado para ello. El Santo Tribunal tiene quizás más experiencia y más hombres que este Cabildo para enjuiciar los delitos religiosos, mientras que Justicia y Regimiento de la Ciudad tenemos ahora otros muchos problemas, más terrenales si se quiere, aunque no menos importantes, a los que hacer frente.

–El Tribunal de la Inquisición no tiene muchos a quien perseguir, –terció el Asistente– no hay ningún acusado contra el que establecer cargos. Correspondería en todo caso a la autoridad civil hallar al culpable y ponerlo a su disposición. Ni siquiera se advierten otras motivaciones en este robo sacrílego que el de hacer daño a la Ciudad, sumirla en un desconcierto aún mayor. Por ahora no se puede acusar a nadie, hereje o no, para ponerlo en las manos de la Congregación. Es por ello que el Deán, por ahora, preferiría una solución rápida, civil y nada ruidosa. No necesitamos otra columna de fuego en la Ciudad. Es preferible, según las palabras del Prior de Convento, recuperar la imagen de Nuestro Señor, que ajusticiar a cualquier sospechoso y dar por zanjado este grave asunto sin tener a Cristo en procesión por nuestras calles el día dos de julio. – Don Diego parecía haber estudiado esta solución en la reunión con el Deán, y otras muchas quizá, y no habiéndola encontrado apropiada había preferido ofrecer a los notables de la Ciudad una versión escasamente informativa de dicho encuentro.

La situación era peligrosa. La imagen, en manos de sus ladrones, había desaparecido en el más absoluto silencio. No había nadie señalado. Y ni siquiera se podía culpar a los herejes puesto que de nada valdrían mil autos de Fe si la Ciudad no recuperaba al Santo Cristo de San Agustín para el día de la procesión. La solución de cargar con las culpas a dos desgraciados se la reservaban para el momento en que no hubiera ninguna posibilidad de recuperar la imagen. Al menos por ahora.

Otro de los Veinticuatro más antiguos, don Luis Zúñiga de la Vega, una vez hubo comprobado que los Caballeros mayores que él no hacían uso de su turno, se levantó.

–Convengo con todos los caballeros aquí presentes en que se halla esta Ciudad azotada por todos los males posibles, y que, teniendo la solución al peor de ellos en nuestras manos, esta solución nos ha sido robada. Sin embargo, como seguro saben vuestras mercedes pues para ello son los Regidores de la Ciudad, es quizás éste un asunto que deba ser tratado por la Audiencia. Sus alguaciles son gente experta en estos menesteres. Nosotros tenemos bastante con el gobierno en medio del desgobierno.

Don Luis Zúñiga se sentó entre el silencio. Era evidente que tenía cierta razón de su parte. Dejar este carbón al rojo en manos de la Audiencia para que se quemara era, desde el punto de vista del Cabildo, una buena idea, habida cuenta de los pleitos que siempre han tenido y tienen ambas instituciones. El Asistente don Diego de Cárdenas se levantó. Esperaba pronto salir de un cargo que le era más gravoso de lo que había supuesto en un principio. Ser Asistente le permitía un amplio margen de maniobra, una fuente de enriquecimiento rápido, de acumulación de

poder para llegar hasta la corte y poder seguir ejerciéndolo. Pero en 1649 esta Ciudad era una locura de la que sacar partido era poco menos que imposible. Se conformaría con salir vivo.

—Don Andrés Osorio, don Luis Zúñiga, Caballeros Veinticuatro de la Ciudad —el Asistente se había levantado para pronunciar estas palabras—. No dudaron hace unos años muchos de los insignes caballeros aquí presentes en montar a caballo y dirigirse a Portugal para aplastar la sublevación. La Ciudad estaba en peligro y sus regidores supieron dar lo que de ellos se esperaba. Ahora vuelve a estarlo: sobra la peste y falta el pan; de nuestras murallas no cuelgan gallardetes, sino que son sostenidas por pilas de basura; estamos enterrando a sus ciudadanos amontonados sin siquiera anotar un nombre. Ya se corre el rumor de que la peste es un castigo de Dios por la corrupción de sus Regidores. Si el pueblo llega a saber que el Santo Cristo de San Agustín ha desaparecido, podemos esperar lo peor. Y no creo que haya muchas guarniciones dispuestas a rescatar a unos gentilhombres de una Ciudad apestada. No dudo de que vuestas mercedes son conscientes de a lo nos enfrentamos. La Audiencia no tiene nada, no hay ninguna acusación contra nadie, y muchos de los alguaciles o han muerto o quedan en sus casas cuidando a enfermos. El robo se produjo extramuros y durante la noche. Nadie salvo el fraile vio ni oyó nada. Sus alguaciles no irán preguntando por las calles si alguien vio a tres embozados pasar llevando al Santo Cristo envuelto en paños. Como ya les he dicho, el Presidente debe estar informando a los Oidores de la Audiencia de este asunto. Sin embargo, la Iglesia ha acudido al Cabildo en busca de una solución y ésta debe partir de aquí. Esta tarde debo ir a encontrarme de nuevo con el Deán. Y quisiera que alguna de vuestas mercedes se hiciera cargo del asunto.

Don Diego de Cárdenas había usado una fórmula si no perfecta sí al menos adecuada para dejar en el aire que alguien debía dedicarse a solucionar este robo sacrilego. Él era quizás el más consciente de la gravedad de la situación: la buena sociedad de la Ciudad no se vuelca en asuntos que no sean para mayor gloria de sí misma y sus dineros. Y de aquí nadie sacaría nada. Si se resuelve nunca se sabrá, y si no la peste hará el resto.

—Si ninguno de los Caballeros aquí presentes de más edad tiene inconveniente, yo le acompañaré a ver al Deán —don Fernando Núñez de Medina, Conde de Torcina se había levantado y desde el fondo de la sala había pronunciado unas palabras que abrirían el mes más intenso de su vida.

En las caras de los demás Capitulares se reflejaba a medias el asombro, a medias la desconfianza. Y pensó don Fernando, al volver a sentarse sobre el cojín carmesí, que quizás eran esas caras las razones por las que se había ofrecido a despachar este asunto.

Estando la Ciudad anegada de agua y de peste, y no siendo hombre en especial piadoso que considerase tamaño sacrilegio asunto de importancia vital, a él mismo se le antojaba una decisión extraña. En su casa nunca tuvieron acendradas devociones ni sostuvieron convento alguno, como hacían las grandes familias. Hablando con don Fernando nunca se trataba con un beatón ni un meapilas. La ofensa a la religión, estando como estaba la Ciudad, se le antojaba el menor de sus problemas. Otros podrían aducir la búsqueda de favores: el menguado patrimonio de la familia bien podría necesitar de un golpe de suerte. Pero ya había dejado claro el Asistente que nada se obtendría de esto. Si don Fernando escudriñaba en sus sesos encontraría una amalgama de razones. Era de los pocos Caballeros Veinticuatro que no tenía una encomienda concreta durante la peste. Los había que eran parte bien de la Junta de Salud primero o de la Junta Real después, o que estaban diputados para el abastecimiento, o la limpieza u otros muchos menesteres. Pero él, como su familia, había ido quedando relegado de ese núcleo donde se tomaban las decisiones. Quizás, a fin de cuentas, era que no tenía nada mejor que hacer por la Ciudad.

–Entonces pasaré a recoger a vuesa merced en mi coche a las cuatro –y cerro así don Diego de Cárdenas aquel extraño Cabildo, nombrando a don Fernando como diputado para el robo del Cristo de San Agustín.

Al salir de las Casas Consistoriales el Veinticuatro apretó el paso. El Asistente les había vuelto a recordar el carácter secreto de los hechos y las gestiones que se realizarían, y les rogó mantener silencio incluso con las esposas y allegados. En las circunstancias tan terribles en que se hallaba la Ciudad, puede no tener pan, pero no le puede faltar Dios.

Don Fernando no sabía muy bien qué hacer hasta que el Asistente pasara a recogerlo. Por un momento pensó en ir al Convento de San Agustín, pero no quería eludir la autorización del Deán, sin la cual tampoco obtendría mucha ayuda de los monjes. Subió por la calle Chicarreros y tomó por Polayneros hasta llegar a la Plaza del Salvador. Había gran trasiego de gentes, bien para entrar a la iglesia, bien para llegar al Hospital de La Paz, o también llamado de las Bubas. Don Fernando se quedó mirando desde la distancia a algunos enfermos que quedaban bajo la puerta, exhaustos, abandonados, incurables. Nadie les hacía entrar ni les ofrecía remedio alguno. La hediondez del lugar era grande. Se acumulaban en una esquina de la plaza las aguas que resultan del lavado de las sábanas de los enfermos, así como los efluvios de sangrías y vómitos que directamente de las bacinillas se tiraba a la calle. Montones de basura de los pocos puestos de verdura y pescado que llegaban a abrir se acumulaban sobre los enterramientos sin que nadie se llamara a espanto. El cementerio de la plaza estaba tan lleno que las sepulturas se abrían antes de que se consumieran los cuerpos para poder enterrar a otros. Y a veces era en pleno trasiego diario de la plaza, pues era menester retirar un puesto de verdura y sus basuras para abrir un hoyo en el suelo, echar el cadáver y tapanlo para que pueda el verdulero seguir con su quehacer. Y allí, gimiendo entre basura y charcos hediondos, los enfermos se dejaban morir a la puerta del Hospital.

–¡Don Fernando!, ¡don Fernando! –A sus espaldas oyó que alguien venía muy aprisa y le llamaba sin resuello. Era la cuesta de la calle del Horno del Bizcocho, y alguien bajaba a trompicones llamándole a grandes gritas–. ¡Aguarde don Fernando!

El aire olía, como desde hacía más de un mes, a esa mezcla entre podredumbre y los humos provenientes del romero y la juncia. Quemados para combatir los vapores mefíticos, daban la sensación de estar en mañana de Corpus todos los días. Estaba cerca de uno de los montones de hierbas que ardían, y al hombre que bajaba corriendo y estaba sin respiración le provocaban una tos profunda y ronca. El olor a pan que daba nombre a la calle había desaparecido, tal era el desabastecimiento de la Ciudad. Desde abajo no reconocía quién lo llamaba con tantos aspavientos: desde niño había pasado demasiadas horas leyendo a la luz de una bujía y ahora, en la cuarentena, lo pagaba.

–¡Es Ambrosio, señor! ¡Es Ambrosio! –como si fuera una contraseña maldita, al oír el nombre de su asistente personal reconoció de pronto a Manuel, el intendente de su casa, que ya llegaba hasta él–. ¡Se han llevado a Ambrosio!

–Dime que es tabardillo –dijo don Fernando tomándolo por los hombros y esperando no oír en la respuesta la temible palabra. Después de las inundaciones, el cieno depositado convirtió la Ciudad en un gigantesco pozo negro al aire, y tercianas, romadizos y otras muchas calenturas atacaron a casi toda la población. Pero eso era hace ya un mes, aunque parecía que habían pasado siglos. Ahora el temor era otro.



–Parece que es la peste, don Fernando –dijo Manuel confirmando los peores temores del Veinticuatro–. Rápido, tengo el coche arriba en San Isidoro.

Subieron la cuesta a la carrera para buscar la Plaza de la Alfalfa y montaron en el coche. En la Plaza no había rastro del mercado de aves que surtía de capones, pavos, gallos, gallinas y perdices a muchas de las collaciones cercanas. Ni de la algarabía que de normal lo acompañaba y que solía oírse por la calle Águilas. Manuel, intercalando grandes toses fue contándole. Como el señor ya sabía, Ambrosio se encontraba algo debilitado durante los días pasados, y por eso esta mañana el señor hubo de vestirse en solitario. El criado había pasado todo el día con gran calentura y muchas toses. Ya por la mañana tenía una tos profunda y se advertían dos pequeñas bubas en el cuello. Rápidamente, e informada la señora, decidieron trasladarlo al Hospital de San Cosme y San Damián, en la propia calle Santiago.

El coche arrancó y buscó la plaza de la Alfalfa y la calle Boteros. Don Fernando tenía en gran aprecio a Ambrosio. Quizás no fuese su verdadero nombre, aunque quizás tampoco Ambrosio recordaba ya cuál era. Lo tomó a su servicio el día que el cochero de la casa atropelló a la hija de Ambrosio, que había cruzado la calle de forma repentina. Era un mulato que venía de las Indias en un barco que fue atacado por los ingleses. Días más tarde, la fragata pirata se hundió en una tormenta, y Ambrosio y su hija fueron rescatados por otro bote que venía a Cádiz. Vagabundó por la Ciudad unos meses hasta que su hija se topó con Venancio, el cochero, o mejor dicho con los dos caballos. El joven don Fernando, que en aquel momento aún no había heredado el título de Conde de su padre, insistió en que el médico de la familia la atendiera, alojando a Ambrosio entre los sirvientes de su padre. Don Fernando siempre supuso que venían como esclavos, dadas las evasivas de éste a referir los asuntos que le traían a España. El mulato siempre negó vivir en la indigencia, y divertía a la servidumbre contando historias sobre sus supuestas posesiones en Indias, y así fue cómo don Fernando le ofreció que se quedase con él como asistente personal. Al menos será divertido, pensaba, tal era la locuacidad del imaginativo Ambrosio. –Quizás no le venga a esta casa un toque de distinción–, respondió asaz orgulloso el mulato.

Ambrosio era diez o quince años mayor que don Fernando, de manera que Lina, la hija del mulato, quedó como hermana pequeña del joven Medina. Una vez muerto el Conde de Torcina, don Fernando, como único hijo, heredó el título y todas las posesiones, quedando Ambrosio con un cargo de Mayordomo Mayor de la casa, situación de la que se pavoneaba delante del resto de los servidores, dándoles órdenes absurdas aquí y allá para reafirmar su posición, lo que resultaba muy jocoso a don Fernando, y muy poco a Manuel el intendente, con el que discutía con frecuencia y que era quien en realidad llevaba los asuntos de la casa. Con el tiempo la relación entre ambos se convirtió en verdadera amistad. Dos semanas atrás, don Fernando le habló con franqueza al mulato:

–Ambrosio, ya sabes cómo están las cosas en la Ciudad. Puede pasar cualquier cosa. Cualquier cosa. Si yo falto no me quedo tranquilo sin saber qué pasará contigo. Tengo un amigo que puede conseguirme un certificado en el que conste que eres mi esclavo. Una vez lo tenga, puedo liberarte y así podrás justificar tu posición de hombre libre ante cualquier situación que se produzca. Puedes incluso marcharte con Lina si quieres. Lo entenderé. Esta Ciudad es un pozo pestilente.

–Don Fernando, ¿un Vázquez esclavo?, ¿habla en serio?

–No me vengas con historias, Ambrosio. Y sí, hablo en serio. Los Vázquez de que hablas no son una familia precisamente fuerte aquí. Y me temo que en ninguna parte del mundo.

Unos días después Ambrosio le dijo, en el tono en que siempre hablaba de estos asuntos, que no estaría mal que los Vázquez emparentaran con los Medina, “aunque fuera de esa extraña manera que el señor había propuesto”.

En esto pensaba don Fernando cuando el coche saltaba por el empedrado de una calle llena de baches y de la que faltaban numerosos ladrillos, arrastrados por la riada que había sufrido la Ciudad hacía escasamente tres meses. En la propia calle Alhóndiga tuvo incluso que sortear un cadáver que yacía en el suelo. Los encargados de retirar los cuerpos no daban abasto. Cuando lo rodearon vio que era un hombre mulato, aunque mucho más viejo que Ambrosio. Le aterrorizaba la idea de que su amigo terminara de esa manera.

Llegaron al Hospital de San Cosme y San Damián, donde otros muchos bubosos recibían cuidados. Las figuras de piedra de los santos flaqueaban la puerta sobre unos pedestales que surgían de un muro blanco salteado de unas pocas pequeñas ventanas, demasiado altas para mirar desde fuera. Las estatuas contemplaban la muerte pasar bajo las jambas todos los días. Pero desde que se inició la epidemia, la veían con la desesperación de los que saben que adentro sólo había más muerte amontonada, pudriéndose en sí misma y esperando sólo el carnero y la cal.

Entraban y salían muchas personas. Bajo el dintel, una mujer que llevaba de la mano a sus dos hijas llenas de bubas imploraba a un médico. Don Fernando se quedó mirando a las niñas cuando entraba. Pensaba en su amigo, el médico Gaspar Caldera de Heredia. Molesto por el escaso cuidado que las autoridades tomaron hacia sus recomendaciones para evitar la entrada de la epidemia en la Ciudad había marchado a Niebla. Ahora, la Junta de Salud lo había requerido de nuevo para que se hiciera cargo del Hospital de la Sangre en las circunstancias tan apocalípticas en las que se hallaba. Quizás él hubiera podido hacer algo por Ambrosio.

Entraron a una sala que despedía un hedor repulsivo. El tratamiento de sangría y purga ayudaba a ello. Unos pequeños beques contenían las heces líquidas de decenas de enfermos, que eran llevados de un sitio a otro por los ayudantes, al igual que las bacinillas que contenían las sangrías. Caminar por la sala era ir sorteando vómitos ensangrentados que no daba tiempo a limpiar. Las ventanas abiertas a un gran patio interior donde ardían más juncia y romero no eran suficientes para airear el hedor infernal que empapaba el ambiente líquido y asfíxico. El olor parecía anidar en la nariz de manera permanente, y, por momentos, se podía pensar que todo sería ya siempre así, y que no había escapatoria. Don Fernando sentía el olor dentro de sí, revolviéndole las entrañas, que clamaban por salir en busca de aire fresco. El pañuelo que llevaba tapándole la nariz y la boca se resignaba a su suerte de inútil barrera contra la pestilencia, que ya sentía impregnada fuera y dentro del cuerpo. Decenas, centenares de enfermos tosían y escupían a su alrededor. Ojalá pudiera ver los miasmas en el aire y esquivarlos. Se sentía rodeado por un maligno e invisible ejército. Los pocos médicos, cirujanos y sangradores que se atrevían a tratar a los apestados iban de aquí para allá, con un batón que parecía, a juzgar por las manchas, de algún carnicero de la cercana Alhóndiga. Y en algunos hospitales era tan grande la mortandad de los cirujanos que había días en que nadie podía ocuparse de los enfermos. En las camas, muchos de los que yacían parecían haber muerto hace horas. Algunas mujeres retiraban con rapidez ropas y sábanas, que eran quemadas en el patio del propio hospital si así lo aconsejaba el médico. Junto a la hoguera, un carro cargaba decenas de cadáveres que quedaban al sol como lagartos impúdicos y bubosos. Pronto serían pasto de la cal. De la cama al carnero, el tránsito por el que la muerte guiaba a tantos era un camino demasiado corto en la Ciudad aquel año. La piel se le erizó, y un escalofrío lo sacó de la nublada visión de infinita muerte a la que asistía. En un camastro mugriento yacía Ambrosio, y a sus pies estaba Lina. Lo habían sangrado nada más llegar

y estaba muy débil. El mulato entreabrió los ojos.

–Don Fernando... –musitó.

–Ambrosio, voy a hablar con un amigo mío. Es un buen médico. –No sabía si Gaspar Caldera estaría ya de vuelta, y lo decía más por tranquilizar a Lina.

–Don Fernando, váyase pronto y llévese a Lina. –Ambrosio parecía ahora mucho mayor que el mulato que había visto tirado en la calle. Unas bubas negras comenzaban a salir inflándole un cuello que se ennegrecía por instantes–. Lina es una Vázquez, don Fernando. Y si quiere llamar a su amigo, que sea para cuidar de Lina.

–Ambrosio... –don Fernando ahogó la frase y el miedo le impidió siquiera tomar el brazo de su criado. Un sentimiento de culpabilidad le invadió, atenazándole las entrañas. Superando el pavor que le producía encontrarse con la muerte cara a cara, alargó la mano hasta rozar levemente las yemas de los dedos de Ambrosio, hinchados, rojos y ardientes pues era grande la fiebre. Sintió que se le nublaba la vista de nuevo. Retiró la mano a medida que enormes gotas de sudor le empapaban la espalda.

Ambrosio cerró los ojos y mantuvo una sonrisa que daba un aire beatífico a su cara, angulosa y avejentada ahora por la visita inesperada de la peste. Respiraba con dificultad y tosió.

–Don Fernando, es mejor salir de aquí cuanto antes –terció juicioso Manuel. El Veinticuatro, aliviado ante la pronta marcha de aquel infierno, volvió en sí. Siguió mirando al pobre Ambrosio. Pensaba que los hombres con su talante no merecen un final como éste. Él se creía un señor, y como tal debería haber terminado sus días.

–Manuel, dale cincuenta escudos al médico y dile que este hombre estará en el hospital hasta el final. Y, por favor, que no le hagan más sangrías, ni más purgas. Que lo dejen estar.

Lina sintió la mano de su señor sobre el hombro. Mientras salían, dos hombres retiraban de un camastro a un cadáver. Uno más. Lo manipularon como si fuera un saco de tierra. Tirando de manos y pies lo envolvieron en sábanas y, muy aprisa, lo llevaron al patio donde otros cadáveres esperaban que el carro los llevara a la fosa más próxima. Los tiraban unos encima de otros, y, al chocar, producían un ruido sordo, sin vida. Sólo los muertos crujen de esa manera. Centenares de enfermos lloraban, gritaban, pedían unos confesión y otros pronta muerte. Los médicos daban instrucciones a gritos para hacerse entender. Pero este sonido no era apenas más que un paisaje al fondo de un cuadro donde la muerte tomaba forma, no en los lamentos sanguinolentos de los apestados, sino en aquel crujir de cuerpos amontonados, en esa cristalización sonora de la vida acabada por el mazo de la peste, que aún después de muerto te rompía los huesos y la dignidad.

Se apresuraron a salir del Hospital. Lina, que había heredado el orgullo de su padre, sólo derramó unas lágrimas cuando el coche arrancó de vuelta a casa. Don Fernando sentía que la muerte había entrado al fin en su casa.

## CAPÍTULO III

Se preguntaba dónde habría encontrado María el pollo. Pese a la gran escasez que se vivía en la Ciudad, su mesa estaba bien servida: pollo con algunas verduras y buen aceite de oliva. María estaba en la cocina de su casa desde hacía tantos años que no recordaba a otra cocinera. Empezó fregando los cazos y las sartenes cuando era niña, y ahora nadie comía un trozo de pan que no hubiera sido elegido por ella. Algo de vino tenía él guardado, pero el pollo... Quizás María tenía contactos con otros jefes de cocina de las casas sevillanas que se habían mudado al Aljarafe y se lo trajeron de allí. Todos los que pudieron marcharon a sus casas de verano en cuanto se tuvo conocimiento del brote de peste. Leonor, la esposa del Veinticuatro, le insistió mucho. –Cuando a una Ciudad no le queda nada, sólo tiene a sus habitantes–, respondió Don Fernando, lo cual no era una gran esperanza para la Ciudad. Le ofreció llevarse con ella los niños y todos los sirvientes que necesitara. Tenían una enorme casa en Villanueva del Ariscal, a donde iban en verano para que los gruesos muros de piedra los aislaran del calor. Al final nadie se movió de la casa, para desolación del servicio. Don Fernando confiaba, por consejo de su amigo el médico Gaspar Caldera, en que una cuidada higiene de las ropas y una buena alimentación mantendría alejada la pestilencia. A sus íntimos les transmitió algunos consejos, pero como ninguno incluía rezos, novenas ni escrupulosas penitencias no le hicieron mucho caso. En su cocina le ordenó a María que comprase muchas verduras y en sitios que fueran de confianza y que fueran bien lavadas y cocidas. Nada se obtendría de San Bernardo, Triana, el Arenal o San Gil. Pero no pensaba ni por asomo encontrar un pollo en la mesa. Oyó sonar a la hora convenida la campana de su casa y los pasos ágiles de Venancio, el criado.

–Venancio, ya voy yo. Di a Manuel que he salido. –En la puerta la figura regordeta de Luis, el cochero de don Diego de Cárdenas, Conde de la Puebla y Asistente de la Ciudad, le esperaba.

Dentro del coche la oscuridad era casi absoluta. Las cortinas echadas emnegrecían el terciopelo burdeos que forraba completamente el interior. Se acomodó a la espalda del cochero: al Conde le mareaba viajar de espaldas, aunque era imposible en tales condiciones saber el sentido del viaje. La voz ronca de Luis espoleó el trotar cansino de las dos mulas y el coche empezó a rodar por el enladrillado.

–¿Puede decirme con franqueza qué opináis de todo esto? –Habían compartido campo de batalla en Portugal, hacía ya nueve años, y eso le daba al Asistente cierta confianza para no emplear grandes preámbulos a la hora de dirigirse a Don Fernando.

–Quizás tenga Vuesa merced guardado algo más que lo que nos ha comunicado esta mañana en tan original Cabildo, y sea por ello más adecuado a la hora de dar una opinión formada. –Juntos en Portugal perdieron Villanueva del Fresno. Las derrotas unen más que las victorias porque los hombres se muestran más desnudos en el dolor. Y allí hubo bastante de eso. Se conocían bien. Don Fernando intuía que el Asistente tenía bajo la capa más de lo que había contado.

–No os equivoquéis, don Fernando. No sé nada más que lo que oyo esta mañana. Supongo que esta cita con el Deán arrojará algo de luz. Y estoy tan perplejo como vuesa merced. Espero que el Prior del convento sea prolijo en detalles.

El coche se paró. Como el cochero no salía a abrir las puertas don Fernando miró interrogante a don Diego.

–Tal y como están las cosas le tengo dicho que si hay un problema en la calle no arree a las mulas. Si le echa las bestias a alguien encima, y se enteran de que va en el coche el Asistente de la Ciudad, puede pasar cualquier cosa. –Para ser un hombre que había estado en la guerra parecía demasiado alarmado con las posibles reacciones de los pecheros. El poder hace más avaros a los hombres, pero también más cautos, ambas cualidades necesarias para perpetuarse en él.

Restalló el látigo de Luis y las mulas dieron un tirón al coche, que volvió a repiquetear sobre el cálido empedrado de la Ciudad. Hacía también calor dentro, y sólo la vehemencia del Asistente impedía abrir las cortinillas. El terciopelo, la oscuridad, el calor convertían el coche en un horno asfixiante, donde las preguntas se pegaban como los ropajes.

–Aún no me ha contado por qué –inquirió don Diego.

–¿Por qué no?

–De esta Ciudad no se puede sacar nada, don Fernando. Vuesa merced lo sabe. Este asunto va a emponzoñar más el alma de la vieja urbe. Vuesa merced la conoce bien. Ahora nadie se fía de nadie: a la primera tos los padres se alejan de sus hijos y los maridos de sus mujeres. Algo maligno se ha instalado en la Ciudad. Nos espera en las esquinas, agazapado como un lobo hambriento. Y somos puercos que no podemos huir de la matanza, solo esperar que le toque a otro.

Don Fernando tuvo conciencia de la cruel paradoja que ofrecía la Ciudad sitiada por la peste. Se piensa siempre en el mal como algo refugiado en la oscuridad. Un poder que, oculto de la luz, puede desencadenar las mayores vilezas. Tormentas, lluvias y nubarrones son antesala de desgracias. Los demonios salen de sus madrigueras y se enfrían el aire y las almas. Pero en la Ciudad, en 1649, Lucifer no se rodeó de tinieblas: convivía con un sol veraniego y un cielo azul, y con una brisa fresca cuando caía la noche. Con el viento agitando las hojas de los árboles y los gurriatos apretándose en sus ramas. Con las paredes blancas que reflejaban ese chorro de luz, y sobre ellas las caras de miles de muertos que dormían en las calles sin haber olido siquiera el romero purificador. La muerte acechaba los baldaquinos más adornados, los palacios con el mejor mármol, se introducía por las sedas más brillantes y los terciopelos más suaves. Las bubas no distinguían los cuellos blancos y empolvados de los sudorosos. Los que podían, huían. Los que no, rezaban. Y el Mal los esperaba a todos.

–¿Para cuándo tendremos nuevo Cardenal? –se preguntaba en voz alta don Diego–. Hace tres meses que se enterró a Spínola. Sé que no es asunto de dar prisas, pero una Ciudad como ésta no debe estar mucho más tiempo sin Púrpura.

–No os inmiscuyáis en las cuitas de la Santa Madre Iglesia, don Diego. Acuérdense del anterior, Gaspar de Borja. Al menos no paró mucho por aquí. A esta Ciudad encima lo que le hace falta es un cardenal que pleitee tanto con tantos y que por enemistarse lo haga hasta con Roma –las ironías de don Fernando no tenían un reflejo amistoso en el rostro del Asistente, que parecía ausente. El Veinticuatro era de pocas palabras, pero certeras en la mayoría de las ocasiones, e hirientes cuando era necesario. A diferencia de otros muchos grandes hombres y mujeres de esta Ciudad, sabía escuchar y hablaba poco de sí mismo, de su casa o de sus dineros. El Asistente era, sin embargo, alguien dispuesto a actuar antes que otros, a hablar más que otros, a maldecir más que otros. Y el recuerdo del iracundo Cardenal, constantemente enfrentado a Urbano VIII le

producía dolor de cabeza.

–No me extrañaría nada que el candidato señalado posponga su venida hasta el final de la peste.

–Si es que tiene final, don Diego –apuntó sombrío don Fernando.

El coche se detuvo, y al momento la portezuela se abrió. La luz penetró en el interior con violencia, cegándolos durante un instante. Luis sostenía la puerta con cierto distanciamiento provocado por el hastío. Salieron del coche, que se había detenido junto al Corral de los Olmos y se dirigieron a la Puerta de Los Palos, donde los esperaba el canónigo don Juan Mejía. Intercambiaron fríos saludos y entraron a la Iglesia Mayor de Santa María de la Sede, la Catedral de la Ciudad.

La oscuridad de las naves contrastaba con la exagerada claridad de la tarde. Las antorchas teñían las columnas de humo negro, y el penetrante olor a aceite le traía a don Fernando recuerdos de antiguas ceremonias en el mayor templo de la ciudad. Entraron a las estancias privadas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de antiguos capitulares, que parecía que espantaran a los dos hombres. Franquearon una puerta junto a la cual un relieve que parecía de Salomón les siguió con la mirada.

–¿Pueden aguardar un momento vuestras mercedes? –el canónigo se dirigió a la Sala Capitular abandonando al Asistente y al Veinticuatro en una estancia ricamente decorada. Don Fernando contemplaba en el muro derecho unas representaciones de la Prudencia, la Fortaleza y la Justicia y se acordaba de Salomón. “Aquí nos va a hacer más falta el rey sabio que ninguna otra cosa”, pensó para sus adentros. Se volvió al lado izquierdo y unas pinturas que simbolizaban la sabiduría de las artes y de las ciencias le dieron la razón.

–No he visto el coche de don Francisco Velarde. Sería toda una novedad que el Cabildo desairara a la Audiencia. Máxime si es asunto que pudiéramos decir es más de su incumbencia que de la nuestra.

Don Diego asintió justo cuando volvió a entrar don Juan Mejía para, con ademanes hoscos, indicarles que lo siguieran. Caminaron aprisa por un pasillo curvo y tras una puerta de madera labrada costosamente accedieron a la Sala Capitular. El viejo canónigo les señaló dos sillas vacías y fue a sentarse en la suya. Era una enorme sala elíptica, con profusión de mármoles, pinturas y maderas talladas y doradas, aunque podían verse algunos huecos reservados con seguridad para obras inacabadas. La bóveda era alta, con varias vidrieras circulares, lo que daba al lugar una extraordinaria luminosidad. Desde su posición veía con detalle algunas de las representaciones de las virtudes y los rostros de todos los capitulares que seguían vivos. Los contrastes de esta Ciudad. Había entre los presentes una figura que se distinguía de todas por su hábito negro. Enjuto, de piel morena, calvo y con una enorme barba, parecía ser el Prior del Convento de San Agustín. Volvió su vista al Deán, sentado en un enorme sillón de caoba.

Don Fernando Quesada, Arcediano de Écija, Provisor y Vicario General en la Iglesia de la Ciudad mientras no se nombrara nuevo Cardenal, era la máxima autoridad eclesial. Y lo era muy a su pesar. Los sacerdotes en las parroquias iban muriendo hasta el punto de que muchas no podían abrirse, y el Santísimo había de llevarse de una en otra para dar alivio a tantos enfermos y necesitados como había. Había sido elegido entre todo el resto de los capitulares y se había encomendado a la difícil tarea, trayendo incluso religiosos de otros pueblos menos azotados por la peste. Pero no era un cruz que abrazara gozoso.



Delgado, rubio, de facciones elegantes y afiladas, poseía unos ojos que lo penetraban a uno, y que, acompañados de unos labios estrechos, componían la viva imagen de la astucia. De buena familia, aspiraba a una vida cómoda y palaciega que a remangarse para traer curas para dar extremaunciones en masa. Miraba al Veinticuatro con cierta intriga. Quizás no esperaba que fuera precisamente él, don Fernando Núñez de Medina, el elegido para tratar el asunto. No estaba seguro de que fuese el más apropiado. O quizás sí. La Muy Noble, Muy Leal, Invicta, y Maledicente Ciudad no olvidaba lo que se dijo de los Medina cuando el escándalo de los Alumbrados, secta herética que pululó por la Ciudad en el primer cuarto del decimoséptimo siglo. Fue dismantelada por los dominicos del Santo Oficio, que, aunque no disfrutaban del poder que antaño les permitía llevar a la hoguera a quien se cruzara en su camino, sí supieron identificar y humillar en público a decenas de acusados. En corrales y palacios se murmuró que los Medina estuvieron envueltos en tan feo asunto, si bien ningún miembro de la familia apareció nombrado en la sentencia final. Y no es menos cierto que casi todas las grandes casas se vieron señaladas durante el proceso. El Deán Quesada no creía en los arrepentimientos ni demasiado en el perdón. Y tenía su propia opinión acerca de lo que ocurrió con los Alumbrados. Quizás era un asunto más trivial de lo que parecía: entretenimiento de señoras de la buena sociedad, que pasaron de los naipes a la adivinación y de ahí a la herejía con facilidad. Pero que un miembro de una familia salpicada por el escándalo se encargara de recuperar la imagen desaparecida era tentar a la suerte. Era bien cierto que, don Fernando, entrando en la veintena por aquel tiempo, estuvo al margen de todo aquel asunto. En los años previos pasó más tiempo atendiendo unas dehesas que la familia poseía en Monesterio, retornando a la Ciudad cuando contrajo matrimonio, un año antes del Auto de Fe. A su regreso el Veinticuatro solo supo de algunos rumores interesados y algún interrogatorio protocolario. El Deán miró a su alrededor para asegurarse la atención de todos y comenzó a hablar.

–Como son conocedores de lo extraordinario de la situación no me extenderé en preámbulos ni presentaciones. Todos conocen al Asistente de la Ciudad y al Veinticuatro Núñez de Medina. Los presentes ya conocen lo fundamental de la historia. A mi lado se encuentra Fray Severo Recarte, Prior del Convento de San Agustín. Él les dará los detalles que necesiten.

No eran muchos los miembros del Cabildo que oyeron la historia. Algunos ya habían fallecido por causa de la epidemia. Apenas un secretario cansado tomaba algunas notas en una esquina de la Sala Capitular. La Iglesia quería que se solucionara esta historia con celeridad, y como le faltaban los medios, pretendía controlar a los que estuvieran involucrados. Decididamente, no deseaban sorpresas inesperadas. El garrapateo de la pluma se oía como el rasgado de una tela. El Prior se levantó, aunque prácticamente no se notara, dada su estatura. Se atusó la barba y contó los hechos que ya conocían los dos regidores de la Ciudad. Durante todo el tiempo que duró el relato, el Deán no quitó ojo de don Fernando, estudiando con atención sus reacciones. Al final, el Prior añadió un detalle inquietante.

–El hermano Cipriano de Utrera –contó con la voz apagada el anciano Prior– había dicho que los ladrones solo se llevaron la imagen. Sin embargo, parece que no fue así. Con el revuelo tardamos en darnos cuenta, pero en la biblioteca hallamos otra desagradable sorpresa. Que ya son demasiadas para los corazones de estos pobres frailes. El hermano Matías fue a ordenar unos libros que le habían traído la mañana anterior al día del robo y enseguida se dio cuenta de que faltaba una de las joyas de nuestra humilde colección. En nuestra biblioteca se guardaban los primeros manuscritos del "Libro del Vergel de Oración y Monte de Contemplación" de nuestro difunto hermano Alonso de Orozco, que fuera predicador de nuestros reyes Carlos y Felipe el

Segundo. Aunque presumo que conocen la historia, les resumiré que, a nuestro Amantísimo Hermano Difunto Alonso, ostentando el mismo cargo que ahora yo detento, se le apareció Nuestra Señora la Madre de Dios para decirle que escribiera lo que por aquel entonces predicaba. Así, púsose a escribir con gran afán el libro que antes les he mencionado, donde se muestran los caminos para una profunda meditación en la oración. No sabemos si tomaron antes imagen o libro, pero ambos faltan desde el mismo día. Y mucho me temo que esto es todo lo que sabemos. Si el Santo Cristo no aparece en los próximos días deberé dar cuenta de esto al Superior de la Orden. Los Duques de Arcos tampoco han sido informados aún del robo del libro. Como protectores del Convento, entiendo que al no haberse resuelto éste de inmediato sería lo más prudente enviar correo a don Rodrigo Ponce de León con lo acontecido y avisar al Superior de mi orden –y finalizó su relato encogiéndose de hombros y mirando al Deán, que con un gesto lo invitó a sentarse de nuevo.

–Muchas gracias Fray Severo. Ahora si los regidores presentes quieren añadir algo... –La mirada del Deán se clavaba en el Asistente. Cuestión de protocolo, ya que su opinión la habían oído ayer. Estaba claro que le tocaba hablar a don Fernando.

–Con el permiso de Su Excelencia, con el permiso del Asistente –dijo don Fernando mirando al Deán y a don Diego–. Fray Severo, vuestro relato ha sido muy elocuente y os doy las gracias por ello. Quisiera, sin embargo, saber si es posible que, en algún momento, veamos al hermano Cipriano de Utrera en el Convento, ya que al ser la única persona que tuvo contacto con los ladrones quizás pueda darnos algún valioso detalle.

Fray Severo se quedó callado. El Deán tocó una campanilla y entró un servidor, ataviado con una librea incómoda para la época del año que ya era. Le susurró algo que apenas pudo oír don Fernando. No es perfecta la acústica de la sala, no, pensó. Al momento el servidor volvió acompañado de un hombre. Era bajo y regordete, y sus mejillas aún temblaban de miedo. Se sentó en el centro de la sala en un pequeño escabel que trajo el servidor de la librea.

–Padre Cipriano, tiene ante sí a don Diego de Cárdenas, el Asistente de la Ciudad, y don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro. Como gentilhombres y regidores han puesto todo su interés en resolver lo antes posible el robo, por ello, le ruego que responda con toda la exactitud que pueda a sus preguntas. Entendemos que todavía está dolorido física y espiritualmente, pero también le suponemos al corriente de la importancia de su testimonio. –De una mirada concedió la palabra a don Fernando.

–Cipriano, no es necesario que le diga cuán contrariados nos encontramos. Compartimos su contrición y trataremos, con su inestimable ayuda, de atrapar a los culpables de tamaño delito. –Miró atentamente al fraile, que no parecía tranquilizarse por el discurso oficial de don Fernando. Quizás lo había oído demasiadas veces de demasiadas bocas distintas en estos días–. Durante el relato de su venerable Prior hemos sabido que vio a los individuos que robaron la imagen, que Dios se apiade de su alma –Añadía sobre la marcha ciertos retoques piadosos a su discurso, sabedor del gusto de los oídos que lo atendían–. Sabemos que era de noche e iban embozados, pero ¿podéis recordar algún detalle, por pequeño que sea, de sus caras?, ¿alguna facción no común por estas tierras? Aunque vivimos en una de las Ciudades más cosmopolitas del Orbe estrecharíamos el cerco si fuera mulato o morisco. O blanco y rubio como si de un germánico se tratase. ¿Quizás alguna cicatriz?

–No os puedo decir. Era ya de noche y entre la oscuridad y la sorpresa no me detuve en detalles. Llevo poco tiempo en el Convento y, le ruego me disculpe vuesa merced, pero mi

disgusto era mayúsculo.

–No os preocupéis. Todos los aquí presentes entendemos su congoja. Sin embargo, y como bien sabe, no tenemos nada que nos diga quiénes son los autores de la fechoría. Le hablaron en algún momento. ¿Podéis recordar al menos si hablaban un castellano correcto?, ¿o si dijeron algo que les resultara extraño?

–La verdad es que... –Cipriano dudaba. Quizás buceaba en su memoria, aunque hubiera sido un detalle difícil de olvidar. Eso mismo debía estar pensando el Deán a juzgar por el gesto torcido—. No, no recuerdo nada especial.

–Nos ha comentado el Prior en su relato que los ladrones envolvieron la imagen en un lienzo que extendieron en el suelo. Por la actitud de estos herejes indeseables, ¿trataban a la imagen con cuidado? ¿creéis que la querían completa? –el Deán lo miró intrigado.

–Creo que sí. En todo momento se mostraron muy cuidadosos. La desasieron del altar con rapidez pero con esmero. Y de igual manera la depositaron en el suelo y la envolvieron. Y, entre la sorpresa y las lágrimas, ya no pude ver más.

–Tenemos entonces que no se trata de un acto de simple pillaje o de saqueo desordenado. Los que hicieron esto sabían lo que querían tomar y cómo debían tratar la imagen para que no sufriera desperfecto alguno. Aunque supongo que no les digo nada que no hayan advertido ya. – Don Fernando continuó dirigiéndose al Prior y al Deán—. Me gustaría si fuera posible, y lo consideran apropiado sus dignidades, realizar una visita al convento, a fin de tener una idea más correcta acerca del escenario donde se ha producido el sacrilegio –dijo sentándose para dar por terminado el fugaz interrogatorio.

El Prior levantó su mirada hacia el Deán y, observando algún gesto de aprobación, imperceptible para los profanos, aceptó la petición.

Un rato después el coche del Asistente saltaba de nuevo sobre los ladrillos y el guijo de las calles. La tarde comenzaba a declinar y el calor debía ser menos asfixiante que antes, aunque don Fernando no lo percibía así dentro del carruaje. El encuentro con el Cabildo Catedral había resultado poco o nada clarificador. La cara de don Diego estaba ensombrecida.

–Ahora no tenéis excusas para no darme vuestra opinión, don Fernando.

–Entiendo que el embrollo es mayor de lo que creíamos en principio. Y no sé por qué, pero creo que nos va a salpicar. Ni el Deán ni el Prior han dado explicaciones de por qué no estaba presente ni siquiera un Oidor de la Audiencia. Y tampoco han mencionado a los cofrades de la Hermandad del Cristo. Demasiadas lagunas. Una cosa es llevar el asunto con discreción y otra que los Duques de Arcos no sepan que han robado la imagen más venerada del convento que protegen.

–El escándalo puede ser mayúsculo. Cuantas menos personas sepan lo que ocurre, menor será el riesgo de que se propague por las calles, qué sé yo, que unos marranos han traído primero la peste y después se han llevado al Cristo. De ahí al linchamiento y la sublevación hay muy poco don Fernando. –Seguía el Asistente obsesionado con la idea de evitar un levantamiento popular.

–No os preocupéis, don Diego, de todas maneras creo que se resolverá pronto. Si, como parece, querían conservar intacta la imagen me imagino que no será para después destruirla.

–¿Algún comerciante de arte? –inquirió sorprendido don Diego.

–En los tiempos que corren me espero cualquier cosa. Pero es uno de los hilos de los que tirar. –El coche se detuvo y Luis, el cochero, abrió la portezuela frente a la casa de don Fernando.

–Le rogaría a vuesa merced que me hiciera saber cualquier novedad acerca de este espinoso asunto. Queda eximido de asistir a los Cabildos hasta que se solucione todo. Tenga mucho cuidado, don Fernando. Aún le guardo aprecio a su padre: fue un caballero de los que ya no quedan. Vámonos, Luis –y cerró la puerta el Asistente, dejando tras de ella una mirada que no se esforzaba en esconder cierto temor.

El coche arrancó con un brusco tirón y se alejó calle abajo. Don Fernando lo vio marcharse, y no pudo evitar que una duda creciera en su interior. Todos parecían saber más de lo que decían, incluso el Asistente don Diego. Hasta el Deán, con su intrigante figura y su, a ratos distante, colaboración con las autoridades, parecía esconder en sus silencios alguna luz sobre el robo de la imagen.

El Santo Cristo era sin duda reliquia principal en la Ciudad. Y si era grande pecado tamaño robo sacrílego, no es menos conocido que en algunos contados casos, cometidos por otrora buenos cristianos llevados por la codicia o por el exacerbado cuidado de su alma, llegaban al extremo de robar reliquias. Si era éste el propósito, o, como sugería el Asistente, algún comerciante de arte deseoso de amasar buenos cuartos, le sería de ayuda visitar a su amigo Bartolomé.

Tomó por la calle del Tiro y por Mesones, donde ya no penetraban los rayos del sol, y una súbita sensación de frescor parecía emanar de las paredes sombreadas. Bartolomé, el pintor, vivía muy cerca, en la calle Corral del Rey. Hacía tiempo que no se veían, casi desde antes del inicio de la peste. Era un artista cotizado en la Ciudad, e incluso en la corte de Madrid se había hablado de él, según le habían contado. Sin embargo, era poco dado a los viajes y no le atraía la idea de marcharse lejos.

La fachada hacía presumir el tiempo de bonanza que vivía Bartolomé. Un dintel de piedra enmarcaba la gran puerta color caoba punteada de remates dorados que daba entrada a la casa, donde se hallaba el taller, al que también se accedía por una puerta más pequeña, situada más adelante en la misma calle. Encima de la entrada principal un gran balcón de madera, también oscura, permanecía cerrado. Las contraventanas echadas le daban un aire extraño a la casa, cerrada a cal y canto y sin vista alguna desde la calle.

Los tiempos de catástrofes de este jaez traían, en cierta medida, buenos vientos para los artistas. Los corazones se volvían piadosos y aquellos que podían permitírselo, tarde o temprano, encargaban alguna obra para regalar a un convento, pagando así rezos que sirvieran para aliviar el tránsito en esta vida o evitar sorpresas en la otra. Con frecuencia, las ciudades asumían la construcción de obras fastuosas para agradecer el final de una peste, de una inundación o de una sequía, con lo que los artistas veían generosamente incrementado el volumen de sus encargos y, por ende, el de sus bolsillos. De hecho, se comentaba en la Ciudad que un conocido arquitecto ya se había reunido con el Deán y el Cabildo Catedralicio para recomendar que se iniciara la construcción de una gran iglesia que sirviera de plegaria pétrea que clamara por el fin de la peste. El arquitecto argüía que en Venecia llevaban ya casi veinte años edificando un templo sin igual en el mundo para dar gracias por el fin de la peste que sufrió la ciudad, y toda Italia, en 1630, y que

se llamaría de Santa María de la Salud, y que la Ciudad no podía ser menos, y –esto lo añadimos nosotros– que quién mejor que él para llevarse los cuartos. Que en esta Ciudad el que no corre vuela y el más lerdo construye barcos, y que si no quedan dineros en las arcas municipales no se ha de desmerecer el engrandecimiento de la Ciudad. Por ello le parecía extraño a don Fernando que el taller de Bartolomé Esteban Murillo estuviera cerrado, cuando lo suponía pintando rostros sagrados con las dos manos.

Aporreó la puerta del taller con insistencia, pero no obtuvo respuesta alguna. Quizás la luz de la tarde no le resultaba adecuada para los proyectos que tenía entre manos y había decidido quedarse en la casa anexa. Golpeó varias veces con el llamador de bronce, una mano sosteniendo una bola. Pero nadie respondía. Se alejó un poco y observó las ventanas cerradas, que desechaban cualquier atisbo de habitación. Podía ser con su mujer Beatriz y sus cuatro hijos, todos de corta edad, hubiera decidido marchar a causa de la peste. La familia de Beatriz, los Cabrera, aunque vivían en la Magdalena, tenían algunas propiedades en Mairena, así que bien podían haberse refugiado allí hasta que remitiera la epidemia.

Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Cuando hubo andado unos instantes, oyó el chirrido de unos goznes. Se giró y comprobó que la puerta de la casa se había abierto, y que el propio Bartolomé asomaba la cabeza y le dirigía una mirada ausente.

–Bartolomé, ya pensaba que estaríais fuera de la Ciudad. Pasaba por aquí y decidí venir a veros. –El rostro sin expresión del pintor denotaba que algo ocurría. El cabello, que llevaba largo, le llegaba sobre los hombros y parecía sucio y desaliñado. La barba de varios días, aunque rala, le llenaba la cara de una abandonada pelusilla, como una vegetación marchita poblando los ángulos recién estrenados en la afilada cara del pintor. Los ojos, oscuros, vacíos, perdidos, relataban a las claras un enorme sufrimiento interior–. ¿Ocurre algo, Bartolomé?

Sin mediar palabra le hizo un gesto para que entrara. La casa, por completo a oscuras, tenía un cierto olor a humedad, lo que hizo preguntarse a don Fernando cuánto tiempo llevaría cerrada. No parecía haber nadie más, y ni siquiera la risa o el llanto de los niños rompían el silencio, que de tan absoluto resultaba agobiante. Bartolomé anduvo despacio por un pasillo angosto, sin ventanas, sin siquiera mirar hacia atrás. Al fondo, abrió una puerta de madera que daba entrada al taller. Don Fernando entró y el pintor cerró tras de sí. Encendió una lámpara de aceite que servía para ayudar en el trabajo cuando la luz era insuficiente. Ahora también lo era, pues todas las ventanas del taller permanecían cerradas. Desde la luz amarilla y titilante, Bartolomé miró con pesadez a don Fernando.

–¡Demonios!, ¿qué ocurre, Bartolomé? –La pregunta quedó en el aire, como si la cara del pintor fuera una respuesta suficiente. De sus ojos brotaron dos lágrimas que se perdieron en el bigote, como un río se pierde en el bosque.

–Eso mismo, don Fernando, eso mismo. Demonios. Un ejército de ellos vive en la Ciudad y caza a sus habitantes día y noche. Y no le importa si son ricos o pobres, hombres o mujeres, viejos o jóvenes. O niños.

El Veinticuatro comprendió de pronto. Los niños no se habían marchado a ningún sitio. Con la boca abierta de la incredulidad pensaba sin querer hablar.

–Sí, los cuatro, don Fernando, los cuatro. –Y Bartolomé respondía a sus pensamientos–. Hace dos semanas, en un mismo día. Ha sido enfermar y morir, casi sin darnos cuenta, sin poder hacer nada. Los enterramos en San Sebastián, ahí tirados con otros cientos de cuerpos. Beatriz

está desquiciada, como ida. Quiso tirarse al carnero cuando vio rodar los cuerpos de los niños. Por eso te he traído al taller. No quiere ver a nadie, ni oír nada. La comadrona de mi familia me ha dado unas hierbas para que le hiciera un cocimiento que la tranquilizara. Hace un rato que está despierta, y casi no habla, don Fernando. No sé qué va a ser de nosotros.

El Veinticuatro apartó la vista de su amigo, para que llorara sin vergüenza, si es que eso todavía le preocupaba. Sobre los caballetes, no menos de tres bocetos distintos de la Madre de Dios se miraban entre sí. Uno de ellos ya se esbozaba con claridad: la Virgen, con una vaporosa túnica azul y blanca, y sostenida por un grupo de angelotes, miraba al cielo con los dedos entrelazados sobre el pecho. ¿Estará pidiendo por el fin de la epidemia? Quizás pensaba en ello Bartolomé cuando empezó a pintarla.

–Le he dicho a mi ayudante que no venga hasta que la situación no se normalice. Pero creo que pronto volveré al taller, si no, yo sí que voy a enloquecer –con las mangas de la camisa se secaba las lágrimas de la comisura de los labios–. Y bien, decidme, ¿qué os traéis por aquí?

–Pasaba cerca, y pensé en venir. –No sabía qué decir. Haber visto tanta muerte a su alrededor no lo había preparado, sin embargo, para confortar a las personas que sufrían desgracias tales. Como había ocurrido con Lina y la muerte de Ambrosio, su más fiel criado, apenas era capaz de alargar una mano y dejarla caer sobre el hombro del pintor. Le sorprendió sobremanera un cuadro, prácticamente terminado, en el que un hombre juega con un niño, que sostiene un pájaro alejándolo de un pequeño perro. Su madre, complacida, contempla la escena desde atrás. Una familia normal y feliz. Esa escena seguro torturaba a Bartolomé, aunque ahora a oscuras no se percibía con demasiado detalle, y quizás por ello, incluso sabiendo que ahí estaba, el pintor no reparaba en ella. El silencio y la leve luz de la lámpara de aceite los envolvía. Uno se acostumbra a ver carros cargados de muertos camino de un indigno enterramiento, a las campanas doblando a todas horas, pero la muerte cercana es más muerte aún, más terrible y dolorosa–. Quería pedir consejo, Bartolomé. –Le salió de sus labios la frase sin pensar en las advertencias de don Diego. Pero quizás distraería de su dolor al pintor–. Ahora bien, debo rogaros la mayor discreción. Han robado una imagen de un crucificado. No sé por dónde empezar, y pensé que podríais ayudarme. ¿Quién ha podido hacerlo? ¿Sabéis de algún comerciante de arte sin escrúpulos?

Parecía increíble que alguien que había sufrido la desgracia que llevaba Bartolomé sobre sus espaldas fuera capaz de asombrarse por algo. Pero su gesto denotaba claramente que una felonía de ese calibre le resultaba incalificable. Le costó cerrar la boca y parpadear para responder.

–No sé, don Fernando, soy pintor –dijo superando la sorpresa inicial– y no tengo mucha relación con los imagineros. Si fuera un cuadro de la Santísima Virgen os daría cinco o seis nombres de personas que estarían interesadas, pero siendo una talla... Quizás podéis ir a ver a Juan Martínez Montañés, que, aunque ya está muy mayor, sí conoce ese mundo como nadie. Lamento no poder ayudaros más, don Fernando.

–Muchas gracias, Bartolomé. Y decidme, ¿qué pensáis hacer ahora?

–No sé. Como podréis imaginar la casa se ha convertido en un infierno. Cada esquina es un recuerdo. Marcharnos es lo único sano que podemos hacer. Pero ya os digo, Beatriz parece enloquecida. Ni habla, ni escucha. Cada carro que pasa por la calle cargado de muerte es como si le clavaran un puñal en el pecho. Yo al menos tengo la pintura para huir.



–Si necesitáis algún documento para instalarte en otra ciudad no dudéis en pedírmelo, Bartolomé.

–Gracias don Fernando, muchas gracias.

–Y ahora quizás sea mejor que volváis a la pintura. Puede ofrecer os la distracción que necesitáis. Ya me marcho –se sentía obligado a decir alguna vaguedad–. Mis condolencias a Beatriz –y con un débil apretón de manos emprendieron ambos el camino del pasillo que los llevaba hasta la puerta de la calle. Una vez hubo escuchado cerrarse el portón, pensó en cómo muchos como el pintor quedaban muertos en vida, enterrados en sus casas llorando.

Por la calle Alhóndiga anduvo hasta Santa Catalina. El sol se inclinaba, alargando las sombras de los árboles que custodiaban la espalda de la iglesia. Los vencejos piaban con fuerza, aunque nadie levantaba la cabeza para mirarlos. Los rostros de aquéllos con quienes se cruzaba rebotaban tanta amargura que el eficaz escultor que era la luz del atardecer copiaba de unos en otros los rasgos afilados de los que ven la muerte de cerca. No había siquiera una terca nube que difuminara la acción de la gubia solar, que retocara esas caras eliminando sombras y redondeando los contornos. Siguió por la calle Real de San Luis hacia la Puerta de la Macarena. Y a cada paso que daba, la presencia humana se hacía cada vez más extraña. Se envolvía en la madeja de casas blancas como la semilla del algodón, como en un laberinto inmarcesible de cal reluciente e inverosímil en una Ciudad sumida en la oscuridad de su destino. Avanzó por la calle donde los telares y, doblando por un minúsculo pasaje, tomó por una callejuela que ya conocía. No se veía a nadie. ¿Dónde estarían todos? En un día normal, la taberna que ahora estaba cerrada se hallaría llena de parroquianos, trabajadores de los telares contiguos. La Ciudad parecía haberse tragado a todos sus habitantes para poder morir con el estómago lleno. El suelo terrizo todavía permanecía encharcado en algunos tramos, y la pestilencia que emanaban las putrefactas manchas de agua acompañaba al silencio mortal, dando el aroma perfecto a este cuadro sobre el fin del mundo. Varias ratas lo miraron sin espantarse de su presencia. Un montón de basuras, apiladas contra un murete derruido, les servía de privilegiado mirador desde el que unos ojos pequeños, negros e indiferentes contemplaban la destrucción de la Ciudad.

## CAPÍTULO IV

Miércoles, dos de junio de 1649

Sintió recias las manos de Venancio al tomarle el brazo, igual que su voz, baja para no alarmarle en demasía, casi susurrante como un cuchillo que rasgase su pesado sueño. No era normal que el criado entrara a despertarlo, lo que hizo inútiles los esfuerzos del solícito Venancio de no sobresaltarlo. Se incorporó de un salto tan rápido que despertó a Leonor, que, más esclava de su pudor que de sus ganas de dormir, hasta desde el brumoso sueño recién arrebatado acertó a taparse con las sábanas el ropón de dormir.

Ya en la pequeña biblioteca, y sólo con un camisón blanco, don Fernando se encontró con don Luis Zúñiga, como él mismo Caballero Veinticuatro, y que ya había hablado en el Cabildo donde tuvieron noticia de la desaparición del Santo Cristo. Era aún madrugada sin rastro del alba, y no había podido aguardar más tiempo. Don Luis tenía buen recuerdo de su padre, don Francisco Núñez de Medina, que siempre lo trató con una profunda amabilidad exenta de la menor brizna de hipocresía, lo cual no es frecuente entre las gentes de la Ciudad, y es conocido ese servil halago acompañado del colmillo afilado o la daga traperera como ojana, una de tantas cosas que ha dado la Ciudad al Orbe. Eso y, sobre todo, alguna manita con asuntos del almojarifazgo hizo que don Luis Zúñiga se sintiera un tanto agradecido a los Medina. Y por ello decidió golpear el llamador de la casa a tan temprana hora. El relato de lo que había presenciado los envolvió hasta las primeras luces del día.

Esa misma noche se hallaba don Luis en su casa, sita en la calle de los Francos, sumido en turbios pensamientos al saber a la Ciudad desprovista de pan. Algunos caminos se habían tornado impracticables, sobre todo los de Carmona y Alcalá. Aunque la peste también había hecho presa en esas villas, nadie quería arriesgarse a venir a la Ciudad, de la que ya se decía que se entraba en ella pero no se salía. Don Luis debía cabalgar a la mañana siguiente para tratar de establecer un suministro fluido de pan, aunque para ello fuera necesario una escolta para ahuyentar bandoleros o para echar a los lados los cadáveres que bloquearan el paso. No pudiendo dormir, a medias por la preocupación a medias por la edad, quedó sentado en un viejo sillón. Durante un rato se recostó y, ayudándose de unos alzapiés, reposaba cuanto podía. Todos se retiraron a dormir, y dio permiso al criado para poder quedarse solo. Con las ventanas cerradas para evitar que el hedor emponzoñado envenenara su casa, el sudor de su cuerpo desnudo de cintura arriba se empapaba en el sillón. Entró en el dulce vaivén de la duermevela, que satisfacía a duras penas el sueño, pero le hacía felizmente consciente de que se estaba durmiendo. Sin embargo, al poco, un grito hondo, patético, lo sacó del sueño. No sabía qué hora era. Desde la calle alguien pedía auxilio. Era un hombre mayor, aunque conservaba no poca agilidad. En unos segundos había descornado los pestillos del portón y se hallaba en la calle, escudriñando en la oscuridad, tratando de discernir de dónde habían provenido tales gritos. El ruido de un gran peso al caer al suelo le hizo mirar hacia la derecha, anduvo unos pasos y creyó distinguir algo a unas veinte varas. Un cuerpo en el suelo levantaba un brazo y clamó auxilio en el nombre de Dios. Algunas sombras que lo rodeaban se desvanecieron y cuando llegó, pudo comprobar que un hombre yacía sobre el adoquinado, y un abundante chorro de sangre manaba de su vientre.

Cuál no fue su estupor cuando, al tomar la cabeza del hombre entre sus manos, advirtió que se trataba de don Carlos Cegarra, Alcalde del Crimen de la Audiencia. Ambos se reconocieron al instante, y el herido agarró con fuerza el brazo del viejo Veinticuatro.

–¡Don Luis, ayúdeme se lo suplico! ¡Que me han matado, don Luis! –clamaba desde el suelo conoedor de la gravedad de su herida, de la que brotaba tal cantidad de sangre que camisa y jubón se habían tornado carmesíes.

–¡Ayuda, ayuda aquí! ¡ayuda! –don Luis llamaba a cualquiera que pudiera socorrerle. A tales horas nadie andaba por la calle en aquellos días inciertos, y las muertes de tantos alguaciles y corchetes habían dejado las guarniciones suficientes para custodiar las puertas. Eso, y que se dormía con las ventanas cerradas por temor a la pestilencia, hacían mudas todas sus súplicas–. ¡Ayuda, aquí en la calle! ¡Alguaciles!

–¡Don Luis, me muero! –la lengua del Alcalde chasqueaba con la sequedad que precede a la presencia ante el Supremo Hacedor. La tez blanca de don Carlos, su respiración ahogada, y los ojos buscando la mirada de Dios presagiaban que la ayuda no sería necesaria llegado este punto–. Don Luis, el Cristo de San Agustín, son ellos... –Y con esa misma expresión en la cara, la boca aún abierta esperando a que un aire sanador entrase, murió don Carlos Cegarra, Alcalde del Crimen de la Audiencia, por una cuchillada que le abrió las vísceras como si de un libro se tratase.

Viendo el Caballero Veinticuatro que no podía hacer nada más, entró aprisa en la casa, gritando a su criado que preparase el carro. Acompañado del criado y su zagal, salieron a la calle para llevar el cadáver a una iglesia cercana, o meterlo en el coche e ir directamente a la casa de don Francisco Velarde, Presidente de la Audiencia, o cualquier otra cosa que se le ocurriera a su embotada cabeza.

Salieron con premura, y el ruido de las respiraciones y los pasos veloces sobre el empedrado de la calle se convirtieron en silencio absoluto cuando los tres contemplaron absortos que no había cadáver que llevar a ningún sitio. En la total oscuridad advirtieron un reguero de sangre que doblaba la esquina, pero su carrera sólo sirvió para ver un coche que se alejaba a toda prisa, ya inalcanzable, al fondo de la calle Chapineros y girando por la calle de las Escobas en dirección a la Catedral.

El resto de la noche había transcurrido para Don Luis como una interminable repetición mental de sus carreras y gritos. Trataba de recordar todo lo que había visto. Quienes habían acuchillado al Alcalde Cegarra no debían saber que ya había muerto cuando don Luis volvía a casa, y decidieron llevárselo, y con él ese secreto que, al menos de la boca del Alcalde del Crimen, no saldría. Sin duda el asesino, o los asesinos, porque había dicho “ellos”, estuvieran oyendo tras la esquina y hubieran aprovechado la ausencia momentánea de don Luis para llevarse el cuerpo. Todos estos pensamientos habían ido naciendo, creciendo, muriendo y volviendo a nacer en la mente del caballero durante toda la noche. Debía informar al Asistente de la Ciudad o ir a buscar al Presidente de la Audiencia. Atormentado, acalorado, al despertar de los pequeños momentos en que el cansancio lo entregó al sueño, pensaba en la posibilidad de que todo hubiera sido soñado. Pero los calzones manchados de la sangre del Alcalde eran el testigo irrefutable de que todo permanecía en el tangible sustrato de la realidad. Durante algún rato, las palabras del agonizante don Carlos flotaron en su mente como un enigma escrito en una lengua desconocida. Pero cuando las carreras, la sorpresa y los gritos cesaron, pudo descifrar lo que era realmente obvio. Don Carlos Cegarra conocía a los que habían robado al Cristo de San Agustín. Y es por lo

que se decidió a venir a referir la historia a don Fernando.

Una Madonna, bastante antigua, y del estilo flamenco que tanto gustaba a su abuelo, según oyó decir tantas veces don Fernando a su padre, los contemplaba desde el centro de la habitación. Era un tríptico que su familia atesoraba desde hacía muchos años. Al heredarlo de su padre, lo colocó en la estancia donde estaba la pequeña biblioteca. A diferencia de otras grandes casas, la de sus padres nunca estuvo jalonada de multitud de imágenes religiosas, por lo que a ésta le tuvo gran cariño desde pequeño. La tabla central contenía una hierática imagen de Nuestra Señora, con la mirada baja y serena, y que sostenía a Nuestro Señor, que, aún Niño, ya su cara insuflaba la paz propia de Pastor de Almas, a la vez que, con su pequeña manita elevada hacia el cielo, señalaba Su Divina procedencia. La Virgen llevaba un mantolín de un azul intenso, demasiado para los tristes tiempos que corren, pensó don Fernando. Al fondo de la estancia que representaba en el cuadro, había un gran ventanal, por el que se veía una ciudad en llamas. ¿Sería la Ciudad? En las hojas laterales del tríptico, dos arcángeles, uno blandiendo una espada llameante y otro soplando una trompeta parecían resumir la escena que había tenido lugar en la noche anterior y que acababa de relatarle don Luis Zúñiga. Mediante el asesinato de don Carlos, le avisaban de lo que podía acercarse. Pensaba que al cuadro le faltaba una hoja en la que se reflejara el último día por el que había pasado don Fernando: el conocimiento del robo, el encargo de la resolución del suceso, la peste de Ambrosio, la visita al Cabildo Catedral, el horrible relato de Bartolomé, y ahora esto. Pensaba en esos retablos en los que se representaban múltiples episodios de la vida de Jesucristo, y en los cuales podría encajarse éste que había sido al menos su penúltimo día de vida. Vióse tan cerca de la blasfemia que espantó sus pensamientos y se volvió hacia don Luis, ya reconfortado con algunas viandas, que todavía permanecía en el aposento. Decidieron mandar una nota de condolencia a la familia, con dos alguaciles del Cabildo y un secretario. Si don Carlos Cegarra sabía quiénes eran los sacrílegos ladrones seguro que tenía mucha más información que la que ahora disponía don Fernando. No sabían si el Deán había informado a la Audiencia de la desaparición del Cristo. Hoy habría Cabildo, así que será una buena oportunidad para preguntar a don Diego –La Madonna lo miraba complaciente, sumida en una plácida eternidad demasiado distante para él, en una paz que chocaba con la ciudad que al fondo del cuadro ardía. Quizás alguien, en algún lugar, también sonreía ante la Ciudad destruida.

Durante el Cabildo las caras eran largas y sombrías: no había día que no se cerrara con menos de dos mil muertos. A la mañana siguiente comenzaba la recogida de nuevos cuerpos en los hospitales, en las casas o en las calles, para llevarlos a los carneros donde se cubrirían de cal, soledad y anonimato. Se discutieron los tantos problemas que aquejaban a la Ciudad, y que se amontonaban cada día que pasaba, como la basura en las murallas. Los nueve Fieles Ejecutores encargados de la limpieza apenas encuentran poyatos que se encarguen de acarrearla fuera de la Ciudad. Más allá de la muralla los Guardas de las Inmundicias no gustan de salir a vigilar que no se creasen muladares aquí y allá que no sean los acordados, pues traspasando los límites es grande la mortandad que se ve, con cuerpos pudriéndose en cualquier sitio. La gente teme más al aire que lo inficiona todo que a la autoridad y las multas, y en cualquier calle la basura todo lo llena. El Veinticuatro Jerónimo Pinelo de Guzmán, designado como diputado de la peste, explicó cómo en la calle que sale de la Puerta Real hasta el río se había formado un muladar tan grande que la vía se había cerrado al paso pues era necesario trepar por el murete de inmundicias para recorrer toda la calle. Otros llamaron la atención sobre estercoleros que aparecían en cada collación. Y si bien

no era menos cierto que la suciedad y los despojos existían por doquier antes de la peste, gran causa de la porquería que ahora se veía en la Ciudad constaba que era debida a que hubiese menos poyatos vivos para limpiar los muladares. Y los basureros seguían creciendo, con ratas campando a sus anchas por las calles.

El pan escaseaba, hasta hacerse casi imposible de encontrar, por haber cerrado además los pocos hornos que había. Frutas y verduras se encontraban en los huertos que la rodeaban, pero el trigo y otros cereales se traían de municipios algo distantes y el comercio se hallaba completamente detenido, como los telares, y las industrias de cerámicas y fábricas de armas. Con ello, la ley que obligaba a entrar pan por el mismo valor que tuvieran las mercancías sacadas de la Ciudad quedaba inútil por completo. Nada se vendía y nada se compraba. El muelle estaba parado, dado que parecía ser el lugar por donde entró la peste; no en vano fue el barrio del Arenal en el que primero se detectaron apestados. La Ciudad estaba, por tanto, aislada y condenada a comer aquello que se cultivaba dentro. Nada. Y había días en que hasta el agua escaseaba en algunos barrios como la Alameda o San Lorenzo, así como en muchos conventos como el del Valle o San Basilio. Pues siendo malo el estado de las tuberías que traen agua desde la Fuente del Arzobispo, dependíase de los azacanes contratados para traerla a la Ciudad. Pero eran muchos los acemileros que habían muerto por las pestilencias. Y contábase que el puente del arroyo del Repudio, en la misma Fuente, allá siguiendo el camino de Carmona, estuvo cortado dos días por los varios cuerpos de apestados que allí quedaron sin que nadie pudiese retirarlos.

Los miembros del Cabildo que formaban la Junta de Salud se encontraban abatidos. José Campero, Alférez Mayor, que había organizado junto con varios Veinticuatro y algunos de los alguaciles de a caballo una limpieza masiva de la Ciudad, no daba crédito a la velocidad con que la basura y la inmundicia volvían a tomar las calles. Se hicieron unos repartimientos, de manera que cada collación encargara y remunerara debidamente a algunas personas que retiraran la basura hasta los quemadores estipulados. Pero con la Iglesia habían topado. Los conventos, algunos de los cuales sobrepasaban con holgura el centenar de residentes, no se acogían a lo dispuesto, y amontonaban tal cantidad de restos, que algunas de las calles cercanas se volvieron intransitables de puro hedor. Por allí las ratas tenían su casa. Y siendo cosa propia de la Ciudad este hacer cada uno de su capa un sayo, nada podía reprochárseles. Jerónimo Pinelo de Guzmán y Gonzalo de Saavedra, Veinticuatro de la Junta de Salud discreparon largo rato acerca de las medidas a emprender para con los que desobedecieran los mandatos, teniendo en cuenta la extrema situación en que se hallaba la Ciudad. Al final, como bien apuntó el Jurado Diego de Ojeda, el resultado de los pocos procesos iniciados era que se multaba a las collaciones más pobres, por cuatro sacas de excrementos descarriadas, mientras que la Iglesia, y algún que otro palacio de rancia hidalguía, salían indemnes a pesar de crear enormes cerros de pestilencia. Y hubo por ello sus más y sus menos, porque todos sabían de quién se trataba, y que, a fin de cuentas, todos esquivaban a la menor oportunidad la ley que ellos mismos habían impuesto.

Terminada la Junta de Salud, quedaron aparte los Veinticuatro don Fernando y el referido Zúñiga, signo inequívoco para el Asistente don Diego de que algo se había cocido en el asunto de la desaparición del Cristo de San Agustín. La escalera de piedra subía empinada, dejando a ambos lados salidas a largos pasillos donde, en diversas estancias, Alcaldes, escribanos, Jurados, secretarios, Alféreces y demás prohombres del Concejo administraban, para bien o para mal, la Muy Noble y Muy Arruinada Ciudad y sus mermados bienes. En cada rellano, unos grandes ventanales daban a la conocida Plaza de San Francisco, aunque sólo parte del Convento del mismo nombre quedaba visible por estar tapados dichos miradores por gruesos cortinajes de

color carmesí, y otros tantos tapices y colgaduras de las Casas Consistoriales. Podía ver la gran fuente, a la que llegaba el agua desde los Caños de Carmona, ejemplo vergonzante de cómo, incluso delante de las mismas autoridades, las ordenanzas no se cumplían. En ella podía ver el Veinticuatro a algunos gallegos recogiendo agua en cántaros para llevarla a los barrios donde ésta no llegaba. Varios mozos se ocupaban más de espantar los muchos mosquitos que había que de lavar la ropa recién tintada en un gran charco inmundo que se había formado. La atarjea que debía encauzar este charco hediondo hasta la Laguna de la Mancebía estaba cortada, y la poza iba llenándose de agua putrefacta. Donde un día cualquier podían juntarse decenas de personas, don Fernando pudo contar solo seis alrededor de la pila más famosa de la Ciudad, tal era la mortandad que había.

Subieron hasta la última planta, donde se amontonaban viejos legajos, carpetones y libros de cuentas del Cabildo. Muchos de ellos eran de los tiempos de la Conquista por el Rey Fernando, y habían acompañado el hasta ahora próspero devenir de la Ciudad, primero en la antigua sede del Cabildo, en el Corral de los Olmos, frente a la Puerta de Palos de la Catedral, y ahora en el Convento Casa Grande de San Francisco. El Conde de la Puebla los hizo entrar en una estancia que parecía avejentada. Estaba al final de un pasillo largo donde apenas había tránsito de personas y podían estar alejados de cualquier oído. Aun así, varias veces salió para comprobar que nadie espiaba. Salía y, como diría don Fernando, más que mirar casi olisqueaba el pasillo a uno y otro lado. Y sólo cuando estaba seguro de que no había nadie volvía adentro y cerraba la puerta.

Quedó el Asistente don Diego gravemente impresionado por los hechos relatados por don Luis Zúñiga, pues, aunque suponía que la Audiencia debía estar al corriente, ya que tal intención le había sido referida por el Deán, el hecho de desconocer que uno de los Alcaldes del Crimen había sido designado para tal cometido, y que, más aún, había llegado tan lejos en su investigación, no dejaba en buen lugar sus relaciones con la Audiencia ni con el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral.

Al término de la reunión, el Asistente don Diego le aseguró que intentaría averiguar de Velarde, el presidente de la Audiencia, cuanto fuera posible al respecto. Concertar otra reunión con el Deán o el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral era complicado, pues generaría un cierto sentido de desconfianza. En cualquier caso, en la función del domingo es probable que pudieran hablar con él durante algún tiempo.

Don Fernando tenía la tentación de no hacer nada hasta saber realmente qué había ocurrido. Si no me han matado aún es porque no sé nada relevante, bullía en su cerebro. Aunque no necesitaba esa pista para descubrir que no tenía ni el más mínimo indicio. ¿Dónde había buscado don Carlos Cegarra para llegar a la solución tan rápido? Lo más juicioso quizás era ir a la casa de la familia de don Carlos, y tratar de saber dónde había estado los últimos días.

El sol del mediodía le quemaba el cuello con tal fiereza que sentía incluso dolor. Reverberaban sus rayos sobre la cal con una brillantez inusitada, tanto que mirar al cielo azul representaba un descanso para sus ojos. Solo, en medio de la Plaza de San Francisco, miró a su alrededor. Las pocas gentes que veía caminaban ajenas a la pestilencia. O eso parecían. Advirtió sin embargo algunos pequeños detalles: dos caballeros andaban apenas disimulando un ligero embozo, en un intento inútil de no aspirar los miasmas que quebrantaban ánimo y salud de los ciudadanos. Una mujer llevaba a su hijo de la mano y tiraba de él llevándolo en volandas. Percibió don Fernando

que, en un instante en que la madre se volvió para apremiar el caminar del pequeño, estuvieron a punto de chocar con una anciana que andaba penosamente. Al levantar la mujer la cabeza dio un grito y saltó a un lado tirando del muchacho con tal fuerza que ambos fueron a caer al suelo. La anciana se dirigió a ellos tratando de disculparse, pero la mujer apenas la miró, levantó al niño y salió corriendo sacudiéndose la ropa y tentándose todo el cuerpo. La peste se había instalado en el espíritu de los habitantes de la Ciudad. Apesadumbrado, subió por las calles Papeleros y Polayneros hasta la iglesia del Salvador y llegó a la Plaza del Pan, donde ya no se encontraba nada más que cera. Era uno de los pocos negocios que, lejos de arruinarse, había prosperado algo. Todos se apresuraban a comprar velas con las que hacer ofrendas o participar en la multitud de procesiones que tenían lugar en las diversas collaciones. Llegaba el mes de junio y con él una explosión de júbilo sacramental solía sacudir la Ciudad un año normal. Olía a juncia y a romero, bien era cierto, aunque por motivos distintos. Si doña Teresa Henríquez levantara la cabeza... Con estos pensamientos entró don Fernando en la cerería y compró varios cirios pequeños. Con ellos en la mano, doblándose por la fuerza irreductible del sol, se dirigió a la casa de don Carlos Cegarra.

Buscando las refrescantes sombras advirtió por vez primera el gran error de construir grandes plazas en la Ciudad. Demasiado amplias para ser entoldadas o para gozar de la sombra ofrecida por la arquitectura, eran, la mayor parte del año, una tortura para el viandante. Prefería por ello callejear por el entramado de estrechas vías apenas cubiertas por terrizo o pequeñas piedrecitas. Así llegó hasta casa de los Cegarra, en la calle del Naranjuelo, que va desde la Plaza del San Lorenzo hasta la de La Gaviria. A los golpes en el portón respondió una voz desde una ventana:

—¿Quién llama a esta casa, desconocedor de la desgracia que en ella mora?

—Don Fernando Núñez de Medina, Veinticuatro de la Ciudad. Entiendo que son unos momentos de dolor y retiro y ruego disculpen vuestas mercedes mi incorrección, pero es preciso que hable unos momentos con la señora de Cegarra.

—La señora no puede recibir a nadie —respondió la voz—, está abatida desde que conoció la noticia del fallecimiento del señor. Ha rogado que no la molesten.

—Y no la molestaré, si ése es su deseo. Ahora bien, ¿podría hablar con el cochero de la familia o con algún otro sirviente que tuviera estrecho contacto con el señor? —Al silencio sobrevenido siguió el ruido de la puerta al abrirse. Un criado mulato, muy mayor, le preguntó desde dentro.

—¿Qué desea tan ilustre caballero? —Don Fernando reconoció la misma voz que le había hablado desde la ventana.

—El Cabildo de la Ciudad entiende que el asesinato de un Alcalde del Crimen representa una ofensa a la Ciudad, y dada la gravedad de los sucesos se me ha encomendado la investigación de los hechos, con el fin de detener a los culpables y ajusticiarlos como es debido —mintió con descaro, pero suponía que de otra manera no sacaría nada en claro—. Desearía poder hablar con el cochero, para conocer los sitios que ha frecuentado en los últimos días, y qué visitas ha recibido en la casa. —La mirada ausente del mulato desde la oscuridad del portal le hizo pensar que no había entendido nada. Le interrumpió el criado en sus divagaciones—:

—El señor murió de peste bubónica anoche mismo, y ha sido llevado al carnero de San Sebastián esta mañana temprano. Tampoco el cochero se encuentra. Ha ido a llevar las ropas del

señor a quemar.

El que no entendía nada ahora era él. Cuando notó que la mandíbula le colgaba más de lo deseable, y que había transcurrido un tiempo suficiente como para generar una situación con certeza vergonzante para su posición, rebuscó en su mente una salida y preguntó al mulato si conocía cómo habían transcurrido los últimos días del señor Cegarra.

–El señor hacía la vida que se exigía a su posición. Se ausentaba a menudo para atender los asuntos de la Audiencia. Creo recordar que la tarde antes de que el Señor Nuestro Dios se lo llevara a su seno, decidió ir a la Iglesia a confesar. Quizás algo se barruntaba, pero sano como estaba nadie en la casa podía imaginarse este desenlace.

–¿Y podríais decirme a qué Iglesia fue?

–Sin duda al Convento de San Agustín, pues era el señor un gran devoto del crucificado. – El mulato lo miraba: si las mismas pesquisas se dedicaban a cada muerto por la peste serían necesarios no Veinticuatro caballeros sino Veinticuatro cientos.

Balbuceó don Fernando una vaga excusa y se marchó. Un apestado que vive en su casa y tiene fuerzas suficientes para hacerse acompañar de su cochero hasta el Convento de San Agustín, sabedor de que necesita confesión. Horas más tarde don Luis Zúñiga lo encuentra acuchillado en plena calle. A la mañana siguiente en su casa afirman que ha muerto de peste y ha sido enterrado en un carnero. Lo único que sabía era que, si había alguien que desconocía todo lo concerniente al robo del Cristo, ése era, con toda certeza, él mismo.

Comió en su casa a hora tardía, solo en las cocinas como a veces gustaba de hacer. María le preparaba algo como cuando era niño, y de igual manera le reprendía con cariño por llegar tarde a comer. La escasa afición que tenía el Veinticuatro a hablar de sí mismo le hacía difícil de conocer. Solo María sabía advertir, tras años de verlo crecer, que cuando don Fernando rumiaba pensamientos sin abrir la boca durante horas, era que algo pasaba. Y así lo contemplaba ahora, con la mirada perdida, preguntándose si no había sido un sueño el asesinato de Carlos Cegarra.

Teniendo en cuenta cómo se está desarrollando todo, que los agustinos sean los propios ladrones no sería extraño del todo. Iba siendo necesaria una entrevista con el Prior sin la influencia del Deán, ni del Asistente, ni del Presidente de la Audiencia ni de nadie.

Ya caía la tarde cuando don Fernando decidió salir hacia el Convento. Cruzó por San Esteban, y frente a la misma iglesia, una pila de ropas y muebles ardía con gran estrépito. Dos hombres sacaron algunos trastos más en un viejo baúl y lo echaron todo al fuego. Al pie de la hoguera un niño vestido sólo con unos calzones, miraba atento la danza del fuego. Habiendo preguntado don Fernando a los dos peones, tuvo conocimiento de que toda la familia del pequeño había muerto. Tenían buen negocio en un taller de cerámica, con horno propio, donde según parecía se habían ido contagiando unos a otros. El menor, demasiado pequeño para trabajar, había escapado de la peste.

Unos se quedaban sin hijos, como Bartolomé el pintor, como Gaspar el estibador del puerto, y otros se quedan sin padres. Como las hormigas cuando su hormiguero es desenterrado, las gentes iban de un lado para otro, buscándose y chocando entre sí, y continuando el camino en pos del padre o del hijo perdido. Como las hormigas, no parecían atender la reconstrucción del hormiguero, sino que, enloquecidas por el desastre, vagaban sin sentido. El niño no parecía afectarse del enorme calor que despedía la hoguera. Podía tener cinco, seis, quizás incluso ocho



años. Carne de convento, pensó don Fernando. Sentado sobre el suelo, con los brazos rodeando las rodillas, ajeno a la nueva vida que se le había aparecido de forma repentina.

Prosiguió su camino mientras por el Muro de los Navarros tres mendigos treparon por un montón de basura, que hacía las veces de puente, para pasar la muralla de un lado a otro. Don Fernando, prefirió andar hasta la Puerta de Carmona.

El Prior del Convento se sorprendió al verlo. Aunque don Fernando ya le advirtió de su interés por visitarlo durante la entrevista de la que fue testigo el Deán, el hecho de que ésta se produjera de manera tan informal, tan sorpresiva, había descolocado un poco al viejo Prior, tan acostumbrado a la rectitud conventual.

–¿Querrá vuesa merced visitar la Iglesia?

–En primer lugar preferiría la biblioteca. Los ladrones irían allí primero. –Antecedido por el Prior, pasaron al patio porticado. En él pudo ver don Fernando a un grupo de monjes, hablando en voz baja, cuya implorante mirada relacionó con la ausencia de su amada reliquia.

–El hermano Matías ha salido a ayudar en las huertas y no podrá atenderle. Son días en que hemos de repartir nuestras escasas fuerzas en muchos quehaceres –el hábito negro, la luenga barba y el aspecto beatífico hacían imposible tener porfía alguna con el Prior.

–¿Ha entrado la peste en el Convento, Padre?

–Gracias al Altísimo apenas ha muerto alguno de los hermanos que salían a los caminos a socorrer necesitados. Pero hemos tenido enfermos durmiendo en el Convento. –No le resultaba extraño a don Fernando. Casi todo lo que los frailes comían lo producían ellos mismos. Incluido el ganado que pastoreaban. De igual manera, salían poco al exterior y menos aún eran los que penetraban en él. Salvo que fueran a llevarse el Crucifijo, claro. Saber que estaba en un sitio libre de los efluvios infectos le había devuelto el buen humor.

Por una escalera de piedra subieron al primer piso, dando a una galería porticada cuya balconada daba al patio. Tomaron otro pasillo que se adentraba en el convento, flanqueado por varias puertas que permanecían cerradas. Llegaron hasta el fondo y un pesado portón de madera se abrió sin rechistar al girar en su cerradura la enorme llave que llevaba el Prior. La puerta estaba cerrada porque hacía años que solo trabajaba aquí el bibliotecario. Era una gran estancia, con amplios ventanales hacia un huerto sito en la parte de atrás del convento. Los anaqueles estaban repletos de libros, aunque algunos sostenían carpetas con legajos sueltos. Los volúmenes se apilaban en buen orden según pudo advertir por la ausencia de polvo. Leyó algunos de los títulos: Atlas Universal de Diego Homem, una Genealogía de Cristo, el Libro de Oración de Alberto de Brandenburgo, Libro de los Medicamentos Simples y de las Hierbas que los contienen, un Salterio Glosado con una encuadernación que se antojaba primorosa desde fuera, el Theatrum Sanitatis, seguro de gran utilidad estos días. Sin duda la persona que cuidaba de estos tesoros, lo hacía con gran esmero. Le llamó la atención un hueco que resaltaba en el estante donde estaba colocados con mimo tan preciados títulos. El Prior lo notó:

–De ahí tomaron el Libro del Vergel de Oración y Monte de Contemplación de nuestro Amantísimo Hermano Alonso de Orozco, como ya le conté en la reunión con el Deán.

–¿Y el resto de los volúmenes? No quisiera desmerecer a su eminente hermano, pero aquí hay libros que podrían tener más valor. ¿No falta ninguno más? ¿Lo han revisado todo?

–No hizo falta. El hermano Matías, el encargado de esta estancia y su contenido, supo

enseguida lo que faltaba. Todo está tan ordenado que desde el primer momento advirtió la ausencia del libro. Y de entre los más renombrados ninguno más hemos echado en falta. Si vuesa merced lo deseáis podemos bajar a la Iglesia y charlar con el hermano Cipriano, que aún vive con el susto en el cuerpo.

El aspecto de la Iglesia era conmovedor. La falta de la Sagrada Imagen de Cristo Nuestro Señor la dejaba huérfana, sin sentido. A pesar del resto de los ornamentos, de las velas y sus candelabros, del retablo y sus columnas doradas, de las colgaduras, de los mármoles de la mesa del altar, de las capillas y de la imagen de San Agustín, a pesar de que todo seguía en su sitio ya no parecía un recinto sagrado. El altar vacío, sin la Cruz que portaba al Santo Cristo, engullía cualquier halo de espiritualidad que pudieran arrojar el resto de los objetos de la Iglesia, hasta convertirla en algo parecido a un almacén de inútiles desechos de ornamentación religiosa. El hermano Cipriano volvió a contarle al Veinticuatro todo lo que había pasado. Le mostró el sitio donde estuvo amordazado, que era donde se hallaban las tumbas de anteriores Duques de Arcos, pues eran los Ponce de León grandes benefactores del convento, y cómo no había podido hacer nada por evitar crimen tan alevoso. Pero de todo el relato, lo más interesante fue no la destreza y finura con que desasieron la imagen con su cruz del altar, o la forma de envolverla en lienzos. Sino cómo entraron en la Iglesia. Según contó el hermano Cipriano, le abordaron al salir de la Sacristía. Esa puerta daba a la calle, ya que existe otra que lleva directamente hasta el Convento.

–Hermano Cipriano, ¿iba a la calle a esas horas?

–No. Debe saber vuesa merced que la puerta estaba abierta y fue cuando me disponía a cerrarla que fui abordado por los tres embozados.

–Y esa puerta ¿suele estar abierta?

–La puerta suele estar cerrada y las llaves están colgadas aquí mismo en la Sacristía, donde vuesa merced las puede ver –dijo el monje señalando un aro enorme con varias llaves ensartadas–. No sé ni quién la abrió ni por qué. Es probable que alguno de los hermanos que tuvo que salir tras la Misa de Sexta lo hiciera por aquí, aunque no es habitual, y por ello olvidara cerrarla.

En la puerta del Convento, se despidió don Fernando del Prior y de Cipriano de Utrera, lamentando no haber podido hablar con Matías, algo que sin duda intentaría hacer en las próximas jornadas. La caída del sol pintaba de naranja las paredes del convento, ahondando el contraste con los negros hábitos de los monjes, y el campo que se extendía a su espalda, donde unos pocos toros negros, echados en el suelo, dando los últimos mordiscos de la tarde a unas hierbas.

–Fray Severo, comunique a todos los hermanos que el Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad hará todo lo posible porque el Cristo vuelva al Convento –dijo el caballero con menos convencimiento del que la ocasión merecía.

–Mire don Fernando –respondió el Prior–, le recordaré una historia que seguro sabe. Cuando la imagen del Cristo de San Agustín vino de las Indias, lo reclamó para sí el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, y como las autoridades no se pusieron de acuerdo sobre quién era el poseedor, fue dispuesto que colocaran la imagen sobre cuatro caballos y que fuera la intercesión divina la que guiara a los animales. Y cuál no fue la sorpresa de los monjes que presenciaron tan extraño juicio, pues los caballos, una vez dispuesta y bien amarrada la talla, tomaron sin dudar el camino que los conducía al convento, con lo que quedó resuelto el litigio. Ahora rezamos de

nuevo todos los hermanos para ver devuelto al Cristo de San Agustín, y tenemos tanta Fe en el Altísimo que esperamos que así sea, aunque venga de nuevo en cuatro caballos.

Le entregó el Veinticuatro al Prior los cirios que había comprado esa misma mañana, que, si bien no eran de un grosor excelente, sí representaban para el anciano Prior un reconocible rasgo de que el Veinticuatro era una persona piadosa, lo que le infundía no poca confianza. Se disponía éste a darle sus bendiciones cuando don Fernando le dijo:

–Fray Severo, una mitad de estos cirios son míos, pero la otra es de don Carlos Cegarra, Alcalde del Crimen. Ayer cuando estuvo aquí olvidó entregárselo y me ha pedido que lo haga yo en su nombre–. El anciano le miró desde la lejanía de la edad, se mesó la barba y habló:

–¿Don Carlos Cegarra? Le apreciamos mucho en el Convento. ¿Vino ayer dice vuesa merced? Quizás ande yo desmemoriado, ya sabe, achaques de la edad de este pobre fraile. Pero me da que hará una semana que no viene... Si quiere que le diga la verdad, pondría la mano en el fuego a que el último día que asistieron él y su señora a la Santa Misa fue el día que se llevaron la imagen de Nuestro Señor.

## CAPÍTULO V

**Jueves, tres de junio de 1649. Festividad del Corpus Christi.**

Leonor no había dormido durante toda la noche. Era una mujer piadosa y devota como pocas, y rezar con asiduidad le servía para llenar el tiempo y calmar los temores. Las catástrofes que se habían cernido sobre la Ciudad en los últimos meses daban para muchos rezos y poca paz. Pero no eran éstos los temores que le azotaban el alma. Tratando de conciliar el sueño había contado todas las rondas de alguaciles de la noche. Éstas habían disminuido por la gran mortandad, y con las ventanas cerradas el sonido le llegaba muy lejano. Pero aun así le había servido para pasar las horas. Había sentido cómo don Fernando también pasaba las horas en vela. Preguntado por la razón, le respondió en voz baja:

–Cosas de la Ciudad –y ambos se daban la espalda esperando que los venciera el sueño.

Leonor era una mujer de buena casa. Su padre, don Francisco De la Vega, fue durante años Fiel Ejecutor del Cabildo de Justicia y Regimiento. Murió ostentando el cargo y sin hijos, con lo cual no pudo dejarlo en heredad, como algunos acostumbraban. Ella, morena, delgada, alta, con la piel blanca, tenía una expresión permanentemente graciosa en su cara, hasta el punto de que los que la conocieron decían que era de pensar que se reía de uno, y que acababa por sacar de las casillas el no saber cuál era la causa. Tenía otras tres hermanas, de las que poco puedo decir. Como ha quedado dicho, era católica fervorosa de antiguo, y hubo gran disgusto en la familia suya cuando, un año después de desposar con don Fernando, se tuvo conocimiento del caso de los Alumbrados.

Fue de tales proporciones el escándalo que durante meses no se habló de otra cosa en la Ciudad. Yo no había nacido y lo que les refiero ha sido oído de muchas bocas distintas, las unas indulgentes y las otras maledicentes, y como yo ni creo ni dejo de creer todas o ninguna, plasmaré aquí lo que oí. Era el año de 1624 y andaba la Santa Madre Iglesia preocupada pues muchos eran los escándalos de los Alumbrados. Quietistas, Iluminados, Dejados, Recogidos, santos algunos, herejes la mayoría, pululaban por doquier en la Ciudad desde hacía casi diez años, anatematizándose unos a otros pese a los notables parecidos que había entre ellos. Y muchos vivían incluso en casas de gentes nobles, que son tan supersticiosas como las que tienen por todo almuerzo la cáscara de una naranja. Eran muchos de éstos embaucadores que con adornada palabrería tomaban amistad con algunas de las mejores familias, dando éstas cobijo a profetas de mal pelaje que les prometían poco menos que un sitio a la derecha de Dios Nuestro Señor, luciendo simulados estigmas y sufriendo numerosos tránsitos a un éxtasis tan falso como un maravedí de corcho. Y así, muchos anunciaban el Apocalipsis en las calles y plazas, y llamaban a dejarse ir a la voluntad del Altísimo, y a no rezar ni tener actitudes que reflejasen hacia el exterior la virtud interna, y dio lugar a que grupos de estos Alumbrados, sin más pudor que el de unas cabras, yacieran todos con todos. Y por ello no entiendo yo que algunos les dieran el nombre de Quietistas, cuando estar quietos era la única virtud que no poseían estos herejes. Y así fue como, cuando no eran Alumbrados, eran los Recogidos, y si no los Dejados o los Quietistas, pero entre todos tuvieron entretenido al Santo Tribunal de la Inquisición durante muchos años, cuando ya no quedaban muchos moros ni judíos a los que convertir y en las mazmorras del Castillo de San Jorge en Triana se pudrían las cadenas de la falta de uso.

Fueron asimismo interrogados decenas de ilustres personajes de la Ciudad, aunque a algunos su posición les salvó de ocupar un indigno lugar en la pira que les tenían preparada. Y así fue el caso de doña Isabel, la madre de don Fernando Núñez de Medina, nuestro Caballero Veinticuatro. Contaron algunos que había recibido varias visitas de Catalina de Jesús. Era esta Catalina mujer de mucha labia, poco dada a verdades, y ganaba de esta manera las voluntades. Contaba, y muchos la creían, que descifraba el futuro en los naipes, y que era gran hacedora de pócimas y ungüentos, y que encendiendo unas velas era capaz de hacer caer en desgracia a unos o llevar una vida de riquezas a otros, dependiendo de si las velas eran negras o eran blancas. Y tuvo, según contaron en aquel tiempo, tal amistad con doña Isabel que incluso la hizo entrar a su casa para que mostrara sus prodigios a otras nobles damas de la Ciudad. Algunas de éstas, además de nobles, eran de lengua rápida, y al decidirse la Iglesia a acabar con aquel feo asunto y comenzar los interrogatorios, muchas de estas señoras largaron con facilidad. Largar no de marcharse, enténdanme vuestas mercedes, sino largar de ensañarse con alguien usando el blando puñal que tenemos dentro de la boca y que en la Ciudad se usa con tanta facilidad como destreza. De la tal Catalina no recordaba mucho don Fernando, y de las pesquisas de los dominicos solo resultó una carta de amonestación, dónde se les exhortaba a mantener la recia actitud cristiana que de estirpe de tal raigambre se esperaba.

En la familia de doña Leonor De la Vega, que, como se ha dicho, cuando estos hechos se sucedieron llevaba un año casada con don Fernando, hubo grande estupor, en especial en doña Sebastiana, madre de Leonor. Y se dio incluso un distanciamiento entr ambas buenas familias. Esto resolvióse con la asistencia de todas las hojas de estas dos ramas del árbol de la Ciudad a la Novena de Nuestra Señora de los Reyes, y al Auto de Fe que contra los Alumbrados tuvo lugar y allí aguantaron los Medina calores y colores para lavar su buen nombre, pues si bien no eran por sí de muy piadosa tradición, no es menos cierto que católicos de verdad nacieron y como tales murieron. Así fue que hubo grande escándalo cuando tuvo lugar el gran Auto, donde muchos de estos Alumbrados fueron enjuiciados para mayor gloria de la única religión verdadera.

Superado este disgusto causado por la maledicencia, fue tal la felicidad de la pareja, que se sucedieron los nacimientos, y así vinieron al mundo los cuatro hijos de doña Leonor y don Fernando: Juana, Fernando, Diego e Isabel. doña Isabel, la menor de todos, tomó los hábitos en el Convento de Santa Inés. Mientras que Diego marchó a Roma, donde estudió Teología y dicen que es hoy reconocido Cardenal de los preferidos de Su Santidad. Y aunque bien es cierto que tales inquietudes espirituales fueron infundidas por doña Leonor, no mentiría si dijese que don Fernando, aunque más apegado a lo terreno, defendió las vocaciones de sus hijos como suyas propias.

Aquella mañana Leonor inició la rutina habitual: se frotó el cuerpo con hojas de romero y laurel y se enjuagó la cara con agua fría, pues no quería sufrir de lombrices. La criada que le trajo ropa limpia preparó de nuevo la cama con impolutas sábanas, pues no había mejor protección contra las pestilencias que tener siempre camisa y cama lavadas. Le ayudó primero con el corpiño, luego con la basquiña y el faldellín. La saya, en verde oscuro, profusamente bordada, reposaba sobre el verdugado dejando expuesta una cintura de orfebrería sencilla, que descendía por delante como un pico enriquecido. Leonor revisó en el espejo el escote alto, cerrado con el collar y rematado con el cuello de lechuguilla. Desayunó de forma austera, como desde hacía semanas, un trozo de pan untado con manteca y una jarra de leche, y se retiró a rezar en la capilla que tenía la casa.

La Procesión de la Festividad del Corpus Christi se haría por la tarde porque la

mortandad había sido tan grande entre los mozos que no hubo quien pusiera los toldos que son para resguardarse de los rigores de sol. Y que los que podían dedicarse a tal menester, por las mañanas se hallaban llevando a los difuntos a enterrar a los carneros que había extramuros.

El día se presentaba, pues, mucho más luctuoso que lo que dicha fiesta significaba para la Ciudad. Y lo mismo ocurría en la mente del Veinticuatro. Los acontecimientos del día anterior lo mantenían en un constante ir y venir de ideas, siempre las mismas, que topaban con la ausencia total de pruebas tangibles. Al menos era consciente de que algunos sabían o habían sabido mucho más que él, y que eso le había costado la vida. Fue donde tenía un viejo baúl con cosas de su padre. Había en él, además de varios pares de espuelas ricamente adornadas, una pistola que no funcionaba, dos espadas herrumbrosas, y una daga con la empuñadura dorada y enriquecida con piedras de colores. La hoja brillaba como recién bruñida, a pesar de que hacía varios años que nadie la limpiaba. Su padre le había contado decenas de veces que había pertenecido a su abuelo, que la había ganado a un turco, un general o lo que fuera dentro de la morisma, aunque era historia difícil de creer pues era de hoja recta y corta, no alargada y curva, como gustan de usar los hijos de Mahoma. Tomó don Fernando la daga, con su rica funda, y la abrochó de manera que quedara el arma a su espalda, oculta con la capa que, a pesar de ser corta por estar en tiempo de calores, le servía para este menester.

Un aluvión de recuerdos venía a su mente. Recordó las historias que le contaba su padre, y que algunas eran tan antiguas que trataban la conquista de la Ciudad y cuánta lucha hubo en ello. Gustaba de oír de su boca relatos de las campañas en Europa, a campo abierto contra los protestantes, y aquellos otros en los que había barcos, y turcos, y abordajes, y algunos perdían una mano o un pie, y allí en alta mar quedaban hasta que eran socorridos, con lo que la mortandad era aún mayor. En esto andaba su cabeza cuando recordó que hacía ya algún tiempo que no visitaba a su madre, que estaba retirada con unos pocos sirvientes en la casa que la familia tenía en Villanueva del Ariscal, de lo que resolvió ir a verla esa misma mañana.

La última vez que habló con ella fue cuando la riada de abril. Las murallas y las puertas calafateadas aguantaron el envite del río en la puerta de la Almenilla, aunque acabó por entrar por el Arenal. El agua saltó también por los husillos llenando a la Ciudad desde dentro en las zonas más bajas. Se anegó de tal manera que pozos negros y otras lagunas putrefactas mezclaron su contenido con el de la lluvia que caía, formando inmundos charcos que emponzoñaban el ambiente con su hediondez, dispersando quién sabe qué nocivos miasmas. Cuentan que en la Alameda el agua brotaba a chorros de los propios albañales hacia fuera, desbordándola con tal rapidez que la gran mayoría de las chozas que allí había fueron destruidas en los primeros momentos de la riada. En algunos sitios el agua destruyó enterramientos hasta el punto de que cadáveres sepultados hacía ya tiempo flotaban junto a los ahogados y aquéllos a los que su propia casa los había aplastado al sumergirse en la Ciudad inundada. Fue tan trágica la situación que hasta los miembros del Cabildo Catedral asistieron en barcas a aquellos que tenían que huir de los improvisados refugios que encontraron en los techos de sus casas. Aunque la calle Santiago, donde vivía don Fernando, no se anegó por completo, sí encauzó agua suficiente para que el maloliente limo la pavimentara al bajar las aguas. La fetidez era tal que no se podía pasar por ella: comida y tripas de los animales descomponiéndose, aguas sucias provenientes de pozos reventados, restos de todas clases tapizaban la calle haciendo difícil incluso andar. El aire inficionaba el ambiente y todos querían huir para evitar las temibles cuartanas. Algunos hombres se ofrecían a pasar a las personas de un lado a otro, cargándolas sobre su espalda. Muchos habían ganado dinero haciendo esto durante las inundaciones. Los Medina no tenían necesidad de ello, sus criados cargarían a doña Isabel. Una

vez que se retiraron las aguas de toda la Ciudad y los carros la recorrían, o al menos los sirvientes cargaban sin más problemas una silla de mano, la señora empezó a meditar la idea de irse a la casa que la familia tenía en Villanueva. Había vivido la terrible inundación de 1626 y no quería repetir la visión constante de una Ciudad cubierta de cieno tratando de ser reconstruida por unos habitantes que eran conducidos ineluctablemente a la muerte por el tabardillo. La señora, anciana ya, había seguido residiendo en la casa donde había vivido toda la vida con su marido don Francisco Núñez de Medina, Conde de Torcina, casa que, con el título, había heredado don Fernando a la muerte de su padre. Pero ahora, los sentimientos habían dejado paso a un pragmatismo que sólo da la desinhibición que provoca la vejez. Se iría a Villanueva. Y esa fue la última vez que don Fernando la vio. Un rato a caballo le vendría bien para poner las ideas en orden.

Venancio ensilló el animal con la presteza acostumbrada. No hablaba mucho, o casi nada. Así lo conoció cuando entró en la casa de su padre, hace ya muchos años, y así seguía. Sin aparente huella por el paso del tiempo, o al menos eso creía don Fernando, cultivaba un afán lobuno por el trabajo, sin responder a nadie, ni tampoco a sí mismo, el por qué. Llevaba muchos años haciendo lo mismo: se despertaba el primero de la casa, avisaba a María la cocinera y a Juan el mozo de las bestias, e iba llamando al resto del servicio hasta que le tocaba el turno a los señores, que eran los últimos en salir del sueño. Limpiase la casa, preparase el coche o ayudase en la cocina, cumplía todos sus cometidos con precisión metronómica, de manera que, cuando algo se trastocaba, mostraba su enfado con sonoros gruñidos, por eso Ambrosio, el criado mulato, lo sacaba de quicio. El pobre Ambrosio. Don Fernando comió algo ligero y montó al animal, y, con un suave trote, lo guio en dirección al Arenal. Con el sol apenas un brillo en el horizonte pasó por las Gradas de la Catedral, donde unos pocos hombres se afanaban por retirar los más de trescientos cadáveres que había para que pudiera pasar la Procesión del Corpus Christi.

En esas gradas donde otrora todo se vendía y se compraba, donde cambistas, mercaderes, corredores, tratantes, embaucadores, y pícaros de todo jaez hacían su agosto en medio de la algarabía, ahora reinaba el silencio. Se dirigió al Arenal por la calle de la Mar y, atravesando la Puerta de Triana, y buscó con rapidez el puente de barcas, que reposaba sobre las barcas apenas repuesto de la reciente inundación. Ya en el arrabal de Triana, enfiló el caballo por la calle que se llama de Castilla, cualquier día pobladísima pero que, ahora, arrasada por agua, fuego y peste, apenas era transitada por otras personas que no fueran los mozos que llevaban a los apestados en los carromatos en dirección a los carneros. Tal era el despoblamiento que los grandes quemadores de hierbas aromáticas estaban apagados, por entender que no quedaban ya cristianos a los que proteger. Avivó el paso por la Ermita de Santa Brígida y la del Patrocinio, desiertas a pesar de ser un día de precepto.

El camino, antes cortado por la riada, estaba ahora expedito, por lo que, apretando más a la cabalgadura, enfiló por la cuesta que ascendía hacia el Aljarafe, y que llaman aún del Caracol. Se detuvo y miró la Ciudad. Surgía de ella entre la bruma mañanera la orgullosa torre de la Iglesia Mayor de Santa María. Había visto otras veces esta imagen, pero ahora la torre tenía competidores por alcanzar el cielo. Enormes columnas de humo se levantaban oscilantes por toda la Ciudad, como cariátides que sostuvieron el firmamento. Era una visión apocalíptica. El bamboleo de las columnas hacía prever una catástrofe: el cielo caería pronto con estrépito sobre la Ciudad, aniquilando toda forma de vida. El fuego purificador era todavía más ostensible en las cercanías de los grandes carneros, donde se amontonaban los muertos. Allí, junto al Prado de San Sebastián estaba el mayor. Siguió con la vista el camino hasta el río. No se veía, como otras

veces, el abigarrado conjunto de mástiles y velámenes en el muelle. Apenas dos gabarras embarrancadas yacían acostadas en la arena. No se veía en lontananza la llegada de nuevos buques, y sólo algún lanchón destartado cruzaba el río. A causa de la cuarentena no se veían tampoco las caravanas que como disciplinadas filas de hormigas podían contemplarse hacía sólo unos meses entrando a la Ciudad por cualquiera de sus puertas. Ahora más que nunca, parecía encerrada en su muralla, temerosa de sí misma, quemando sus pecados, purgando sus culpas con un fuego que no se extinguía nunca, tostándose en un silencio que, desde el Aljarafe, sólo rompían las alondras.

Con un sutil golpe de espuelas, el animal siguió ascendiendo. El camino, que llegaba hasta Niebla, estaba tapizado de grandes huertas con melocotoneros al principio, naranjos y limoneros más adelante. Le llegaba un olor fuerte, dulzón y embriagador. Pudo ver que se trataba de una gran extensión de árboles que había a su derecha. Al pie de cada uno, una mancha anaranjada en unos, ocres, verdes y grisáceas de la roña en otros, era la causante del olor. La peste había acabado con los braceros que se encargaban de la recogida de la fruta. Ésta había caído al suelo y se había podrido con rapidez. Nubes de moscas se arremolinaban enloquecidas sobre aquel inesperado banquete. Su zumbido se oía a varias varas. Grandes grupos de aves también se daban un festín sobre unas lechugas sin recoger. Lo veía sólo en algunos claros, porque en la mayoría de los campos había crecido la hierba hasta casi la cintura de un hombre: las malezas habían empezado su trabajo y crecían por los abandonados huertos. No veía muchos animales sueltos, quizá porque el pillaje había hecho presa sobre ellos en cuanto sus cuidadores enfermaron o simplemente se marcharon. Una manada de cimarrones ladraba a la puerta de un viejo establo, casi derruido. Habrían olido al animal que no podía salir de su encierro. Igual ya había muerto, de hambre o de lo que fuera. Los perros daban vueltas al corralón, buscando una entrada, y dando grandes cabezadas contra las maltrechas tablas. Siguió cabalgando. Los campos empezaban a asalvajarse, desapareciendo las lindes entre unos y otros, perdiendo la riqueza cromática que antes tenían. Más adelante, muy cerca del camino, pudo ver unos torpes buitres saltando y bailando en el suelo. Había también cuervos grandes y pequeños, todos aguardando su parte. Y seguían llegando más aves en espera de algún resto que colmara sus aspiraciones alimentarias. Pudo comprobar con estupor que el almuerzo de las alimañas consistía en un campesino, no pudo precisar si joven o viejo porque ya el rostro había sido descarnado. Los buitres engullían trozos de carne de los que colgaban jirones de ropa sin aparente disgusto. Meditó un instante si descabalar y espantarlos. No serviría de nada. Supuso que apenas se hubiera alejado unos metros volverían. La muerte lo asaltaba a uno en cualquier sitio. Apretó el paso del animal para alejarse de aquella inmundicia.

El sol subía cuando llegó a Villanueva del Ariscal. Apenas se veía gente en sus escasas calles. Pasaba larga la hora tercia. La casa de la familia se encontraba justo en el centro, no en vano la actual sustituía a un viejo palacete que construyeron los Medinas en tiempos de Alfonso X, y a partir de la cual se habían ido arracimando las demás casas, por lo general de personas que trabajaban en los viñedos de la familia. Tendría que hablar con el administrador de las fincas. Ni siquiera sabía el estado de las cepas y si podrían recoger algo, aunque fuera para hacer algo de mosto y cubrir los gastos. Quizás fuera necesario rebajar la generosa donación que se hacía al Convento que había cerca. Llegó a la casa, grande y sobria, de piedra gris, sin alharacas arquitectónicas, en la que sólo los dinteles de puertas y ventanas sobresalían del muro. Descabalgó y llamó a la puerta golpeando con el enorme aldabón que colgaba de ella. Al instante se abrió y apareció Luciano, encargado con su mujer Alfonsa del cuidado de la casona.



–Sea bienvenido el señor a esta su casa –dijo con una amplia sonrisa el hombre, dichoso de recibir la visita del joven Conde de Torcina en estos tiempos difíciles–. doña Isabel está en el patio, se alegrará de veros.

–Gracias Luciano, ¿qué tal anda Alfonso?

–Pues un poco pachucha de los huesos. Desde las lluvias y fríos de la primavera está un poco resentida y no sale mucho. Pero mi hija la Loreto ya es toda una mujer y tira de la casa sin mayores agobios.

–Eso está bien. Gente joven es lo que necesitamos. Y Justo, ¿está en el campo?

–Por ahí anda con José, a ver qué pueden hacer este año con las parras. –Justo era el administrador y José un eficiente capataz, ambos conocían a la perfección las tierras y sus posibilidades, como habían demostrado desde hacía años. Y don Fernando confiaba en sus decisiones como antes sus abuelos lo hicieron los abuelos de éstos.

–Fernando, ¿es que vas a revisar todos los asuntos de la casa antes de ver a tu madre? –la voz gritona de la madre salía del patio y penetraba por el corredor con una cierta angustia. El Veinticuatro anduvo lo que quedaba hasta el patio no sin la sensación de haberse arrepentido de la visita.

–Espero que madre tenga algo más que reproches para su hijo –y selló el saludo con un breve abrazo del que se retiró para contemplar el saludable aspecto de una mujer vestida de manera muy sencilla, con un ropón ligero, oscuro y una leve blusa para cubrir los brazos sin extremar los ya de por sí graves rigores de la estación en ciernes. Había sido más alta en su juventud, pero ahora menguaba. Tenía el pelo ya blanco, recogido en un lustroso moño retenido por sobrios peinecillos, apenas adornados con varias perlititas–. Y bien, ¿qué tal os encontráis?

–Pues muy bien, hijo mío, incluso aburrída por momentos, pues no dispongo de los entretenimientos propios de la gran Ciudad. Pero tranquila, a fin de cuentas –el sillón de mimbre junto al brocal del pozo, sobre una solería ajedrezada y colocado a la sombra, parecía confirmar sus palabras. El sol no llegaba hasta las grandes lozas blancas y negras porque el patio era alto y estrecho. Pero sí bañaba la arquería del piso superior, con una brillante baranda de madera. Todo parecía limpio y cuidado con esmero–. Y dime, ¿cuándo podré volver? ¡Las noticias que nos llegan son horribles!

–La Ciudad entera está apestada, hay hambre y gran mortandad. Y parece no tener fin este desastre.

–¿Por qué no vienen Leonor y los niños?, ¿no estarían más seguros aquí? –reprochó doña Isabel.

–Sin duda, pero por ahora soy de la opinión, al igual que Leonor, de que debemos permanecer allí. No sería un buen ejemplo –hizo una larga pausa escudriñando los ojos de su madre, evaluando qué pensaba, no de la decisión sino de los que la habían tomado–. Madre, Ambrosio ha muerto. Ha sido fulminante. La peste se lo ha llevado en apenas un día, pero el resto de la gente de la casa parece estar bien.

–Cuánto lo siento. Hablaré con los monjes para que se oficie una misa en sufragio por su alma –doña Isabel nunca había profesado mucha simpatía por ninguno de sus sirvientes, con los que mantenía una distancia insalvable–. ¿Y no crees que sería más juicioso entonces mudarnos aquí? Fernando, la Ciudad se gobierna sola, o, mejor dicho, es ingobernable. Y eso en

condiciones normales. Ahora sólo queda esperar a que pase la epidemia.

La conversación siguió un largo rato por derroteros en los que se manifestó el espíritu en esencia egoísta de doña Isabel. A pesar de ello no era una persona ególatra, sino en cierto modo desentendida de la realidad, desconocedora de las razones por las cuales las Ciudades funcionaban y el mundo caminaba. No gustaba en demasía del lujo, por lo que las leyes suntuarias no le habían supuesto un gran sacrificio, pues nunca hizo ostentación de alhajas costosas ni bellos trajes. Discreta, siempre anduvo interesada por las cosas del alma, más que por las del cuerpo. Era muy ajena a todo lo material. Mujer religiosa, acabó confundiendo, como ya he contado, santos o beatas con los muchos embaucadores que anduvieron por la Ciudad tiempo ha. Don Fernando sospechaba que su madre seguía sintiendo cierta malsana atracción por esas cosas que se apartaban de la religión para lindar, no sin gran peligro, con las obras y huellas del Demonio, como la adivinación y los oráculos. De cualquier manera, nunca tuvo pruebas de ello y tras el asunto de los Alumbrados ella siguió con sus misas, rosarios y novenas, como cualquier otra dama de la buena sociedad.

Doña Isabel, sentada en el sillón, bebía agua de un vaso que apoyaba sobre el pocito. Don Fernando sentía ya cumplimentada la visita. El día avanzaba y todavía tenía que hablar con el administrador. Debía estar de vuelta para la hora nona con tiempo de llegar a la procesión del Corpus.

—Madre, debo marcharme. Tengo que hablar a Justo. No sé cómo andarán las vides este verano, pero por lo que he visto será difícil encontrar a gente para recoger las uvas.

—Y peor aún encontrar a quien se beba el vino. En fin, márchate a tus asuntos. Pero antes quiero que me hagas un favor. En el emparedamiento de San Ildefonso hay una conocida mía a la que entregaba de cuando en cuando algunos reales para el sostenimiento de la casa. Quiero que le lleves algo de dinero y otras cosillas que a mí ya no me hacen falta aquí. —Se levantó, fue a su aposento y, al poco, trajo una pequeña bolsa de una tela marrón, muy desgastada—. Pregunta por Ángeles del Olmo a la señora de la casa. Ojalá te dejaran verla, para que se lo des en persona y le mandes mis saludos. Si no puedes, déjasela a la beata que lleva la casa. Pero di quién eres, que los Medina hemos ayudado mucho a ese emparedamiento.

—¿Y de qué conocéis a esa mujer, madre? —sabía don Fernando que las mujeres que vivían en los emparedamientos eran demasiado pobres para pagar la dote de un convento de religiosas, y por ello iban a parar a esas casonas. En ellas, la beata, las regía como si de una orden religiosa se tratase.

—La conocí hace ya mucho tiempo. Cayó en desgracia y recaló allí por consejo mío para que no se muriera de hambre. Si puedes verla dile que le deseo lo mejor y que me acuerdo mucho de ella. Y que rece por todos nosotros.

—Así lo haré, madre —y tras un abrazo por despedida, doña Isabel lo siguió con la mirada cuando don Fernando caminaba ya por el pasillo hacia la puerta de la casa. El pasaje, en contraposición a la luminosidad de la calle y del patio que unía, permanecía en una fresca oscuridad que compartía con las dos estancias que a ambos lados se abrían. En una de ellas encontró a Luciano, limpiando unas carnes junto a una muchacha que pensó sería su hija—. Luciano, no me va a dar lugar de ver a Justo, otro día vendré a ver cómo van los campos.

—Ya le doy yo razón. Pero desconfíe el señor, este año no tendremos para mucho mosto. Le traeré el caballo, lo he metido a la cuadra para que coma y beba algo. Tenga cuidado el señor,

que por estos caminos tan solitarios hay mucho bandido asaltando a las cabalgaduras.

Se despidió de Luciano deseando una mejoría de su señora Alfonsa y arreó al animal, que incluso había sido cepillado y no se mostraba muy contento de abandonar el descanso y la comida por otro paseo, esta vez bajo un sol que ya apretaba. Al rato, advirtió con cierta sorpresa que sólo quedaban un par de buitres sobre los restos del campesino muerto, del que ya se podía extraer poca carne. Tampoco vio a los perros. Pensó que se habrían cansado de rodear sin éxito aquel establlillo, pero cuando hubo avanzado comprobó que algunas tablas habían cedido y dejado espacio suficiente para que hubieran entrado de uno en uno los hambrientos cimarrones. Ahora estarían echados a la sombra de cualquier árbol, con la barriga llena y terminando una siesta que don Fernando envidiaba.

Al ser la procesión del Corpus por la tarde, el ritual de salir antes del alba y visitar los numerosos altares y Sagrarios con el Santísimo Sacramento expuesto se había interrumpido este año. Y no sólo por cuestión del horario, sino por no haber gentes que montasen los altares ni otros decorados que en la Ciudad se preparaban de forma extraordinaria.

Por el camino encontraron menos gente de lo habitual en un día tan señalado. Tan poca que algunas de las calles por las que pasaría la Procesión aún se encontraban vacías. Y no sólo a causa de la gran mortandad que asolaba la Ciudad a las pocas semanas de declararse la epidemia, sino que el abatimiento había cundido con tal fuerza en los sobrevivientes, que muchos no tuvieron ánimo para participar o para ver la Procesión. Sin haberse adornado las calles, ni haberse montado los decorados y los altares que tantos halagos provocaban, sólo la juncia y el romero esparcidos por el suelo testificaban que era el Corpus Christi. Como se ha dicho, no se habían dispuesto las grandes velas frente al Corral de los Olmos. Así, a pesar de hacerse por la tarde, a ratos era difícil aplacar los calores del mes, que, después de un mayo tan frío que no se recuerda otro, habían sorprendido a todos. Don Fernando y el resto de los Caballeros formaban la Procesión dentro de la Catedral. Allí se discutía con pesadumbre el gran número de cuerpos que se contaron que en las gradas esa misma mañana. Gentes que van sintiendo la muerte y buscan un lugar sagrado donde dejarse caer. Y que la mañana anterior habían sido más de trescientos solo en las gradas. Se sorprendió el propio Veinticuatro de que hubieran encontrado doce niños para que arrancaran la comitiva. Sus rostros, iluminados por las hachas de cera, revelaban no sólo el cansancio y la tristeza, sino una angulosidad propia de aquéllos que pasan hambre. Los niños parecían haberse puesto unas máscaras macilentas de luz rojiza que envejecían sus rostros. Idéntica aspereza habría observado don Fernando en los cantores, en los acólitos y en los hombres que iban vestidos de profetas, pero no habían encontrado apenas gentes que participasen en la Procesión. Poco a poco, todos iban saliendo a la calle, proyectándose sus siluetas sobre la claridad que, desde dentro de la Catedral, podía observarse. Pronto los Gremios, las Órdenes Religiosas, Canónigos con las Tablas Alfonsías, los miembros del Cabildo de la Ciudad, de la Audiencia, todas las autoridades se encontraron fuera, aunque en número tan menguado por la peste que muchos no fueron representados. Así ocurrió también con las Cofradías, que muchas apenas encontraron uno o dos hermanos que acompañar al estandarte, y da esto idea de la destrucción que causó la epidemia, pues no hay cosa para el cofrade más grande que dejarse ver por las calles en tan señalado día. El silencio llenaba la plaza, de manera que los quejidos de las maderas, los tintineos y los chirridos metálicos de la Procesión se hacían aún más patentes, aumentando la magnificencia de las muchas reliquias que en urnas ricamente adornadas salen a la calle en día tan señalado, aunque en aquel año solo algunas procesionaron por no tener otras quién

las llevara. Y cuentan algunos que podían oírse hasta los golpecitos que entre sí se daban los huesos de los Santos. Las vestiduras de Pontifical, el báculo y la mitra, los pajes, las sobrepellizas, los maceros y los trompeteros, las plumas y los bordados llenaron de brillos y riqueza esa mañana de silencio y peste en que pocos quedaban en la Ciudad para ir a ver la Procesión del Corpus. Don Fernando contemplaba los rostros de las gentes. Tristes, llorosos, apesadumbrados, perdidos, hasta exánimes, contemplaban pasar la Procesión con gesto de gravedad. Y al no haber este año ni los Cabezudos, ni las Mojarrillas ni la Tarasca, las risas de otros años también se ausentaron. Con más pena que gloria, sin carrozas con Autos Sacramentales y por unas calles casi vacías pasó desangelada la procesión del Corpus Christi, y todos volvieron a la Catedral cuando anocheía, con la desolación de haber participado en una obra de teatro que nadie había para ver, y con la impotencia de haber intentado devolver la normalidad a una Ciudad que ya ni parecía querer recordarla.

## CAPÍTULO VI

**Viernes, cuatro de junio de 1649.**

No recordaba haber oído la esquila de la hora Tercia cuando se despertó, por lo que o bien no debía ser muy tarde o bien había dormido demasiado. La luz mañanera entraba a través de los cristales alegre y resuelta. Había dormido a pierna suelta: la cabalgada hasta Villanueva y la posterior procesión lo dejaron exhausto. Había resuelto ir a ver al Maestro Montañés en su taller en esa misma mañana. Si había comerciantes de arte en este robo sacrílego de seguro que el viejo maestro tendría algunos nombres que darle.

Caminaba hacia el taller del imaginero pensando en su familia. Quizás sería mejor llevar a Leonor a la casa de Villanueva, aunque no sabía dónde estaría más segura tal y como estaban los campos llenos de salteadores. Sería conveniente tener a alguien en más la casa. Igual Venancio conocía a algún mozo fuerte que pudiera guardar a los suyos.

La bolsa que su madre le había dado el día anterior para la emparedada pesaba un poco. Unas pocas monedas y alguna joya de escaso valor, le había anunciado doña Isabel. Notaba el pequeño bulto en su jubón mientras andaba, y sus pasos eran acompañados por el suave tintineo metálico. El taller de Juan Martínez Montañés estaba en la calle Amparo, aunque no sabía si lo encontraría allí. El Maestro ya debía tener casi noventa años, y apenas podía andar con soltura. Hacía algunos años que no salía de sus manos ninguna de esas tantas obras con las que asombró a la Ciudad y a todo el mundo. Sin embargo, en el taller se seguía trabajando con la misma presteza de antaño. A pesar de ello, el Maestro era todavía clara referencia para todos los que intentaban abrirse paso a golpe de gubia. Su estilo estaba ya algo apartado de los gustos de estos tiempos. Algunos consideraban sus obras incluso algo tibias, faltas de la rotundidad, de la expresividad que ahora parecía gustar a todos. Pero el Maestro no se había enrocado: había incorporado pequeños detalles adaptando su estilo a las nuevas ideas, lo que junto con la fama que lo precedía lo mantenían como el más requerido de todos los artistas. Y por ello en su taller aún seguían haciéndose retablos para toda España y el Nuevo Mundo.

El escultor era poco amigo de los fastos y de las reuniones con la nobleza, era persona más bien retraída y poco gustosa de los honores que sin duda merecía. Cuentan algunos que llevaba sobre sus hombros una pesada carga. Según dicen, cuando contaba poco más de veinte años se metió en una trifulca en la puerta de un convento, cosa de corpiños al parecer, y por causa de la riña un hombre murió a sus manos. Escapó de una rigurosa justicia no sin dejarse unos buenos maravedíes en silenciar a la viuda y penar dos años en prisión, lo que sin embargo no fue óbice para que lamentara ese momento durante el resto de su vida.

No fue preciso golpear la puerta del taller. Entreabierta, dejaba escapar un fuerte olor a virutas de madera, a barnices y resinas, a cola. Era una estancia grande, con techos altos y bien iluminada. En una esquina se apilaban grandes trozos de madera, sin duda fuente de futuras bellezas una vez pasados por la mano de los discípulos del Maestro. Varios de los miembros de su taller estaban afanados en el trabajo, algunos retocando obras, otros apenas comenzándolas, varios mirando un proyecto de un gran retablo. El repiqueteo de los martillos sobre las gubias y los escoplos llenaba los oídos desde todos los puntos, llamando la atención del Veinticuatro, que volvía la cabeza a las cuatro esquinas tratando de poner una imagen a un golpeo vigoroso y

pausado cerca de la ventana, o a un martilleo más suave y continuo sobre una mesa en la que se retocaba una pequeña Inmaculada de singular hermosura. Prestó atención a un enorme bloque de madera de cedro que estaba cerca de la puerta que daba al patio, y se preguntaba cómo era posible que de tal tosquedad pudiera llegarse a la finura y delicadeza como la de la efigie del Niño Jesús que terminaba de retocar el joven pequeño y nervudo que trabajaba sobre la mesa del centro. Todo un misterio. Algunas de las imágenes estaban sin terminar. Resultaba del todo milagroso ver un torso de San Jerónimo surgiendo de la madera como si hubiera estado escondido y se asomara a ver el bullicio del taller. En la estancia contigua, dos jóvenes cubiertos con un enorme mantolín se afanaban pincel en mano dando retoques a varias tallas ya terminadas. Uno de ellos era una muchacha de largo pelo moreno recogido arriba con una vasta cinta de tela, y aplicaba un finísimo pincel sobre las ropas de los personajes de una escena que sin duda contribuirían a embellecer algún retablo. Se había acercado tanto a las figuras para perfeccionar los detalles que tenía una mancha dorada en la punta de la nariz.

Tuvo suerte don Fernando. El Maestro estaba hoy allí. Ya estaba demasiado mayor y no frecuentaba el taller más que uno o dos días a la semana a lo sumo, y para revisar algunos de los encargos y tratar de descubrir pequeños errores o imperfecciones.

–Pasa la mayor parte del día descansando en un pequeño cuartito que tenemos para ello. Se echa en un butacón y dormita hasta que yo entro para enseñarle alguna pieza. Pero aún conserva suficiente agudeza como para, con una frase, lograr que demos algún cambio que realza cualquier imagen a una grandiosidad que antes de él verla no tenía. –Pedro, el Oficial Mayor, un hombre fornido en la cincuentena y con barba gris, abrió la puerta mientras hablaba y don Fernando pudo ver a un anciano encorvado por el peso de muchos años a la gubia y a la vida, con apenas una maraña enredada de pelo blanco y una barbilla poco poblada y mal cuidada, que no era más que unos cuantos niveos pelillos dispuestos sin orden alguno sobre una cara muy pálida. Tenía los ojos pequeños, rasgados y circundados de arrugas, las cuales se acentuaron cuando se volvió para mirar al extraño—. Es el Veinticuatro don Fernando Núñez de Medina, Maestro, que viene a hablarle.

–Hace mucho tiempo que no veo a ninguno de los suyos. ¿Cómo está vuestra madre, don Fernando? –dijo alargando una mano despellejada y parcheada de distintos colores, causa de años de golpes y heridas, empapadas en aceites y emulsiones con el fin de dar la perfección a unas imágenes, aún a costa de entregar la belleza de la suya propia.

–Muy bien: está mayor pero fuerte. Ayer mismo la visité en la casa que tiene mi familia en Villanueva, donde se ha ido mientras pasan los malos tiempos. Le manda recuerdos –mintió don Fernando. La puerta se cerró tras de sí, y ambos quedaron solos en la estancia—. Veo que sigue en plena actividad, aunque no estamos en un buen momento.

–No creáis, estas épocas no son malas para nosotros. La gente se siente más piadosa, se reverdece la Fe: todos se sienten temerosos y, los que pueden, encargan alguna obra para sentir cerca la protección del Altísimo. En tiempos de bonanza, cuando uno tiene la bolsa llena, no se preocupa de lo que le espera en el otro mundo porque piensa que éste no tendrá fin. –Hablaban don Juan mirando hacia la luz que entraba por una ventana que daba al patio. En la estancia, otra imagen del Niño Jesús lo miraba desde una mesa, levantando la mano y alzando un dedo al cielo. Parecía que las palabras que salían de la boca del escultor estaban inspiradas por el propio Niño.

–De todas formas muchos se han ido de la Ciudad. Empezaron a marcharse cuando las inundaciones –replicó don Fernando, que guardaba el equilibrio como podía sobre el miserable

taburete cojo en el que se había sentado y desde el que la posición del Maestro, a pesar de lo pequeño y avejentado que estaba, resultaba magnífica en un sitio no muy grande, pero cuajado de almohadones.

—De los que se han ido porque se quedaron sin nada no tengo muchos encargos, don Fernando. —El Veinticuatro se sintió casi ruborizado—. Y los que se han ido a sus casas de verano mandan a sus criados a por las obras cuando están terminadas. Como el Niño que aquí ve hemos hecho no menos de veinticinco sólo para la misma Ciudad.

—Me alegro entonces de que los negocios le marchen bien al más insigne de nuestros escultores.

—Y yo le doy las gracias a vuesa merced —dijo sin quitar la vista de la ventana.

—Verá don Juan que el asunto que me trae es bastante espinoso. Le ruego por ello que guarde la mayor discreción acerca de lo que voy a contarle —el silencio que guardó el escultor era una significativa afirmación no exenta de cierta molestia causada por el comentario—. Hace varios días la imagen del Cristo de San Agustín fue robada. Y como sabrá, la Ciudad ha puesto sus esperanzas en la imagen para ahuyentar los demonios de la peste y por ello se ha organizado una procesión para el próximo dos de julio. El Asistente de la Ciudad me ha encargado que encuentre la imagen antes de que el pueblo lo sepa. En principio tenemos pocos indicios. O ninguno. Parece ser que los ladrones trataron la imagen con sumo cuidado, lo que nos hace pensar que no es un atentado contra la religión, sino algún robo por interés artístico. Como puede suponer vuesa merced he venido esperando que, desde su magisterio, arroje alguna luz sobre asunto tan oscuro.

Los rayos de sol acertaban a entrar por el hueco de la ventana y a rellenar de tibia luminosidad una estancia fresca. La luz bañaba la imagen del Niño, que seguía señalando al cielo, quizás buscando a su Padre, o quizás sólo indicando el origen de esa luminosidad. Sin potencias de oro, sin una pequeña cruz en la otra mano, con una graciosa inclinación de la cadera sobre la que se liaba un detallado paño de pureza, parecía un niño cualquiera reclamando la atención de los mayores. Pequeño y regordete, sin embargo, no parecía un niño de esta Ciudad. No tenía costras de tiña, ni piojos, ni manchas de suciedad, ni en su cabeza colgaban jirones de pelo a su antojo, ni tenía mordiscos de ratas, ni harapos, ni los ojos vidriosos, ni le faltaban dientes, ni tenía el cuerpo lleno de pústulas. No, no era un niño de la Ciudad.

—Paso mucho tiempo encerrado aquí, don Fernando. Y no soy hombre que trata en demasía con las gentes. La madera es más serena, más dulce que las personas más sinceras. Desde el principio sabes qué te puede ofrecer, qué forma puedes darle. Y si no lo sabes, la misma madera te lo va diciendo. Un trozo robusto de pino de Flandes pide a gritos convertirse en una cruz, mientras que el cedro te brinda la expresividad que se necesita para labrar la faz de Nuestro Señor. Cada uno sabe su sitio en mi mundo. —En ese momento se volvió a mirar al caballero, aunque enseguida sus ojos retornaron hacia la ventana. El Veinticuatro quiso adivinar un hombre atormentado bajo el manto de la vejez que, insensata, ya había minado las fuerzas de un hombre sin igual.

—Sin duda es éste un mundo más tranquilo, don Juan. Ya veis afuera qué castigos manda el Señor Nuestro Dios a esta Babilonia moderna. Y algunos hijos de Satanás hasta se permiten robar una de las efigies más preciadas por los viejos cristianos.

—No os equivoquéis, don Fernando. Vuesa merced lo ha dicho: los que robaron la imagen no querían hacerle daño. Podían haberla quemado allí mismo, podían haberla roto en mil pedazos

con varios golpes de martillo, de una manera rápida y más dolorosa aún. No, ellos querían preservar la imagen. Y quizá la querían para sí. No son enemigos de Dios. No, no lo son. Busque entre los amigos, don Fernando. Entre los amigos.

Sobrevino un silencio que llenó la estancia hasta casi oscurecerla, ocupando todos sus rincones, llenando los muebles, las repisas, envolviendo la imagen del Niño Jesús, que seguía sonriendo a pesar de que aquél que lo trajo al mundo pensaba que sus amigos conjuraban contra Él. Los niños se dan cuenta de todo, y éste seguía señalando al cielo, como confirmando la sinrazón de Juan Martínez Montañés. Don Fernando entendió que los ojos cerrados del Maestro eran una señal inequívoca de que su cansancio no le permitía alargar más la conversación. Pero no era un cansancio físico. Al Maestro le vencía el hastío de una vida entre hombres de carne y hueso, sin la verdad en la cara como tantos y tantos rostros que habían salido de sus manos. El Veinticuatro se levantó del taburete e hizo ademán de dirigirse a la puerta cuando el anciano habló:

–Hace cosa de unas semanas tres hombres vinieron a verme. Querían hacerme un encargo. Parecía cosa fácil. En sus manos traían un boceto de un crucificado de estilo bastante antiguo, rectilíneo, con cabellera desgreñada cayendo sobre el hombro derecho, con un sudario sencillo sin complicadas volutas, era más un faldellín. Reconocí enseguida la imagen del Cristo de San Agustín. Habría sido más fácil que me dijeran que querían una copia. Supongo que no quisieron herir mi orgullo. Y no les quito razón. Desde un principio sabía que no lo haría: digamos que puedo permitirme escoger los encargos, y hacer una copia de una imagen de un estilo tan anticuado no entra dentro de mis prioridades, incluso siendo yo una persona de gustos clásicos. Sin embargo, picado por la curiosidad les hice algunas preguntas. Me contaron que un importante hombre de negocios se había quedado prendado de la imagen y quería una copia para su capilla particular. No pude saber de quién se trataba. Al final les dije que tenía mucho trabajo y les recomendé un taller menor donde sin duda satisfarían sus necesidades. No sé nada más.

–¿Se presentaron de alguna forma? ¿Recuerda el nombre que os dieron? –Don Fernando había abierto los ojos, desbordado por la nueva aparición de los tres misteriosos hombres que se cruzaban en su vida a cada paso que daba.

–Supongo que lo dirían. Pero no lo recuerdo. Desde el momento que vi el grabado con el Cristo aquello dejó de interesarme.

–¿Me podríais dar la dirección de ese taller al que los remitió?

–Sin duda, pero no creo que encontréis mucho. No queda nadie vivo. La Peste. En apenas unos días murieron todos. Aun así, parecieron decepcionados con mi negativa y se marcharon. No creo que visitaran el taller que les recomendé.

–No se preocupe. Ha sido de gran ayuda. La Ciudad se lo agradecerá, y si vuelve a tener noticias de tal encargo o de esas personas le ruego que me dé aviso, bien a mi casa o al mismo Cabildo a mi nombre. –Permanecía hierático, petrificado ante la historia del Maestro. Por primera vez alguien le había dado un hilo del que tirar y no sabía muy bien lo que tenía que decir. Giró el pomo de la puerta para abrirla, y sintió que quizá no volvería a ver a ese hombre. Pensó que la vejez lo había vencido hace ya tiempo, y que ya sólo esperaba el momento adecuado para dejar la carne e irse con aquéllos cuyos rasgos había traspasado a la madera con la fuerza que no da la rigurosidad sino los sentimientos y la expresividad. En su mundo las cosas eran de verdad–. Muy agradecido, don Juan. Por cierto, ese gran trozo de madera de cedro de ahí, ¿qué quiere ser?



—Aún no me ha dicho nada. Si vuesa merced tiene buen oído, yo ya estoy mayor y puedo dejarme aconsejar por aquéllos que pueden escucharlo mejor. ¿Oís algo?

Salió del taller de Juan Martínez aturdido. Quizás no significaba nada, quizás era una coincidencia: tres hombres que querían una copia del Cristo de San Agustín y que se niegan a revelar el destino de la imagen. El Maestro le había dicho que probara en otros dos talleres. Podía empezar por ahí, pero todo apuntaba a que en ninguno de ellos esos tres hombres habrían revelado detalles importantes. Nadie había mencionado al maestro Juan Martínez Montañés el Cristo de San Agustín: sólo le habían mostrado un grabado y el profundo conocimiento del escultor había hecho el resto. Pero ¿por qué ocultar lo que querían? Nadie se hubiera sorprendido de que el Crucificado más venerado de la Ciudad hubiera calado tanto en el alma de uno de sus habitantes que deseara tener una copia en alguna lujosa capilla personal. Así que ¿por qué no pedir una copia del Cristo de San Agustín? Y otra cosa llamaba más la atención de don Fernando: habían ido a escoger para ese encargo de poca monta al mejor de todos los imagineros de España. Y según parece su negativa les desalentó. Era un trabajo que podía haber realizado cualquier oficial, y no de los más expertos. Ciertamente que hubiera necesitado ciertos conocimientos de aquel estilo de imaginería, pero no era complicado encontrar modelos en la Ciudad. Quien quería la imagen pensaba en ella como una obra perfecta, que rezumara arte por todos los poros de la madera, que fuera de la mejor calidad posible, se razonaba el Veinticuatro. Quizás si el Maestro no quería hacerla sólo les valía el original. Don Fernando tenía que pensar sobre ello.

Desde el taller de Montañés en la calle Amparo hasta el emparedamiento de San Ildefonso había sólo un ligero paseo. Por momentos, la búsqueda del robo lo absorbía del resto de los problemas de la Ciudad. Contemplaba la fachada encalada del convento de Santa Inés, a cuya espalda se asomaban cimbreantes parejas de cipreses como queriendo violar la clausura y volcarse a las calles, inconscientes de que las altas tapias les aislaban de la muerte, una muerte tan humana que la hacía inaccesible al resto de las obras de la Creación. El sol salía todas las mañanas, calentaba campos sin cultivar, desecaba charcas pestilentes, hacía sudar a los que no se resguardaban de él; en suma, brillaba como había hecho desde el principio. La luna iluminaba las noches, y seguiría siendo fuente de inspiración de los poetas que aún pudieran empuñar una pluma. Y ahí seguían las estrellas, testigos rutilantes de que, desde su punto de vista, nada había cambiado. Las aves todavía cantaban, y se podían escuchar enloquecidos remolinos que tenían lugar en los más frondosos árboles, que seguían creciendo y extendiendo sus hojas y dando sus frutos. Los jacarandás florecían y los vencejos volaban. Aunque no hubiera nadie para embelesarse con ellos. En los campanarios las cigüeñas enseñaban a volar a sus pequeños, que ya no lo eran tanto, y su repiqueteo podía oírse sin que ninguna nota advirtiera el menor síntoma de un dolor que no compartían con sus vecinos los hombres, que ya las habían incorporado a su maltrecha dieta. Los perros, los gatos, los burros, los caballos, todos los animales seguían sus vidas sin advertir que el mal los rodeaba, sin prestar atención a los llantos de sus amos, ni a sus cadáveres yaciendo durante días a su lado, ni a los montones de muerte que los más fuertes llevaban en los carros de los que tiraban. Los días avanzaban, como otros tantos, como si nada ocurriera. Sólo la hambruna que azotaba la Ciudad le impedía escuchar alborotados cacareos en los establos de algunas casas de vecinos. Y mientras sentía la brisa, apenas perceptible, mientras oía los pájaros cantar, o a las chicharras con su soniquete, por momentos olvidaba que vivía en una Ciudad apestada. Y mientras sus habitantes se sepultaban unos a otros él se preocupaba de encontrar al autor de un robo sacrilego. Tan estúpido se vio a sí mismo que llegó a albergar la posibilidad de que lo

estuvieran aislando de algún asunto trascendente. Sin embargo, no era su influencia en el Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad algo siquiera mencionable. Provenía de una familia noble y cristiana de antiguo, y poco más. No era tan importante como para que lo apartaran de nada. Y los argumentos del Asistente de la Ciudad, el Conde de la Puebla, para que investigara el asunto parecían razonables. Un gato encaramado en una tapia se lanzó de pronto al suelo, atenzando con sus garras y sus colmillos a una enorme rata, que al poco abandonó toda resistencia. Todo seguía como si nada pasara, salvo para los hombres.

El emparedamiento de San Ildefonso estaba en una gran casa, donada por alguna familia pudiente, porque no tenía aspecto de convento. Sus ventanas eran grandes, con tapaluces añadidos seguro en una obra posterior. Encalada, la mancha de humedad dejada por las inundaciones parecía una especie de zócalo enmohecido, gris azulado. Junto al portalón ya habían empezado a limpiarlo, pero aún era evidente en el resto de la fachada. Una mujer fuerte y adusta abrió la puerta con presteza, casi con brusquedad, como si le hubiera molestado oír los golpes del aldabón a esa hora de la tarde. Iba vestida de negro desde el cuello hasta las muñecas y hasta los tobillos, con un ropón que competía en hosquedad con su rostro. Ningún aceite ni color adornaba su cara, que se mostraba limpia pero sin ningún aderezo. El pelo, también limpio, se lo había recogido en un moño tan apretado que bien podía permanecer de tal manera durante días o meses. Las reglas del emparedamiento, tan severas como si de una clausura se tratara, no permitían visitas. Pero el apellido Medina era una fórmula mágica para abrir todas las puertas del emparedamiento de San Ildefonso, sostenido desde hace años, entre otras, por la madre de don Fernando.

—Vengo de parte de doña Isabel de Medina, mi madre. Debo entregar un pequeño presente a la señora Ángeles del Olmo. —La portera no parecía encantada con eso de traer regalos a las castas, pero en tiempos de tamaña carencia, y tratándose de quien se trataba, era mejor ser prudente. Don Fernando la vio alejarse por un pasillo alto, con un zócalo de azulejos multicolor, con flores y animales, y que se conservaba sin mácula, tan diferente de la costra enmohecida que se veía en la fachada encalada. El frescor de la estancia le hacía pensar en la paz oscura del emparedamiento. En la entrada, además del pasillo por el que se había marchado la portera, otras tres puertas permanecían cerradas. Ennegrecidas, de madera demasiado sufrida, contrastaban con una bella imagen de la Virgen Victoriosa ante el diablo, compuesta sobre la pared con pequeños azulejos pintados. Multitud de ángeles celebraban desde los cielos la victoria, y a ambos lados de la imagen de la Madre de Dios, dos mujeres agarraban picos del azul vestido de la Virgen. Probablemente fuera un encargo para la casa, que simbolizara el emparedamiento y la santidad de las mujeres que en él habitaban. La luz clara del sol entraba por uno de los ventanales altos de la estancia, y revelaba la existencia de multitud de pequeñas partículas que flotaban por el aire, al azar, sin buscar la luz ni huir de ella, entrando y saliendo del haz que las denunciaba. La portera ya estaba de vuelta.

—Acompañeme don Fernando. No sé si lo sabéis, pero doña Ángeles no está muy bien de salud. ¿La conoce vuesa merced?

—No, señora. —No estaba muy seguro de que ese debiera ser el tratamiento para la portera del emparedamiento, pero le parecía más adecuado que Sor, Hermana o Reverenda Madre. Ella arrugó el gesto, pero no le corrigió.

—Así será mejor, don Fernando. Está tan ida que podría haberle confundido con otra persona, ni a la beata del emparedamiento conoce, fijese vuesa merced. Delira de continuo y

hemos tenido que apartarla de la comunidad. Eran tales los escándalos y tan frecuentes que ahora ni siquiera come con el resto. Ya hace semanas que ni siquiera habla. Quizás prefiera que yo le entregue lo que trae.

–No, para mí no es ningún problema. Quizás las noticias de mi madre le alegren. No hay muchos motivos para alegrarse en los últimos meses. –A don Fernando empezaba a picarle la curiosidad por conocer a la emparedada. Habían llegado a un pequeño patio interior, como un claustro, porticado en madera, con un pasillo alto cubierto por una barandilla, también de maderas, muchas de ellas carcomidas. Una enjuta mujer, ataviada de la misma manera que la portera y que sacaba agua de pozo situado en el centro del claustro, ni siquiera levantó la cabeza para mirarlos.

–Aquí dentro, gracias a las donaciones de su madre, que Dios la guarde muchos años, no hemos pasado muchas penurias. Tenemos un pequeño huerto y algunos animales. Nuestras continuas plegarias mantienen lejos la peste. Aún no hemos tenido ningún caso, y hemos restringido las entradas para evitar el contagio.

–No dudo de que es una medida eficaz –y pensaba don Fernando en la cantidad de mercancías y personas que entraron desde Cádiz cuando ya la bahía sufría del mal, aun a pesar de las prohibiciones que se decretaron. Subieron por una escalera que amenazaba con venirse abajo a cada paso, acompasado con lastimeros crujidos. Continuaron por un corredor que daba al claustro, y pudo ver cómo la mujer que sacaba agua caminaba con pesadez, con un cubo en cada mano, perdiéndose por una puerta del patio. Cuando habían caminado medio corredor, la Portera le hizo entrar por una puerta a una estancia, con un triste y mugriento cuadro, en el que era casi imposible imaginar cualquier figura. De allí, y por otro portón, llegaron a un ensanche, bañado por el sol que entraba desde un ventanal, y al que se abrían otras cuatro o cinco estancias, todas iguales.

–Aquí es, don Fernando. –La Portera movió un picaporte cobrizo con fuerza y se abrió una pieza sin ventanas. La pieza estaba oscura, pero, abierta la puerta, se llenó de la luz proveniente del pasillo. En un camastro, una anciana miraba con extrañeza a la pareja que entraba. Un viejo aparador completaba el escaso mobiliario–. Doña Ángeles. ¡¡¡Doña Ángeles!!! ¡¡¡Que tiene visita!!! –Aun siendo sorda, cualquiera hubiera respondido a los gritos inmisericordes que lanzaba la portera. Pero la anciana no se inmutó–. Ya ve, se lo dije a vuesa merced, ni siente ni padece. ¡¡¡Que le traen un regalo!!! Nada, ¿lo ve?

–¿Qué es lo que hay que ver, gallina gritona? –doña Ángeles había hablado. Y de qué manera. La Portera, estupefacta a medias por la sorpresa y a medias por el insulto, la miraba asombrada–. ¿Respondería vuesa merced a tales gritos? –dijo mirando a don Fernando–, pues así se dirigen a mí siempre. Y vos diréis, ¿a qué debo el honor de la visita de un Medina?

–Le ruego vuesa merced que me disculpo, pero yo hasta aquí he llegado. Por aquí no paso. –La portera había estallado–. Hace varios meses que no le oigo una palabra a doña Ángeles. ¡Pero si anoche rezábamos para que recuperara el habla! Mire, yo los dejo a solas. Cuando haya terminado puede tocar la campanilla que hay en el pasillo y yo vendré a buscarlo para acompañarle hasta la salida. –Dirigió una última mirada reprobadora a una doña Ángeles que sonreía traviesa y, resoplando, se marchó.

–No parece que estén muy contentas con vos en la comunidad, doña Ángeles.

–Ni doña Ángeles está contenta con la comunidad. No son buenas personas, ¡no! Y cuando

me quejo me encierran aquí. –Hablaban con muchos aspavientos, y gesticulando tanto que justificaba todas y cada una de las arrugas de su cara, acentuadas aún más por la luz que le daba en la cara desde la estancia contigua. El pelo, color marfil que revelaba los tonos rubios perdidos hace años, se agrupaba en ralos manojos. Los grandes ojos azul claro brillaban con fuerza, al contrario que su boca, que al abrirse mostraba apenas un par de dientes amarillentos. No parecía tener la razón intacta, aunque tampoco hubiera dicho que estaba por completo ida.

–Mi madre, doña Isabel, me ha enviado para que le traiga esto –y le entregó el paquete, que la anciana agarró con avidez. Sus dedos huesudos peleaban unos contra otros, de tal manera que no se ponían de acuerdo para deshacerlo y acceder a su interior. Al final, con increíble pericia y con los dos únicos dientes, deshizo el lazo y abrió el paquete. El propio Veinticuatro miraba con curiosidad, que se vio al momento decepcionada. Una bolsa con algunos reales, un par de alhajas que no recordaba haber visto a su madre, así como una carta cerrada y lacrada. La anciana hizo ademán de abrirla, pero enseguida se contuvo mientras, de soslayo, miraba a don Fernando.

–Muchas gracias, muchas gracias. Dígame vuesa merced a su señora madre que la tendré en mis oraciones. –La luz que entraba desde el ventanal del ensanche desapareció por efecto de alguna nube. La habitación de doña Ángeles, que la privación de ventanas al exterior convertía en una penumbrosa celda, se oscureció. Fuera por esa circunstancia o fuera por intervención de fuerzas que los hombres no son capaces de comprender, en unos instantes, la anciana pareció perder años, estirar su piel, crecer su pelo, recobrar las fuerzas. Y don Fernando creía conocer ese nuevo rostro. No sabía dónde ni cuándo, pero hubiera jurado que lo había visto antes-. Y dígame doña Ángeles, ¿desde cuándo conoce a mi madre?

–Mucho tiempo, don Fernando, mucho tiempo. –La voz sonaba susurrante, casi reptando desde la cama hacia donde el caballero se encontraba. Con sus ojos la anciana perforaba el aire que los separaba, que se había vuelto denso y gris, lleno de un humor espeso. El Veinticuatro sintió cierto temor, y retrocedió un paso.

–Lo cierto es que me suena su cara, pero no acierto a recordarla con nitidez. –Don Fernando trataba de parecer tranquilo, pero su hilo de voz temblaba como una vela.

–Ha pasado mucho tiempo. Tú eras un ya un joven, serio, a punto de casarte, pero joven a fin de cuentas. Y ese juez implacable ha hecho el resto. Ya vieja, he dado con mis huesos aquí. Y vos... ¿seguís en la búsqueda? –El Veinticuatro sintió que las piernas se le llenaban de pesados guijarros, que el cuerpo entero se le petrificaba. Dos agudas esquiras azules, que antes fueron ojos, penetraban ya en los suyos, rebuscando en su interior, divertidos por la sorpresa, adivinando intenciones.

–Bueno, doña Ángeles, todos buscamos algo –dijo sin convicción alguna, desde la enferma quietud del pavor, sin ser capaz de afrontar su mirada.

–Es cierto, joven Medina. Todos buscamos algo. Unos lo encuentran y otros no. Y el mundo sigue girando. Yo una vez anduve perdida, pero hallé lo que buscaba. Y aquéllos que aún seguían en la oscuridad, ahítos de envidia y de venganza, me persiguieron, me ridiculizaron, me humillaron y me destruyeron. Pero el mundo sigue girando. –Don Fernando se perdía. Quizás era cierto que la vieja deliraba. Por un momento recobró el pulso.

–Me alegro de que ahora se encuentre mejor, doña Ángeles. Aquí la cuidarán. Cuando pase la peste doña Isabel volverá a la Ciudad, le diré que pase a verla –e hizo ademán de

marcharse.

–La peste no pasa. La peste está entre nosotros, joven Medina. La peste somos nosotros. ¿Reza vuesa merced a menudo? Hágalo –dijo sin esperar respuesta–, hágalo y le colmará de bienes –mientras, señalaba al cielo con un dedo que era apenas un hueso cubierto de pellejos arrugados. El cuerpo de la anciana se apagaba de nuevo–. Reflexione, medite, acérquese a contemplar la cara de Dios y hable con él desde el gozo y la serenidad. Vaya a la Misión de San Francisco, en el cruce de la laguna chica, en la Isla Menor. Oiga lo que allí se dice cuando cae la noche. Verá el temor de las gentes. Verá oraciones sin alma, y almas que no encuentran oración que les reconforte sino miedo. ¿Está Dios con ellos? No lo creo. Y rece, joven Medina. Rece mucho, pero hágalo sintiendo de verdad la Comunión con Dios. Yo también lo haré por su familia –y la anciana se iba recostando sobre un lado, ocultando de forma paulatina su rostro a don Fernando, que iba perdiendo interés por la jaculatoria de la anciana, y se encaminaba hacia la puerta. Con apenas un rumor inaudible, doña Ángeles, ya con los ojos cerrados y alternando con largas respiraciones, fue entrando en un sopor que le daba un aspecto moribundo–. Y recuerde vuesa merced... Dios Nuestro Señor... no está... en un trozo de madera... búsquelo entre nosotros.

El corazón del Veinticuatro se desbocó. Sintió el impulso de preguntarle, de interrogarle, de sacar algo razonable de aquel cuerpo desvencijado, de escudriñar la mente de esa vieja loca. Pero la imagen de abandono final que se le presentaba en el camastro le devolvió a la realidad de una vieja que no regía tiempo ha. Podía estar días enteros con ella y no obtendría dos frases con algo de seso. Tan pronto parecía hablar con sentido como se envolvía en las brumas de la sinrazón. Antes de salir se volvió una vez más, y pudo observarla respirando profundamente en la oscuridad, que había vencido al fin a todas las luces que parecían salir por momentos del cuerpo de la anciana, apagada para perseguir quién sabe qué locuras desde su sueño. Su cabeza se recostaba sobre unas manos apenas unos huesos cubiertos de piel. En las palmas, entre las arrugas, unas sombras rosáceas. Casi podría decir que eran unos estigmas.

El sonido de la campanilla al final de la cadenita sobresaltó al propio Veinticuatro. La portera llegó con rapidez. Todavía permanecían en su rostro señales del enfado, arrugas de ceño fruncido.

–Ya ve vuesa merced, no se puede tratar con doña Ángeles. Lleva así sólo unos meses. Desde diciembre más o menos. Las impertinencias o el silencio son fáciles de llevar, pero cuando delira es otra cosa. Llena de gritos la casa, amenaza al resto de las mujeres, en fin, que perturba la vida normal de la casa. No sé qué podemos hacer con ella.

–¿Ella ingresó en el emparedamiento por razón de mi madre?

–Eso tengo entendido, pero en aquel tiempo no estaba yo aquí. –Mientras charlaban dejaron atrás los oscuros pasillos, el corredor del patio, ahora ya lleno de sombras, unas quietas y otras aún más negras, que lo cruzaban afanadas.

–¿No recibe visitas?, quiero decir que si no tiene familia –a don Fernando le intrigaba el origen de la anciana, la historia de ese rostro a ratos conocido.

–Solo de su familia, don Fernando. Mire, aquí en el emparedamiento, sin ser un convento, tratamos de llevar una vida lo más reglada posible. Las visitas no están permitidas, salvo casos especiales. Éste es uno de ellos. Las visitas la mantienen en paz durante algunos días. Igual ocurrió cuando vinieron esos otros caballeros que también vinieron de parte de su señora madre.

–¿Otros caballeros?, ¿quiénes? –don Fernando se frenó en seco bajo la arcada inferior del

patio.

–Sí, esos otros que mandó doña Isabel, hará cosa de un mes. Venían a ver a doña Ángeles. Como vuesa merced. Subieron, hablaron con ella durante un buen rato y se marcharon sin más. Dejaron un donativo muy importante, don Fernando. Le estamos muy agradecidos a su madre. Y todas las mujeres dimos gracias al Señor porque doña Ángeles estuvo muy tranquila durante unos días, pero ya ve vuesa merced qué poco duran las cosas buenas en esta vida –la portera no advertía el interés de don Fernando.

–¿Y decís que esos caballeros vinieron de parte de doña Isabel?

–Sí, eso me dijeron en la puerta. Y ya le digo, dejaron una bolsa con unos reales, como suele hacer su madre. Después los acompañé a los tres hasta la celda de doña Ángeles. –La mujer vio cómo el Veinticuatro abría los ojos y torcía el gesto–. ¿Hice mal don Fernando?

–A los tres...

–Sí, don Fernando, tres eran. –La portera ya era consciente de que algo no era del todo normal en aquella extraña visita.

–¿Oísteis de qué hablaban?

–No, hice como con vuesa merced, me fui a mis asuntos en la casa y cuando hubieron terminado tocaron la campanilla.

–Y... ¿Sabéis si le dieron algo?

–Pues no que yo recuerde, pero es difícil saberlo. Iban embozados, pues era una mañana fresca, y no sé si pudieron entregarle algo que llevaran oculto. Don Fernando, estoy asustándome. ¿Hice mal en dejarlos pasar?

–No, tranquilizaos –dijo recuperando el gesto–. Son cosas mías. No os preocupéis. Pero, por favor, si vuelven por aquí, os ruego que envíe alguien a mi casa en cuanto sea posible. Quisiera saber quiénes son y agradecerle el trato que tienen con doña Ángeles. Es una mujer muy apreciada por mi madre –y la Portera suspiró con cierto alivio, dando por supuesto que personas de la importancia de don Fernando Núñez de Medina nunca mienten.

–No sabéis cuán agradecidas estamos en la casa a doña Isabel de Medina. Dígale vuesa merced que oramos por ella todos los días.

–Queden con Dios –y una sonrisa beatífica y simplona le fue devuelta como despedida. Sólo la puerta, ya cerrada, contemplaría el retorno a la normalidad en el emparedamiento: las oraciones, las charlas, los quehaceres en la cocina y en el pequeño huerto. La Ciudad oculta dentro de la Ciudad, ignorante de las miserias del exterior, y tan aislada dentro de sí misma. Sólo las altas tapias, las puertas cerradas, los velos y los tapaluces mirarían con desgana la vida muerta de esas mujeres.

## CAPÍTULO VII

Sábado, cinco de junio de 1649

Sentía que no podía mover ni un solo dedo, como si estuviese amortajado en su propia cama. Tenía los ojos cerrados, pero, aun así, lograba ver, no sin disgusto, a Carlos Cegarra en suelo, acuchillado a la par que lleno de bubas. Veía a la enloquecida Ángeles del Olmo. Veía a Martínez Montañés avejentado y ausente. Le dolía todo el cuerpo. Aún en la cama, luchaba contra la luz que entraba por las ventanas, que había abierto Venancio por orden de doña Leonor. En su cabeza todo sucedía con rapidez, sumido todavía en un ligero sueño del que intentaba zafarse contradiciendo a la parte de sí mismo que trataba de evitar la luz y seguir durmiendo. Ángeles del Olmo salía de la bruma y lo miraba con sus ojos metálicos y espías. Le había mencionado la Misión de San Francisco en la Isla Menor. Allí había respuestas. ¿Pero qué respuestas?, ¿las de una vieja enloquecida? Aún debía afrontar hechos reales. Tenía que hablar con el cochero de don Carlos Cegarra y comprobar cuáles fueron las últimas visitas al Convento. También debía ver a los cofrades de la hermandad del Cristo de San Agustín. No sabía si éstos, alarmados ante el cierre de la Iglesia habrían hablado ya con el Prior, ni qué les habría dicho el anciano. De todas maneras, tendría que hablar con aquellos que pudieran tener acceso a la Iglesia. Puede que el robo fuera una manifestación de un afecto excesivo. Ésta y otras ideas le golpeaban la cabeza como repentinos fogonazos de luz, que se oscurecían con la misma rapidez que brotaban. Fue levantando poco a poco los párpados, hasta que dejaron paso a una llamarada que entraba sin piedad a través de los ojos e inundaba de luz el interior de la cabeza de don Fernando. Mantuvo sus brazos a raya, para evitar que se aliaran con su deseo de dormir y lograran tapar la incontenible avenida de luz. Debía ser tarde. El sol acariciaba el baldaquino de terciopelo azul, y los remates dorados de las esquinas de la cama rebotaban y multiplicaban los brillos de tal manera que, a la vista borrosa del Veinticuatro, parecían estrellas flotando en el aire espeso de la habitación. Había pasado la tarde y parte de la noche anterior revisando algunos libros, anotando ideas, buscando nombres. Cenó con rapidez, casi sin hablar, esquivando incluso las miradas de Leonor. Cuando ya de madrugada entró a la estancia para dormir, sintió que ella aún le esperaba despierta. Nada se dijeron en la urgencia por conciliar el sueño.

Con un gran resoplido pudo incorporarse y sentarse al borde de la cama. Había dormido tan poco que no se había levantado a orinar ni una sola vez, y, en consecuencia, no había ni una triste gota para enjuagarse la boca. Se levantó, echó agua en una jofaina y se frotó la cara con vehemencia, queriendo despegar el sueño de ella. Se vistió con rapidez para huir de la voz interior que le pedía volver a la cama, y al momento bajaba por las escaleras.

El desayuno le hizo recuperar el ánimo. Iría a ver al cochero de don Carlos Cegarra. Salió rápido de casa y, aunque ya era entrada la mañana, pocas personas había por la calle Santiago. La calle del Naranjuelo no le quedaba cerca, pero el paseo por la Ciudad le sentó bien. En otra ocasión se habría demorado en la Plaza de la Paja, con su Iglesia de Santa Catalina, o habría bajado por la calle Calderería hasta la Plaza del Espíritu Santo, o el mismo Convento de Montesión, o quizás desde allí habría ido hasta San Martín para buscar el Hospital del Amor de Dios, o se habría internado por la calle del Potro hasta llegar a San Lorenzo. Pero aquel día optó por evitar iglesias y hospitales, que le recordarían, con sus cementerios abiertos al aire de la Ciudad, que la gente se moría a cientos. Y así fue que no se encontró con otra señal de la peste que

no fuera la escasez de gentes en las calles: no vio hogueras, ni grandes montones de ropa de difuntos impidiendo el paso en alguna calle, ni carros cargados de cadáveres, ni personas de todas las edades y castas llorando. Era un mañana de junio como otra cualquiera, y solo el hedor y el silencio quedaban como marcas indelebles de la pestilencia que asolaba la Ciudad. Los árboles, que albergaban las escaramuzas de los gurríatos, fueron los únicos testigos de su paso por la Plaza de San Lorenzo. Oyó las luchas y los juegos de los pájaros, vio el balanceo de las ramas y los vuelos fugaces que lo causaban. Pero al divisar la casa de don Carlos Cegarra, el peso de la Ciudad que se moría vino a caer sobre su espalda, y recordó por qué visitaba esa casa por segunda vez en tres días.

Le abrió la puerta el mismo criado mulato de la otra vez, que pareció sorprenderse.

–Pase vuesa merced. –Era un mulato alto, adusto, muy serio y bien vestido para su condición de esclavo. Don Fernando cruzó la puerta y entró a un recibidor amplio. La puerta de en medio que supuso daba al patio estaba cerrada. No recordaba haber ido a ninguna fiesta en casa de don Carlos, así que la distribución le era ajena. En el recibidor había dos sillones frailes, respaldados en la pared por un enorme tapiz con una escena que no pudo distinguir bien. Enfrentado, un aparador de caoba con incrustaciones de nácar, muy trabajado y con abigarrados dibujos, y otro enorme tapiz. La puerta se abrió y el criado antecedió a la señora. Doña Elvira Bucarelli venía a tener una edad parecida a la de su madre. Vestía toda de negro, sencilla y recta. Con menos lujos que el aparador, contrastaba con él, pero emanaba una elegancia atemporal. Llevaba el pelo recogido con horquillas, pero ninguna de ellas llevaba perlas ni remates en oro ni ninguna demostración de lujo ni coquetería. Le invitó a sentarse en uno de los sillones como quien está acostumbrada a dar órdenes.

–Doña Elvira, quería transmitirle las condolencias de todo el Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad, y en especial de don Diego de Cárdenas como Asistente y en el mío propio –inició el Veinticuatro.

–Habrá de entender por ello vuesa merced que no es el momento más apropiado para una entrevista –cortó de manera tajante doña Elvira, ante el gesto hierático del mulato, que permanecía en pie vigilante junto a la puerta de en medio.

–Lo sé y el Cabildo os transmite las disculpas, pero habéis de entender que la muerte de don Carlos, siendo como era Alcalde del Crimen, es un hecho de la máxima gravedad en la situación en que se haya la Ciudad. Máxime cuando hay personas que aseguran que fue asesinado –don Fernando esperó unos instantes a los gestos de la viuda, pero en su cara no adivinó ni sorpresa ni indignación–. Es más, hay testigos que lo vieron agonizar.

–Mi esposo ya estaba enfermo, sufría de algunas toses y fiebres, pero no fue hasta la noche en que falleció cuando pude verle las bubas. Si las tenía de antes poco puedo saber; él llevaba la misma vida de siempre.

Don Fernando entendió que poco podía sacar de doña Elvira. Se disculpó por el malentendido y glosó la figura de don Carlos, y cuánto lo necesitaba la Ciudad en estos momentos. –Pero antes de marcharme me gustaría poder hablar con su cochero para poder cerrar este asunto.

–Iré a buscarlo –respondió el esclavo a don Fernando tras intercambiar una mirada con doña Elvira–, mientras tanto podéis esperar aquí –dijo mientras acompañó a la viuda a sus aposentos. No cabe aventurarse en juzgar a las personas por cómo decoran sus casas, pero la del Alcalde del Crimen de la Ciudad, el difunto don Carlos Cegarra, no parecía derrochar un gusto



clásico. Flanqueando la puerta de enmedio pudo ver un par de pinturas de escasa calidad, con algunas escenas rurales, apenas esbozadas o mal pintadas y dispuestas sin orden alguno por el recibidor, una incluso oculta por una estatua clásica de mármol. Los tapices que tapaban las paredes eran de colores y diseños que no había visto nunca, con extraños símbolos, hechos a trazos, y representando campos, donde un enorme círculo rojo, supuso don Fernando que era el sol, se repetía en todas las escenas. Sobre el aparador vio una espada larga y terminada con una ligera curvatura y un jarrón con un diseño extraño que le llamó la atención. No había visto nunca objetos como éstos. Al mirarlos con detalle desechó su primera impresión de falta de buen gusto: todo esto venía de muy lejos. Ni siquiera en los más alejados rincones de Europa se trabajaban estilos tan extraños.

–Don Fernando, éste es Vicente, el cochero del difunto don Carlos, a quien Dios tenga en su Gloria. –Ante sí, al abrirse la puerta, un hombre pequeño, calvo y barbudo lo miraba con ojos saltones, no sin cierto temor–. Vicente, éste es don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad. Desea hablar contigo acerca del difunto señor.

–Vicente, el Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad, así como la Audiencia –sabedor de que mentía puso el gesto más serio de lo habitual a fin de no dejar resquicios que pudieran revelarlo– me han facultado para estudiar los últimos días de la vida de don Carlos Cegarra. –El cochero se había sentado, y, a su lado, el celoso criado intentó mantenerse en la escena hasta que don Fernando le pidió que abandonara la estancia–. Quisiera que me contara algunas cosas. Para empezar, ¿cuándo supo que don Carlos tenía la peste?

–Pues el mismo día que murió. Ha sido una tristeza para todos, fijese vuesa merced, porque todos teníamos a don Carlos en mucha estima. En más de una ocasión nos ayudó cuando tuvimos necesidad. Recuerdo una vez que Luisa la cocinera tuvo al hijo en la Cárcel Real por una algarada callejera, y don Carlos en menos de una tarde lo sacó de allí, no sin reprenderlo ¿eh?, que era el señor persona recta como ninguna, buen católico, y también recuerdo de una vez que a los señores de la casa de aquí al lado los sacó de un aprieto cuando unos perros que tenían mordieron a un menesteroso que pasaba por la calle –el cochero hablaba sin parar, como si no necesitara recuperar el aire perdido.

–Don Vicente, don Vicente, un momento –se apresuró a cortar la incontinencia verbal del cochero–. ¿No recuerda si el señor tuvo síntomas de la peste los días anteriores?

–Pues no le sé decir, porque no soy médico como bien sabe vuesa merced, pero no me parece que el señor anduviera enfermo, no nos pidió ayuda, ni de fiebres padeció, ni me mandó a buscar a don Melquiades, el médico de la familia, ni nada parecido. Fue así, de improviso, el señor salió por la noche y por la mañana nos dijeron que había muerto. Una pena grandísima para todos porque...

–¿Quién les dio la noticia? –interrumpió don Fernando, que trataba de preguntar con rapidez para evitar la charla del cochero.

–Pues fue Rodrigo el criado. Rodrigo quería mucho al señor, no puede vuesa merced imaginarse la cara del pobre cuando se enteró. Lleva tantos años en esta casa..., primero con el padre de don Carlos y luego con el mismo don Carlos. Y le pesa mucho la tristeza, así lo ve vuesa merced ahora, que anda como ido, que no habla ni quiere que los demás lo hagamos. –Pensaba ya don Fernando que, si a Sansón su fuerza le venía de una larga cabellera, al criado, calvo como una rana, debía ser su poblada barba negra la que le dotaba de una oratoria sobrenatural.

–Lo comprendo, Vicente. ¿Y quién se lo dijo a Rodrigo?

–¡Ah! Eso ya no lo sé, porque yo andaba en las cuadras, limpiando a los caballos desde por la mañana. El señor no me había llamado, pero yo quería tener listos a los animales y al coche por si avisaba. Que el señor era muy dado a unos repentes de decir Vicente que nos vamos y ahí se ponía él muy contento cuando veía que en un momento estaba todo listo.

–Seguro que don Carlos estaba muy contento con vos, Vicente –los años de soledad en el pescante hicieron mella en este hombre, pensaba don Fernando. Estaba seguro de que les hablaba a los caballos–. ¿Dónde lo llevó la tarde anterior?

–Llevaba a los señores al Convento de San Agustín, pues ambos son grandes devotos del Santo Cristo, pero al llegar, para su extrañeza, vieron que estaba cerrado y me pidieron que fuera, como otras veces en los últimos tiempos, a la calle que llaman Escuderos, que queda cerca del Convento. Es una calle muy estrecha y el carro no entra, por lo que lo dejo a la misma entrada, en la esquina de la calle Vidrio. Y ya que está aquí vuesa merced, yo me pregunto que por qué hacen esas calles tan estrechas, donde ni una silla de mano entra. Me han dicho que no es cosa de cristianos sino de moros y judíos, y pienso yo que el Cabildo debía poner leyes para que en todas las calles pudieran entrar sin dificultad los coches y carros. Muchas veces se lo dije yo a don Carlos, pero me decía que era cosa del Cabildo. Así que yo he pensado que....

–Lo pensaremos Vicente, lo pensaremos. Es sin duda un problema muy importante, aunque quizás es más sencillo hacer más pequeños los coches –dijo añorando los tiempos en que tener una licencia para el coche costaba un Potosí. No había entonces problemas con los tantos coches que ahora hacen la Ciudad intransitable. Al final todo el que podía se arrogaba la potestad de entregar tales licencias para beneficiarse del mercadeo, y entre todos lo mataron y él solito se murió. Ahora cualquiera podía tener un coche, y por momentos parecía que todo el mundo en la Ciudad tenía uno. Si hubiera menos coches habría menos cocheros como éste, se argumentó don Fernando para sí, y tuvo que hacer un esfuerzo por volver a la conversación–. Pero ahora volvamos a esa noche. ¿No sabe a qué familia iban a ver los señores?

–Pues no, que ya le digo. Dejé el coche en la esquina y no entré a la calle. No entro nunca porque el coche no cabe. Y aunque muchas veces en los últimos meses los he llevado, no sé a qué casa van. Serán toda gente importante, porque el señor siempre andaba con personas de categoría, así como vuesa merced. Son todas casas con mucho nombre, de tiempo antiguo y grandes balcones. Un primo mío, nacido en Cádiz como yo, trabajó durante unos años en una herrería donde componían rejas y cosas así. Era de muy buenas manos y trabajaba con presteza, por lo que ganó muchos maravedíes con las gentes de buena familia, pero lo que ocurre con las malas influencias, empezó a jugar a los naipes y acabó perdiéndolo todo. Y ya no sé ni dónde anda. No podría vuesa merced preguntar por ahí, veré, él se llama Antonio García....

–Ya hablaremos de eso después, Vicente –si el primo del cochero hablaba la mitad que él no sería el Veinticuatro el que haría por encontrarlo–. ¿Esa noche cuándo lo recogió?

–Pues veré, es que no lo recogí. Sí que lo esperé. Y fue un rato largo. Se hizo de noche y varias veces bajé del pescante a ver si encontraba alguien para hablar un rato, por matar el tiempo, ya sabe, aunque yo no soy mucho de hablar por hablar. Pero no había nadie, ni siquiera en una taberna que hay en la calle de los Tintes esquina con San Esteban pues cerrada estaba. Así que decidí quedarme sobre el coche. A veces me bajaba y revisaba las ruedas o acariciaba a las bestias. ¿Sabe vuesa merced que los caballos lo entienden todo? Yo les hablo mucho. A ellos sí. Y esa noche tuve más tiempo así que les hablé largo rato.

–No lo dudo, Vicente, no lo dudo. ¿Y qué pasó? –dijo don Fernando con un suspiro que evidenciaba el esfuerzo que le suponía detener las inundaciones de palabras que dejaba escapar el bueno de Vicente. O aquellos caballos eran sordos o a buen seguro que la viuda de Cegarra los habrá de vender en poco tiempo como carne de matadero.

–Pues al rato bajó la propia señora a decirme que ya no hacía falta que lo esperara, que ya volverían andando. No le puedo decir cuándo fue, porque no escuché las campanas de ninguna iglesia cercana. A veces pongo atención, pero aquella noche estaba hablando con los caballos. Cosas de cochero, pensará vuesa merced, pero no, ya le digo, que son unas bestias que lo miran a uno y se da cuenta de que lo entienden todo –le brillaban los ojillos y la calva hablando de los animales, y miraba al techo de la habitación con una sonrisa reluciente–. Mire, una noche...

–¿Y entonces se volvió? –cortó en seco don Fernando, pensando para sí que ganaba la batalla.

–Sí claro, le dije a las bestias, ¡eah! que nos vamos *pa* casa. Y tan contentos los tres tomamos el camino hasta aquí, sin saber la desgracia que dejábamos atrás. Cuando llegué les quité los arreos...

–¿Y no sabe el número de la calle Escuderos al que iba con tanta frecuencia don Carlos?

–Pues no lo sé, don Fernando. Porque ya le digo, que es una calle donde no puede entrar el coche –el Veinticuatro cerró los ojos y miró al suelo, tapándose la cara con una mano, incapaz ya de contener el torrente que se le venía encima–y como al señor no le gustan las sillas de mano, pues allí que me quedaba yo, sin poder pegar la hebra con nadie ni dejar a mi señor en la puerta de la casa, como es debido. Un coche se quedó atascado en esa misma calle, según me contaron alguna vez, y hubo que traer cuatro caballos para sacarlo. Porque yo me pregunto, ¿las calles no podían ser más anchas?, pues si la morisma no es amiga de los coches de caballos no quiere eso decir que ahora que los católicos vivimos en la Ciudad, y ya hace de esto tantos años, tengamos que hacerlo como ellos. –Don Fernando intentó abrir la boca varias veces, pero ni siquiera le salía un hilo de voz ante el torrente de Vicente el cochero–. Dicen algunos que es para que el sol no entre. Pero bueno, ¿es que los hijos de Mahoma no sabían hacer tapaluces para las ventanas? Yo creo que es porque como nunca llevaban carro pues no les hacían falta calles anchas, que ellos eran más de sus paseítos en babuchas y eso que ahorran en empedrado de las calles.

–Vicente, un momento. ¡Vicente! Una última pregunta, por favor. ¿Llevaba a menudo al señor al Convento de San Agustín?

–Pues sí, don Fernando. Porque ha de saber que el señor era un gran devoto del Cristo, y no han sido pocas las veces que los he dejado a él y a la señora en la puerta de la Iglesia.

–¿Y cuándo fue la última vez? –acometió vehemente el Veinticuatro.

–Pues... –rascándose la calva y mirando al cielo entregó Vicente los únicos instantes de silencio en tal torneo verbal de resistencia... pues hará una semana o así.

–¿El día veintiocho de mayo?

–Verá vuesa merced, que yo no llevo la cuenta de los días con tanta presteza. ¿Qué día es hoy? Recuerdo que el señor y la señora entraron en la Iglesia a Misa y allí quedaron un rato largo. Me viene a la memoria que ocurrió algo extraño. Habiendo salido todo el mundo del Oficio, yo seguí esperando. Al rato decidí entrar a la Iglesia y no hallé dentro al señor. Así que volví al pescante. Esperé otro rato y di la vuelta a la iglesia y allí pude encontrar a don Carlos, que salía

con doña Elvira por la puerta de la Sacristía, cosa que nunca hacía pues yo lo esperaba siempre en la principal de la iglesia. –Don Fernando recordó que era la puerta por la que entraron los embozados a robar al Santo Cristo–. Siempre en la principal, en días de precepto y también de los otros, porque don Carlos, y su señora, eran un matrimonio católico como pocos. Es una pena que no haya dejado descendencia el señor. No sabemos qué será de nosotros. ¿Tiene vuesa merced cochero?

–Sí, sí tengo, Vicente, pero si me entero de alguien que lo necesita no dude que hablaré bien de vos. –Por un momento se imaginó sufriendo esa acometida a diario y sintió una fuerte opresión en la cabeza–. Le doy las gracias en nombre de la Audiencia y del Cabildo por su ayuda. Me gustaría poder hablar con Rodrigo, ¿puede avisarlo cuando salga?

–No hay nada que agradecer, don Fernando. Que aquí lloremos mucho a don Carlos y queremos hacer lo que considere necesario vuesa merced. Era tan bueno el señor, tan bueno... –y la jaculatoria se perdía por los pasillos en busca de Rodrigo. Don Fernando quedó envuelto en el silencio de la habitación. No era capaz de pensar mucho, quizás temeroso de que la verborrea de Vicente volviera cogiéndolo desprevenido. Tenía que saber a qué casa iba don Carlos y quiénes vivían en ella.

–Me ha dicho Vicente que quería verme vuesa merced –el mulato Rodrigo apareció de súbito.

–Gracias, Rodrigo. Siéntese, será sólo un momento. Dígame, ¿quién avisó de que don Carlos había muerto apestado?

–Pues vinieron tres caballeros con las primeras luces, muy temprano. Hacía incluso algo de fresco y venían embozados –don Fernando apretó los puños–. O sería para evitar el contagio de la enfermedad, que pocas son las precauciones que se han de tomar. Uno de ellos nos dijo que el señor había muerto de peste anoche. Que ellos lo encontraron muerto en la calle lleno de bubas, y, no sabiendo quién era, avisaron a un carro que cargaba cadáveres de apestados y ellos mismos echaron el cuerpo al carro. El hombre que llevaba el carro fue quien lo reconoció, según ellos contaron. Al parecer trabajó durante algún tiempo en la Audiencia. Fíjese, cargado con apestados. Los tres caballeros nos dijeron que el hombre encargado del tiro no dudó un instante, y que también lloró pues lo tenía en estima del tiempo que estuvo en la Audiencia. El carro iba hasta el carnero de San Sebastián, y allí lo echaron. Porfí con ellos para localizar el carro y traerlo de vuelta, para que tuviera una sepultura digna de su posición. Pero nos dijeron que la orden de la Junta de Salud era no dejar que eso ocurriera, y que los muertos de peste han de ser enterrados con celeridad.

–¿Y se lo dijo a la señora? –preguntó don Fernando, aunque la voz apenas le salía de la garganta al volver a oír hablar de tres embozados.

–No fue necesario. La señora ya estaba allí. Aunque no crea vuesa merced que es lo usual en esta casa fue la misma doña Elvira la que abrió la puerta. Yo oí la noticia desde mi estancia, que está aquí al lado, y ya vine dando gritos y sollozos. Al principio quise ir al carnero, pero los tres hombres y la propia señora me disuadieron, con gran tino, pues allí la pestilencia es grande y el aire inficionado e irrespirable. Así que pensamos que lo mejor era no buscar el cuerpo para velarlo, donde además buscar un cadáver entre tantos es tarea propia del mismo infierno. La propia doña Elvira misma me consoló y nos fuimos a rezar al oratorio que tenemos en la casa, pues era el señor muy querido.

–¿Entonces nadie vio a don Carlos desde que saliera la tarde anterior con Vicente?

–De la casa nadie. El señor y la señora salieron juntos y el cochero se volvió solo como ya le habrá comentado.

–Rodrigo, el otro día me dijo que el señor había ido a la Iglesia de San Agustín.

–Don Carlos me dijo que pensaba ir a la Iglesia. Lo hacía muy a menudo. Ya me ha dicho Vicente que luego la iglesia estaba cerrada, así que supongo que cambió de idea –el mulato empezaba a sentirse avergonzado, pues él mismo iba viendo cuántas cosas sin razón alguna habían ocurrido en la casa hacía apenas dos días.

–Dígame, Rodrigo. ¿No le resultó extraño que la peste matara a su señor en un solo día, sin síntomas, sin tos, sin bubas de ningún tipo? –don Fernando miraba a los ojos del mulato sin mover una pestaña, tratando de aparentar una fiereza que no constaba entre las características de su carácter, y mostrando que hacer preguntas de las que uno cree saber la respuesta es el síntoma mayor de la superioridad. Rodrigo miró extraño, intentando balbucear una respuesta coherente.

–No sé, don Fernando. Yo no sé de medicinas ni de curaciones. La señora dice que sí lo notaba enfermo los últimos días. Todo... todo el mundo en la Ciudad habla de casos parecidos, todos conocen a alguien que estaba sano por la mañana y muerto y enterrado por la tarde. Yo no sé nada... Nos dijeron que había muerto de peste, y así lo creímos.

–No se preocupe por eso. No le hubiera salvado –dijo don Fernando casi pensando en voz alta antes de volver al tono formal que prefería utilizar–. Muchas gracias por su inestimable ayuda, Rodrigo. En nombre del Cabildo y de la Audiencia le doy las gracias –y levantándose puso la mano en el hombro de Rodrigo– y les pido que recen mucho por el alma de don Carlos.

–Ya lo hacemos, don Fernando, ya lo hacemos.

Cuando salió a la calle del Naranjuelo, el Caballero Veinticuatro aspiró hondo e incluso esbozó una ligera sonrisa. Era el primer nudo que desaparecía en esta cuerda tan trenzada. Don Carlos Cegarra, Alcalde del Crimen de la Audiencia de la Ciudad, murió asesinado por los tres embozados y éstos a su vez encubrieron su muerte haciéndola pasar por peste. Y si era verdad que el cadáver estaba en el carnero de San Sebastián allí no lo encontraría nadie. La actitud de doña Elvira Bucarelli le había parecido extraña cuando menos, pero una desaparición tan repentina podía haber hecho mella en su ánimo. También necesitaba saber qué casa frecuentaba tanto en la calle Escuderos, el último sitio donde lo vieron con vida antes de que, acuchillado, lo viera don Luis Zúñiga. Era casi la hora de comer. Si don Carlos sabía lo suficiente como para que lo asesinaran, quizás alguien más de la Audiencia sabía algo. Puede que dejara algunas notas de interés o hablara con alguien. En la reunión que mantuvieron los Caballeros Veinticuatro don Fernando y don Luis Zúñiga con el Asistente de la Ciudad, el Conde de la Puebla, éste se comprometió a hablar con el Presidente de la Audiencia. Quizás era un buen momento para relatarle los últimos acontecimientos. Don Fernando se encaminó decidido hasta las Casas Consistoriales.

Encontró al Asistente en una reunión en la que seguía tratándose el abastecimiento de pan de la Ciudad. En el último Cabildo, y como en todos los anteriores, el resto de los Caballeros Veinticuatro y los Jurados había oído unas descripciones casi apocalípticas de la situación de la Ciudad. Seguía faltando pan, que era el alimento básico de una gran parte de la población, pero en una situación de carestía tal, donde faltaban cereales, legumbres, verduras, no había pescado y ya

se habían comido a las pocas reses que quedaban, el pan se hacía insustituible, único. Los problemas eran graves y eran necesarios los alguaciles para garantizar el suministro de pan. Varias veces habían asaltado algunos carros que lo traían de Alcalá, con el fin de revenderlo a más alto precio en la misma Ciudad. Todos tratan de aprovecharse de la situación y los había que vendían las hogazas de siete cuartos hasta a tres reales. Y como muchos entendían que era un precio razonable para la escasez en que se hallaban así lo pagaban. Pero otros muchos no podían, y se formaban grandes algaradas. Tras la reunión se acordó reforzar los caminos con algunas guarniciones. Los problemas nunca terminaban, y el Asistente rezaba para que tampoco se acabaran las soluciones.

–¿Alguna novedad? –preguntó don Diego, el Asistente de la Ciudad, una vez que se aseguró de que estaban solos.

–Parece que los tres embozados de los que hablaron los monjes del convento de San Agustín también están detrás del asesinato de don Carlos Cegarra. Y, por cierto, don Carlos era un gran devoto del Santo Cristo. Hay otro asunto relacionado con ellos, pero aún no puedo decirle nada concreto –pensaba en Ángeles del Olmo, encerrada en el Emparedamiento de San Ildefonso, como una posible pista a seguir, pero el estado de la mente de la anciana era más otro problema que una ayuda. La mirada del Asistente era de reprobación.

–Vuesa merced sabrá. ¿Y bien?

–Creo que debemos hablar con el Presidente de la Audiencia. Si don Carlos sabía algo sobre el robo que le ha costado la vida, quizás en la Audiencia puedan darnos alguna idea de personas a las que frecuentaba, o si existe algún documento que pueda darnos una idea de qué sabía don Carlos. Pero habrá que ir con tiento porque la familia cree que murió de peste, y así nos conviene que se siga creyendo.

El Asistente don Diego de Cárdenas meditaba, se mesaba la barba con mucho cuidado, dejando que los dedos desaparecieran en la espesura, como adentrándose en un bosque encantado para desentrañar algún antiguo enigma. Y, de igual manera, buscaba en su cabeza don Diego.

–Me parece que no es buena idea ir a la Audiencia. No debemos equivocarnos. Iremos a ver al Deán Quesada, le contaremos todo esto y veremos qué decide. No sé cuándo ha informado a la Audiencia, y ni siquiera si lo ha hecho. Y si no lo ha hecho no quiero ser yo el idiota que se tire a los pies de los caballos de la Iglesia. Mandaré a uno de los mayordomos para que nos cite hoy mismo. –Don Diego parecía animado por el progreso de don Fernando: ya tenía algo que contar al Deán.

El lacayo del Palacio Arzobispal les sonrió antes de dar entrada al salón donde les esperaba el Deán. Era un muchacho alto, con una frondosa cabellera rubia, bien parecido y de no menos graciosas proporciones. Tenía una voz melodiosa, casi cantarina, y sus movimientos eran más ajustados a pasos de baile que a la rectitud y moralidad exigible a un mayordomo de una institución eclesiástica. Don Fernando y el Asistente don Diego siguieron su contoneo por un pasillo. La fina levita que portaba se acompañaba al movimiento de sus caderas de tal manera que al Veinticuatro le recordó a una campanilla andante. Todas las estancias estaban ricamente adornadas, amontonándose Cristos de marfil, efigies de la Virgen al estilo gótico, pequeñas representaciones del Niño Jesús sedente, andando o dormido, pinturas con imágenes de vidas sagradas de santos reconocibles o desconocidos, cruces doradas que mezclaban con grande

armonía piedras preciosas de diversos colores, ostensorios de plata, relicarios en madera tallada con gran primor, y todo hecho por los artesanos de más renombre en cada ramo. Contrastaba tanta riqueza con las leyes que la propia Iglesia había dictado. Mientras que Cardenales, Arzobispos, Deanes o Canónigos del Cabildo se permitían vivir con tanta suntuosidad, a los párrocos, sacerdotes y beneficiados de muchas iglesias se les prohibía cualquier ornamento en el vestido, e incluso tocar instrumentos musicales. Se habían dado muchos casos en que los sacerdotes llegaban a mendigar en las mismas parroquias, tan escasa era la remuneración que recibían. Y hasta hubo algunas que cerraron durante algún tiempo porque no había nadie que quisiera hacerse cargo de ellas. Mientras tanto, los varios Arciprestes, Arcedianos y Chantres se entregaban a una vida lujosa y regalada, no exenta de buen gusto, bien es verdad, puesto que algunos ejercieron el mecenazgo de muchos e importantes artistas. La gran mayoría de éstos procedían de buenas familias de la Ciudad, con lo que, a fin de cuentas, se establecía una especie de Corte, con sus intrigas y maquinaciones, con sus secretos y sus confidencias. Había, y no nos engañemos porque sigue habiéndolas, distintas clases sociales dentro de la propia Iglesia: los ricos y los menesterosos. Y el Deán y Provisor de la Sede Arzobispal, don Fernando de Quesada, era de los primeros.

Don Fernando y don Diego lo hallaron en una sala tan ostentosa como el resto de la casa: sentado en un enorme sillón y bebiendo vino en una pequeña copa de cristal. Sus manos eran finas y de un tono pálido y tenía las uñas cortas y muy cuidadas. Los dedos, largos y ágiles, manipulaban la copa con gran delicadeza. La dejó en una pequeña mesita que estaba al lado del sillón, y extendió la mano. Desde la muerte por gota del Cardenal Agustín de Spínola en febrero, el Deán ejercía la máxima autoridad. Estaba próxima la nominación de un nuevo arzobispo, y según había oído recaería la designación sobre un dominico. Los conflictos entre el Cabildo y los sucesivos cardenales y arzobispos habían sido continuos. Las luchas por las prebendas y las muchas rentas que el Cabildo poseía provocaban no pocos desencuentros y afrentas, con cardenales que se iban en secreto de la Ciudad y canónigos que no asistían a los funerales de sus arzobispos. Ahora, con la silla vacante, la situación era muy tranquila para los canónigos. Sin embargo, ellos sabían que esto duraría poco. La Ciudad era una de las plazas más importantes del mundo, y el Papa no la dejaría al mando de los canónigos de la Catedral. La designación vendría un día u otro, pero, mientras tanto, los próceres de la Iglesia apuraban los días en que, en una Ciudad apestada y aislada, sólo ellos llevaban el cetro. Tras los saludos y reverencias acostumbrados, el Deán Quesada escogió un rostro serio, acorde con el asunto que, seguramente, venían a tratar el Asistente de la Ciudad y el Caballero Veinticuatro.

—Permítanme que les ofrezca un almuerzo —dijo con evidente buen humor—. Mi posición me permite acceder a ciertas cosas que pensamos extintas en la Ciudad. Su paladar me lo agradecerá. ¡Mauricio! —acompañó la llamada al lacayo con el tintineo de una campanita, y el muchacho rubio apareció al momento— prepara mesa para tres, tan ilustres caballeros me acompañarán en la comida. —No estaba acostumbrado a recibir negativas y ni siquiera esperó una respuesta a su invitación, aunque ni a don Fernando ni a don Diego se les hubiera ocurrido decir que no.

Cuando entraron al gran comedor, don Fernando olvidó no sólo el robo del Cristo de San Agustín, asunto por el que, al fin y al cabo, se encontraban allí, sino también las inundaciones, los incendios y la peste que habían marcado de forma inexorable la historia de la Ciudad. Cubiertos de plata tan limpios que don Fernando podía verse reflejado en el fondo de la cuchara, platos de porcelana ribeteados en oro y que no parecían haberse usado nunca, copas de todos los tamaños y

aspectos, lisas, talladas, de vidrio de intensos colores o transparente, mantelería de fino hilo bordado a mano, mesas y sillas de ebanistería tan trabajada que resultaba en grande placer detenerse a mirar con sumo cuidado los dibujos; todo estaba dispuesto como si las gentes no murieran en las calles, como si la flota de Indias siguiera acostándose en el Arenal para vaciarse de oro y plata, de zarzaparrillas, de añil, de grana o de tabaco. No sólo en la casa de don Fernando, sino en otras muchas, las leyes dictadas contra el lujo durante los años anteriores, y que habían sido azuzadas por la Iglesia, acabaron por ser aceptadas, aunque bien es cierto que a regañadientes, pues es bien sabido que en la Ciudad, vanagloriarse y estar vivo son cosas que van unidas de manera indefectible. Pero como también lo está sumarse con devoción a lo que se mande, en pocos meses los brocados costosos, las refinadas pasamanerías, los tejidos de colores brillantes y las vistosísimas joyas empezaron a estar mal vistos. El negro comenzó a ser el color predominante. Así, jubones, capas, corpiños, vestidos, calzas, almillas, camisas, sayas, y todas las otras ropas que son de uso normal, se hacían en negro, en blanco, en marrones, ocres, verdes oscuros o pardos, huyendo de los brillos azules, rojos o anaranjados. Era cierto que los nobles primero y los pecheros, después, y por imitación, habían hecho durante muchos años grande ostentación de sus riquezas, las tuvieran o no, habiéndose llegado a verdaderas competiciones entre damas y entre caballeros por ver quién despuntaba con los trajes más ricos en las recepciones y en las fiestas, quién lucía las joyas más originales y caras. Todo esto se terminó, y así, pronto imitaron también en esto los pobres a los ricos. Y dirán vuestas mercedes que resulta obvio a todas luces que un pobre no sea vanidoso, y el que estas palabras escribe les responderá que debieran visitar la Ciudad para comprobar que, quien no tiene nada, puede pavonearse aquí como el mismo Emperador. Pero las leyes suntuarias acabaron con todo aquel esplendor, aunque dentro de la casa del Deán Quesada no lo pareciera.

—¿Y bien? —inquirió Quesada tras el protocolario intercambio de comentarios banales.

—Quizás Su Excelencia Reverendísima tenga noticias de la muerte del Alcalde del Crimen, don Carlos Cegarra —comenzó hablando don Diego, dejando en la misma mesita una copa de vino que el lacayo le había traído sobre una bandeja de plata que reflejaba como un espejo.

—Ayer mismo me dio la noticia el Presidente de la Audiencia, don Francisco Velarde. Es una pena, la peste no hace distingos —apuntó el Deán dando un sorbo a la copa.

—Don Fernando os explicará a continuación qué ha averiguado —y don Diego miró al Veinticuatro, que hizo relación de todos los hechos, de cómo el Veinticuatro Luis Zúñiga vio a don Carlos acuchillado acusando a los autores del robo del Cristo, y de cómo desapareció el cadáver y tres embozados, que pudieran ser los mismos que se llevaron la imagen, fueron a anunciar a la familia que lo habían hallado muerto de peste, y que había sido enterrado en el carnero de San Sebastián. El Deán no movía una pestaña y mantenía la mirada clavada en don Fernando, que evitó comentar nada de su entrevista con Martínez Montañés ni con la anciana Ángeles en el Emparedamiento de San Ildefonso. No quería parecer que daba palos de ciego.

—Al parecer —finalizó el Veinticuatro— don Carlos había llegado lejos en sus investigaciones y los ladrones, al verse descubiertos, lo asesinaron. Desconocíamos que Su Excelencia había encomendado a la Audiencia la investigación del robo del Cristo.

—Su Excelencia —interrumpió don Diego tratando de evitar que don Fernando dijera alguna inconveniencia que molestara al Deán—, esperábamos de la Audiencia que, una vez designada la persona diputada para el estudio de los hechos, ésta se hubiera puesto en contacto con el Cabildo para que entre ambas instituciones pusieran fin a este crimen —exoneraba don Diego de cualquier



responsabilidad al Deán, e intentaba ganarse así sus favores—. Y pedimos ahora por ello consejo a Su Excelencia, puesto que del Cabildo Catedral devino el encargo de tal investigación.

Se hizo el silencio y los dos prohombres miraban al Deán. Nadie tocó los platos, que habían sido servidos mientras don Fernando relataba sus hallazgos. Quesada se acariciaba los botones dando una nueva oportunidad a sus dedos de demostrar su habilidad. Cadenciosamente, con las yemas repasaba el borde de un botón, y tras completar la vuelta completa, pasaba al botón que se encontraba justo abajo y repetía la operación con idéntico mimo. La otra mano, reposado el codo sobre el brazo del sillón, sostenía una gran cabeza en cuyo interior don Fernando hubiera querido mirar pagando por ello su ya menguada fortuna. Los ojos azules miraban a uno y a otro caballero, sabiendo la respuesta, pero controlando el tiempo que tardaría en decírla, sin mostrar asombro por lo que había oído, y revelando un rostro más reflexivo que aquél tan distante que había tenido oportunidad de ver don Fernando en la última ocasión en que se encontraron.

—Ayer mismo acordé con el Presidente de la Audiencia no informar a los Oidores ni los Alcaldes del Crimen ni a ningún otro miembro de los asuntos del robo del Santo Cristo. Solo lo saben vuesa merced como Asistente de la Ciudad y los Caballeros Veinticuatro. De manera que lo que el difunto don Carlos supiese lo había sabido por cuenta propia.

Don Fernando y don Diego se recostaron al unísono sobre los sillones en que habían sido acomodados. Les retiraron un plato con algunas verduras sin casi haber tenido tiempo de probarlos. En ningún momento se les pasó por la mente que don Carlos no estuviera al tanto de todo el asunto. Tras hablar, el Deán Quesada seguía mirándolos tratando de estudiar sus reacciones, que se habían limitado a un cambio de posición en sus asientos.

—De hecho —continuó Quesada— mi intención es informar a la Audiencia en el momento en que se conociese la identidad de los autores del robo, para que ellos procedieran a su detención y enjuiciamiento. Es cierto que al inicio quise que ambas instituciones se encargasen del asunto. Pero cambié de opinión para que no tuvieran conocimiento de los hechos más personas de las deseadas, y para así evitar que una de las frecuentes trifulcas que tienen el Cabildo de la Ciudad y su Audiencia terminara por lograr que el pueblo supiera del robo del Cristo de San Agustín. Al haber don Diego informado a los Veinticuatro en Cabildo de hace unos días quedó así por azar designado el Cabildo y uno de sus Veinticuatro como los encargados de deshacer este entuerto. Mandé correo a don Francisco Velarde con estas indicaciones para que, como Presidente de la Audiencia, mantuviera la máxima discreción. Entiendo, al igual que seguro hacen vuestas mercedes, que el motivo real de la muerte de don Carlos no debe saberse. La Audiencia no debe ser informada de ello —Quesada no reparaba en dar órdenes— puesto que tanto el robo como el asesinato son el mismo asunto, y de una nada desdeñable gravedad. Dada la excepcional situación de la Ciudad, en cuarentena y aislada por completo, el Cabildo Catedral ha determinado que no se informará a otras autoridades, ni eclesiásticas ni civiles, y tampoco se dará conocimiento a los Duques de Arcos, protectores del Convento de San Agustín —era claro que para el Veinticuatro la excusa de la cuarentena servía para evitar que otros metieran las narices un asunto demasiado espinoso—. El Prior tiene órdenes muy estrictas de no dejar entrar a nadie en la Iglesia. Por desgracia, tales exhortaciones llegaron tarde y el Hermano Mayor y dos miembros más de la Hermandad del Cristo de San Agustín saben que la imagen no está en su altar. Estas tres personas fueron detenidas ayer mismo en la propia Iglesia, pues tenían llave propia, y están ahora en el Castillo de la calle San Jorge. Dejo en sus manos qué hacer con ellos.

El Deán Quesada no sonreía, pero la satisfacción de saberse por delante del Asistente don Diego y del Veinticuatro le desbordaba. Sus dedos seguían de botón en botón, como bailarines

ajenos a la música que sonaba en la cabeza del Deán, y que solamente él podía oír.

–¿Sería posible que pudiera verlos para hacerles algunas preguntas? Quizás puedan decirnos algo o hayan visto alguna vez a los tres embozados merodear por la Iglesia –don Fernando saltó sin dejar que don Diego dijera nada.

–No tengo ningún inconveniente. Podéis hacerlo esta misma tarde, si os place. Haré que un escribano os prepare una orden.

La comida, sin embargo, y a pesar de las arrogancias del Deán, no podía compararse con las riquezas de que estaban rodeados. Era cierto que hacía mucho que no probaban la carne de ternera, pero, salvo esto, el resto del almuerzo fue tan frugal como al que se habían acostumbrado los caballeros: unas pocas legumbres y verduras. Tal era la pobreza y la escasez de la Ciudad, que ni el Deán de la Archidiócesis con todas sus influencias y sus aires de grandeza podía permitirse poner un faisán o un pavo a la mesa. Entre bocados y halagos a la cocina transcurrió el almuerzo donde las buenas costumbres y el lujo que les rodeaba impidieron sacar los escabrosos temas que oscurecían a la Ciudad. A cambio, unas pocas intrigas palaciegas, varios chismes sobre amores descarriados, e incluso algunas alusiones a los asuntos de Flandes ocuparon el aire durante la comida, ya que los efluvios del parco almuerzo apenas se percibían a unos dedos del plato. El Deán era un hombre acostumbrado a vivir rodeado de lujos, y tal era su incomodidad por tener que sujetarse al devenir de los tiempos, que don Fernando advirtió que Quesada se negaba a aceptar la situación y actuaba como si nada ocurriera. Hablaba de festejos, de corridas de toros, de construcciones de nuevas Iglesias, de grandes banquetes, de viajes a la corte, cuando en la Ciudad nadie entraba aquel año de la peste. Para el Deán, la peste pasaría en unos días y todo volvería a ser igual. Si la muerte de varios de los canónigos por causa de la epidemia lo turbaba, parecía ocultarlo bien.

Al término de la comida, y casi molesto por tener que volver a asuntos tan desagradables como la peste o el robo de una imagen sagrada, el Deán añadió a modo de despedida:

–No sé si sería conveniente liberar a los hermanos de la Cofradía del Cristo de San Agustín. Yo no he hablado con ellos, pero si os merecen confianza, don Fernando, la Iglesia aceptaría recluirlos mientras dura todo este asunto. Dejarlos en libertad me parece arriesgado – Quesada hablaba con cierta pesadumbre, consciente de pronto de que los tiempos de una vida mejor, una buena vida, chocaban con una ciudad maldita y un cristo desaparecido.

Don Fernando y don Diego se despidieron en la misma puerta de la casa de los Medina. El propio Asistente insistió en dejarlo allí. Ya habían asesinado a un hombre, y era preferible que abandonara los paseos a pie y empezara a usar el caballo. Don Fernando quería ir cuanto antes al Castillo de la Inquisición para hablar con los miembros de la cofradía del Santo Cristo.

–Don Fernando, abróchese al cinto una espada –dijo apoyando con fuerza su mano sobre la del Veinticuatro–, que al menos sirva para que aquéllos que le deseen mal se lo piensen dos veces. Espero tener noticias pronto. ¡Vámonos! –La figura de don Diego de Cárdenas, Asistente de la Ciudad, Conde de la Puebla, se diluyó en la oscuridad del coche tras las cortinillas, y los caballos arrancaron a la voz del cochero y su golpe de látigo.

Venancio le preparó el caballo, y, al poco, y sintiendo la presión de la daga de su padre en el cinto, a la espalda, por debajo de la media capa, don Fernando iba camino de Triana, hacia el

Castillo de la Inquisición. Sabía cuán fácil era matar a un hombre. Estuvo en la guerra que se perdió contra Portugal, en una de las más deshonrosas derrotas que se recuerdan. Don Fernando había desenvainado la espada y luchado a brazo partido contra los portugueses. Pero no era menos cierto que no guardaba de ese recuerdo ningún rastro de heroísmo en su alma. Quizás era falta de valor, de redazos. No sabía la razón, ni se obstinaba en buscarla. Ahora sentía de nuevo la funda de la daga, anudada a su espalda. Y sentía también esa carcoma en el corazón a medida que el caballo cruzaba el puente de barcas acercándose al Castillo de San Jorge, sede y prisión de la decaída Inquisición en la Ciudad.

## CAPÍTULO VIII

Durante los días posteriores a la riada, el Castillo de la Inquisición estuvo aislado a causa de los muchos fangos y lodos que se depositaron. Esa tarde, sin embargo, el camino ya estaba expedito y don Fernando pudo llegar sin tardanza. Otras veces no se había fijado en él, pero ahora se sentía amenazado por las tres torres que miraban al río viéndolo pasar el maltrecho puente de barcas. A medida que se acercaba, y perdida ya la perspectiva de la lejanía, la inmensa mole se le echaba encima al pasar por la Espartería, y otros cuatro renqueantes torreones parecían convencidos de que había pasado su tiempo y debían descansar derrumbados en el suelo. Los desconfiados guardianes de la puerta le hicieron pasar cuando el Veinticuatro blandió la orden con el sello del Cabildo Catedral. La Inquisición no tenía dependencia alguna del Deán Quesada, pero siendo la mayor autoridad eclesiástica de la Ciudad, en tanto se nombrara un nuevo Cardenal, su sello debía servir para abrir algunas puertas, incluso aquellas tras la que se encontraban los Guardianes de la Fe. Si la visión del Castillo con sus diez torres era impresionante desde fuera, ya en el primer patio la sensación de poder sombrío se apoderó de don Fernando. El hedor en los patios era considerable. De los albañales había emergido con la riada toda la inmundicia que en ellos se acumulaba, y los restos malolientes se desperdigaban en manchas putrefactas que se secaban al aire. La mortandad con la peste era tan grande que iban quedando cada vez menos mozos en la Ciudad para todo lo que era necesario hacer, y ni se quemaban los restos de ropas de los apestados, ni se limpiaban los focos de pestilencia. El Veinticuatro había oído decir que durante la inundación hubo que sacar a los presos de sus celdas para evitar que se ahogaran, tal era la cantidad de agua que subía desde las cloacas. Y se sorprendía el Veinticuatro de tal acto de piedad, habida cuenta del destino que podían llegar a correr algunos de los encarcelados. Eran, sin embargo, aquellos los tiempos en que los enemigos de la Fe ya no eran tantos y, a qué negarlo, no había mucho trabajo en el Castillo de la Inquisición. Apenas eran una decena los ajusticiados que se despachaban en un año sin grandes causas, y hacía más de veinte años del último gran escándalo, el de los Alumbrados. Por lo demás, la construcción denotaba su antigüedad y la dejadez que sus administradores practicaban en ella: los lienzos de muralla se caían a pedazos, y eran multitud las almenas desmochadas, los muros derruidos, las brechas y otros muchos signos de decadencia. Los guardias lo llevaron ante el Alguacil, para sorpresa de éste. Dedujo don Fernando que no debían ser muchos los Caballeros de su rango que entraran al Castillo. Sobre todo para otro menester que no fuera pedir clemencia para algún conocido. Con presteza lo condujo hasta una torre cercana. Al pasar cerca de la capilla de San Jorge, un hombre de mediana edad, con un hábito oscuro, salió de la capilla y, evitando la mirada de don Fernando, fue hacia el fondo del patio. Una escalera estrecha y húmeda llevó al Veinticuatro y al Alguacil hasta donde el Alguacil Mayor, a quién conocía tiempo ha, por ser éste de buena familia. De él, sin embargo, no recuerdo el nombre, y aunque bien pudiera decir cualquiera, preferiré ser sincero en mi relato y decir a vuestas mercedes que no me viene, por más que busco en mi recuerdo, el nombre del tal Alguacil Mayor.

En la orden que el Deán Quesada le había dado al Caballero Veinticuatro quedaba dispuesto que los prisioneros quedaban encomendados a su buen juicio.

—¿Os los vais a llevar, don Fernando? —dijo el Alguacil sin apenas interés.

—No lo sé. Primero hablaré con ellos. Es un asunto delicado.

—Aquí todos son asuntos delicados y a la vez son siempre la misma historia. Judaizantes, bígamos, blasfemos, solicitantes, luteranos, mahometanos, hechiceros, alumbrados... —Dijo la última palabra con el mismo hablar cansino. No puso énfasis en ella. Ni siquiera miró de soslayo al Veinticuatro. Pero aquella palabra, para don Fernando Núñez de Medina, representaba un temor atávico y a medio enterrar, un paisaje oscuro e irresuelto de su vida, de la de su familia. El Alguacil quizás no ostentara ningún cargo en la Inquisición cuando la causa de los Alumbrados que salpicó a su madre, pero en una Ciudad en la que todo se sabe, y se cuenta incluso lo que no se sabe, no era extraño que durante los años de servicio hubiera tenido conocimiento de aquellos hechos. O simplemente era un Alguacil de una institución venida a menos que deseaba mostrar ante alguien de renombre que allí era él quien mandaba. O quizás el Alguacil desconocía por completo la historia. Seguía don Fernando en estas cavilaciones sin atender a la cháchara del aburrido Alguacil—... que aquí no se crea vuesa merced, pero no viven mal los prisioneros. Ya no se injusticia a casi nadie, y los castigos, los más, son hondas penitencias y multas, y aun así los dineros han menguado hasta el punto de que si los apresados no tienen pingües ingresos pronto son liberados por representar más una carga para los bolsillos del Tribunal que un alma que salvar. Pero no entretengo más a vuesa merced. Venga por aquí.

Volvieron a bajar las escaleras del torreón. Notó don Fernando que la fetidez era menor ahora, aunque bien pudiera ser que ya se hubiera hecho a tan pútrido olor. El Alguacil pasó de largo por una de las charcas inmundas, ya casi seca, donde dos esqueletos de ratas descansaban en lo que para ellas debió ser un auténtico paraíso. Al otro lado del patio, justo en el extremo opuesto de la puerta, vio el Veinticuatro el Torreón de San Jerónimo, donde sabía que se encontraba la cámara de torturas. No se oían más ruidos que sus pisadas. Quizás la cámara estuviera hoy vacía. No había ni siquiera un guardia en su puerta. Imaginaba que, en otros tiempos, los gritos de los torturados bañarían las noches de algunos de estos guardias, ya tan acostumbrados al sufrimiento ajeno como a respirar.

—No se inquiete vuesa merced —parecía que el Alguacil le había leído el pensamiento—. Hace meses que nadie va a ver a San Jerónimo, como decimos por aquí. De hecho, ya no hay ni verdugo fijo. Sólo en casos de notoriedad se contrata a alguno de los que antes tenían servicio aquí o se hace venir a alguien de Córdoba. Los echaron en parte porque suponía un coste innecesario la mayor parte del año, pero también porque eran sobornados por las familias de los torturados, y no se aplicaban con el esmero esperado a su tarea.

Apenas se veía a nadie en el inmenso patio del Castillo de la Inquisición. Los centinelas apostados dormitaban la media tarde, buscando a ratos el sol, a ratos la sombra. Algunos clérigos cruzaban de una torre a otra. Allí mismo tenían sus viviendas algunos de los inquisidores y fiscales. No eran muy sociables: ni asistían a fiestas ni participaban del lujo con el afán de otras personalidades como los canónigos de la Catedral. Ocultos en su castillo, no se relacionaban con nadie, y pocos fuera de él eran los que conocían sus rostros. Esto hacía que don Fernando viera apenas unas sombras en las sotanas que, aprisa, iban de un torreón a otro. El Alguacil y don Fernando se dirigieron a uno de los torreones que daban a la almona.

—Sus hombres están en una de las celdas más cómodas. Disponemos de ella cuando alguno de los prisioneros es de cierto renombre. Algunos vienen hasta con criado, o nos piden que traigamos para su servicio a gentes de confianza.

Entraron al torreón, húmedo como aquél en el que tenía sus dependencias el Alguacil. El carcelero, sentado en un taburete, le entregó las llaves. Debía ser un trato especial, pues imaginaba don Fernando que el Alguacil en persona no abría las celdas muy a menudo. Lo

confirmó después la escasa destreza con que se manejó con el portón.

–En este torreón suelen quedar también las mujeres –continuaba el Alguacil–. Aquí la prisión no es completa. Se les permite salir un rato, de uno en uno, para que paseen por el patio o vean a sus maridos y sus esposas. Todo suyos –dijo girando la llave, que sólo consiguió abrir la puerta al tercer o cuarto intento.

El aposento no tenía aspecto de celda sombría. Era una estancia amplia, con una ventana cerrada de barrotes. Había varios camastros e incluso un escritorio. Los tres hombres se levantaron sobresaltados cuando vieron entrar al Alguacil y a don Fernando, aunque fueron incapaces de decir nada. Una de las sillas terminó por caer al suelo, pero ninguno reparó en ella a pesar del ruido. Los ojos estaban fijos en don Fernando. Al Alguacil ya lo conocían, y el Veinticuatro, aunque sin excesos, mostraba en su atuendo y maneras su situación de persona con poder.

–Mi nombre es Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad. Desearía poder hablar a vuestras mercedes acerca de por qué están aquí, y de cómo solucionar este entuerto. En privado –dijo mirando al Alguacil, que con rapidez y sin disimular un gesto de desencanto se marchó cerrando la puerta.

Los tres hermanos de la Cofradía del Santo Cristo permanecían callados, mirando a don Fernando. No era un sitio acogedor. Ni siquiera apropiado para una reunión. No había sillas ni banquillos para todos, por lo que el Veinticuatro resolvió quedar de pie y hablar.

–Vuestras mercedes están aquí porque saben que el Santo Cristo ha desaparecido. Quiero que sepan que el Cabildo de Justicia y Regimiento está realizando todos los esfuerzos que están en su mano, teniendo en cuenta la ominosa situación en que se halla la Ciudad, para encontrarlo antes de que tenga lugar la procesión del dos de julio. Se dio orden al Prior del Convento de que la capilla permaneciera cerrada e inaccesible, pero vuestras mercedes llegaron antes. El Deán Quesada decidió recluirlas aquí por una razón que les resultará obvia: nadie debe saber que el Cristo ha sido robado. Si se extendiese el rumor una turba podría prorrumpir en el convento y descubrir la verdad. Y en la situación en que está la Ciudad, el siguiente paso ya escapa a nuestro seso. Pero como he dicho, estamos tratando de resolver este asunto antes del día de la procesión. Quisiera saber si han recibido visita en el convento o en cualquier otro sitio de personas que estuvieran interesadas en comprar o tomar copia la imagen del Santo Cristo.

Los tres hombres se miraron, sin ser capaces de hablar, negándose con la cabeza unos a otros, balbuceando apenas. El mayor de ellos, un hombre de luenga barba gris, todo vestido de negro, con un sobrecuello blanco, se dirigió a don Fernando:

–No, don Fernando. Ni yo ni mis hermanos recordamos nada parecido. La vida de la Cofradía hasta ahora era normal. No somos muchos los cofrades que vamos de común a la capilla, a pesar de la devoción que la Ciudad tiene por la imagen del Cristo, pero aun así puedo decirle que ninguno de los que somos más apegados a la Hermandad, no sólo los que estamos aquí ahora, ha comentado jamás tal asunto. –Tras decir esto quedó callado, miró de seguido a sus dos compañeros de cofradía y celda, y siguió hablando–. Don Fernando, hace ya dos días que faltamos de casa y en nuestras familias pueden imaginar que hemos muerto apestados o algo peor, como que hayamos huido de la Ciudad. Sabemos de la importancia del asunto, pero nos gustaría poder volver con los nuestros. No sólo hablo por mí, sino también por don Juan y don Gonzalo –dijo señalando alternativamente a los hombres que le flanqueaban– si digo que guardaremos el más sepulcral de los silencios acerca de tan enojoso asunto, incluso ante vuestras esposas y ante el

resto de los cofrades. Solo nosotros tenemos llave y nadie más podrá apercibirse de su terrible desaparición.

Don Fernando pensaba en la angustia de las familias. En una Ciudad sumida en una vorágine tal, las gentes que faltaban de sus casas lo hacían para ir, cargado en un carro, hasta un carnero cercano para ser cubierto de cal viva. No es menos verdad que muchos huyeron, presa del pánico, en los primeros días, cuando de los rumores se pasó a la carne muerta en plena calle. Algunos se llevaron a los suyos, pero otros no, y no siempre de mala fe. Muchos de los que se marcharon se sabían apestados y, por ende, condenados. Y deseaban llevar el mal lejos de aquellos a quienes querían. Se sentaban a la puerta de las iglesias o de los hospitales. Incluso cerca de los carneros, esperando con terquedad a la muerte sin querer si quiera molestarla, dándole las facilidades necesarias, ofreciéndole la mano para ir juntos a reposar en un hoyo junto a otros muchos. Pero otros huyeron de la Ciudad dejando a los suyos mirando cara a cara a la peste. Quizás las familias de estos tres hombres los tenían por muertos. Parecían personas buenas y piadosas, y era de dudar que sus esposas los imaginasen huidos sin decir más. A todas luces estos tres hombres asustados, casi implorantes, no sabían nada más que lo poco que habían dicho. Sin embargo, don Fernando sabía que no podían volver a sus casas.

—Daré orden de que vuestras mercedes sean trasladados al Convento de San Agustín. Allí serán reclusos hasta que esto se arregle —y advirtió la cara ensombrecida de los tres reos sin más delito que el conocimiento—. No puedo atender su petición. El secreto debe ser absoluto. Sin embargo, mandaré a un hombre para que hable a sus familias. Les dirán que están en el Convento ayudando a los enfermos y que se ha declarado la cuarentena. Así justificaremos su ausencia. Trataremos de tranquilizar a los suyos. No se preocupen. No sé cuánto durará todo. En cualquier caso, el día dos de julio tendremos una solución, aunque quizás no nos guste. Recojan sus cosas. Yo mismo los acompañaré hasta el Convento.

Don Fernando salió. Le comunicó al Alguacil su decisión. La orden del Deán Quesada era bastante clara pues dejaba cualquier decisión acerca de los prisioneros en manos del Veinticuatro. Sin embargo, el Alguacil no se mostraba muy contento viendo salir a aquellos hombres. Acompañó a don Fernando a ver al secretario y firmaron las órdenes de libertad. El secretario era un hombre serio, recto como una caña. Tenía las yemas de los dedos manchadas de tinta, ennegrecidas de años escribiendo actas de tribunales, sentencias y otros muchos documentos. A don Fernando le extrañó la ausencia con que actuaba. No era despreocupación, ni siquiera desprecio por su tarea. La realizaba a la perfección, sin olvidar detalles y siendo muy escrupuloso en la redacción de los textos. Escuchó con medida atención las palabras del Veinticuatro, leyó con detenimiento la carta de Quesada, y se sentó a escribir. No hizo ningún comentario, no preguntó ningún por qué. Don Fernando imaginó que sería igual de metódico cuando escribía una sentencia de muerte. Aunque hacía ya años que no se daban grandes procesos, a buen seguro que, por su edad, el Secretario debía haber firmado algunos. Quizás hasta hubiera ejercido durante el proceso de los Alumbrados. Cuando hubo terminado se levantó, secó el papel y se lo dio al Veinticuatro, musitando una leve despedida que contenía la cortesía justa que la situaba en el punto medio entre el distanciamiento y la amabilidad.

El Alguacil ordenó preparar un coche, al que se ató el caballo de don Fernando, que parecía a disgusto con el pienso que quizás no le habían dado en las caballerizas del castillo. Del torreón salieron los hombres y pudieron ver la declinante luz del sol recortándose tras las almenas de las torres. Nadie miraba la comitiva que se estaba preparando. Los guardianes charlaban animosamente entre ellos, y los clérigos permanecían esquivos. Nadie se asomó a ver quiénes

partían. Don Fernando desconocía si había más prisioneros en el Castillo. En el torreón donde estaban los hermanos de la Cofradía del Santo Cristo no oyó otras voces, ni advirtió actividad alguna del carcelero. Mientras se dirigían al coche, don Fernando miró de nuevo al Torreón de San Jerónimo. Hubo un tiempo en que quizás su madre hubiera podido terminar allí, aunque el Alguacil le había advertido de que las mujeres quedaban en sitios más cómodos. Y con su madre habrían acabado todos con sus huesos en la siniestra torre. La tortura arrancaba confesiones que despedazaban las familias, para que el Santo Tribunal pudiera aplicar los bienes y así poder sostener sus actividades. Quién sabe qué hubiera pasado. Sintió un escalofrío y siguió andando. El propio Alguacil lo esperaba al pie del coche. Era un armatoste viejo y chirriante. A medida que los prisioneros, presas del ansia por salir de un sitio tan abrumador, fueron subiendo, las quejas de las maderas se hicieron más patentes. Dos mulos tan viejos como el propio castillo tirarían más por las ganas de huir del siniestro recinto que por el gusto de realizar la dura tarea que se les encomendaba desde hacía tanto tiempo. El cochero era un hombre mayor, parecido al secretario no sólo en aspecto sino en actitud. Poco hablador, dispuesto a llevar a cabo las órdenes sin preguntar, sin interesarse, sin querer saber quiénes eran y por qué estaban allí.

Cuando el coche arrancó, una ligera sonrisa se asomó a los rostros de los prisioneros de don Fernando. En sus manos estaba darles la libertad que, por ahora, les había negado. No le gustaba tener tal responsabilidad, aunque sabía lo que tenía que hacer. No era un pusilánime, como algunas veces se le había achacado. Sentía sobre sí el peso de las decisiones irrevocables, como la de matar a alguien. No quería tener ese poder. Pero esa fuerza está en cualquier mano. Durante años se había limitado a llevar una existencia tranquila, a gestionar los negocios de la familia y los asuntos de la Ciudad. Fue a la batalla donde se perdió Villanueva del Fresno porque había que ir, porque era lo que se esperaba de los de su clase. Era una persona tranquila, no quería heroicidades que no iban con él. Por eso se preguntaba qué hacía allí, con cuatro prisioneros a su cargo, en un coche del Santo Tribunal.

–¿No se les ocurre quién puede haberlo hecho? –La pregunta de don Fernando tenía dos intenciones: pedir ayuda y anunciar que había muy poco o ningún progreso. Esto último lo imaginaban los cofrades por lo corta que había resultado la charla en la celda–. ¿No saben nada vuestas mercedes? –El coche atravesaba el puente de barcas, a juzgar por el ruido de tableteo que oían. Las cortinillas estaban echadas. Nadie quería ser visto en un coche del Santo Tribunal.

–No podemos siquiera imaginarlo. Durante estos días en las celdas hemos hablado mucho del asunto, como puede vuesa merced imaginar. Es una imagen con muchos devotos en la Ciudad. Sólo pensamos en un ataque de los enemigos de la Fe, aunque no es tiempo de revueltas por cuestiones de religión. –Había vuelto a hablar el Hermano Mayor, que recibía continuas muestras de asentimiento por parte de los otros dos. El coche no había llegado a entrar a la Ciudad, y seguía extramuros. Estarían cerca del arroyo Tagarete, y así se lo confirmó la silueta de la Torre del Oro, que se filtraba por las cortinillas.

–Sin embargo, si así fuera, los asaltantes se hubieran conformado con dañar la imagen, quemándola o haciéndola pedazos. Mas parece que la cuidaron con mucho tiento. –Don Fernando repetía casi con desgana los argumentos que ya estaban instalados en su cabeza–. Por eso les pregunté si alguien intentó comprarla. El robo podría ser obra de un devoto obsesionado, alguien con posibilidades de comprarla o de encargarse que otros la roben para tenerla para sí.

La estupefacción de los tres cofrades iba en aumento, a pesar de haber salido de un castillo con suficientes connotaciones como para aterrorizar al más bragado de los caballeros. Tamaño sacrilegio, a su entender, sólo podía venir de un enemigo de Dios.



–Más difícil nos lo pone vuesa merced. Rodeados como estamos de cristianos es difícil saber quién ha podido ser el autor de una infamia tal. Ya os digo que, sin embargo, nunca nadie ha intentado comprarnos la imagen.

–¿Conocían a don Carlos Cegarra, el Alcalde del Crimen de la Audiencia? –don Fernando reparó en que había hablado en pasado. Para él, la muerte de don Carlos había ocurrido hacía ya mucho, aunque fueran tan sólo un par de días los transcurridos desde su asesinato.

–Sí, es un gran devoto del Santo Cristo. Él es hermano de la Cofradía. A menudo asiste a misa en la propia iglesia del convento.

–Fue asesinado hace dos días. Al parecer por los mismos que robaron la imagen. Lo acuchillaron de madrugada.

–¡Dios mío! ¡¿Pero adónde va esta Ciudad?! –esta vez no habló el Hermano Mayor, sino uno de sus acompañantes, un hombre de facciones jóvenes aunque algo calvo.

–¿Qué pueden decirme de don Carlos?

–Lo que le hemos dicho, que es un gran devoto del Santo Cristo –el Hermano Mayor–. Viene a misas muy a menudo, con su esposa, y colabora con la Hermandad con generosas limosnas. Es una persona muy apreciada por todos nosotros. Era –rectificó.

–No sé hasta qué punto conocen los detalles del robo. No les puedo contar mucho. Hasta donde sabemos, tres embozados amenazaron al Hermano Cipriano al salir de la Sacristía, lo amordazaron y se llevaron la imagen. ¿Recuerdan haber visto a tres hombres sospechosos, merodeando la Iglesia o como fuere?

–No –dijeron casi al unísono los tres cofrades–. Desde las inundaciones, y por todo lo que acontece en la Ciudad en estos tiempos, hemos sido menos asiduos en la iglesia de lo que nos hubiera gustado. Entre eso y la gran mortandad, el número de hermanos ha ido menguando con rapidez.

La tarde, como la propia Ciudad, iba muriendo con el caer del sol. Los bordes de las cortinillas dejaban entrar en el coche los rayos anaranjados del sol tan tendido que, por momentos, deslumbraba a don Fernando. Uno de los hombres, sabiéndose extramuros, retiró otro de los sucios trapos que tapaban las ventanas del coche y vio a lo lejos el Templete de la Cruz del Campo. Debido a la cuarentena no había muchas personas fuera de la Ciudad. Pasaron junto a un carro con apestados. El cochero no se molestaba en apremiar a los caballos. Ni él ni la carga tenían prisa. Camino de un carnero, ya solo cabía la esperanza de soltar el montón de bubas que llevaba a sus espaldas. Porque a donde se dirigían era al infierno. Y sólo la peste lo esperaría de vuelta en la Ciudad muerta y solitaria que habitaba intramuros. Habiendo dejado atrás el Castillo de la Inquisición, el cofrade, mientras miraba por la ventana, pensaría quizás cuán difícil es sentirse libre en una Ciudad que se hallaba de aquella guisa. De una prisión a otra, al Convento de los agustinos, y, si todo marchaba bien, de allí a otra, la peor de todas, la más desesperante: la Ciudad. Una cárcel donde sólo quedaría aguardar a que le llegara el turno de ser alimento de la muerte. Quizás estaba más seguro en la cárcel del Santo Oficio. Don Fernando también miraba por la ventana. Sobre uno de los lienzos de muralla unas palabras languidecían desvaídas “María Concebida Sin Pecado Original”. Fue hace muchos años, cuando la Ciudad se lanzó a la consecución del Dogma de la Inmaculada Concepción de María. Fueron tiempos de colgaduras, gallardetes y banderas en los que la leyenda “Sine Labe Concepta” brillaba como la prueba irrefutable de que había una Ciudad antigua y rutilante en lucha. La pintada, como la Ciudad, había

perdido color, no tenía fuerza, y una enorme grieta del muro la partía en dos, haciéndola sólo legible para los que la habían contemplado durante años. Y todos aquellos paños bordados sólo servían hoy como sudarios.

El coche se paró frente al Convento de los agustinos. El portón de la Iglesia se veía cerrado, como un mudo testigo de la ausencia que guardaba. Don Fernando se apeó y tras varios golpes en una puertecilla lateral pudo hablar con el hermano portero. Al poco, se abrió una puerta grande, lateral, por la que entró el coche. Fray Severo, el anciano Prior del convento ya esperaba en un patio interior. Otros frailes también miraban con cierta curiosidad, pues un coche del Santo Oficio siempre la lleva consigo. Los saludos de rigor hicieron ver a don Fernando que el Prior no estaba muy contento con la visita.

–Fray Severo, espero disculpe esta intromisión a esta hora tan tardía en su Convento – acertó a decir el Veinticuatro en cuanto pudo–. Ya sabe que estos tres cofrades fueron confinados al Castillo de Triana por el Deán Quesada. El propio Deán los ha dejado ahora bajo mi supervisión. Entiendo que sólo son culpables de conocer los hechos, y las cárceles del Santo Oficio no son un sitio agradable, por más que los traten con favor. He pensado que quizás podían alojarse en el Convento mientras dura todo esto.

–Y yo entiendo que, como una orden del propio Deán, debo aceptarla. No hay mucho sitio de sobra, gracias a Dios, son muchas y muy acendradas las devociones en estos tiempos. Pero podremos buscar acomodo en algunas celdas de la parte alta –el Veinticuatro entendía que el Prior no era muy feliz teniendo que dar alojamiento a los hermanos de la cofradía. Y no ha de resultar de espanto pues es de todos sabido que ni curas ni frailes son nunca amigos de los cofrades pues unos y otros se inmiscuyen constantemente en asuntos propios de los otros, y es lo habitual que, en cualquier convento o iglesia, salgan a garrotazos.

–Muchas gracias de parte mía y de parte del Cabildo de la Ciudad, Fray Severo.

–No tiene que dárme las vuesa merced. Somos los agustinos los que estamos agradecidos al Cabildo por los esfuerzos que en tiempos tan aciagos dedica a la búsqueda de nuestra preciosa imagen. Ya le conté los extraordinarios hechos que dieron con el Santo Cristo en este convento. Hoy, sin embargo, no tenemos un carro con dos caballos guiados por la mano de Dios que nos lo traiga de vuelta, pero sí con la intercesión divina, a la que todos los hermanos del Convento invocamos a diario en nuestras oraciones.

–De ahora en adelante –dijo don Fernando mirando a los tres cofrades– quedan a disposición de Fray Severo. El dispondrá. Y recuerden que no pueden salir del convento ni recibir visitas sin que yo se lo autorice en persona. –Varios frailes, a una señal del Prior, acompañaron a los hombres a sus nuevas celdas.

## CAPÍTULO IX

Jueves, diez de junio de 1649

Aún no se atisbaba el alba cuando don Fernando olvidó por momentos la preocupación de no haber hallado ni un solo dato más sobre el Cristo en los últimos días. A todos parecía habérselos tragado la tierra. Había pedido a don Diego de Cárdenas, como Asistente de la Ciudad, relación de las casas sitas en la calle Escuderos, donde el cochero de Carlos Cegarra lo dejó la noche del crimen, lo que tomaría aún algunos días. Había hablado varias veces con los cofrades del Santo Cristo y con el Padre Prior. Pero no tenía ni un solo hilo del que tirar. Mas el sobresaltado amanecer del décimo día de junio le había hecho olvidar todas estas cavilaciones.

Los gritos comenzaron hacia la hora prima. Primero vino un alarido desgarrador, y si bien no es incierto decir que en aquellos días las gentes se habían acostumbrado a los gritos en la noche cuando alguno descubría que un hijo o una madre habían muerto, no lo es menos que, cuando los gritos comenzaron a sucederse unos con otros, para algunos parecía que sobrevenía el Apocalipsis.

Leonor se asomó a la ventana, que mantenían cerrada para que no entrasen las miasmas pestíferas, y estando la calle como estaba desierta, por la hora que era, y por la gran mortandad que había, apenas acertó a ver una sola persona apuntando al cielo y gritando como un poseso. Don Fernando se levantó y salió con rapidez de la casa.

Continuó adelante por la propia calle Santiago, hasta que vio un grupo de personas que, en una plaza, se arremolinaban mirando hacia el este. Unos se arrodillaban y rezaban en voz alta, otros confesaban grandes pecados. Cuando llegó al ensanche pudo ver que la luz del amanecer era una luz mortecina, como si buscara salir de entre una espesa niebla. Y entonces lo vio.

El sol, que apenas había despuntado por el horizonte, se apagaba tapado por un círculo oscuro. El amanecer moría cuando apenas había nacido y la Ciudad se sumía en las sombras en medio del eclipse. A su lado, una mujer hincada de rodillas lloraba desconsolada. Su marido, o su padre, un anciano desdentado, murmuraba una oración mientras estrujaba entre sus manos una gorrilla raída. Unos niños con las cabezas llenas de costras tiraban de las ropas de la mujer, atemorizados por los llantos y gritos.

Los chillidos se extendían por calles, plazas y azoteas. Las gentes se rasgaban las ropas, y muchos se echaban sobre los quemaderos de hierbas para tomar las cenizas que habían quedado del día anterior y tirárselas por encima. Y cuentan que hubo algunos casos de gentes que se tiraron de las murallas abajo buscando un final que les evitara ver a los cuatro jinetes cerniéndose sobre la Ciudad.

Durante un largo rato se extendió el caos. Hubo muchos que se encerraron en sus casas, pero la mayoría acudieron a las iglesias, donde los pocos sacerdotes que quedaban no daban abasto para confesar, y se repartían las absoluciones a una marabunta temerosa del fin del mundo. En la puerta de la Carne cuentan que la gente se agolpó para salir de la Ciudad, y que cuando anduvieron varias varas y comprobaron que el eclipse era igual fuera de la Ciudad lloraron desconsolados porque pensaron que el mal les perseguía. Otros se sentaron en el Arenal a ver el prodigio

Pero he aquí que pasado un rato en el que una luz tenue se apagaba por instantes, el disco oscuro que tapaba el sol se fue retirando. Los que lloraban reían enloquecidos, y los que rezaban agradecieron a Dios haber oído sus plegarias. Y hubiera sido que no se hablaría de otra cosa en la Ciudad de no ser porque aquel día morirían más de cuatro mil personas a causa de la peste.

Ya habían pasado dos horas de la hora sexta cuando don Fernando, todavía cubierto con un ropón de dormir en lugar de como la jerarquía aconsejaba, y todos los que habían salido de sus casas para contemplar aquel prodigio, retornaron a sus quehaceres. Mas cuando el Veinticuatro llegaba a su portón, se encontró con que Venancio discutía a voces con un hombre que le sacaba dos cabezas.

Al acercarse don Fernando pudo escuchar los lamentos de un hombretón que aseguraba venir de parte de “Gaspar, el amigo de vuesa merced”. Decía llamarse Indalecio y vivir en cualquier parte y que lo había conocido hacía poco, se habían hecho buenos amigos, y ahora los alguaciles lo habían prendido por resellar ochavos. Cuando se lo llevaban le gritó que buscara ayuda en don Fernando Núñez de Medina, el Veinticuatro.

El Caballero recordó a Gaspar, trabajaba descargando en el Puerto y había perdido casa y familia en los primeros días de la peste. Lo había visto justo el día en que iba camino del Cabildo en el que tendría noticia del robo del Santo Cristo y le dio algunas monedas. Pero la Ciudad iba como un caballo desbocado y lo que había sucedido hacía apenas una semana permanecía casi olvidado, cubierto por la catarata de hechos que había tenido que vivir el Veinticuatro.

Era grande la necesidad de las gentes pobres de la Ciudad, y muchos, sobre todo herreros, o antiguos trabajadores de la Casa de la Moneda, se habían dado la maña suficiente para construir sellos, y eran de tanta exquisitez que todos los que tenían las monedas en sus manos las daban por buenas. Sabía que algunos habían desesperado tanto que habían comprado los sellos para resellar ochavos y cuartos para hacerlos como reales y salir de las penurias, sin intención de enriquecerse. Y que habían sido detenidos y ahorcados teniendo menos de diez reales en su poder, e incluso ninguno. Recordaba a Gaspar como el joven trabajador del muelle que se había batido el cobre durante los primeros días de la última avenida del Guadalquivir, y no le encajaba de buenas la idea de que se hubiera puesto a resellar moneda. Pero no era menos cierto que Gaspar había perdido la casa, y que su mujer y sus hijas habían muerto de peste. Y que, no teniendo nada que perder, no podía tratarse de hecho extraordinario el que buscase de esa mala manera el camino para ganar algunos reales que le diesen para comer todo lo bien que se podía comer en el año de la peste. Don Fernando no sabía muy bien qué hacer. Las penas por falsificar moneda eran muy severas, y era poco probable que dejaran ir a Gaspar pagando algún dinero. Tampoco entendía qué hacía él en este asunto, con la que se estaba jugando la Ciudad en tales momentos, aunque eso no lo sabía el gigantón faltusco, más niño que hombre, y que clamaba ayuda para su amigo. Resolvió ir a la cárcel de la Audiencia a ver qué podía hacer por Gaspar.

Y a sus ojos miraba ahora, molesto por haberse dado un viaje inútil. Y lo era porque los alguaciles habían decidido no presentar ningún cargo contra él, puesto que ni hallaron reales, ni el sello, ni ningún otro aparejo para el innoble arte de falsificar moneda. Así, cuando el Veinticuatro llegó a la Audiencia, Gaspar ya esperaba sentado en uno de los soportales donde tantos escribanos tenían vivienda por mor de los negocios que en toda la plaza tenían lugar. Por causa de la peste no se observaba ya, sin embargo, la costumbre de establecerse en plena calle, con mesas, plumas y tinteros a la espera de todo aquél que necesitase del oficio de la escribanía. Gaspar estaba, por tanto, solo, sentado con la espalda apoyada en una de las paredes que daba a la plaza de San Francisco, justo en la esquina de la calle Chicarreros.

–Disculpe vuesa merced, don Fernando. Que ya sé que tan noble caballero de esta Ciudad tiene tareas más importantes que la de atender a este pobre desgraciado a esta temprana hora. Pero nada más prenderme fue de lo único que me pude acordar, de darle aviso, que por lo que pude ver durante las inundaciones es hombre bueno a la par que gentil e importante.

El tontorrón Indalecio sonreía y aplaudía con júbilo las palabras de su amigo, más por la sonrisa que esbozaba el propio Gaspar, fruto de su reciente liberación, que de la perorata que había soltado éste. A duras penas habría podido entender gran cosa, embargado como estaba por la alegría de verlo libre. Don Fernando espantó el apunte de enfado que se le venía encima por el paseo en balde. Pensó que, al menos, se había ahorrado algunas súplicas y favores que hubiera tenido que rendir ante los de la Audiencia, celosos como estaban siempre de las disputas con el Cabildo de la Ciudad. Y a fe del Veinticuatro que hubieran disfrutado los Alcaldes de la Audiencia de verlo pedir merced para Gaspar. No pudo don Fernando menos que sentir cierto alivio.

–De buenas te has librado, pues has de saber que no somos los Veinticuatro, a pesar de nuestro cargo e influencia, o quizás por ello, personas de fácil privanza en la Audiencia. Y ya me contarás a qué santo debes rezar por haber tenido tanta suerte, pues no es común que quien entra en estos calabozos salga de ellos con tanta celeridad y sin marca alguna.

–Ha sido cosa sencilla, don Fernando. Pues no habiéndome hallado encima ni sellos ni reales y no teniendo ni casa ni equipajes que registrar, al poco me dijeron que se habían equivocado de persona, aunque sé yo bien que conmigo sí que acertaron, pues era yo, Gaspar, el denunciado, que no el delincuente. –Don Fernando puso cara de no entender, y Gaspar se sintió libre de continuar con su historia mientras andaban por la Plaza de San Francisco–. Y sé hasta quiénes me denunciaron, que los hay en este mundo que hasta las más pequeñas faltas no perdonan y lo persiguen a uno hasta el Infierno. Ya sabe vuesa merced que lo he perdido todo por causa de las inundaciones y de la peste, o por ser pobre, que las desgracias caen siempre sobre los mismos. Pero una vez comprendí cuál era el momento que vivía la Ciudad me adapté a él y así llevo viviendo hace unas semanas. Ando por ello en tratos y regateos, comerciando con esto y aquello, de matute o con papeles, y saco lo justo para vivir. Para ser persona conocida y conocedora de cómo salir bien de estos trances frecuento los baños, pues tiene uno allí más que aprender que con un licenciado, ya que, como sabe vuesa merced, para por allí mucha de la pillería de la Ciudad. Y el miedo que las gentes tienen al contagio de la pestilencia en un sitio de diversión y placeres hace que en estos tiempos amén de aprendizaje, obtenga uno un cobijo donde nadie lo busque.

"Hará un par de semanas que conocí a una pareja de pillos de poca monta, Juan y José, con hambre de buenos negocios pero faltos de agallas para acometerlos, y, por ello, contentos con sisar aquí y acullá cuatro cosas para salir del paso. Estuvieron durante un par de días alardeando de un negocio de los grandes que tenían a la mano, pero al parecer sólo yo los escuchaba, pues, por ser novato, no sabía de los aires que se daban estos dos. Y que, si es habitual que las grandes gentes se pavoneen en esta Ciudad, no lo es menos que los muertos de hambre hagan lo mismo o más. Una noche se habían citado a la espalda de la Iglesia de San Vicente con los que le iban a facilitar el apaño, y fuera porque yo era de los pocos que prestaba crédito a sus bravatas, o porque necesitaban de mi ayuda, me ofrecieron una parte del trato y los acompañé. Era noche oscura y, a medida que nos alejábamos de los baños y su bullicio, el silencio nos envolvía con una fuerza que apretaba el gáznate. Las patrullas de alguaciles apenas rondaban la collación, pues, aunque son sabedores de la gente que se juntaba en los baños, el número de servidores de la justicia merma a gran velocidad. Cerca de la plaza vimos una luz que me alertó, pero resultó ser

de un retablo de las Ánimas Benditas del Purgatorio. Más adelante, y cubiertos por las penumbras, estaban esperándonos. Eran tres hombres embozados en negro –don Fernando sintió que se le paraba el corazón y detuvo su paseo por la plaza para escuchar el relato con atención nada disimulada–. Esto hacía su presencia aún más fantasmal si cabe. Se veía a la legua que aquellos hombres eran más experimentados que Juan y José, y como tales se comportaban. Nos contaron que el asunto ya estaba preparado, y sólo necesitaban que Juan, José y yo mismo esperáramos vigilantes durante la noche del veintiocho de mayo en la calle de los Tintes, esquina con la calle San Esteban. Debíamos darles aviso si los alguaciles de la Puerta de Carmona rondaban cerca".

Ese fue el día en que robaron el Cristo, y esa calle estaba muy cerca del mismo sitio en que el cochero de Carlos Cegarra esperó a su señor en su última visita a esa casa misteriosa de la que el cochero parlanchín no había podido dar pistas. Don Fernando no pudo reprimir su estupor, agarrando a Gaspar con fuerza por el brazo. Ahora el caballero bendecía el momento en que Venancio lo había despertado esa misma mañana. Más por su propia sorpresa que por su deseo, no fue capaz de hacer ninguna pregunta, y Gaspar continuó hablando.

–Parecía un trabajo fácil. Sólo debíamos vigilar en aquel lugar y dar aviso con una esquila si los alguaciles se dejaban caer por allí. Mis compañeros eran más bien unos muertos de hambre con pocos escrúpulos y menos habilidades con la espada. Cuando ya todo el asunto estuvo tratado, el embozado que llevaba la voz cantante dijo de la forma más amenazadora que pudo, que más importante aún que el golpe, era la discreción con que debía llevarse a cabo, y que debíamos guardarnos mucho no ya de alardear, sino de mencionar siquiera que estábamos en el ajo. Ni en el ambiente de la pillería, ni en vuestras casas a vuestras mujeres, ni al beque donde echéis vuestra última mierda debéis mencionar ni el más mínimo detalle de esto, dijo, y añadió que era cosa de gente importante que no vacila en cortar el pescuezo. No sé si mascaban que algo ocurriría, pero habían dado con dos de los cortabolsas más lenguaraces de la Ciudad. Y debe saber vuesa merced que yo me vine a dar cuenta que los tres embozados no eran de aquí, o al menos no eran conocedores del ambiente, porque, de ser así, a buen seguro hubieran recurrido a gente más experta y menos dada a discursos.

“Y así debió haber sido para bien de todos. Lo cierto es que, a la noche siguiente, cuando me llegué a los baños para ver si me salía otro negocio, me encontré que Juan y José llevaban horas dándole al pico. Que si debéis tener cuidado con nosotros, que si tenemos un trato de los grandes, con gente importante, no unos manilargos de tres al cuarto como vosotros. Y así le contaban a todo el que quería escucharlos. Y claro, esto debió llegar a oídos de los embozados, que bien podían haber estado en los mismos baños y escuchar su cháchara, pues nunca llegamos a ver sus caras. En algún momento traté de acercarme a aquellos dos mendrugos y agarrarlos por el pescuezo, pero el revuelo era tal que preferí aguardar a que salieran de los baños para que, al menos, nadie me viera relacionado en el asunto. Esperé un poco en la entrada, pero su locuacidad era tal que, al rato, ya me sabía de memoria cuántos ladrillos hay en el arco principal, y había revisado media docena de veces la azulejería de primer salón. Decidí salir a dar una vuelta y me encaminé a la placita que hay detrás de la Iglesia de San Vicente. Y allí, al fresco, me apoyé en un naranjo, dando bostezos y apesadumbrado por tener que dar un tirón de orejas a estos petimetres. Debió ser por la oscuridad en que se hallaba la plaza, pero lo cierto es que no me vieron. Los tres embozados andaban con presteza en dirección a los baños. Comprendí que debía avisar a estos dos, pero ya fue tarde y sólo pude ocultarme. Sus bravatas se oían al principio de la calle, pues ya salían a la puerta de los baños. Oí sólo unos gritos y alguna carrera. Con más miedo que cuerpo me asomé y vi a Juan, tendido en el suelo con el pescuezo rebanado de lado a lado, y uno de los

embozados retirando aún la daga de su eventual nido. José corrió unos metros, pero pronto trastabilló y allí, sin oportunidad de levantarse, otro de aquellos tipos siniestros lo agarro por detrás y le hizo un corte tan profundo y con tanta saña que creo estuvo al punto de quedarse con la cabeza en la mano. Tomaron cuidado de limpiar las hojas sobre las sayuelas de los dos finados, e, intercambiando alguna palabra que no pude oír, siguieron camino de los baños. Cuando ya los hube perdido de vista corrí a ponerme a salvo con el corazón desbocado. Ni que decir tiene que desde ese día no frecuento los baños, y sé que hago bien porque un amigo me dijo hará un par de días que tres embozados han preguntado por mí un par de veces al dueño, y que incluso habían tratado de averiguar dónde duermo. Tiene sus ventajas no tener casa fija”.

—¿Y qué tiene todo esto que ver con el asunto de los ochavos resellados? —preguntó el Veinticuatro.

—Es una suposición mía, don Fernando, pero antes de ayer me ofrecieron un trabajo sencillo. Cirilo, un conocido mangante de Triana, me propuso llevar una bolsa con unos sellos para ochavos a casa de otra persona. Y lo cierto es que ponía más interés en decirme por dónde debía pasar que a qué casa debía llevar la bolsa. Insistió mucho también en que lo hiciera de noche. El negocio era muy fácil, por eso me dio que ese tejón de Cirilo seguro que trataba de amañar algo. Prefería no hacerlo, pero llevaba ya varios días medio escondido y evitando las noches, y no es buena disposición ésta para ganarse la vida cuando se tiene más hambre que miedo. Le dije que sí y me dio la bolsa, pero esa misma tarde, me encontré con Indalecio —dijo señalando al gigantón, que había estado tan callado que don Fernando se había olvidado de él—. Indalecio es mi amigo, ¿verdad?, —y el pobretón palmeó contento—. Pues ahí donde lo ve, don Fernando, a este no se le va una. Como le decía, me crucé con él en una calle, y como él, a su manera, también se mueve en los círculos de la picaresca, le comenté que tenía negocio con Cirilo. ¿Y qué cree vuesa merced que me contesta este hombretón? Entre sus pocas luces y sus historias, me suelta que ha visto a Cirilo días hablando a la salida de los baños con tres embozados que le daban mucho miedo. Y mientras Indalecio me preguntaba que, si era mi negocio el mismo que el de los embozados, a mí se me abrieron las entendederas: han comprado al cabrón de Cirilo para que me mande a una encerrona. Y como no me presenté a esa desagradable cita, supongo que tuvieron la idea de denunciarme por resellar ochavos por si me pillaban con la bolsa. Y Bendita Sea María Santísima, porque horas antes de que me prendieran los alguaciles había tirado en una poza la bolsa con los sellos. Porque si no, yo le aseguro a vuesa merced que los verdugos del Reino hubieran hecho el trabajo de los embozados.

Don Fernando sentía escalofríos por todo el cuerpo, pequeñas hormigas que recorrían la piel del cuello, de la espalda, de los brazos, pues tal era la satisfacción, que casi lo ahogaba. Contemplaba los soportales de piedra, las columnas sosteniendo los arcos a lo largo de los edificios de la Plaza de San Francisco. Contrastaban las sombras con la pared blanca de los pisos superiores, donde el sol rebotaba con tal fuerza que parecía iluminar toda la plaza. Una garza pasó por encima de ellos, quedando su sombra dibujada en el empedrado de la plaza, hasta que, en silencio, se alejó en dirección al Arenal. En las pescaderías que quedaban abiertas, junto a las casas del Cabildo de la Ciudad, apenas unos barbos quedaban como recuerdo de lo que, en otro tiempo, fue un ejemplo de la facundia que rebosaba en la Ciudad. Don Fernando echaba de menos el hedor a pescado podrido, a las vísceras cubiertas de moscas y gatos que se amontonaban cuando la Ciudad no estaba muriéndose de peste y con las puertas cerradas. Hacía ya varios días que sólo percibía las hierbas salutíferas que crepitaban desde el amanecer en la raíz de las columnas de humo que combatían contra los vapores mefíticos. La Ciudad no sólo había perdido a

los escribanos y los pescaderos, sino que también había olvidado algunos de sus hedores, todos sustituidos por el olor acre de la muerte, apenas disimulado por las hogueras de purificación. Era un hedor diferente a la putrefacción de los muchos restos de animales que se abandonaban en las calles. No, a ese olor estaban acostumbrados. No sabía si serían las bubas, las enormes pústulas que miles de cadáveres lucían como vergonzantes collares de pecado, o si sería el de los centenares de tinajas de cal viva que se preparaban en los carneros. Quizás era la mezcla del aire enrarecido con el romero y la juncia que se quemaban por doquier. O era que la Ciudad había detenido por completo su actividad y, moribunda, se consumía en sus pútridos jugos. La sombra de la garza, que volvía a la plaza de San Francisco, lo sacó de tales pensamientos.

—Gaspar, tengo que contarte una larga historia. ¿Dónde podemos hablar tranquilos? —Y así fue como, sentados en el Arenal, junto a la Torre del Oro, don Fernando le refirió todos los hechos relacionados con el robo del Cristo de San Agustín. El Puerto era en esos días un lugar solitario, donde sólo los restos esqueléticos de una gabarra podían ser testigos. El Veinticuatro habló durante un buen rato sin parar y sin mirar a Gaspar. Sus ojos seguían el pasear tontuno del faltusco Indalecio, al que don Fernando recomendó vigilar el maltrecho puente de barcas varias veces, con el único fin de alejarlo de la conversación. Parecía un tonto muy listo, de los que tanto abundan en la Ciudad, y con buen oído, a juzgar por el relato de Gaspar, y no mala memoria—. Ya ves en qué asunto nos hallamos, y cuánto tino has tenido al recurrir a mí para ayudarte en la Audiencia. Esos tres embozados me traen de cabeza, y toda persona que creo puede saber algo del robo ha tenido contacto con ellos. Atraparlos es la manera más rápida de hallar el Cristo.

—Son gente bragada, don Fernando. Los vi acuchillar a aquellos infelices de José y Juan sin el mínimo tembleque.

—Buscaré hombres con experiencia. De este asunto se tendría que encargar la Audiencia, que echara los Alguaciles encima a esos tres. El Deán Quesada decidió que esta patata caliente nos cayera en el cogote, más que en las manos, a los del Cabildo. Y a veces pienso que todo fluye al interés de la Iglesia, que nunca pierde en asuntos profanos ni divinos, y que gozaría de ver al Cabildo y la Audiencia enfrentados una vez más. De todas maneras, intentaré que el Asistente encuentre gente que maneje el hierro con soltura.

Y así fue cómo don Fernando urdió un sencillo plan: harían que Indalecio le contase al mangantón de Cirilo que Gaspar iría a los baños el domingo por la noche. El Veinticuatro apostaría varios hombres en las cercanías, a la espera de que los tres fantasmas hicieran aparición. Prenderlos ya sería cuestión de varetazos y tajadas.

El Veinticuatro volvió a la Plaza de San Francisco a ver al Asistente. Convocar un grupo de hombres obedientes y con presteza en asuntos de armas no era cosa baladí teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaba la Ciudad. Contar con la Audiencia significaba volver a ver al Deán Quesada, y no tenía visos de ser una tarea de la que salir contento. La Iglesia parecía querer evitar a toda costa meter a más gente en el asunto, así que sería necesario prescindir de los alguaciles y buscar las espadas en otro sitio. El Cabildo de la Ciudad tenía algunos hombres, aunque no eran ni mucho menos de lo mejor que se encuentra murallas adentro, y a fe mía que hay grandes virtuosos del acero en la Ciudad, aunque casi todos están a sueldo de las casas de más renombre para resolver esos asuntos que es mejor que no se sepan. Los Medina eran una familia antigua, pero su grandeza había ido menguando y no podría reunir más de tres o cuatro hombres. Las últimas levas a Flandes habían dejado desprovistas de espadas a casi todas las familias, que



ya habían perdido muchos hombres años atrás en la batalla de Villanueva del Fresno, entre ellos al propio padre de don Fernando, el Veinticuatro don Francisco Núñez de Medina. Y la peste había hecho el resto.

El ujier indicó al Veinticuatro que el Asistente estaba despachando asuntos en su estancia habitual. Don Fernando pasó a la pieza tras llamar y sin esperar respuesta. El Asistente don Diego estaba sumido en sus pensamientos, con la mirada perdida a través de los cristales, que perdían transparencia tras varias semanas sin limpiar. Era una habitación bastante sobria, casi adusta para el Asistente de la Ciudad. Apenas mitigaban la seriedad dos triviales escenas de caza de un embriagador dulzor renacentista, con palacios romanos semiderruidos en segundo plano, y púberes vestales bailando en corro mientras los venados huían de los virotes de unos gráciles caballeretes. Papeles, libros de asientos, legajos, pliegos, y decenas de pergaminos se acumulaban en las estanterías sin orden aparente. Sólo el secretario del Asistente, don Alonso, parecía desenvolverse con cierto conocimiento en el amasijo de escritos que resumían el pasado, y quizás también el futuro, de la Ciudad que se derrumbaba. Don Diego miraba por la ventana, apartando un grueso cortinaje carmesí con dos dedos, sin volverse, como si presintiera que era don Fernando el que había entrado, o como si no le importara quién pudiera ser. Era un hombre ocupado en huir de la muerte. No la suya, visita de la que decía no temer, sino por la muerte de la Ciudad, herida en el mismo corazón por la implacable peste, que había llenado de diabólicos efluvios el aire. El aire. Ese enemigo sin armadura, desnudo, intangible, inasequible. Ahí estaba el peligro y no podían hacer sino esperar a que ese ejército invisible se retirara. Y eso parecía esperar el Asistente don Diego: mirar por la ventana aguardando el momento en que la peste plegara sus estandartes y se volviera al infierno del que provenía. Y mientras, había que llenar los mercados de pan, retirar muertos de las calles, recoger basuras, cuidar de huérfanos y enterrar difuntos. Con lentitud se giró hacia don Fernando, que aún así el pomo de la vieja puerta, arrepentido de interrumpir el momento de reflexión del Asistente, como si le hubiera adivinado los sombríos pensamientos.

—¿Alguna noticia buena y nueva, don Fernando? —El Veinticuatro cerró la puerta tras de sí, con la duda de si la desaparición de una imagen era un problema tan importante para una Ciudad que se desangraba con todas sus arterias abiertas. Él ya sabía que no era una cuestión de esperar milagros o favores divinos por recuperar la talla, que sin duda los habría. Lo que se había perdido era la esperanza de la Ciudad, el anhelo de que algún día podrían salir a la calle sin peligro de inhalar vapores malignos y morir en cualquier esquina cubiertos de bubas. Y era esa esperanza lo que había que recuperar. Espantadas de esa manera las dudas, relató al Asistente el encuentro con Gaspar y el tontón Indalecio y el plan para capturar a los tres embozados, sin poder evitar la satisfacción que le producía haber dado los primeros pasos desde que aceptara tan extraña tarea hacía ya casi una semana.

Don Diego se quedó pensativo. Volvió la espalda a don Fernando y retomó el gesto ausente con el que el Veinticuatro lo había hallado en su estancia, concentrado en todo lo que pasaba a través de las sucias ventanas. Quizás había recordado algo, algún detalle no le había pasado del todo inadvertido y había unido varias ideas. Quizás el Asistente guardaba algunas sospechas que se habían confirmado con el relato de don Fernando. Don Diego se volvió y lo miró con fijeza, como si pudiera mirar dentro de su cabeza.

—Supongo que el plan para cazar a los tres embozados es lo mejor que podemos hacer ahora mismo —dijo como si quisiera ahuyentar las dudas del Veinticuatro.

—Gaspar me ha alertado, pues parecen gente lista y de acero fácil. Creo que cinco

hombres por cada uno de ellos es un número a nuestro alcance. No se olvide vuesa merced de que nuestro interés es cogerlos vivos, pues de lo que nos puedan decir pende la solución de este asunto. Y he aquí algo en lo que yo no tengo poder alguno. Entiendo que los hombres de armas de Cabildo no son los adecuados para este menester. –El Asistente volvió a sus reflexiones con el ventanal, y hubiérase dicho que estaba ausente por completo de la conversación de no ser por la certeza de que seguía el hilo de ella sin perderse frase alguna, sin mediar segundas preguntas. Un nítido rayo de luz desde el mediodía sevillano penetraba en la pieza sin preguntar, con la mala educación de las cosas puras y salvajes. Una nube, sin embargo, debió cruzar el cielo y reprender su actitud porque el haz amarillento desapareció y la estancia se ensombreció al instante.

–El Duque de Medinasidonia tiene los hombres apropiados. –Pareció despertar del letargo en el que se hallaba sumido y con rapidez se sentó en escritorio y empezó a garabatear una carta–. Mandaré dos hombres a caballo hasta Sanlúcar con esta nota. El Duque debe algunos favores y no pondrá inconveniente alguno. Son de lo mejor que podemos encontrar. En tres días estarán aquí. –Tocó una campana y al instante entró Alonso, el secretario–. Toma esta carta, Alonso –dijo mientras la metía en un sobre y la lacraba–, que Ramiro y Santiago la lleven a Sanlúcar de Barrameda ahora mismo.

# CAPÍTULO X

Sábado, doce de junio de 1649

El Veinticuatro se dio la vuelta en la cama, dando la espalda a la ventana por la que, a pesar de los gruesos cortinajes, penetraba apenas una sombra de luz, un recuerdo del sol de la tarde que lucía afuera, pero que le hacía imposible conciliar el sueño. El ruido en las cocinas de la casa era ensordecedor. De seguro que Venancio reprendería a las criadas pues sabía que el Veinticuatro intentaba dormir la siesta. Los golpes de los peroles en la piedra y el cacareo habitual del servicio le impedían concentrarse en el sueño. Un perol cayó al suelo, a lo que siguieron las bromas y risas, aun más molestas que el cacerolazo.

Los ecos de un avemaría, salida de la voz de su esposa Leonor, le recordaron que debía una visita al convento de San Agustín, y una charla con Matías el bibliotecario. Pasados unos instantes el propio don Fernando contribuía al ruido de la sobremesa tirando al suelo una bacinilla con la que se había enjuagado la cara. Nadie podría dormir hoy en la casa. Y nadie más que él lo necesitaba. Llevaba ya varios días no conciliando bien el sueño por las noches. Hacía calor, el aire pesaba, y transcurrían las horas de la cama al sillón y de allí a buscar algo de agua para aplacar el calor y distraer la mente, que iba y venía con el asunto del Santo Cristo sin apenas avanzar. Por consejo de Leonor, que lo había visto algo más consumido y ojeroso, había intentado dormir tras el breve almuerzo. Un relincho en la calle y un carro al trote lo convencieron de que la siesta era hoy un imposible.

Era tal el mal humor del Veinticuatro que se olvidó de sus antiguas costumbres y se decidió a tomar el coche. Los días transcurrían más lentos de lo que quisiera. Todavía no habían llegado los hombres del Duque de Medinasidonia. Gaspar seguía escondido, con instrucciones de aparecer sólo si era asunto de vida o muerte. Don Fernando le había recomendado un lupanar por el Postigo del Aceite. —A falta de clientes, si pagas bien te dejarán una cama—, le dijo dándole unas monedas. Y seguía también sin saber quiénes vivían en la calle que visitó Carlos Cegarra. El Secretario al que el Asistente había mandado recopilar los nombres de las casas había muerto de peste y debían encontrar sustituto que retomara la labor desde el principio. Y los días pasaban.

Más por ocultarse del sol lacerante que por comodidad, le dijo a Venancio que dispusiera lo necesario, y sólo cuando estaba seguro de que la puerta del coche estaba abierta y cerca de la de la casa, salió con celeridad y tapándose los ojos. Descansó su mal humor cuando se halló en la oscuridad de aquella caja de madera forrada de terciopelo, a salvo de una claridad inclemente. Duró poco el reposo, pues al momento se hallaba ante la puerta del Convento de San Agustín. El hermano Francisco abrió la puerta y lo condujo a una estancia oscura, con varias sillas que parecían lo suficientemente incómodas como para que don Fernando decidiera permanecer en pie a la espera del Prior. Fray Severo no tardó en aparecer.

—¿Alguna noticia?—inquirió nervioso el anciano fraile.

—Lo siento Fray Severo, pero tenemos solo algunas pistas. Quisiera poder decirle que estamos cerca. ¿Cómo están los hermanos de la cofradía del Santo Cristo?

—Bien, bien. Se han adaptado a la vida conventual sin mayor problema. No en vano son buenos cristianos. Sus familias nos enviaron alguna nota para ellos, dado que dio vuesa merced

orden de que se les indicara que estaban en el convento en cuarentena. Parecían preocupados, pero saber que están sanos les dio mucha alegría a sus esposas y a sus hijos.

–Es una situación enojosa, Fray Severo. Ni siquiera sé si estoy haciendo lo correcto manteniéndolos aquí. Supongo que no confío en nadie –hablaba con la cabeza baja, acompañado por el lento andar del Prior. A veces don Fernando hacía ese tipo de confidencias. Era más un ejercicio de sinceridad consigo mismo, pues quien fuera el interlocutor le importaba más bien poco.

–No se preocupe vuesa merced. Aquí estarán bien. Toda la Ciudad vive en un estado de destrucción tal que la separación de los cofrades de sus familias no parece que sea lo más grave que acontece –paseaban alrededor del claustro, a la sombra de una arcada de piedra. El sol, alto, iluminaba bien el pequeño jardín.

–He visto tantas cosas estos días, fray Severo... A fin de cuentas, lo que le ocurre a la Ciudad no es más que la suma de miles de desgracias que se ciernen sobre cada uno de nosotros, sobre cada una de las familias, incluso sobre cada uno de sus edificios, sus árboles, sus animales. Podríamos descomponer todo esto en cada uno de esos elementos, y sólo así tendríamos en nuestras manos la magnitud de la catástrofe. –Apenas se habían cruzado con uno o dos hermanos. No tenía conciencia de si era hora de rezos: se había despertado de la siesta y había venido malhumorado hasta el convento sin haber pensado en los horarios de la comunidad–. Espero no haberles interrumpido en la oración, Fray Severo.

–No os inquietéis. Hay más horas para los rezos, don Fernando.

–He venido porque quisiera, si fuera posible, poder hablar con el hermano Matías, el bibliotecario.

–Lo suponía, así que ya lo he mandado llamar. Nos espera en la biblioteca. Acompáñeme por aquí. –Cruzaron un corto pasillo bajo una puerta con jambas de piedra. No había muchos cuadros, de lo que dedujo el Veinticuatro que algunos se habrían vendido para paliar la mala situación de la orden. Los Ponce de León, Duques de Arcos y protectores del Convento, seguían ayudando a los agustinos. Pero nunca era suficiente. Y los donativos, tanto de ricos como de pobres, seguían menguando a cuenta de que se iban muriendo los donantes. Por otro lado, la Ciudad y muchas de sus vías de comercio se habían cerrado. No había forma de vender, ni dinero para comprar. La comunidad podía subsistir algún tiempo, pues de sus sembrados y de los toros que pastaban en sus tierras podrían obtener alimentos. Pero ese aislamiento no podía durar siempre. La escalera, festoneada de azulejos, después de un tramo y un giro a la derecha, conducía a una puerta grande, pesada, tras la cual se hallaba la biblioteca. Sólo Matías esperaba. No había ningún fraile sobre el *scriptorium*, en desuso desde hacía años. Matías estaba revisando la generosa donación de una familia. Al parecer iban a abandonar la Ciudad. En su casa guardaban algunos legados antiguos y pensaron que estarían mejor en el convento.

–Hace ya algunos días que tenía pensado venir. El Prior me puso al tanto de lo que ocurrió el veintiocho de mayo. Mis noticias son que el único libro que desapareció el mismo día que fue robada la imagen del Santo Cristo es el Libro del Vergel de Oración y Monte de Contemplación de Alonso de Orozco.

–Así es –dijo Matías dirigiéndose hacia un hueco que había en el estante. Pasó las manos por los libros que había cerca, e introdujo la mano en el hueco, como si quisiera comprobar que no era una ilusión. Don Fernando se acordó del pasaje evangélico de Tomás y la Llagu de Nuestro

Señor—. Conozco donde están todos y cada uno de los volúmenes de esta biblioteca, y en cuanto vi el vacío supe qué libro faltaba.

—¿Alguien había mostrado interés en ese libro? —preguntó don Fernando.

—No, que yo recuerde. De todas maneras, no es un libro difícil de encontrar y no tiene grandes ornamentos. En esta misma biblioteca hay volúmenes de mucho más valor, y que me disculpe el Prior —a lo que Fray Severo respondió levantando una mano y esbozando una sonrisa. Parecía que el interés de Matías por los libros estaba exento del valor que éstos pudieran tener para la orden.

—Disculpe mi ignorancia, hermano Matías, pero ¿me podéis decir qué se trata en ese libro?

—Bueno, sólo son unas reflexiones. Debe saber que Alonso de Orozco fue Prior de los más importantes conventos de España. Estando aquí en la Ciudad decidió embarcarse para las Indias en la primera misión de nuestra orden. Según se cuenta, ya había recibido de Nuestra Señora la revelación de que debía dedicarse a escribir, más que a la atención de los pobres. Y fue tal la intercesión divina que, estando ya embarcado, tuvo que abandonar la flota en Canarias debido a una afección en una pierna. Como bien sabrá, fue confesor de Nuestro Rey don Felipe el Segundo, y fue allí en Madrid donde alcanzó mayor fama. El *Vergel de Oración y Monte de Contemplación* es sólo un libro más de otros muchos, como el *Desposorio Espiritual*, *Arte de Amar a Dios y al Próximo* o *Confesiones*.

—Matías ¿se os ocurre por qué alguien querría robar este libro? —don Fernando preguntó sin apenas mirar al fraile, sino distrayendo la vista por los numerosos estantes de la biblioteca, repasando los lomos, las encuadernaciones, las grandes letras doradas y las viejas impresiones casi ilegibles. Decenas, quizás cientos de legajos se amontonaban en un armario al fondo de la sala. Unos en rollos y otros sobresalían de grandes cartapacios.

—Son, como le he dicho a vuesa merced, reflexiones y orientaciones para ser un buen cristiano, para hacer oración intensa y verdadera. Cualquiera que desee acercarse a Dios a través de una oración piadosa y contemplativa debería estar interesado. Pero me inclino porque se trata de un intento de hacer daño a esta comunidad de frailes. El Cristo y un libro de uno de los agustinos más distinguidos.

—¿Son muchos los frailes que conocen bien la biblioteca? —Matías miró sorprendido al Prior, que seguía ensimismado en sus pensamientos.

—Son dos los que trabajan en el scriptorium, que ya no se usa más que para restañar algún viejo volumen. Es un trabajo que no dura más de un mes en el año —respondió al no obtener ayuda del Prior—. Pero conocer la biblioteca bien... creo que soy sólo yo. Llevo años en esta tarea, y me encargo de todo, de llevar el índice de todos los libros que aquí se encuentran, de traer volúmenes de otros conventos, incluso algunos mercaderes que me conocen me traen ejemplares de tierras lejanas. Me gustan los libros, y debe saber vuesa merced que no robaría ninguno. Los tengo aquí y son como los hijos que no tengo —se excusaba Matías con un cierto temblor de voz, mirando alternativamente la Prior y al Veinticuatro.

—No os preocupéis, hermano. No dudo de vuestro buen corazón ni de su amor por los libros. Pensaba si había habido alguien, de dentro o de fuera de su comunidad, interesado en éste o en cualquier otro libro. Por favor, si recordáis algo, hacédmelo saber.

Se despidieron de Matías y salieron de la biblioteca para bajar por la escalera, que le

parecía ahora más empinada que antes. A don Fernando le hubiera gustado mirar por el ventanal que quedaba al frente, pero tuvo que vigilar sus pasos para no tropezar en ningún escalón.

–Tienen los agustinos una comunidad numerosa, y con buena salud –comentó el Veinticuatro, cambiando su discurso, y pretendiendo parecer más animado–. No deben faltar las vocaciones en los momentos de oscuridad.

–Cierto es, don Fernando. Son muchos los que sienten la llamada del Señor, y podemos sustituir los que fallecen, salvo en años como éste. –Habían desembocado de nuevo en patio del claustro. El sol caía ya más tendido por el avance de la tarde. Dos hermanos caminaban en silencio, con la cabeza baja, y apenas dirigieron una leve mirada al extraño que acompañaba al Prior. Fray Severo continuó–. Hemos tenido muchos legos estos últimos meses. Pero la peste te quita igual que te da. Algunos de ellos desaparecieron en pocas semanas.

–¿Se marcharon sin más?

–Ha de tener en cuenta vuesa merced que los legos se encargan de muchas tareas fuera del convento. Algunos, días después de haber salido para atender enfermos en algunos caminos y morberías, empezaban a tener grandes fiebres. Yo mismo decidí llevarlos a los hospitales antes de ver alguna buba dentro del convento. Así hasta que decidimos cerrar las puertas y restringir las salidas a las necesarias. –El Veinticuatro hubiera dado la mano derecha por saber los nombres de los legos que han entrado y salido del convento en las últimas semanas. Pero si alguno de éstos hubiera tomado parte del plan urdido para el robo, el nombre inscrito en los libros de actas de la orden sería falso con toda seguridad. Por no desdeñar que estaría su cuerpo pudriéndose al sol en cualquier carnero.

–¿Alguno de esos legos ha ayudado en la biblioteca, Fray Severo?

–Supongo que no; como ve la biblioteca tiene hoy poco trabajo. ¿Desea vuesa merced que pregunte al hermano Matías? –el anciano Prior se había detenido, como sorprendido ante la idea de que el robo se hubiera organizado ante sus narices. Era un hombre mayor y había visto muchas cosas en su dilatada vida, de convento en convento, de comunidad en comunidad, entre montes, bosques, valles, ríos, vegas y costas. Decididamente, la vida no le había regalado la paz que tanto deseaba en los últimos días.

–Y si no es gran molestia para la comunidad también me sería de gran ayuda que revisaran si faltase algo más en el Convento.

–No tenemos grandes riquezas aquí, don Fernando. Hasta donde hemos podido reparar, los ornamentos más valiosos como algún cáliz y un par de ostensorios están en su sitio. El resto, alguna capa pluvial, unos pocos ciriales de latón, creo que no serían de interés de nadie. Lo más valioso ya se lo han llevado.

–De todas maneras, Fray Severo, no estaría de más revisarlo. –Trataba en su tono que no pareciera una orden demasiado explícita. El Prior podía informar al Deán de las maneras inadecuadas del Veinticuatro, y no quería perder tiempo en visitas y excusas en el Palacio Arzobispal–. Le transmito todo el agradecimiento del Cabildo de la Ciudad, pues en su ánimo no hay más que solventar este sacrilegio a la mayor brevedad, y traer de vuelta tan valiosa reliquia.

–Es esta comunidad de pobres frailes la que debe estar agradecida, don Fernando –y tomando entre sus manos huesudas las del Veinticuatro se despidió con esa sonrisa que era el único refugio de un pobre monje que ha venido, al fin de sus días, a enfrentarse a la carga más dura de todas.

“Esta es la Ciudad del desorden y del mal gobierno”. La inscripción, en el mismo muro de la Ciudad, avisaba a los que se adentraban a ella por la Puerta del Ossario. Don Fernando Núñez de Medina la había visto muchas veces. Sin embargo, era hoy cuando la había comprendido. Durante las semanas previas, cuando sufrieron las inundaciones, los incendios y la peste, parecía que el caos había tomado la Ciudad por fin. Pero esa misma tarde, doce de junio del año de 1649, don Fernando había comprendido que la Ciudad había ido moldeando y construyendo poco a poco todas las catástrofes que ahora la asolaban. El desastre que vivían no era más que la manifestación aumentada de la forma de vivir de la propia Ciudad. Cruzó por su mente una idea: primero el caos, luego la peste; y no al revés. Bien era cierto que algunas situaciones extremas se habían desencadenado como consecuencia primera de la epidemia, como la huida de algunos médicos de los hospitales por temor al contagio. Pero hubo un antes a todo esto, en el que, con la minuciosidad del buen albañil, se habían ido depositando los ladrillos de tanta destrucción. La guardia de la Puerta de Carmona le franqueó el paso a intramuros, y pensó don Fernando en cuántas veces aquellos mismos guardianes habían aceptado unos cuantos maravedíes para dejar entrar carne, que no pasaría por el Almojarifazgo, y que acabaría en manos de cualquier despensero. Todos sabían quiénes se enriquecían con tales despachos ilegales, pero la Audiencia sólo intervenía a los pobres desgraciados que se ganaban una miseria con los transportes, dejando impunes a los que hacían el negocio, y que eran, en los más de los casos, conventos. Era además conocido que las juntas de médicos hacían la vista gorda en los mercados, con lo que no era cosa extraña que muchos de los géneros estuvieran podridos o agusanados. Y no sólo ocurría tal en las despensas, sino en el propio Matadero, donde los regatones engordaban su bolsa. El Almotacén debía contrastar los pesos y medidas cada poco, pues pareciera que una onza menguaba su tamaño con el paso de los días como un perro viejo y sarnoso. Y en el puerto no era más honrosa la historia: con la gente de San Marcos metiendo todo el género que se podía por la noche quedaban las aduanas empobrecidas, que no los aduaneros. Así la harina de trigo se fue mezclando primero con cebada o centeno, pero luego se recurrió a la calabaza, bellotas, grama o nabo. Y no eran pocas las veces que algunos parroquianos habían enloquecido tras comer pan moldeado con granos de centeno negros como el carbón. Y el resultado era el mismo desde siempre, desde que el tiempo es tiempo. Los ricos salían indemnes mientras que los pobres miserables no recibían más que palos o la prisión o el hambre o la muerte. El dinero de la Audiencia no llegaba para tantos, y no se podía alimentar ni a presos ni a carceleros. Y he aquí que se echaba de nuevo la paja para que se alimentase la degradación y el vicio. Y todos trataban, desde su humildad, sacar provecho de lo poco que tenían, dejando el guardia pasar a los despenseros, y aceptando los alguaciles unas monedas por aligerar las causas, o por dormirlas *ad eternum*, que de todo ha habido y habrá. Y tan mal gobierno que se pintaba en los muros de la Ciudad llegaba al punto de enfrentar Audiencia y Cabildo en una lucha secular. Decían muchos que el Cabildo se había trasladado desde el Corral de los Olmos hasta la Plaza de San Francisco para que, al situarse frente a la Audiencia, quedara claro a los ojos de la Ciudad la rivalidad entre las dos instituciones. Y aunque conocen vuestas mercedes que no es cosa nueva que rivalicen los gobernantes entre sí, han de saber asimismo que la oposición entre Audiencia y Cabildo era tal que se tomaban partidarios en las calles y tabernas. Unos por representar a la Ciudad y otros por decirse la mano del Rey andaban a la gresca cada día, pleiteando por nimiedades y dejando que sólo perdiera en la causa la que siempre lo hacía: la Ciudad.

Y era tal el caos que muchos pensaban, como el propio Asistente don Diego de Cárdenas, Conde de la Puebla del Maestre, que la revuelta era cuestión de poco. Algún día, cualquier cosa,

como el precio de la hogaza de pan, causaría el desorden final. La fanega de trigo ya pasaba de los dos mil maravedíes. Ya tras las inundaciones se dieron casos de ocultación de grano por aquellos que querían beneficiarse de las malas cosechas de los años pasados. El pan de dos libras había llegado a los tres reales. Pero cuando sobrevino la peste ya eran pocos los que se aventuraban desde Alcalá a traer grano. La guarnición de la Ciudad hubo de ir a buscarlo y a reforzar los caminos por temor a asaltos. El pan comenzó a llegar, pero luego nadie podía pagar los tres y cuatro reales que se pedían por una hogaza. Los ricos vendían sus joyas para comer y los pobres se morían de hambre. De no ser por la peste algunas de las reyertas que habían tenido lugar en los hornos y mercados habrían degenerado en una revuelta. Y la Ciudad, con pocos alguaciles, diezmados por la mortandad, y con la milicia disuelta, habría de enfrentarse a una turbamulta con la que pocos tenían idea de cómo tratar.

Cada día alguna nueva noticia sobresaltaba la vida en las calles. Un impuesto nuevo, la devaluación de las monedas, por no hablar de los juros. Muchas familias habían puesto sus pocos ahorros al servicio de una Corona que, una vez se hubo aprovechado de ellos, no quiso saber nada de dichos caudales. Era por ello una Ciudad rica y pobre a la vez, que hacía de tales excesos su propia esencia, y donde el rico podía ser menesteroso en menos que canta un gallo. Y siendo además una seña de identidad de la Muy Noble Ciudad que el que tiene muchos reales, amén de tenerlos debe demostrar que los tiene, el resultado es que cualquier comerciante de poca monta se viste de terciopelos y con capotillo de buena costura y valona de bordados, y va a Misa con su mujer vestida con una basquilla repujada y las joyas de mejor factura. Y que si luego vienen las vacas flacas pues que vengan. Y todo llevaba a que era tal el coste de vivir en la Ciudad que con ocho reales no había forma de sostenerse, pues cuatro podía uno necesitar parar comprar un pan de dos libras, siendo el resultado que el hijo de un secretario de la Audiencia podía terminar pidiendo limosna. Y en eso pensaba el Veinticuatro cuando su mirada, desde el carruaje, se posó sobre un niño. Echado en el suelo, una mujer mayor, con una camisa blanca, lo despjojaba con gesto cansado. El niño jugueteaba con un perrillo hambriento, que apenas se movía y en cuya cara se dibujaba una tristeza sin tiempo. Pocos perros quedaban en la Ciudad, sacrificados en los últimos días para evitar el contagio o convertidos en comida en cualquier casa arrasada por el hambre. Y por ende eran pocas las quejas, antes habituales, de perros desenterrando cadáveres de los enterramientos de las parroquias, como ha poco hubo de resolverse en San Salvador y otras con enterramientos levantados por el agua. Sólo el niño era ajeno a ese sentimiento de desolación. Quizás era el trozo de pan negro que había en una de sus manos, o quizás la propia infancia era la que lo separaba del miedo al hambre, del miedo a la peste. Don Fernando vigilaba las toses y los cuellos de todos los de la casa a diario. Le aterraba que a su familia le pasase lo mismo que a la de Bartolomé Murillo el pintor. Quizás no era tan mala idea huir. Hasta algunos médicos y cirujanos huyen de la peste. Niños piojosos, criados apestados, ratas, charcos malolientes, carne en putrefacción vendida en los mercados, puestos de verduras junto a enterramientos emergidos por las inundaciones. Había visto a gente comerse a un perro moribundo, y había oído que algunos se echaban a la boca un puñado de tierra con tal de sentir llenas las entrañas. Se le revolvió el estómago de angustia. El coche, recorrió las calles San Esteban, Imperial y Plaza de San Leandro, donde se detuvo. Don Fernando se asomó levemente a la atardecida. Se disponían a tomar la calle de la Alhóndiga, para doblar a Santiago y cruzar frente al Hospital de San Cosme y San Damián, ya cerca de su propia casa. De la fuente de la Alfalfa se había formado un gran lodazal, y en algunos casos el empedrado de la calle se había levantado. Pudo ver una carreta volcada. Los cuerpos de los apestados se habían desparramado por el suelo. Junto a la ventana de su carruaje, un hombre y un muchacho que cargaba un pesado cesto de mimbre charlaban.



–Y ahora esto –dijo el que parecía un joven mozo, dejando el cesto en el suelo.

–Ya casi estamos. Es en esa casa, pero hasta que no retiren los cuerpos no podremos pasar –terció el hombre, de unos treinta años, con una leve barbita castaña y abundante pelo del mismo color, apenas atusado más que peinado. Una camisa blanca con restos de aserrín y unas calzas manchadas de pintura era su atuendo–. El maestro ha insistido en que ese comerciante de pinturas tiene el color que necesita. Y no seré yo el que intente darle gato por liebre.

–Ni yo. Lleva unos días más iracundo que de costumbre. Se encierra en su cuartillo y ya no hay quien lo interrumpa. Miguel el aragonés entró anteayer sin llamar a la puerta y le tiró la gubia. Vamos, que si no la esquiva allí lo mata. –El mozo hablaba con grandes aspavientos, imitando el escorzo.

–Ni se te ocurra decirlo así en su presencia, ya sabes que el maestro tuvo un pleito por matar a una persona hará ya casi cuarenta años. Se ve que el temperamento le viene de su mocedad –el hombre se sacudía de continuo la camisa y el pelo, pero aun así parecía que seguían apareciendo más virutas de madera.

–¿Penó por ello? –inquirió el joven, interesado por la historia.

–No más de un par de años tengo entendido. Ya era un escultor importante en aquellos años –el hombre miraba con un gesto de repugnancia cómo los encargados de la carreta, al ver que no podían reparar la rueda intentaban apartar el carro y volver a amontonar los muertos de peste de forma que se pudiera transitar por la calle. No había ni rastro de dignidad en el trato con los cuerpos, que, componiendo extrañas figuras caían en el suelo o los volteaban de un montón a otros. Los brazos se retorcían, los cuellos se doblaban de formas inverosímiles.

–Pues nos va a matar uno de estos días, si no se muere el también –el aprendiz se secaba el sudor de la frente con la manga de un vasto roponcillo–. Apenas come y no sé si duerme, pues cuando yo llego por la mañana a limpiar el taller, y es antes de la amanecida, ya está allí. No le deben haber gustado las figuras del retablo para la Iglesia de San Miguel de Jerez. De vez en cuando me llama y me hace sacar los cubos de virutas. Hoy estaba de particular taciturno, dicen que desde que le llevaron una nota esta mañana.

–Yo estaba con él. Se quedó mudo y sus ojos se llenaron de lágrimas. En el escrito le notificaban que hoy mismo ha muerto de peste el Arcediano de Carmona, Mateo Vázquez de Leca. Tuvieron mucha relación allá por el comienzo del presente siglo, cuando el Arcediano postuló la Inmaculada Concepción de la Virgen en la Ciudad. Fue uno de los que repartió los miles de ejemplares de la redondilla “Todo el mundo en general / a voces, Reina escogida, / diga que sois concebida / sin pecado original” –el hombre parecía indignado ante la cara del mozo que parecía no conocer a Vázquez de Leca.

–Ya escuché doblar las campanas de la Iglesia esta mañana, pero como lo hace todos los días no lo vi hecho extraordinario. Dicen que son más de veinte los Canónigos que han muerto desde que se iniciaron las pestilencias.

–La peste no hace distinciones –dijo el hombre mirando al cielo, para luego volverse al mozo–. Han muerto tantos capellanes que hay muchos días que no se hacen Misas. Al Maestro le duele que en la Capilla de los Cálices no haya quien la dé. Fue Vázquez de Leca quien le hizo el encargo, y él mismo se encargó de policromarlo, lo que le costó un pleito por no ser su profesión. La Parroquia del Sagrario ya va de dos veces que se ha quedado sin oficiantes y el Cabildo ha dispuestos sustitutos que ganan cincuenta reales.

–Tengo oído que se han cerrado las puertas que comunican el Sagrario con la Santa Iglesia para que la peste no pueda entrar. Y que aun así han muerto tantos sacristanes que en algunas misas no se encienden las hachas, ni se sacan ciriales ni incensarios, ni se visten los ropones acostumbrados como las capas en el coro. El carnero del Corral de los Naranjos está a rebosar. Ahí habrán enterrado a Vázquez de Leca.

–En la nota que ha recibido el Maestro se indicaba que recibiría sepultura cerca del Altar Mayor para que pudiera estar cerca del Santísimo Sacramento, del cual era muy devoto. Se le hará Misa y Vigilia mañana mismo.

–¿Y asistirá el Maestro?

–Eso le he preguntado yo, por si debía ordenar mozos y la silla, pero ha gruñido algo y se ha vuelto a encerrar, no sin antes pedirme estos barnices. Se ve que otra vez tendrá pleito por policromar. Ya le pasó también con su amigo Francisco Pacheco y la Inmaculada. No escarmienta. Anda, coge el cesto que ya estamos –y con un cariñoso capón ambos retomaron su camino.

Cuando don Fernando llegó a su casa ni siquiera abrió la boca para saludar a su mujer, ni miró a los criados con los que se cruzaba. Fue directo a la pieza, se enjuagó la cara, se quitó la ropa y quedó sólo con la camisa, tendido en la cama, sudando en la oscuridad y buscando culpables hasta en los rayos tendidos del atardecer que entraban burlando los pesados cortinajes. Cerró los ojos y se dejó dormir oyendo su propia respiración, y con un pensamiento en la mente. La misma Ciudad que se moría infectada de miasmas mefíticas, que emanaba un fétido olor a putrefacción en cada esquina, que enterraba a los suyos a miles y amontonados en cualquier sitio, le había regalado en su paseo a través de la luz ocre que venía de más allá del río los trinos de los vencejos persiguiéndose de tejado en tejado. A esa hora el cielo se volvía anaranjado por el oeste, buscando los últimos rayos de sol, que entraban por la Puerta de Triana desde las lomas colmadas de verdes viñas del Aljarafe. En el otro extremo de la ciudad el cielo era distinto. Por la Puerta de Córdoba se escondía la luna, casi invisible, mientras se abrían las damas de noche, y, para no espantarlas, el cielo buscaba el violeta que había copiado de las calles cubiertas de la florecilla morada de los jacarandás. Y le pareció imposible que nadie pudiera siquiera morir en esa Ciudad.

## CAPÍTULO XI

**Domingo, trece de junio de 1649**

Pasaron ante él reliquias del apóstol San Andrés, el hábito y el cilicio de San Francisco y de San Bernardo, los Cuerpos de San Leandro, San Servando y San Germán, devotos restos de San Clemente, un brazo de San Bartolomé y parte de su pellejo, una canilla de san Sebastián, reliquias de la Magdalena y de San Cristóbal, de Santa Inés, de Santa Anastasia, una quijada de una de las once mil vírgenes, un dedo de San Blas, y una infinidad de relicarios tallados, con incrustaciones de piedras, cubiertos de oro, y que guardaban en su interior decenas, centenares de pequeños huesos, minúsculos trocitos de hábitos arrugados y resecos trozos de piel procedentes de los santos más eminentes del orbe. De entre todas, la más venerada era un Lignum Crucis. Don Fernando recordaba la vieja historia de la reliquia cada vez que la veía. Fue traído por el Arzobispo Alonso de Fonseca hacía ciento cincuenta años. Sin embargo, era el Arzobispo hombre descreído, y decidió officiar la Santa Misa mientras la Cruz ardía en una gran hoguera. Para sorpresa de todos la Cruz no se quemó y se llenó el aire de olores suaves, perfumados aromas que engrandecieron los corazones y fortalecieron los espíritus. Don Fernando apenas podía ver una pequeña astilla en un relicario de cristal que formaba la cruceta de una gran cruz de oro, rematada en sus tres extremos por tres coronas talladas con finura. La base de oro se coronaba con una gran perla, y en ella se confundían piedras de todos los colores, cristales y pequeñas cadenas de oro. Pensó don Fernando que si aquella astilla era de la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo el relicario se quedaba corto y no era digno de albergar objeto tan santo.

Durante cinco años había asistido a la Santa Misa que celebraba el Cardenal Agustín Spínola cada domingo. Ahora, todos hablaban del Arzobispo que pronto le sucedería. Ya habían olvidado al viejo, muerto de gota, que vivía en Umbrete y no venía mucho. Lo cual es de entender sabiendo el buen mosto que allí se prepara. Tras los años turbulentos del Cardenal Gaspar de Borja y Velasco, la Ciudad había vivido con sosiego la corta etapa del viejo Spínola, amigo de los jesuitas, y hombre piadoso y honesto, lo que no era poco tal y como podían llegar a ser las cosas en un Cabildo Catedral propietario del mayor lupanar que había en la Ciudad. Ahora, enterrado en la capilla de San Laureano, todos suponían que se sentiría feliz y liberado de una carga tan pesada. Es ésta una silla difícil para los cardenales. Su más que probable sucesor, Fray Domingo Pimentel lo sabía, y, según habían oído, quería posponer todo lo posible su nombramiento, y aún más su llegada a la Ciudad. Mientras tanto, la decaída diócesis, diezmada por las pestilencias, apenas alcanzaba a celebrar la Misa de Tercia. Hoy había más concurrencia que de costumbre al oficiarse en memoria del inmaculista Mateo Vázquez de Leca.

Antes de entrar en la Catedral el Veinticuatro había intercambiado gestos con el Asistente, el Conde de la Puebla. Debían preparar el asunto de los baños. Juan Tello de Guzmán y Jerónimo Fadrique preguntaron a don Fernando por el robo del Cristo. Lo llevaron a la capilla bautismal de la Santa Iglesia Catedral. Estaban preocupados pues había llegado a sus oídos que la muerte de Carlos Cegarra no había sido por causa de la peste. Don Fernando se dijo para sus adentros que nada hay en la Ciudad para que algo se sepa que marcarlo como secreto de confesión. Y, como es propio y convenido, no habían sido pocos los prohombres que se habían dirigido a casa de la viuda, doña Elvira Bucarelli, para presentar sus condolencias, y de paso enterarse de algo. Y no fueron menos los que mencionaron a don Fernando que la viuda podía haber perdido la sesera,

pues las veces que había accedido a recibir a alguno, estaba como ida y apenas seguía la conversación y se despedía en cuanto veía la oportunidad. Y otros afirmaron haberla visto caminando por la calle con la mirada perdida. Francisco Dávila, Gonzalo de Saavedra y Jerónimo Federigui reían en la Capilla de San Hermenegildo. Al parecer el Consejo de Órdenes había denegado el título al conocido tratante Francisco Martínez de la Mata. Y el enfado de éste era tal que, a voz en grito, había afirmado que nadie le iba a quitar el derecho a comprar el título, y que recurriría a los linajudos para hacer una limpia del Consejo de Órdenes. Ellos se encargarían de buscar alguna mancha en la supuesta limpieza de sangre de los miembros del Consejo, y luego sólo hacía falta echar a los perros del Santo Oficio encima del morisco o del mal converso descubierto.

Por su lado, la nobleza despotricaba contra los ingleses, los genoveses, los napolitanos, los germanos y todo extranjero que se pusiera por delante. Hacer dinero mercadeando no estaba bien visto, y mucho menos trabajando con las manos, que no es ésta cosa de gente de bien, ni lo había sido nunca. Pero ahora, los señores de antiguo debían compartir mesa y mantel con adinerados vendedores de telas o importadores de perfumes. Y si eso ya no se podía aguantar, no hay buen cristiano que soporte tal cruz si encima el advenedizo se llama Luigi Vanti o cosas por el estilo y quiere convertirse en Marqués de la Sierra o como fuere. Y en esas estaban los viejos cristianos cuando se dirigieron a la Capilla Mayor para asistir a la Santa Misa. Don Fernando dejó de contemplar ensimismado el Lignum Crucis y se dirigió a su sitio protocolario. Al terminar la Santa Misa se encontraría con el Asistente en la Capilla de Los Cálices.

—¿Y los hombres del Duque de Medinasidonia? —preguntó don Fernando al finalizar el oficio.

—Ya están aquí. No ha sido fácil reunir a quince. La peste también ha campado a sus anchas en la desembocadura del río y algunos de los mejores habían muerto. Los he alojado en la Posada del Lucero. Antes de salir daremos las instrucciones convenientes. Contamos a cinco espadas para cada uno de ellos. Es cosa hecha, don Fernando.

—Gaspar me dijo que son hombres bragados, y que no se andan con filigranas —terció intranquilo el Veinticuatro.

—Hay que decir a los hombres que los queremos vivos. No me valen los embozados que no pueden hablar. En mi coche llevarán los grilletes y tenemos un permiso del Deán Quesada para utilizar los calabozos del Castillo de Triana. El Santo Oficio anda falto de clientes. —El Asistente parecía de buen humor, todo lo contrario que el Veinticuatro—. Se me olvidaba, ya hemos encontrado un Secretario que prepare la lista de las casas y propietarios en la calle Escuderos.

Don Fernando recordó por segunda vez en el día la muerte de don Carlos Cegarra, el único que parecía saber la identidad de los ladrones. “Han sido ellos” le dijo al morir. Nadie podía decirle a qué casa iba tan a menudo el fallecido Alcalde del Crimen de la Ciudad. Ni qué hizo allí poco antes de morir.

Era ya noche cerrada, y en la Posada del Lucero sólo se oía el crujir de los metales. Había ido a recoger a los hombres del Duque de Medinasidonia. Don Fernando saludó al que los mandaba, con el que había compartido el frente en Portugal. Era como un viejo roble, grande, robusto, pero a la vez rebosante de una bonhomía poco común entre los que se dedicaban al negocio de darse

tajadas. Había servido al Duque desde que era niño, y su padre antes que él. Si tenía que jugarse la vida, don Fernando quería que Germán Cañada, que era como se llamaba el gigante, estuviera cerca. El resto de los hombres eran también de lo mejor que podía tenerse, y habían traído consigo todos los hierros que cada uno guardaba. Estaban en las cuadras de la Posada del Lucero, y sólo el brillo de las espadas y las dagas resplandecía. Poco a poco éstas fueron volviendo a sus cuevas de piel, y se vinieron arriba también los embozos, se calaron los sombreros, se ajustaron los cinturones y se cerraron las hebillas. Y así salieron a la Plaza de la Alhóndiga en dirección a los baños. El ambiente, sin embargo, no era como en las grandes ocasiones. No todos los hombres habían venido de buena gana. Y no por temor del resultado de la celada. Eran sabedores de que la peste hacía estragos en la Ciudad, y no eran pocos los que pensaban que era feo asunto meter la cabeza en el nido de tal serpiente. En Sanlúcar, el Puerto de Santa María y en Cádiz también habían sufrido el envite de las pestilencias, pero era ya venido a menos, y no era cuestión de darle segundas oportunidades a la parca. Y era por ello que en aquellas cuadras reinaba un inusual silencio previo a la lucha. Don Fernando había sabido esto por Germán, y sólo pudo tranquilizarlos asegurándoles que era cosa hecha y rápida, y que al alba de seguro estarían saliendo camino de Sanlúcar.

El tontuno de Indalecio ya le había dicho a Cirilo que esa noche Gaspar iría a los baños. Esperaban que Cirilo avisara a los embozados cuando lo viera entrar a los baños, pues ya había intentado tenderle una trampa cuando el incidente de los ochavos para resellar. El Veinticuatro dispuso que dos alguaciles siguieran con sigilo al mozo de los baños cuando saliera, pues era él el que se encargaba de estos menesteres entre la truhanería. Uno de los alguaciles seguiría al mozo y otro iría a avisar a los hombres del Duque, que esperaban en un viejo almacén de una casa cercana, cedido por el Asistente de la Ciudad. El Veinticuatro les había recordado que no quería estocadas definitivas. Pensaba que los embozados tirarían los aceros cuando se vieran rodeados de quince hombres armados, y no quería ver a aquellos tres misteriosos en el suelo con el pescuezo abierto, que así no hay manera alguna de hacer hablar a nadie.

El tiempo pasaba tan despacio que los pensamientos se amontonaban en la cabeza del Veinticuatro. ¿Quiénes serían? ¿Para quién trabajarían? Estaba cerca de la solución a un problema que lo tenía sin sueño en los últimos días. Esperaba que todo terminase pronto, pero, aun así, sabía que no era sino otra de tantas heridas por las que se desangraba la Ciudad. Por boca de Jerónimo Pinelo de Guzmán, diputado de la peste, había sabido hoy mismo durante la misa que la carencia de pan era tal que en la calle de la Feria se había dado un gran tumulto hacía un par de días a cuenta del precio de las piezas. Hacía mucho que no llegaban barcos por el cierre del puerto, y faltaban mercancías de toda clase. Y si hubiera llegado la Flota de Indias no se hubieran hallado en toda la Ciudad manos suficientes para descargarla, pues era tal la carestía de hombres que algunos apuntaban que pronto sería necesario que con las últimas fuerzas acudieran los apestados a los carneros para echarse a la fosa ellos mismos. Las casas más pequeñas no habían resistido indemnes las inundaciones de la primavera, y no había albañiles que pudieran repararlas, por lo que muchas calles estaban cortadas por los muros derrumbados o por las ropas por quemar de los apestados y que las familias tiran a la calle. No, los problemas de la Ciudad no terminarían esta noche. El pisar de las botas y el repiqueteo metálico de los hierros que llevaban daban un aire imponente a aquel grupo de hombres.

Se dividieron en los grupos previstos y quedaron en sus puestos, hablando en voz baja. No había mucha luz salvo el débil resplandor del Retablo de las Ánimas Benditas. Mala cosa, terció uno que era de Trebujena y al que le faltaban tres dedos de la mano izquierda.

–No les des ocasión de que te aticen, Medina –le dijo Germán cuando se apercibió de la dubitativa mirada del Veinticuatro.

Don Fernando sabía que era encerrona fácil, pero había detalles que no le gustaban en demasía. Se notaba a lo que iban, pues eran calles oscuras y poco frecuentadas a estas horas. Y menos con la peste rondando la Ciudad. De hecho, dos frailes que pasaban en dirección a la Alameda se dieron la vuelta extrañados de tanto embozo y tanta espada.

Dentro de los baños, las cosas no iban como se había planeado. Cirilo mandó al mozo de los baños a salir a dar aviso nada más vio a Gaspar y al pobre Indalecio entrar. Luego se dirigió a ellos. Indalecio ya buscaba con ahínco la entrada de los hombres del Duque. Gaspar miraba nervioso la puerta trasera, que alguien había atrancado. No quería despertar sospechas y se dirigía poco a poco hacia ella para retirar la estaca, pues por ella debía entrar otro grupo de los de Sanlúcar. Cirilo, que los notó impacientes se acercó para intentar retenerlos:

–Buenas noches, Gaspar. No pareces ser hombre de palabra. ¿Dónde está la bolsa de ochavos que te di? No la entregaste en su destino. –Pero Gaspar, nervioso, parecía más atento a la entrada de los baños que a la conversación.

–La llevaré mañana, Cirilo. –No había mucha algarabía en los baños, por lo que esperaban oír la garata que se formaría con los embozados. Pero a pesar de que apretaban el oído, no parecía que ocurriera nada en la calle.

–Creo que deberíamos discutir esto aquí, Gaspar. Vayamos a esa mesa y bebamos algo. – Cirilo los conducía a una mesa en un rincón cercano a la puerta trasera.

–Tuve un encuentro con los alguaciles de la Audiencia, Cirilo. –Gaspar trataba de ganar tiempo sin llegar a sentarse. Sabía que si le pillaban así no tenía defensa.

–¿Y los ochavos? ¿Te los encontraron? –Cirilo alargaba la conversación. Él tampoco perdía de vista la puerta trasera, lo que dificultaba la intención de Gaspar de abrirla.

–Bien sabes que no, Cirilo. De ser así no estaría aquí. –Gaspar se recelaba de la encerrona que le habían dispuesto los embozados y aquel trianero pendenciero–. No me los encontraron, pero tampoco los tengo.

Afuera todo ocurrió tan rápido que nadie pudo luego explicar qué había salido mal. El Veinticuatro sólo recordaba haber oído un rumor a la espalda de los baños. Tardaron unos segundos en saber qué estaba pasando. El mozo de los baños volvió y apagó uno de los candiles que alumbraban la entrada. Del alguacil que había ido tras él no volvieron a saber. En ese instante los tres embozados llegaron hasta la puerta trasera, callados como tres sierpes y allí vieron a los hombres del Duque, que no imaginaban que los varetazos podían venir desde la parte trasera del edificio. Su posición era guardar una posible huida por la puerta trasera de los baños, o entrar por ahí si fuera necesario y allí esperaban calladamente cuando uno de ellos, de nombre Enrique y natural de Mesas de Asta, sólo pudo emitir ese silbido apagado que llama a la muerte cuando las gargantas se abren. Los otros dos apenas se dieron cuenta de que se había acabado su tiempo. Ninguno pudo decir nada. Quizás en sus últimos instantes de vida acertaron a pensar que aquellos hombres de negro eran gente que sabía lo que se hacía. Les habían tapado la boca de frente, cara a cara, mientras con la otra mano les ensartaban una cuarta de misericordia en el corazón. En esos momentos la muerte se sienta bien cerca, pero uno apenas se da cuenta: tratas de reaccionar, de agarrar tu acero, de pedir ayuda, de revolverte. Pero tu vida chorrea y se desparrama por los

adoquines. Te paras a pensar en que son gente bragada, y especulas con qué puedes hacer para salir de ésta. Pero no ves el chorro de sangre que burbujea de tu pecho cuando la daga vuelve a salir con la misma rapidez con la que entró. Sólo unos instantes y, sin apenas ser consciente de ello, pasas al Cielo. O al Infierno, que cada uno sabe bien a dónde marcha cuando el trabajo aquí se ha terminado.

Mientras tanto, el resto de los hombres del Duque acechaban en los soportales cercanos la puerta principal de los baños esperando a que aparecieran los tres embozados, sin saber que éstos estaban acuchillando a sus compañeros a unas pocas varas de allí. Pasaron unos instantes. Empezaban a impacientarse. Se miraban unos a otros inquiriendo una respuesta, una decisión.

Dentro, en los baños, Gaspar y Cirilo se habían ido acercando a la puerta trasera mientras discutían sin mucho interés por el asunto de los ochavos. Indalecio ya sólo prestaba atención a la puerta principal, por la que esperaba ver entrar a los hombres del Duque. Gaspar observó de pronto algo extraño. Era Cirilo el que se había acercado más a la puerta, hasta colocarse de espaldas a ella. Le tapaba la huida. Sólo quedaba esperar que los tres embozados entraran por la puerta principal: allí los cogerían la gente de Germán. Y al momento comprendió. Oyó cómo en la puerta trasera, que Cirilo guardaba, alguien dio tres fuertes golpes. Todo se aclaró en su mente. Gaspar apenas pudo ver cómo Cirilo se volvía para retirar la tranca que cerraba la puerta. Saltó y, gritando a Indalecio que corriera, salió disparado hacia la puerta principal. El pobre faltusco sólo miraba a la entrada incapaz de comprender.

—No vienen —y fueron sus últimas palabras porque uno de los tres lobos envueltos en negro que entraron como un huracán por la puerta que Cirilo les había abierto lo agarró por la frente y le abrió la garganta de lado a lado. Los otros dos ya corrían tras Gaspar.

Germán Cañada, que comandaba a la gente del Duque, fue con dos hombres a ver a los de la puerta trasera. El Veinticuatro miró a los nueve que quedaban allí con ellos. Se preguntaba si serían suficientes cuando vio salir a Gaspar corriendo.

—¡Están dentro! ¡Vienen hacia aquí! —exclamó sin resuello. Uno de los hombres salió a su encuentro sin entender bien lo que ocurría. Pero no pudo preguntar nada. Uno de los embozados, que ya salía, se lo quitó de en medio con un golpe de espada que le cruzó la cara, mientras que hundía la daga que llevaba en la mano izquierda en el cuello de otro. Pensaba rápido. Miraba a ambos lados y no sabía qué pasaba.

—¡Vámonos! —gritó a otro de los embozados, que le seguía de cerca. Echaron a correr calle abajo no sin antes repartir uno o dos espadaños fatales. Don Fernando corrió detrás de ellos acompañado de varios hombres. Otros entraban a los baños en busca del tercero.

Germán y los otros dos habían llegado a la parte trasera y entendió enseguida lo que había ocurrido. Sus antiguos camaradas yacían en el suelo en medio de grandes charcos de sangre. Entraron a grandes voces por la puerta que Cirilo había abierto segundos antes y vieron cómo los dos embozados salían ya por la puerta principal de los baños. El tercero, que había matado a Indalecio, saltaba por encima de una mesa cuando los del Duque llegaron por detrás. Germán había servido años con aquellos hombres que ahora exponían unas muecas terribles, ya muertos, tirados en una calle oscura de una Ciudad apestada. Era hombre de muchos arrestos, así que nada más ver al embozado saltar le tiró un taburete que lo golpeó en el aire. El de negro cayó al suelo y sólo pudo ver como dos pares de puños se ensañaban con su cara mientras le pateaban la espalda con saña. Perdió los hierros a los primeros golpes. Oía gritos de los hombres que estaban en los baños, espantados por cómo los hombres de Germán acuchillaban a Cirilo. Y sentía el golpeteo

machacón en su cabeza. Los ojos se le cerraron y apenas comenzaba a empacharse del sabor de su propia sangre sin poder desasirse de aquella paliza cuando oyó una voz que le anunció un futuro que no presagiaba nada bueno para alguien en su situación.

–¡Dejadlo! ¡Lo quiero vivo! ¡Vivo! –dijo el Veinticuatro, entrando en los baños con el jubón empapado en sangre. Sangre de otro de los hombres del Duque, que lo había acompañado a perseguir a dos de los embozados antes de que uno de ellos se volviese y de un sencillo golpe le hiciera asomar la espada por detrás. Sangre suya propia, que apenas pudo esquivar un segundo lance que le rozó la mejilla cuando buscaba la garganta–. ¡Llevadlo al Castillo de Triana!



## CAPÍTULO XII

Lunes, catorce de junio de 1649

El olor volvió a incomodarle. El Veinticuatro ya no recordaba la impresión que le había causado la visita al Castillo dos días antes. La mayor parte de los charcos que quedaron tras inundarse Triana se habían secado, y en algunos sitios habían aflorado animales ahogados, de los que se hacían festín miríadas de tábanos y moscas. La hediondez entraba y salía del Castillo sin pagar los acostumbrados sobornos, tal era el decaimiento de la Inquisición. Deseaba que fuera la Iglesia la que se encargara de esta historia. Esperaba, de un momento a otro, la carta lacrada del Deán Quesada conminándole a que, en nombre de la Santa Madre Iglesia, abandonara la búsqueda del Santo Cristo de San Agustín, “quedando el asunto bajo jurisdicción eclesiástica”. Por esa razón había ordenado conducir al embozado detenido al Castillo de San Jorge. Podían haberlo interrogado en algún viejo calabozo del Cabildo, dado que la Audiencia quedaba por el momento aislada de la cuestión, pero esperaba que desde el Palacio Arzobispal se contentaran con una primera detención y decidieran seguir por su cuenta.

Don Fernando pasó la primeras horas de la noche con un grupo de hombres, dando parte del tumulto al Asistente. No hubieron de despertarlo, pues había permanecido en una estancia de su casa mientras aguardaba noticias. Se asustó al ver al Veinticuatro con tanta sangre en la camisa.

—Por Dios Santo, ¿está herido? —gritó don Diego al verlo.

Allí mismo él y los hombres que lo acompañaban pudieron lavarse las heridas y recomponerse. Un par de horas después emprendieron camino hasta el Castillo de San Jorge

—El detenido está en la Torre de San Jerónimo —le indicó el mismo alguacil que había encontrado la última vez, señalando el extremo opuesto del patio—. La avanzadilla de hombres que llegó al castillo con el detenido aún dormitaba en uno de los puestos de guardia. Con ellos estaba Germán, con la cara taciturna, la sensación de haber sido estafado. No hay peleas fáciles. Había perdido en un fogonazo varios de sus mejores compañeros de armas. Gente que había peleado con él con fiereza, a dos manos, que habían resistido acometidas de los portugueses en Badajoz, en Évora. Que habían aguantado cargas de caballería, alabarderos, bombardas. Eran cinco por cada uno de ellos, y era ésa la proporción: ellos habían perdido cinco hombres y solo habían capturado a uno. Con su corpachón sentado sobre un taburete, la espalda apoyada en la pared, miraba al techo.

—Son cosas del oficio —acertó a decirle al Veinticuatro cuando se cruzaron las miradas.

—Germán, por mi parte la cosa está hecha. Pero me quedo más tranquilo si os quedáis tres o cuatro al menos hasta mañana. —Germán asintió con un leve movimiento de la mano, como dando por descontado que la faena estaba incluida.

Amanecía en Triana. Don Fernando atravesó el patio sorteando los restos de una pequeña hoguera y miró el par de centinelas que guardaban la puerta del torreón. De aspecto demacrado, no parecían ser capaces ni de llenar los ropajes que les habían dado. Uno de ellos tenía el jubón remangado por el calor, aunque con ello se le viesan unos esqueléticos brazos. El otro sonreía

orgullosa para demostrar que no tenía dientes. Junto a ellos, sentados en un banco de madera y con la espalda apoyada en la pared, pudo ver a un hombre. Parecía alto y corpulento, y estaba vestido con ropas humildes, pero bien escogidas. A su lado reposaba una caja de madera tallada de forma sencilla.

—Hemos tenido que recurrir a algunos hombres que antes habían trabajado para el Castillo —sentenció el alguacil. Y fue entonces cuando don Fernando recordó que le había referido en su anterior visita el costo que representaba para el Santo Oficio mantener a los verdugos, y cómo recurrían a ellos sólo las pocas veces que tenían prisioneros para interrogar—. Don Fernando se quedó mirando al hombre de la caja—. Le presento a Melquiades Villar, él levantará acta. Ya sabe que no tenemos muchos procesos, así que hemos de buscar escribanos y secretarios cuando han de ser llamados durante la noche. —Don Fernando se relajó un poco para luego preguntarse si no tendría que hacer él el papel de verdugo para aliviar la tesorería del Castillo.

Descendieron los tres una escalera tan estrecha que el Veinticuatro pensó que, por momentos, se atascaría. El techo era bajo, y tanta humedad guardaban los muros que un extraño brillo recubría todas las piedras del esqueleto de la torre. Las goteras salpicaban por todas partes. La escalera bajaba en círculo para desembocar a una pequeña estancia, con una mesa desvencijada y dos taburetes. Supuso que en otro tiempo allí descansarían guardias, verdugos y clérigos. El Alguacil tomó unas llaves que había colgadas y entró por un pasillo que salía a la derecha. Abrió la primera celda.

—El verdugo ya está aquí. Se llama Rafael, de Córdoba, aunque vive aquí en la calle Castilla. Es muy diestro en lo suyo. Ya no quedan verdugos como él. —Don Fernando se preguntó si es que hay verdugos mejores que otros—. Ahí tiene vuesa merced a su detenido.

La vista de don Fernando fue haciéndose a la oscuridad, pues el Alguacil no se había molestado ni en acercar la antorcha. Pudo advertir un bulto más claro en una esquina, un ovillo de carne blanquecina echado sobre la paja que cubría la celda. Aquel hombre no se movió, no hizo el menor gesto que pudiera indicar que sabía de la presencia que podía ser el comienzo de su fin.

—Le hemos quitado el resto de la ropa por la peste. No tiene bubas. Todo se ha quemado en el patio. Lo registramos, pero no hallamos nada de valor. Ni de interés. —Parecía el Alguacil más compungido por lo primero que por lo segundo. A buen seguro sus ganancias habían descendido de forma considerable desde que no podía robar a decenas de detenidos.

—Si vuesa merced me lo permite, quizá debería dejar eso fuera. —De la nada había surgido un hombre pequeño, enjuto, huesudo, que señalaba con parsimonia la daga que llevaba el Veinticuatro al cinto. El dedo tenía unos nudillos sorprendentemente pronunciados. En su cabeza unas calvas costrosas eran los restos de una tiña que no parecía curada por completo. En la oscuridad chispeaban unos ojos grandes y brillantes y unos dientes bien parejos—. He visto a muchos presos abalanzarse sobre una daga más para cortarse ellos mismos el cuello que para salir de aquí vivo. Que en estas lides hasta el más bragado se caga encima y prefiere un lance rápido con final conocido.

El verdugo se movía rápido. Se desvistió y abrió un hatillo, y metió en él la camisola que llevaba puesta. Al momento estaba apenas cubierto por un saco de esparto que le cubría hasta las rodillas. Se quitó los calzones y así vestido miró fijamente a don Fernando.

—¿Empezamos? —y el Veinticuatro, incómodo, asintió sin saber muy bien lo que iba a pasar. El Alguacil llamó a los dos que guardaban la torre, y de la pared tomó otro manojo de

llaves. Al instante los dos guardias sacaban a rastras al detenido, desnudo, aún inconsciente, para dejarlo en la sala contigua. Incluso podía estar muerto, pensó don Fernando. La cara era apenas reconocible. Recordó que al capturarlo le había caído una lluvia de golpes de puño, palos y mangos de espadas. Y se ve que durante el traslado al Castillo de San Jorge también recibió lo suyo de los hombres del Duque de Medinasidonia, que vengaban la muerte que, como un rayo, había caído sobre algunos de sus compañeros de armas. Los ojos, ennegrecidos, no se abrían. La nariz permanecía hinchada, con grandes costrones de sangre sobre la boca. Los pómulos, tumefactos, tenían un volumen que distorsionaba la cara. En el pecho y el costado abundaban los cardenales, fruto del pateo que sufrió de los hombres de Germán cuando lo cogieron en los Baños. Llevaba las manos encadenadas con grilletes con una cadena que enganchaba en los tobillos. Vomitó sangre. Era el primer aliento de vida que veía en aquel hombre.

–Mala cosa –indicó el verdugo–. No tenemos mucho tiempo. El vómito es negro. Me da que éste se va al Infierno sin ayuda. –En la refriega debió recibir una puñalada en el costado. La herida no parecía grande y ya no sangraba. Pero la costra negruzca y brillante daba a entender que la herida seguía viva, si no por fuera quizás por dentro.

Avanzaron por un oscuro pasillo, que conducía a una estancia algo más grande que la primera. Dejaron caer al detenido en una silla metálica, que parecía fijada al suelo. Con cierta torpeza, los dos guardianes utilizaron los mismos grilletes y unos asideros metálicos de la silla para encadenarlo. La cabeza le caía hacia delante. El olor indicaba que aquello que una vez fue un hombre diestro con la espada se había cagado encima. El verdugo Rafael se dirigió hacia una esquina de la estancia, donde había un armario de madera, pequeño. Desde lejos don Fernando atisbó lo que parecían algunas herramientas, y creyó ver que el pequeño verdugo las miraba, supuso que evaluando cómo y en qué orden utilizarlas.

–Faltan algunas cosas –dijo Rafael sin volverse. El alguacil no respondió–. Hay mangantes en el castillo. Y digo yo que para qué querrá nadie estas herramientas. ¿Es que ya nadie respeta nada? –El escribano ya estaba sentado garabateando sobre un papel.

–Me gustaría interrogarlo a solas –terció el Veinticuatro. El alguacil lo miró. Decepcionado, estudió al medio muerto, y luego volvió la vista a Rafael, que ya tenía en las manos lo que parecían unas tenazas enormes.

–Si es lo que vuesa merced desea... Le esperaremos en la sala contigua, mas el escribano ha de quedarse. Si nos necesita no dude en llamarnos. –Hizo un gesto a Rafael y ambos se marcharon mascullando.

Don Fernando no sabía cómo empezar. No había querido preguntar por el Cristo desaparecido delante del Alguacil y el verdugo. La respiración de la masa de carne enrojecida apenas se oía. En otros tiempos el olor de las celdas se extendía hasta la calle Castilla, pero ahora, con el Castillo de San Jorge vacío el hedor de un solo detenido solo serviría para llenar aquella tétrica sala.

–¿Dónde está el Cristo? –preguntó el Medina. Le pareció ridículo. No sabía si así se interrogaba, ni siquiera si existía una fórmula adecuada para ello. La cara del escribano le confirmaba que el proceso era de todo punto mejorable–. ¿Dónde está? –Después de días oyendo hablar de los tres embozados resultaba cómico que uno de ellos pudiera ser aquella criatura más muerta que viva y de quién no podía reconocer facción alguna. Les había seguido la pista desde la desaparición de la imagen. Asesinaron a don Carlos Cegarra, Alcalde del Crimen la Audiencia. Visitaron a Ángeles de Olmo en el Emparedamiento de San Ildefonso. Siempre iban por delante. Y

ahora que tenía a uno de ellos a su merced no sabía qué hacer. El escribano había dejado la pluma sobre la mesita. Sus dedos entrelazados parecían querer decir al Veinticuatro que en este plan podemos estar días con esto, acostumbrado como estaba a procedimientos más expeditivos en los interrogatorios, mas no exentos seguro de los formalismos propios de los secretarios.

El Veinticuatro le agarró del pelo y le levantó la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Apenas un tenue brillo asomaba de entre los hinchados párpados. Ni siquiera sabía si podía escucharlo. Los labios, rotos, amoratados parecieron, por un momento, agitarse en un suave temblor. Don Fernando acercó su cara primero, su oído después. La brisa parecía venir del interior de aquel cuerpo cuya alma pugnaba por escapar de él, y el Veinticuatro pudo sentirla en su rostro. Se volvió para mirarlo a los ojos, que seguían cerrados, y pudo ver que de ellos salían dos lágrimas teñidas de sangre. No era un llanto resquebrajado, ni un dolor insoportable. Se le pareció como un gesto de alegría. No afloró una clara sonrisa, sino apenas un leve turgor de las mejillas tumefactas. Sí, aquel hombre parecía sonreír. Y no era una mueca de desprecio, era pura dicha, albor de gozo. Y era tal su regocijo que parecía aletear por encima de tanto dolor, por encima del Veinticuatro que le agarraba la cabeza; por encima, en definitiva, del propio castillo donde iba a morir. Entrecerró sus ojos y elevó la mirada hacia la oscuridad del techo de la sala. Los labios lucharon para unirse y un tenue sonido salió de su garganta:

“Olvidado he, Señor, el olor de la vida.

Dejo en la carne enterrado el tacto de las cosas.

Los que oro me dieron, me apartaron de las rosas.

Mas sin entender ya siento mi alma desasida.

Quedan mis labios mudos en un Sagrado anhelo:

Que, de llorar tus llagas, temblor estremecido,

Contemple tu Amor de brote carmesí nacido

Y a Tu encuentro salga...”

La voz se apagó lentamente. Los ojos se cerraron como dejando caer un velo sobre aquellas límpidas pupilas. Y su cuerpo, ya muerto, se relajó. don Fernando soltó el mechón que tenía agarrado para dejar que la cabeza acompañase al cuerpo en su acomodo en la muerte, y tomando la pluma del sorprendido escribano garabateó en un pliego los versos que acababa de oír.

## CAPÍTULO XIII

Miércoles, dieciséis de junio de 1649

La comida había transcurrido en el silencio que ya era habitual en la casa. Don Fernando apenas probó bocado del frugal almuerzo que, por suerte y arte de María la cocinera, aún llegaba a su mesa. En los mercados quedaba tan poca mercancía que eran necesario llegar antes del alba y pagar muchos reales para muy poco. La parte del león ya se la habían quedado conventos y las grandes casas de la Ciudad.

El Veinticuatro ya no necesitaba mirar aquel trozo de papel para recordar lo que ponía; ni siquiera palparlo en la faltriquera de las calzas, donde lo llevaba desde aquel día en que anotara los versos en el Castillo de San Jorge. Se los sabía de memoria, los había repetido en voz alta y para sí; los había reescrito más de una veintena de veces intentando descubrir su significado. Pero nada. Unos versos y nada más.

Al salir del Castillo el día del interrogatorio, y una vez hubo dejado al Alguacil al cargo para enterrar de forma cristiana al embozado, fue directo a su casa a revisar los libros. Esperaba con grande ansia hallar los versos en alguno de los poemarios que poseía. Ya de madrugada se hubiera conformado con las migajas de entrever quién había podido ser el autor. Esa primera noche no durmió. La pasó en pie abriendo carpetones, recitando y declamando para llamar la inspiración que completara aquel poema o le susurrara al oído la solución que en su nublada mente creía tener cerca. Sobre la gran mesa de roble se amontonaron aquella noche más de una veintena de libros, formando una torre cuyos ladrillos cambiaban de color y composición de forma constante. Al rayar el alba ya pasaba más tiempo sentado, pensando, los ojos cerrados, buscando en su cabeza.

El martes, día siguiente al interrogatorio, visitó primero a un viejo conocido, poeta menor, afeminado con refinamiento y gran conocedor de la poesía. Ramiro Manrique se daba ínfulas de poder mover reyes con su pluma, pero lo cierto era que, ni de haber vivido en Madrid, hubiera poseído el buen Ramiro tamañas influencias. Y al seguir en la Ciudad hubiera necesitado el talento de Lope o del mismo Quevedo para conseguir, con mucho, que no le amontonaran basura a la puerta de su casa. Ramiro era protegido de un par de casas de mediana importancia que, por no tener quién les escribiera dos cuartetas, resolvieron con reales lo que una historia de siglos les negaba. Así fue que, fuera bien para el desposorio de una hija, bien por el funeral del señor de la casa, allí estaba Ramiro el rapsoda no sólo para escribir dos sonetos, sino para declamarlos en el banquete o tras el último responso, cosa que Ramiro hacía como los ángeles, con una voz engolada y una teatralidad admirable. Y a fe mía que escogía bien tales momentos, pues siendo bien conocida la costumbre de beber en bodas y entierros, más difícil sería para los asistentes evaluar con buen juicio los gañidos de Ramiro.

Pero si nuestro poetilla local no andaba sobrado de talento para las letras, sí poseía un par de dones que lo hicieron ser el primer elegido de don Fernando en la búsqueda del autor del poema, del final de esos versos o de lo que el mismo Infierno hubiera querido a bien darle para seguir la pista del Cristo robado. Tenía Ramiro una memoria prodigiosa. Recordaba decenas de poetas de la muy extensa literatura hispánica de uno a otro confín del Imperio. Con sólo

mencionarle un nombre Ramiro Manrique recitaba algunas notas biográficas del poeta en cuestión e incluso algunos versos. Solía parar por una taberna cercana a la Plaza de los Carros. Llegada cierta hora un grupo de amigos, de natural con poca vergüenza y de particular hartos de mollate, le soltaban a Ramiro algún apellido, el que fuera, sólo por verlo deslizar algunos versos que, inventados o no, suyos quizá, adjudicaba al inexistente autor. Ramiro jugaba con su amaneramiento y su prosodia, y divertía a la parroquia de tarde en tarde.

Siempre recordaba el Veinticuatro una fría noche de diciembre, en la que aquel grupo de amigos, tras haberse bebido la mitad del mosto del Aljarafe, y entre grandes risotadas, le preguntaron por Juan López, “el famoso poeta de El Garrobo”. Ese día Ramiro también había bebido lo suyo. Desde la soledad y los recuerdos de otra vida de risas y afectos miró el vaso con los ojos vidriosos, chasqueó la lengua y cerró los ojos para decir, casi para sí, mientras se marchaba, “yo no recuerdo nada de ese famoso vate, como él no debe saber siquiera que existo”. Y se marchó cojeando calle Feria abajo, dejando una silueta bamboleante que todos conocían.

Ramiro nunca tuvo una bolsa boyante. Los dineros que le venían de aquellos hijosdalgo se iban rápido ahogados entre vasos y soledades. Así que el otro don que le atribuyó el Veinticuatro fue que seguro estaría tieso como una estaca. Sería fácil rebuscar en su memoria con unas monedas. Fue entonces que, después de una noche en blanco, allá se fue don Fernando con los versos en la cabeza y una bolsa para comprar la memoria de Ramiro el poeta.

Cuando lo encontró flanqueando la entrada de su propia casa en la calle del Medio Culo, ya casi en la Puerta de la Macarena, apenas pudo reconocerlo. Estaba delgado, macilento, y su piel tenía el color de la ceniza. Le explicó que llevaba días sin apenas salir de casa, quizás semanas. Al decretarse la peste había intentado seguir con su actividad. No era la primera peste de la Ciudad. Como viene se va, dijo para sus adentros. Pero ya desde el principio las cosas se fueron torciendo. La señora condesa, como él llamaba con cierta pompa a su gran benefactora, se había marchado, llevándose consigo sus criadas, sus vajillas, sus fiestas y los dineros que Ramiro aún había de ganar. Durante algunas semanas pudo seguir recogiendo apenas unas monedas en alguna boda y alguno de los primeros entierros de notables llevados por la peste. Pero al poco ya nadie quería saber nada de él. –¿Quién necesita un poeta cuando la Ciudad se desangra por los poros?– se decía. No pasaba necesidad pues aún disponía de algunos ahorros. Pero se fue apagando víctima de un mal tan mortífero como la ponzoña: la soledad. Nadie preguntaba por él. Añoraba incluso las chanzas que de él se hacían en la Taberna de la Plaza de los Carros, ya cerrada por la peste, que en la tercera semana se llevó de un mazazo aquel grupo que otrora lo jaleaba con mucho vino y más mala leche. Le parecía, le dijo, vivir en una Ciudad ajena: los que conocía habían muerto o se habían marchado, los que seguían vivos necesitaban manos para enterrar a los primeros. Pero nadie le buscaba.

El Veinticuatro le mostró el trozo de papel con el poema garabateado. Ramiro lo leyó, acaso un par de veces, y luego cerró los ojos como para evitar que nada le molestara mientras lo recogía en su memoria.

–Don Fernando, le supongo familiarizado con la poesía, al menos para colegir que se trata de algún místico. Sin embargo, me temo que no pertenece ni a San Juan de la Cruz ni a Teresa de Ávila. Tiene un estilo menos fluido. Por otro lado, me presumo de conocer sus obras y estos versos no son de ninguno de los dos.

Se volvió a unos anaqueles que tenía en la estancia principal. Don Fernando pudo ver que se movía con cierta dificultad por la cojera. Tábiro como estaba, y debilitado más por la tristeza

que por el hambre, parecía un cabritillo recién nacido que intentase andar. Tomó un par de pequeños cuadernillos, apenas unas hojas cosidas. Los repasó, siguiendo algunas líneas con las yemas de sus blanquecinos dedos. Luego tomó un volumen algo mayor, un libreto quizás, del que cayeron algunas páginas, y siguió el mismo ritual.

–Lo cierto es que estos versos me resultan conocidos –dijo como avergonzado de que su archifamosa memoria no fuese capaz de pescar en una cabeza ahora a oscuras por la soledad de los últimos meses –puede que necesite unos días para darle algún detalle a vuesa merced.

–Es muy importante para mí, Ramiro –dijo don Fernando extendiendo una bolsa con algunas monedas–. Si llegara a recordar algo os ruego me mandéis aviso a casa.

–Guardad las monedas para mejor ocasión. Ahora me siento pagado con la visita –contestó Ramiro apartando la bolsa con sutileza.

Cuando el Veinticuatro salió de casa de Ramiro oyó cómo éste levantaba las persianas de las dos pequeñas ventanas que daban a la calle.

El resto de la mañana, ya agotado por la noche en vela, siguió con las visitas que ya traía en su mente, a la búsqueda del autor del poema. Pero de todas salió con idéntico resultado. O aún un peor. Otro poeta que vivía cerca hacía ya días que había muerto de la peste. Y lo mismo pasó con un par de actores que conocía y que vivían por Santa Marina. En una de aquellas calles pudo ver cómo crecían matojos el suelo, donde otrora sólo hubiese encontrado rodadas de carros. Tal era el tiempo que hacía que no pasaban coches por aquella calle. Pero ni personas pudo encontrar, tan asolador había sido el paso de la peste. En aquella calle ni siquiera olía a muerte, pues hacía semanas que se habían llevado a los últimos enfermos. Habían cambiado el blanco que cubría sus humildes casas por la cal viva que los envolvía ahora en algún carnero en los que, por miles, se amontonaban los cadáveres.

Había transcurrido un día más sin el mínimo avance en sus pesquisas. El silencio durante la comida le llenaba la cabeza de ideas que se abrían y cerraban casi de forma consecutiva. Como un reflejo, se llevaba la mano al bolsillo donde llevaba el papel con los versos anotados. El fuego vivo que habían representado aquellas palabras del embozado se apagaba. Oyó la campana de la puerta principal y dejó el cubierto en la mesa. Al poco, Venancio el criado, entró al comedor disculpándose.

–Si me lo permite vuesa merced, han traído esto del Cabildo –dijo extendiéndole un sobre con el sello que tan bien conocía.

Era la lista de empadronados en la calle Escuderos, que visitara don Carlos Cegarra la noche en que fue asesinado. Acompañaba carta de don Diego, el Asistente de la Ciudad. Si lo creía necesario podía usar algunos hombres del Cabildo para entrar a las casas cuando tuviera indicios de delito.

La lista era corta, como la propia calle, amén de angosta como para que no entraran los coches. El secretario del Cabildo había añadido algunos apuntes a cada nombre.

*En el número dos está sita la casa de los Tello, que fue de don Isidoro Torrealba y su familia de antiguo hasta entrado el decimoséptimo siglo. Nadie vive ahora en la casa pues los miembros ilustres murieron de la peste en abril y del servicio nada se sabe.*

*En el número cuatro está situada la casa propiedad de don Andrés Ossorio. Vive en ella y paga*

*los impuestos sin retrasos el Señor Pier Luigi Calcatelli, tratante de aceites. Se declara en el padrón de hace dos años que vive con él su sobrina Francesca.*

*Anexa está la casa propiedad de don Martín Guzmán, Caballero Jurado del Cabildo de Justicia y Regimiento. El Veinticuatro conocía a Martín, y no necesitó seguir leyendo pues habiendo muerto de la peste su mujer y dos hijas de corta edad en los primeros días, se quitó la vida arrojándose desde la torre de la Iglesia Mayor de Santa María.*

*Los números 8 y 10 son dos casas que pertenecen a los duques de Alba. El primero de ellos se encuentra vacío, por lo que los duques no han consentido en pagar las tasas de basuras. En la segunda viven las señoritas Márquez Salvatierra, doña Cristina y d<sup>a</sup> Luisa, con su servicio correspondiente.*

*El número tres figura a propiedad de un tal Alonso V. Montero. Deben pasar gran parte del año fuera y fue por lo que se hubo de negociar el pago de algunas tasas municipales hace años.*

*El número cinco está otorgado con título de propiedad a don Antoine Blanche. No consta que viva nadie en la actualidad. Aun así está al corriente de todos sus pagos.*

*Número siete. Es un caso en un tanto extraño pues aun conociendo la existencia de casa con tal número no han podido hallar propietario ni siquiera pago alguno de sus deberes con la hacienda municipal.*

Tres casas vacías, otras dos que la peste había vaciado, una casa con un tratante italiano, otra con dos señoritas, y una última que no existe. En el pliego del secretario no había ninguna información de la casa del número uno. Dejó la comida en la mesa y musitando una disculpa se marchó. Leonor apenas levantó la mirada del plato. Necesitaba a Gaspar.

Lo encontró en el lupanar en la calle de Abajo del Arenal, donde se alojaba por propio consejo desde que preparaban la emboscada de los baños. Gaspar apenas había salido en tres días, pero lucía bien alimentado. Me tratan muy bien, dijo con una sonrisa que el Veinticuatro apenas recordaba, pero de la que se atrevía a suponer las razones. Se veía que había hecho buen uso de los dineros que don Fernando le dio y, amén de casa y comidas, gozaba de otros placeres de la vida.

–Pero no se piense vuesa merced que he pagado con sus reales –terció Gaspar respondiendo al gesto del Veinticuatro–. En la casa me dan unas monedas por echar a los borrachos a la calle. El anterior chulo murió de fiebres cuando las inundaciones y les he caído en gracia porque tampoco es que haya mucha faena.

–Te traigo una tarea de gran peligro –dijo, lo que borró que en un instante la sonrisa bobalicona de Gaspar, sumido como estaba en un paraíso que ya tres días duraba. La explicó cómo aquella calle podía ser la clave de toda la historia, donde incluso podían alojarse los embozados o tener la imagen del Cristo oculta–. Necesito que vigiles esa calle todo el tiempo que puedas y me digas quién entra o sale o si hay algo sospechoso.

–O sea, que vuesa merced, que ya me ha usado de cebo para cazar aquellos tres matarifes que despacharon al pobre Indalecio y a varios de sus hombres, ahora me manda a vigilar si salen a buscarme –dijo Gaspar esperando algún guiño que dulcificara lo que parecía ir a sacarle un diente al lobo.

–No puedo confiar en nadie más –y de seguido le explicó cómo debía dejar aviso en su



casa en caso de necesidad. Repasaron la lista de casas. No había ninguna que necesitara ser vigilada en especial, pues hasta las vacías por largo tiempo podían haber sido usadas por los embozados.

Y así fue cómo Gaspar, disfrazado de mendigo, fue a apostarse en la esquina de aquel callejón sin salida. Echado en el suelo sentía en la espalda una daga que el Veinticuatro le había dejado. Había pertenecido a su padre.

Don Fernando decidió pasar el resto del día en su casa. Se sentía agotado desde la celada de los baños. Apenas había dormido en las últimas noches, bien persiguiendo embozados por las calles, bien persiguiendo versos por el aire. No lograba pensar con claridad, y al ver marchar a Gaspar había sentido un cierto arrepentimiento. No sabía si daba palos de ciego, y aun así jugaba con la vida de alguien que apenas conocía. Se encerró en su alcoba buscando que el sueño le aclarara las entendederas.

Despertó al rato con calma, dejando que cada músculo tomara su tiempo para recuperar el tono, estirándose de forma imperceptible, como no queriendo molestar el sueño del resto del cuerpo. Cada tendón, cada hueso, fue tomando conciencia de sí mismo hasta que les tocó el turno a los párpados, a los labios. Diría que hasta casi los oídos, y así fue consciente con cada uno de los sentidos de que estaba vivo. Aún el sudor empapaba la almohada, ya fresco, y le reportaba una frágil sensación de alivio. Volvió a entrecerrar los ojos. Apuraría la tarde huyendo de la luz asesina, escondido tras las portillas, tapado con grandes cojines, amortajado con ropón y sábanas mojadas. Dejaría que viniese la noche, tibia, entrando por las murallas, anegando la Ciudad desde el callejón del Agua, regando de jazmines las calles, empapándose el aire de la dama de noche. Y con ese olor se sentaría en el patio, con una jarra de agua fresca, y oiría pasar los carruajes. Y las fiestas a lo lejos en un corral cercano, y los niños correteando, y algún requiebro desde la calle, le acompañarían mientras llenaba su cuerpo de cálidas noches primaverales en la Ciudad que nunca duerme.

Un sutil olor a juncia lo trajo de vuelta de la duermevela. Se quemaban hierbas purificadoras para contrarrestar las miasmas diabólicas. Pero la gente seguía muriendo, y el olor a pudrición siempre ganaba, y reptando por suelos y techos entraba en cada casa recordando que la epidemia era paciente, una muerte invisible, silenciosa y vieja que por no ser tiempo tiene todo el del mundo para acabar uno a uno con todos los habitantes de la Ciudad.

Recordó el edicto que prohibía doblar las campanas. Tal era el repique constante, y causaba tantos estragos en los ánimos, que el Cabildo de la Ciudad reunióse con el Deán para que cesara ese recordatorio fúnebre. Y cuentan algunos que se instaló entonces un silencio en las calles tan profundo que acongojaba a los más bragados.

En los primeros días muchos eran los niños que vagaban por la Ciudad, perdidos y sin padres que los alimentasen. La Casa de las Niñas Huérfanas se llenó, y sus condiciones, que aún en tiempos de bonanza eran pésimas, se tornaron de la penuria más absoluta. En cada cama dormían dos o tres niñas, y no había ropa para cambiar las camas o vestir a las criaturas como la higiene más normal requería. Así es que la casa, en la calle del Naranja, que va desde la Magdalena hasta el Convento Casa Grande de San Francisco, fue en las primeras semanas de la peste un hervidero de niñas llorando, y de expósitos que se depositaban en las Huérfanas por no

tener dónde dejarlos. Pero pronto el silencio se fue adueñado de todo. Habíanse sacrificado todos los perros y gatos, pues se decía que eran los que transportaban las miasmas. Y se dice que muchos que no lo hicieron de primera hora, guardaron a los animales en los corrales para comérselos semanas después de tan gran carestía de alimentos que hubo en la Ciudad. Y no fue esto triste prebenda de los más pobres. En las casas de las gentes con grandes dineros también sufrieron de hambre y muerte. Don Fernando ya había sabido que dos docenas de canónigos habían fallecido por causa de la epidemia. Y en la casa del Marqués de la Algaba sobrepasaban la veintena de muertos de peste.

Oyó una voz a lo lejos, como un salmo entonado con desgana. Intentó apurar lo sentidos, cerrando los ojos para dejar al oído la poca fuerza que tenía. El piar de los vencejos llenaba la calle y luchaba por tapar ese canturreo que oía. El lento caminar de una mula, o de un burro cualquiera, acompasaba la salmodia que farfullaba una ronca voz masculina. Tras unos instantes una esquila sucedió a la voz, y el tintineo grave ocupó todo el aire, tapando el agudo ruido de los pájaros, que, como ellos, iba y venía por la calle, como un látigo que recorría el empedrado para saltar al aire cuando el oscuro aleteo remontaba el vuelo llevándose con él los chillidos.

Al poco entendió. El canturreo no era más que algún cura, que iba confesando por la calle. Era tal la escasez que algunos hubieron de atender varias parroquias, por no dar abasto por la gran mortandad que hubo. Se cuenta que entre los que administraban los Sacramentos en el Hospital de las Bubas, o en el de la Sangre, apenas quedó alguno con vida. Y era muy de merecer cómo muchos continuaban, con las ropas manchadas de sangre y de vómitos, dando esperanza y descanso a las almas que tanto lo necesitaban. A medida que pasaban las semanas y la pestilencia iba causando daño, hubo quienes ya no tenían fuerzas de dejarse llevar a un hospital, y se dejaban morir en sus casas. Y siendo tan grande la necesidad, muchos sacerdotes salían a la calle, primero de casa en casa, y luego desde la misma puerta, perdonaban los pecados a quienes dentro oían pedir confesión entre grandes lamentos. Y así se pudo dar consuelo a tantas almas.

El Veinticuatro siguió con la mente la escena. Pudo imaginar al sacerdote parar la mula junto a una casa bien por aviso de algún vecino, bien por los grandes gritos de dolor que se oían desde la calle. La bestia, famélica, quedaría al pie de la calle, sin apenas moverse, con las riendas colgando. ¿Quién hay? Quizás le respondería alguna voz lastimera, o quizás lo recibirían los ojos vidriosos de algún niño sucio y hambriento que esperaba hace días que sus padres mejoraran. Algún zumbido de moscas le advertiría que había muertos en esa casa. *Dominus noster Jesus Christus te absolvat*; La madre creemos que murió hace días, le diría un vecino. *Et ego auctoritate ipsius te absolvo ab omni vinculo excommunicationis*. Dos ratas saldrían corriendo asustadas, y sus chillidos apenas taparían el débil murmurar de un cuerpo en un camastro al fondo. *Et interdicti in quantum possum et tu indiges*. El sacerdote haría la señal de la cruz mientras el cuerpo lleno de bubas pretendía hablar. *Deinde, ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Y el cura se daría la vuelta, mientras el vecino volvía a colocarse el sombrero. Ya verían qué hacían con el niño. Otro más. *Amén*. Y el cura seguiría en su mula haciendo sonar la esquila hasta la próxima casa.

Los vencejos volvieron a piar con fuerza.

## CAPÍTULO XIV

**Viernes, dieciocho de junio de 1649**

Tenía don Fernando en la mente la Misión de San Francisco. Doña Ángeles del Olmo, aquella enigmática anciana del Emparedamiento de San Ildefonso que había visitado por encargo de su madre, se lo había mencionado como un lugar donde no se rezaba mirando a Dios. En el cruce de Isla Menor, junto a una pequeña laguna desgajada de las marismas, había un pequeño poblado, con posada y caballos. No tenía conocimiento de que hubiera una Misión allí. Pero son las misiones cosas propias de pequeñas aldeas, y, en sobre todo, de aquéllas que viven al calor de los cruces de caminos de enjundia para los comerciantes y mercaderes. Si no fuera por la visita que los tres embozados hicieron a doña Ángeles, a buen seguro que el de Veinticuatro habría creído lo de la Misión como asunto de viejas y de beatas y de locas. No sabía qué cosa de su interés podría hallar allí. Nunca había estado en una. Se le cruzó la idea de una trampa, alguna asechanza. ¿Era cuestión de ir protegido? No quería el Veinticuatro presentarse con varios alguaciles y espantar aquello que sólo podría ver con discreción.

Pensó que era curiosa la relación que tenía con aquellos tres misteriosos ladrones. Ni siquiera sabía qué cara tenían. La jeta deformada del que había muerto en el Castillo de San Jorge no ayudaba. Y es posible que ellos tampoco supieran que era don Fernando Núñez de Medina su infatigable perseguidor. Así que no llevaría hombres de armas. Si había algo que ver allí, era mejor dejar que todo fluyera sin injerencia alguna. Ordenó que le prepararan el caballo para salir a la anochecida, pues es entonces cuando las misiones tienen lugar en las aldeas. Leonor le preguntó, y el Veinticuatro sólo le dijo que tenía asuntos que resolver.

—Si mañana no he venido a la amanecida entrega esta carta al Asistente don Diego de Cárdenas.

Se había vuelto desconfiado, y hasta hosco para con los suyos. Hacía casi tres semanas que pasaba casi todo el día fuera, indagando aquí y allá. Apenas veía a la familia y su distancia con Leonor había aumentado. Sólo durante las comidas podía ella preguntar, intentar saber. Pero encontraba ese muro infranqueable, un rostro inescrutable que parecía preceder a un alma que no estaba allí, comiendo, o durmiendo, o escuchando. Ya no le interesaban ni los asuntos de la casa ni los del Cabildo. Y Leonor cada día lo miraba con más extrañeza. Había pensado incluso en cambiar de opinión, en marcharse a Villanueva, en huir de un desastre que había empezado a colarse dentro de su propia casa.

Cogió una capota y un sombrero de Venancio, el criado. Ocultó bajo el grueso mantón una pistola cargada. Y atravesó en su espalda como pudo la espada para que no se notara mucho. Y así, mal disfrazado de pechero, salió en plena noche en dirección a la Puerta de Carmona, que era la que más cerca cogía de su casa. Las calles estaban desiertas, y la oscuridad era total. La luna era sólo un jirón plateado en el cielo. Apenas se oían ruidos. Alguna rata correteaba de aquí para allá, y sólo el crujir de algún carro rompía el silencio. En algunos tramos un par de hachones iluminaban el portón de algún palacete, pero en otros muchos permanecían apagados. La justicia había dejado de hacer rondas pues si pocos eran lo que se atrevían a salir a la calle de día, durante las noches la Ciudad quedaba desierta, y menos los malhechores que se atrevían a salir por temor a dar con algún buboso. Sólo algún lupanar, alguno de los baños, y un par de casas de

gula seguían funcionando hasta después de cerradas las puertas de la muralla, pero el brillo de antaño no era sino un vago recuerdo, casi un ensueño al lado de la oscura tristeza que había tomado al asalto la Ciudad.

Los guardias de la puerta la abrieron ante el salvoconducto que el Asistente le había proporcionado. Cerca de ella una cruz de madera, desvencijada se torcía sobre un montón de inmundicia. Había decenas de cruces en la Ciudad, centenares quizás. Pero hoy sólo había reparado en ésta. Una rata se aventuró al pie de la cruz, rebuscando en la mugre. Era difícil saber por qué la habían puesto allí. Quizá alguien quería recordar algún ser querido muerto en el mismo sitio. O quizás algún alma cristiana pensaría dar con ella la bienvenida a los que entraran a la Ciudad por esa puerta. Muchas se colocaban con el único y vano propósito de evitar que los vecinos tiraran basuras. Ahora, presidiendo el revoltijo de excrementos y alimentos podridos, aquellos motivos quedaban olvidados. Don Fernando espoleó el caballo y salió de la Ciudad.

Al poco de alejarse le asaltó de nuevo la duda de si no hubiera sido mejor llevar alguna pequeña escolta, que sirviera al menos para ahuyentar a los bandoleros. Había continuos asaltos en los caminos. Y no se habían librado los pudientes de ello. Caravanas camino de la corte eran de continuo asaltadas en la sierra. Paró el caballo y miró en derredor. No había nadie. Continuó buscando primero cruzar el Tagarete y luego el Guadaira. Al principio el aire a caballo y luego el frío húmedo al ir acercándose a las marismas le hacían agradecer el capote de Venancio. Pasaba junto a una cerca donde unas pocas reses dormían sin prestar atención al galope, ajenas a cuanto ocurría. Un hombre, envuelto en un capote, surgió de la oscuridad.

—¿Quién va? —inquirió mostrando una garrota de dimensiones amenazantes.

—Gente de bien que nada quiere con tu ganado —gritó el Veinticuatro apartando el galope de la cerca y del pastor, que algún estrago habría sufrido para tener que vigilar las vacas al fresco de la noche oscura, arriesgándose a que cualquier grupo de salteadores se llevara las reses y su vida de por medio. El hombre, con gesto cansado, volvió a sentarse en el suelo, envuelto en el capote y dejando la tranca en el suelo como fiel compañera.

No tenía el Veinticuatro un plan preconcebido. Había decidido venir porque no tenía otras pistas. Sin noticias de Gaspar, que seguía vigilando la calle Escuderos, ni del autor del poema, solo se le ocurrió tantear la locura de Ángeles del Olmo. Y lo primero que tendría que hacer es ocultar el caballo, de tan buen porte que no casaba con la capota y el sombrero raídos. Y luego sólo le cabría observar, esperar algo que le resultara familiar, ver alguna cara conocida. Dos ciervos que dormían levantaron la cabeza, ondeando sus cuernas como banderas bajo un viento débil. El olor de los brazos del río era muy fuerte, y el aroma de la tierra mojada llenaba todo el ambiente. Un mochuelo levantó el vuelo desde el tocón en el que observaba la noche. Galopó un buen rato hasta que divisó unas luces a lo lejos. Se apresuró a desmontar cuando pudo llegar hasta una mujer, que le informó sin pedírselo que había llegado la Misión y que ya estaba empezando el paso de terror. Amarró la jaca al palo de la posta. Detrás de la posada del cruce de caminos había una explanada libre de matojos, donde unas antorchas humeaban. Pudo ver un gran grupo de gente, hombres y mujeres, niños y viejos, todos con un gesto grave, entre entristecido y acongojado por el miedo. En sus caras el reflejo de una gran hoguera hacía el resto. Unos frailes capuchinos, con el gesto adusto más por el hambre que por lo devoto de la Misión, se dirigían hacia un camino que dibujaban las antorchas. Algunos llevaban campanas que hacían sonar y entonaban cantos que iban llamando a la contrición general. Uno de los frailes se situó en el centro, junto a la hoguera, portando una calavera. Muchos de los que se acercaban al fuego llevaban cruces, que iban tomando de un carramato cercano.

–¡Arrepentíos, hijos de Dios! –gritó el demacrado capuchino–. El fin del mundo está cerca. La ira del Altísimo se ha posado sobre vuestras cabezas, y no cesará hasta que limpiéis del pecado. ¡Y acabaréis bajo el pie de Satanás si no os arrepentís!

Algunos niños empezaron a llorar. Y un hombre que estaba junto al Veinticuatro se arrancó la camisa a tirones dando grandes gritos. Don Fernando se apresuró a apartarse, pues las miradas se convocaban sobre aquel hombre, que empezaba a dar gritos desesperados.

–¡Éste y no otro es el destino del hombre que peca! –dijo el fraile alzando la calavera. El resto de los frailes portaba cruces y mantenían la cabeza gacha. Empezaron a entonar un suave cántico que el Veinticuatro identificó como un Miserere Nobis. Los llantos y gritos del público comenzaron a hacerse más altos, envolviendo al caballero, que, preocupado por pasar inadvertido, comenzó a darse algunos golpes en el pecho.

–¡Pido perdón! –exclamó el hombre que se había quedado sin camisa, y, arrodillado en el suelo, lloraba desconsolado–. ¡He pecado, Señor! ¡He robado a mis hermanos! ¡Era una bolsa con algunas monedas, y lo hice para darle de comer a mis hijos! –y acompañaba su confesión con grandes golpes de pecho y tirones de pelo.

–¡Oh, Dios mío! –grito una mujer, arrojándose al suelo y abrazando el pie de una cruz que sujetaba un consumido fraile–. ¡Perdón, pido perdón! ¡Soy una pecadora!

–¿Qué has hecho, hija mía? –gritó con voz ronca el capuchino de la calavera, y un horrible aullido salió del pecho de aquella mujer.

–¡He matado! –y un rumor recorrió toda la concurrencia– ¡Maté a un hombre que quiso yacer conmigo! ¡Yo no quería matarlo, pero me pegó y me arrancó las ropas! ¡Tuve que hacerlo por la honra de mi familia! –Un hombre que estaba a su lado se acercó la tomó por los hombros, pero los gritos no cesaron. Durante un buen rato asistió el Veinticuatro a una confesión general, y pudo escuchar pecados horribles de la boca de gente que sufría un dolor inmenso. El fraile iba mirando a los ojos de los que iban confesando, sin decir apenas nada. A veces levantaba la calavera, y los capuchinos que le acompañaban lo imitaban con las cruces y las antorchas. Los gritos de terror se sucedían entonces, y una intensa salmodia, casi susurrante al principio, pero estruendosa a medida que avanzaba, surgía de la masa como un acuerdo previo no mencionado, como una voz interior de cada uno de los asistentes que ardía con la misma fuerza que las antorchas, y que seguía lúgubres notas que parecían dictadas por las calaveras. El Veinticuatro comenzó a sentir miedo ante aquel sumarísimo juicio.

Al poco de cesar las confesiones la multitud comenzó a moverse, formando una pequeña procesión campestre, encabezada por frailes portando esquilas, y seguidos por muchos de los asistentes con hachas encendidas. Al final, el que portaba la calavera marchaba junto a un fraile alto y calvo, con la mirada perdida, que había permanecido mudo todo el tiempo, y que portaba una pequeña imagen de Cristo Nuestro Señor crucificado. La procesión nocturna avanzó hasta una cruz mayor a pocas varas de donde se había iniciado. Allí, el capuchino de la calavera habló a todos los fieles que, arrodillados, aguardaban piadosamente la absolución.

–Hoy habéis conocido, oh pecadores, el terror del Infierno, la muerte y la llama pesando en vuestras almas durante toda una eternidad. ¿Y sabéis qué os ha salvado? –el fraile hacía múltiples pausas que aumentaban el dramatismo de su verborrea, y lo acompañaba de gestos, miradas y referencias a la calavera–. Os ha salvado la oración contrita, el reconocimiento de vuestra culpa. Hoy habéis esquivado los fuegos del Averno por esta confesión tan grande a los

ojos del Dios.

El Veinticuatro participaba a medias de la improvisada ceremonia. Trataba de escudriñar rostros, pero ya había llegado a la conclusión de que no conocía a nadie, ni había embozados, ni parecía que los hubiera disimulados entre el grupo. No sabía qué hacía allí. Miraba a su alrededor, buscaba con los ojos la posada, donde su caballo seguía amarrado. Nadie parecía esperarlo.

—¡Arrepentíos ahora! ¡Pensad en vuestras familias, sobre las que se cierne el peso de vuestros pecados! Desoíd las voces que os llaman a mirar hacia dentro, a dejaros llevar porque es voluntad del Altísimo vuestra salvación. No os abandonéis. ¡No escuchéis esas herejías! Siguen ocultas en las calles, en las casas y en los palacios. ¡La confesión es el único camino que lleva al perdón! ¡Si os perdéis solo encontraréis el fuego de la hoguera o el del infierno! ¡Buscad a Dios, seguid la senda de Nuestro Señor Jesucristo! *Ego os absolvo in nomine Patri....*

El grupo comenzó a disolverse tras la absolución. El Veinticuatro se iba sin haber entendido bien qué había ido a buscar, pero con la certeza de que nada se llevaba de vuelta a casa. Caminó con prisas hasta el caballo, lo montó y se arrulló en el viejo capote. Ángeles del Olmo, aquella vieja loca, le había dicho que viniera a la Misión, y aquí se encontraba, con la sensación de que había sido sometido por los delirios de una anciana que desvariaba. Solo la mención que hizo la portera del Emparedamiento sobre los embozados tenía sentido en toda esta historia. Y era curioso porque esa mirada azul él estaba seguro de haberla visto antes. El caballo resoplaba, y buscaba a cabezadas avanzar más deprisa.

Las palabras del fraile habían sido un poco extrañas. Al principio no había entendido muy bien el discurso del fraile. Pero la tétrica procesión de la Misión y la amenaza con el fuego a quien cayese en la herejía, le recordaron al auto que se organizó para ajusticiar a los Alumbrados. A cada golpe de brida le venían imágenes vívidas, reales, pero salidas de otro tiempo. El viento que le daba en la cara, frío, cortante de tan húmedo, parecía despertarlo de un sueño, aclarándole la mente. El Veinticuatro recordó el pleito de los Alumbrados. Le vino a la memoria cómo doña Isabel, su madre, se vio envuelta en aquel pandemonio de corrientes heréticas que hicieron presa en las buenas familias de la Ciudad.

Ya les he contado a vuestras mercedes cómo estos Iluminados, Quietistas, Alumbrados, o como quisiera el Demonio ponerles de nombre, anduvieron a sus anchas por ésta y otras nobles Ciudades españolas. Fue en aquí donde los Alumbrados arraigaron con más fuerza. Llamaban a dejarse llevar por la voluntad de Dios Nuestro Señor, pues es infalible y nada puede hacerse a su margen. Gran número de charlatanes, iluminados por el mismísimo Espíritu Santo según proclamaban, llenaron la Ciudad y, lo peor de todo, muchos oídos prestaron atención. Y quizás porque es más fácil para la carne humana abandonarse y dejar las penitencias para otros, esa planta maligna enraizó y pronto tuvo un tronco fuerte.

Don Fernando iba reviviendo aquellos momentos tristes para su familia. Recordó cómo, tras la amonestación del Santo Tribunal, hubieron de asistir al Auto de Fe que tuvo lugar en el año de 1624. El Veinticuatro iba entrando en calor, a medias por el caballo que buscaba sudoroso la muralla, a medias por traer desde la memoria una historia que creía olvidada, por el bien de todos. El Auto fue en noviembre. Era una mañana clara, y don Fernando no había podido dormir bien. El día anterior había asistido a la procesión de la Cruz Verde, que, con velo negro, había

salido del Castillo de Triana acompañada de toda la pompa que era habitual, con profusión de sotanas y notables de la Ciudad. Y era tanto así porque, al ser los ajusticiados personajes muy conocidos, no eran menos los que olvidaban viejas amistades con tal de que la sombra del Santo Oficio no les diera malvenido cobijo. Recordaba el Veinticuatro cómo las campanas de Santa Ana repicaban con fuerza, y cómo algunos barcos que estaban amarrados en el muelle cercano dispararon salvas. La familia Medina había sentido cerca el hálito del Tribunal, y la procesión de la Cruz Verde presagiaba un Auto que hubiera podido acabar con ellos. Don Fernando pasaba por aquellos años largas épocas fuera de la casa familiar, pues atendía las dehesas que los Medina tenían por Monesterio. Había regresado unos meses antes para tomar en matrimonio a doña Leonor. Don Francisco, su padre, le contó que una de las apresadas, Catalina de Jesús, había intentado involucrar a su madre y a otras damas de la Ciudad en aquel escándalo herético. Muchas lenguas viperinas dieron pábulo a la acusación y la historia anduvo por todos los mentideros, pero por fortuna todo acabó en nada. Pero él aún recordaba los sudores fríos, la noche en vela, los sueños de terror, y el miedo cervical a los lobos con hábito. En la mañana del Auto, con el Cabildo de la Ciudad y el de la Catedral al frente, se inició la Procesión desde el Castillo de Triana. El padre de don Fernando, como Caballero Veinticuatro que era, estaba con los capitulares, y sentía en su cara las miradas de toda la Ciudad, sabedor de que todos conocían que su esposa, doña Isabel, había sido interrogada junto con otras muchas mujeres de las grandes casas. Vio pasar la cruz con el velo negro, sacerdotes de todo pelaje encabezados por los de la Parroquia de Santa Ana, las estatuas de unos pocos reos, que habrían muerto de seguro en las mazmorras del Castillo, pero a los se les daba justicia a través de unos muñegotes que los representaban. La memoria y la fama de los culpables quedaba por tanto ajusticiada. Las estatuas las llevaban unos gitanos, obligados a ello por los varetazos de los alguaciles, pues es tarea que ningún buen castellano ha de realizar. La fila de penitenciados era interminable. En sus caras se reflejaba la luz amarillenta de las velas que portaban. Macilentos, sucios, descarnados, golpeados, greñudos, andaban ausentes entre la multitud, despojados de toda dignidad, deseosos de que aquella representación terminara cuanto antes. El sambenito amarillo con la cruz de San Andrés distinguía a los penitenciados y reconciliados, a los cuales aguardaban penas menores como el destierro, la prisión, o una condena a trabajar en un hospital de bubosos durante varios años. Algunos los insultaban, y los alguaciles impedían que algún fervoroso cristiano apalease a cualquiera de los moriscos, bígamos, hechiceras, judíos o herejes que se hallaban en la procesión. Tras ellos, montados en inocentes mulas, iban los Inquisidores, a cuyo paso se hacía el silencio, las miradas bajaban y el semblante de todos los hombres y las mujeres se ensombrecía. Llegaron a la Plaza de Santa Ana, en cuya parroquia tenían lugar los Autos de Fe, y que estaba atestada desde muchas horas antes. Era un día fresco, con algunas ligeras lloviznas que acabaron por mojar los ropajes de los asistentes. Unos se tapaban con capas, y la mayoría, cuando caían unas gotas más gruesas, se refugiaban en los soportales de la plaza por estar la iglesia llena. Y era entonces cuando los más avisados corrían a situarse más cerca de la procesión. Hacía casi veinte años que no había un proceso de esta magnitud, y la Ciudad estaba necesitada de espectáculos. En la Iglesia había dos grandes tablados situados a ambos lados del altar, que enfrentaba a reos e Inquisidores. Tuvo lugar la Santa Misa con el boato que la Ciudad sabe crear para las cosas importantes. El pueblo juró en voz alta defender la Única Fe Verdadera y al Santo Oficio.

Don Fernando iba viendo en su mente con una nitidez aterradora todas aquellas imágenes. Recordó cómo guardó silencio durante el Juramento, intentando no participar de aquél proceso que hubiera podido acabar con su familia. Más de una ocasión se cruzó la mirada del joven don Fernando con la del Inquisidor General don Andrés Pacheco. Apenas sí denotaba ninguna

emoción. Parecía que el hombre que impulsaba aquel Proceso estaba ya pensando en otros interrogatorios, en otras persecuciones, pues este trabajo ya estaba terminado y sólo quedaba el escarnio público. Se removía incómodo en el almohadón carmesí. Apenas intercambiaba palabras con los secretarios del Tribunal, que habían colocado con mimo sus útiles, dispuestos a sentar por escrito cómo se acababa con el pecado, y de paso con los pecadores.

Los judíos fueron los primeros. Se fueron leyendo las penas, acogidas con clamor por todos los asistentes. A don Fernando se le hacían eternas las horas, oyendo causas y sentencias, en muchas de las cuales se vislumbraban venganzas personales, e incluso envidias y denuncias por cuestiones de tierras o dineros. Sin embargo, se respiraba un aire de impaciencia, pues era la causa de los Alumbrados la que había provocado más revuelo en la Ciudad, siendo comentada en todos los talleres, en todas las posadas, en todas las casas. El caballo del Veinticuatro había aminorado el ritmo. El mismo mochuelo que había visto en el camino de ida volvió a espantarse y remontó el vuelo desde su tocón.

Recordó cómo, cuando el sacerdote que había leído la causa contra los judíos se sentó y otro tomó la palabra, un gran rumor se apoderó del gentío. Comenzaba la causa contra los Alumbrados. Algunos ya se habían marchado pues habían visto que no había relajados, que siempre procesionaban con una corona de llamas anunciándoles la pena que les había sido impuesta. Un cura viejo y gordo leía con gran suntuosidad, declamando con apostura los muchos folios que durante el proceso se habían escrito. Fueron penitenciados los sacerdotes Juan de Villalpando y el Padre Méndez, que, aunque muerto en la prisión, contaba con su propia estatua para el Auto, y la beata Catalina de Jesús. Se relató un gran número de actos místicos que incluían el baile desnudo en grupo tras la Comunión, lo que provocó asombro y risas a partes iguales. El clérigo leyó cómo entre gritos y alaridos, lo mismo daban misas en el Convento de las Recogidas, que caían en trances visionarios. Se leyeron testimonios en los que muchos denunciaban los falsos estigmas de los embaucadores, así como otras herejías pues afirmaban haber sido bautizados por Jesucristo en persona, o tener trato carnal con beatas recogidas y con monjas. Y cómo el sacramento de la confesión acabó convertido en mera excusa para la coyunda. Un asistente comentó en voz baja que aquella mezcla de mística y carnalidad casaba mal, era luz de herejía y merecía severo castigo. Pero don Fernando sabía que las penas serían leves. La Inquisición quiso cerrar el asunto de los Alumbrados, y las llamas no harían más que reavivar el fuego del pensamiento herético. Resolvióse el asunto con destierros, ayunos, cuatro años de trabajo en hospitales, ingresos en órdenes religiosas y demás penitencias. Varios miembros de la alta sociedad fueron también ajusticiados, recibiendo penas de reclusiones en conventos y exilios. El Veinticuatro se imaginó cómo habría sido todo de haber visto a su madre en los incómodos tabloneros en los que sentaban a los reos, haberla acompañado en la procesión con el sambenito, haber sufrido la humillación pública como había ocurrido a los miembros de la Congregación de Granada. No podía entender don Fernando cómo se había llegado a todo aquello, cómo su madre pudo haberse relacionado en un escándalo tal, hasta que un rostro se le vino a la mente y frenó al caballo con fuerza.

Igual que la procesión de la Misión le había traído el Auto de Fe a la memoria, una imagen se le hizo de pronto tan clara que no podía comprender cómo hasta ese preciso instante le hubiera pasado desapercibida. La respiración del animal era intensa. El sudor lo hacía brillar a la tenue luz de la luna, pero era más fuerte su olor. Jadeaba. En aquel tiempo, se dijo que su madre recibía a una mujer en casa, creyéndola una beata, y que resultó ser más amiga de pócimas y untaduras que de Misas y Rosarios. La visitaba a diario, y, en compañía de doña Isabel, pasó de



leer el futuro en los naipes a organizar extraños ritos místicos en una casa de recogidas. O eso se rumoreaba por la Ciudad. Al final fue denunciada por muchos cuando el Santo Tribunal se echó sobre los Alumbrados. La recordó con diáfana claridad. Era una de las últimas penitenciadas: Catalina de Jesús, de la que se decía era la principal instigadora de los Alumbrados y la que según le contó su padre había intentado manchar la imagen de su madre, doña Isabel. Llevaba un cirio amarillo y un ropón con unas letras pintadas. Cuando el cortejo desfiló hasta la plaza aquella mujer se paró, volvió la cara hacia la madre del Veinticuatro, le sonrió y siguió andando. Don Fernando ahora recordaba que se fijó en la mano que llevaba el cirio. Tenía una cicatriz, como un estigma reciente, estigmas que había vuelto a ver en el Emparedamiento de San Ildefonso. Era Ángeles del Olmo, la vieja enloquecida. La que había sido visitada por los embozados, la que lo envió a la Misión de la que ahora regresaba, y la que le decía desde las brumas de la locura que si quería recuperar al Cristo había que buscar de nuevo una senda por la que su familia casi perdió el juicio veinticinco años atrás. La senda de los Alumbrados.

Debía hablar con su madre.

## CAPÍTULO XV

Sábado, diecinueve de junio de 1649

No olvidaría con facilidad don Fernando la noche pasada a caballo. Aún le retumbaban en los oídos las graves exclamaciones del fraile en la Misión durante el paso de terror. Estaba cansado, y debía pensar en todo aquello. Doña Ángeles, la vieja enloquecida del emparedamiento que había visitado por indicación de su madre había resultado ser Catalina de Jesús, la que había movido todo el pensamiento de los Alumbrados en la Ciudad en los años veinte, la que había denunciado a su madre, para que los rumores hicieran el resto. No podía creerlo. Durante la causa de los Alumbrados quedó muy señalada Catalina, y fue penitenciada en el Auto de Fe de 1624. Su madre fue interrogada por el Santo Oficio, aunque con mucha más amabilidad que con otros acusados, más pobres y de menos nombre, y salió absuelta del proceso por las buenas raíces cristianas de los Medina. Todo se tapó con silencio y olvido. La historia quedó, si no muerta, sí dormida en todos los miembros de la familia, y nunca más nadie se atrevió a mencionar aquello. Una duda le golpeaba la cabeza. Si el robo del Santo Cristo era cosa de los Alumbrados, la Iglesia sabría bien dónde y a quién buscar, que en el negocio de encontrar culpables es la Santa Madre un sabueso infalible. Pero no era eso lo que don Fernando quería. Durante años había visto las ejecuciones y las penas en el Castillo de Triana, y si bien es cierto que en los últimos lustros había decaído tan cristiana actividad de ajusticiar a brujas y judíos, no lo era menos que la causa era la falta de parroquianos a los que dar garrote por herejías de medio pelo. Y no estaba don Fernando por la labor de echarle de comer a los inquisidores, que para eso se bastaban solos. Bien recordaba el Veinticuatro aquel proceso en el que pudo haber sido penada su madre. Y aún le recorrían los escalofríos. Don Fernando lo fue pensando todo en el camino de vuelta de la Misión. A cada galope de su caballo las ideas habían ido tomando forma. Primero aquellas palabras de Catalina de Jesús bajo la identidad de Ángeles del Olmo. Ella se lo había dicho bien claro: lo conoció siendo más joven, casi al punto de casarse. También le habló de la búsqueda y le dijo “Dios Nuestro Señor no está en un trozo de madera... búsquelo entre nosotros”. En aquel momento pensó que podía ser cualquier delirio. Pero si Ángeles del Olmo era de verdad Catalina de Jesús... eso lo cambiaba todo. ¿Seguía habiendo Alumbrados en la Ciudad? ¿Hasta qué punto eran responsables de lo que le había ocurrido al Cristo de San Agustín? ¿Qué relación tenía con todo esto don Carlos Cegarra?

Si alguien podía ayudarle era su madre. Ella le había guiado hasta esa vieja loca. ¿Era el azar? Su madre no sabía nada de la desaparición del Santo Cristo. ¿O sí? Se las había arreglado todos estos años para seguir en contacto con la media bruja. Durante mucho tiempo tras el proceso de los Alumbrados don Fernando pensó que la investigación sobre su familia tuvo lugar sólo porque eran familia importante, y alguna rencilla, vieja o nueva, o el gusto de llevarse por delante algún notable hicieron el resto. Pero no eran ni por asomo una familia con el poder de antiguo que les hubiera permitido zanjar cuentas con los que lo metieron en el lío. Fueron investigados porque alguien daría el nombre de doña Isabel y nada serio hallóse. No bien hubo avistado las murallas de la ciudad cuando ya había decidido que, al despuntar el alba, Leonor, los hijos y el servicio más cercano se irían a la casa de Villanueva hasta que pasara todo.

Llamó a la puerta con fuerza. Era noche cerrada y la luna estaba en cuarto creciente. Venancio le abrió, más dormido que despierto. Sin decirle nada el Veinticuatro se dirigió a la estancia de Manuel, el intendente de la casa y lo sacó de la cama.

–Rápido, prepáralo todo. Os vais. –Y ante el gesto de estupefacción, incredulidad o simple sueño le explicó–. Leonor, los niños, tú y los que creas necesario.

Al poco Manuel había puesto en marcha a los criados para darles instrucciones de lo que era necesario preparar. Se encendieron todas las lámparas de aceite de la casa. Venancio fue a las cocheras a limpiar el coche y preparar las mulas. Toda la casa era un ir y venir de sacos, cajas, baúles y jaeces.

–Saldremos con las primeras luces del alba. La situación es cada vez peor. Escasea la comida, el pan, la leche y sobre todo el buen juicio. –Don Fernando no mencionó a Leonor nada sobre el Cristo, los embozados, Catalina, los Alumbrados o ese poema que lo estaba volviendo loco.

–¿Será por mucho tiempo? –preguntó Leonor.

–Llevaos hoy lo que necesitéis para los primeros días. Luego mandaré a los criados a que os traigan el resto.

–”Que os lleven”... ¿Tú no vienes? –preguntó Leonor sabiendo la respuesta.

–Debo quedarme –y con eso quedó zanjado todo el asunto.

El día ya amaneció avisando que sería de grandes calores cuando las puertas de las cocheras se abrieron y los dos carruajes, cada uno tirado por dos mulas, salieron a la calle Santiago. En el primero de ellos don Fernando, doña Leonor y los dos hijos, que aún vivían en la casa paterna. En el segundo María la cocinera, Venancio y su mujer y otras dos criadas. Manuel el intendente, no sin larga discusión con el Veinticuatro, resolvió quedarse. –La casa es grande, se necesita algún servicio para ella y para vuesa merced, don Fernando, así que Lina he dispuesto que Lina también se quede, si os place–, le dijo.

No hablaron mucho mientras salían de la Ciudad. El penetrante olor a muerte entraba en el carro sin permiso. Leonor esperaba ansiosa salir y dejar atrás ese espantoso hedor. Ya no distinguía el olor de las basuras amontonadas, de las aguas estancadas y ponzoñosas, de las decenas de muertos que se apilaban en los carros con los que se iban cruzando. Y sintió una gran liberación cuando los guardias de la Puerta de Triana les franquearon el paso tras leer la orden en poder del Veinticuatro. No se ponían muchas trabas a los que salían, y menos si tenían la peste. Ante alguna puerta se habían establecido campamentos de apestados, que iban muriéndose poco a poco, cubriéndose de cadáveres las puertas de la Ciudad más rutilante del orbe. Y que pasó por ende a tener los cementerios más grandes que jamás hayan existido. Entrar ya era otra cosa. Salvoconducto y una inspección de los guardias para evitar que nuevos apestados arribaran a la Ciudad. El viaje fue largo y sofocante. Debieron parar varias veces para apartar troncos y piedras del camino, o para dejar que el cochero esquivara con más garantías los grandes baches que encontraron. Hacía ya meses que no se cuidaban los caminos, que habían quedado maltrechos desde las inundaciones del invierno. Luego vino la peste y las cuarentenas, de forma que las caravanas dejaron de entrar a diario en la ciudad. Y en no habiendo personas suficientes que se cuidaran de dejarlos expeditos como antaño, se iban volviendo más intransitables cada día de abandonados que estaban.

Pararon en un abrevadero del camino a refrescar las bestias. Don Fernando subió con una pequeña carrera a un cerrete. La vista de la otra ladera le encogió el corazón: el trigo ya se había secado. Y allí seguía, agostadas las espigas, amarilleando, con aves revoloteando robando los últimos granos que quedaban. Anduvo hasta una linde y tomó lo que ya eran apenas unas briznas pajizas. Los rastrojos secos se desvanecieron entre sus dedos. No sé qué pan se va a comer en la Ciudad dentro de un mes, pensó. El ruido de las chicharras servía de fondo al improvisado cuadro de intensa luz, cielo azul y tierras abandonadas.

Llegaron pasado el mediodía, destartalados del viaje, pero aliviados de haber salido de aquel infierno. Sin embargo, don Fernando, a cada paso que daba hasta encontrar a su madre iba sintiendo más y más fuerte el temor a conocer toda la verdad de aquella vieja historia. Por momentos prefería que su madre lo negase todo, y que él fuese capaz de creerla.

Nada más entrar el coche al patio dos sirvientes esperaban. No hubieron de cargar más que dos grandes baúles con algunas ropas que habían cogido de madrugada. La tierra que levantaba el carro debía verse desde bien lejos. Doña Isabel los esperaba junto al pozo.

–Pero ¿cómo es que venís sin avisar? Hubiera ordenado que arreglasen los aposentos y llenado la despensa –dijo mirando a doña Leonor, que se llevaba las manos a la espalda dolorida por el traqueteo del coche.

–Todo ha sido muy rápido –respondió mirando más a su marido–. La ciudad está imposible, apenas llega el pan, no hay carnes ni pescados, y leche o huevos solo algunos días. Con las calores los cadáveres se pudren incluso en sus casas. Los muertos se cuentan por miles y las moscas por millardos. No podíamos seguir en la Ciudad.

Iba cayendo la tarde sin que el viento del Aljarafe se atreviese a revolver siquiera entre las hojas de los árboles. Llevaron las mulas a un corralón no muy grande donde algo de agua y paja seca compartida con otro caballo las alivió del trance. doña Isabel pidió ausentarse para rezar el Santo Rosario.

–Madre, yo vuelvo mañana a más tardar. Me ocupan asuntos muy importantes en la ciudad. –Don Fernando llevaba a su madre del brazo por una galería techada que daba al patio.

–Espero que todo se arregle pronto. Aunque para entonces no sé si volveré. Aquí se respira mucha tranquilidad y no me importaría fijar mi residencia en la hacienda. –El Veinticuatro se había detenido en seco y la miraba a los ojos inquisitivo.

–Madre, ¿por qué no me dijisteis que la emparedada que me pedisteis visitar era Catalina de Jesús? ¿Habéis perdonado el daño que hizo a nuestra familia? ¡¿Por qué seguís ayudándola después de veinticinco años y con todo lo que os hizo?! –le espetó impaciente y molesto don Fernando.

Doña Isabel siguió andando, sin borrar la sonrisa de su cara, sin mirar a su hijo, como sin advertir siquiera que era la diana de los reproches. Reproches sobre un asunto del que, durante tanto tiempo, se había guardado un silencio pontificio en la casa de los Medina. Don Fernando, por aquel tiempo muy ausente de su casa, apenas llegó a saber que las preguntas del Santo Oficio tuvieron relación con Catalina y algunas reuniones que en la casa tuvieron lugar y a las que asistieron otras gentes importantes de la Ciudad. Aquél fue un peso que llevó don Francisco, el padre del Veinticuatro, de principio a fin, poniendo en riesgo honor y quién sabe si dineros para comprar favores. Algunos interrogatorios y muchas noches sin dormir. Doña Isabel apartó con el pie una pequeña piedra y mirando al cielo comenzó a hablar.

–Ya sé, hijo, que aquella historia fue muy dura para todos. Pero aún lo fue más para mí, que siempre sentí la culpa como mía. Porque mía fue y no de Catalina de Jesús. Lo de Ángeles del Olmo te contaré de dónde surgió. Al principio a todas nos pareció que no era más que una muerta de hambre más que se ganaba algunos reales divirtiendo a muchas damas con supuestas dotes adivinatorias. Algunas tardes venía a casa y nos leía la mano, o nos contaba nuestro futuro leyendo algunos naipes. No pienses que yo me creía aquellas historias, yo sólo me divertía, y las hubo de las otras señoras que la trataban que le pidieron bebedizos para resolver males de alcoba –una risa cantarina se le escapó al recordar aquellos tiempos de lujo y esplendor.

“Al cabo de los meses ya nos aburríamos de aquellas historias. Un buen día, y lo recuerdo como si fuese ayer, a pesar de que han pasado casi treinta años, empezó a torcerse todo. Era noviembre, y aunque el día salió claro, al caer la tarde grandes lluvias arreciaban alargando la visita algo más de lo normal. Se hicieron algunas bromas pidiendo a Catalina que adivinara cuándo pararían las aguas, o que preparase un unguento para quitar las fiebres que de seguro agarrarían los cocheros mientras esperaban en el pescante bajo el aguacero. Las risas, dimes y directes fueron llenando el rato hasta que Catalina de Jesús nos dijo, bajando la voz como la que nos entrega un precioso secreto, que con la forma adecuada de rezar se podía no ya parar la lluvia sino casi sentir el tacto de Dios. Y aquella misma tarde nos convenció para ir a visitar al Padre Francisco Méndez”.

“El Padre Méndez, portugués, se había afincado en la Ciudad hacía algunos años. Con la ayuda de Catalina de Jesús fue creando un grupo que se daba ínfulas de ser más católico que el mismo Papa de Roma. Y era tal su fama de hombre santo que nadie dudaba en seguir sus consejos para llevar una vida más cristiana. Se había retirado en el Convento del Valle, pero las más de las veces lo encontramos en una casa de beatas que dirigía. Pero con el tiempo empezaron con ritos extraños que pretendían acercar a Dios a las muchas devotas que nos habíamos reunido en torno a él. Empezamos por asistir a sus misas, que fueron haciéndose más y más largas y cargándose de prácticas que hasta entonces nunca habíamos visto. Comulgábamos con grandes Formas, y si no podía conseguirlas habíamos de tomar muchas de Ellas, hasta el punto de que llegamos a creer que cuanto más comulgábamos “más Dios tendríamos en nuestro interior”. Y no fueron pocas las otrora coquetas damas que terminaban vomitando grandes atracones de la Sagrada Forma”.

“Poco después vinieron los éxtasis. De pronto, durante la celebración de la Santa Misa el Padre Méndez se quedaba como petrificado, y así pasaban las horas. Tantas como que recuerdo una vez en que duró el Oficio casi un día completo, con su noche y todo. Al poco comenzó a dar grandes alaridos y gritas durante los éxtasis, que nosotros atribuíamos a que veía con sus ojos la Pasión de Nuestro Señor, lo que nos confirmaba él luego cuando nos tomaba confesión”.

“Algunos llegaron a comprar el agua con que el Padre se refrescaba por la mañana para curar sus dolencias. Fuimos entre todas haciéndolo un santo. Catalina de Jesús se hizo tan asidua del Padre Méndez que al poco se fue a vivir a su casa de beatas. Se hizo su sombra. Le consultábamos todo y, si no podíamos llegar a él pues llegaron a juntarse en el Convento del Valle más de treinta y de cuarenta coches a visitarlo, allí estaba Catalina para sustituirlo. Ella misma se encargaba de hacer trocitos sus viejos hábitos para venderlos luego como reliquias.”

“Pasado algún tiempo de aquel año, el propio Padre Méndez nos anunció que iba a morir un día en concreto: el dieciséis de julio. Pasamos los días angustiadas. Se organizaron misas para pedir por su alma, que no por su vida pues era voluntad de Dios que así fuera. Ya por esos días Catalina dejó de comer. Estaba como ausente y durante una de las misas llegó a sudar sangre. Y eso, Fernando, hijo mío, lo vi con mis propios ojos. Aunque luego lo negase todo a preguntas de los dominicos. Ambos empezaron a quedarse flacos, tábiros y con la piel agrisada. Aquellos ojos que

contemplaban a Dios en su Gloria iban perdiendo brillo y luz. Un día se despidió de todos nosotros. Centenares de personas lloraban a la puerta del Convento. Y a muchos de ellos los vi gritar de júbilo meses después cuando lo condenaron en efigie a cien azotes en el Auto de Fe en el que casi tuvimos que desfilar penitenciadas yo y otras muchas mujeres. Así de cruel y de hipócrita es esta Ciudad”.

“Llegó el día señalado y fue un gran gentío a acompañar al Padre Méndez en su milagroso tránsito a la muerte. Era una noche de calor tremendo, tanto que muchos decían, con mucha guasa, que no sería milagro alguno que muriese allí el Padre y otras veinte personas más. Catalina lo llevó hasta el altar a las cuatro de la madrugada. Débil, con la piel pegada a unos huesos pequeños y angulosos comenzó a celebrar la Santa Misa. Cuando amanecía llegó el momento de la Comunión. Delgado, como un junco, arrastrando los pies como a punto de morir, cogió una Sagrada Forma grande como la rueda de un carro y comenzó a tomarla. Tardó un rato largo, que se nos hizo a todos aún más interminable. Cuando hubo terminado quedó en estado contemplativo, inerte, abandonado, con los ojos al cielo y las manos entrelazadas. Así pasaron las horas. La muchedumbre allí seguía e incluso los alguaciles esperaban en la plaza por si se producían algunos disturbios”.

“Llegando ya el mediodía se levantó y, con la ayuda de Catalina, hizo lo que fue para muchos una gran revelación y para mí el fin de aquella locura. Durante el éxtasis Dios le había hablado descubriéndole el camino a seguir para alcanzar el estado de Mayor Perfección. No serían necesarias más misas, ni confesión, ni oír más sermones porque con la contemplación, con la oración silenciosa, se cumplía con creces sobre todos los demás preceptos. No habíamos de obedecer a ninguna autoridad ni religiosa ni civil que ordenase contra la contemplación. Pues no estábamos sujetos a ninguna obediencia humana. Siendo como sería nuestra alma perfecta y nuestra perfección absoluta, cualquier acto nuestro no podía ser pecado a los ojos de Dios. Que debíamos evitar toda penitencia y toda veneración de imágenes santas, que no eran sino trozos de madera que nos separaban de Única y Verdadera Contemplación de Dios”.

“Aquel mismo día supe que no volvería más por allí. Todo había ido demasiado lejos. Yo y otras muchas volvimos a nuestros rezos en casa, al Rosario y nuestros antiguos padres confesores”.

“Pasado el tiempo, una mañana de mayo del año de 1623, en la Misa Mayor se leyó un edicto del Inquisidor General don Andrés Pacheco. Se nos mandó denunciar las juntas secretas de los alumbrados, perfectos o dejados, ofreciéndose benevolente penitencia a aquellos que se delataran de forma espontánea”.

“Aquello fue un mazazo en el que perdimos honra y salud. Durante días y noches tu padre, conocedor de la historia aunque nunca participara de aquel delirio, y yo permanecimos casi sin comer ni dormir. Dudábamos de la magnanimidad del trato del Santo Tribunal, y por otra parte estábamos seguros de que alguno mencionaría mi nombre. Media Ciudad había caído en aquella locura, y todo se sabía. No quería que en la desbandada la multitud terminara arrollándome. Fui y declaré”.

“No estoy orgullosa de ello, Fernando, pero sí sé que salvé a mi familia aquel día. Por los sirvientes más cercanos de la casa supe que el nombre de los Medina y otros muchos circularon por las tabernas de la Ciudad. Si yo no hubiera ido aquella mañana, al poco habrían venido a buscarme los Guardianes de la Fe. Por eso todo quedó en una amonestación.”

“No di más nombres que los que corrían ya en boca de todos, no dije nada que no supieran ya. Por otras damas principales de la Ciudad, tuve conocimiento de que hicieron lo mismo que yo. Y casi

todas dimos también idéntico nombre: Catalina de Jesús”. Fui yo la que la denuncié.

“Fui a verla al Castillo de San Jorge. Y no lo hice por mala conciencia pues no siendo ella de familia noble y habiéndose significado tanto estábamos seguras de que caería aún sin confesión. La vi flaca, sucia. Le pregunté si pasaba hambre y me dijo que comía lo suficiente: sólo la Sagrada Forma como así le había ordenado el Padre Méndez. Y allí me contó cuán perfecta se había vuelto en los años que habían pasado, y cuánto me había echado de menos en sus conventículos. Me contó cómo tras las meditaciones todos cantaban, bailaban o caían unos en brazos de otros, porque no podía ser pecado yacer entre perfectos. Dentro de aquella húmeda y pestilente celda su alma parecía vibrar, rehacerse, crecer: sus ojos volvían a brillar con fulgor. Quiso darme un trozo del hábito del Padre pues ropa santa será cuando esto acabe. Y dicho así se recostó sobre un lado y quedó como dormida mientras me decía que se iba a contemplar a Dios en su Gracia Plena. Y así, contemplando, la dejé. Miré sus manos antes de salir. En ambas palmas lucían unos terribles estigmas”.

“Milagrosamente fue condenada a reclusión, además de ayunos y rezos, por si no había tenido suficiente. Hablé con las beatas del Emparedamiento de San Ildefonso para que la recogieran como lo que era ya: una pobre desquiciada a la que puse por nombre Ángeles del Olmo. Y allí fue donde tú la viste: Ángeles o Catalina, ¡qué más da! abandonada por casi todas las que jalearon sus locuras en vida. Los primeros tiempos iba con cierta asiduidad a pedirle consejo para algunos ungüentos y purgas, pero el seso se le había ido tanto que apenas recordaba las recetas.

–Madre, en el Emparedamiento me mencionaron que unos hombres habían ido a visitarla de su parte –don Fernando había tornado su enfado en el interés por la historia de su madre, que, como los meandros de un río, por momentos venía a confluir con la desaparición del Santo Cristo de la mano de aquellos embozados.

–No sé de qué me hablas. Aunque en aquellas locuras participaron casi todas las damas de renombre de la Ciudad, tras el Auto de Fe corrimos un velo sobre aquella historia. Ni siquiera entre nosotras hemos vuelto a hablar de ello ni de Catalina. Cayó en desgracia de tal forma que pareció que se desvaneciera en el aire tras aquellos muros. Ya en los últimos años sólo le quedaban a la pobre Catalina mis visitas y algunas donaciones de Juana Guzmán, Mariana Luque, Luisa Osorio o de Elvira Bucarelli”.

–¿De Elvira Bucarelli? –preguntó extrañado el Veinticuatro, recordando a la viuda de don Carlos Cegarra.

–Sí. Tu padre no quiso que nos mezcláramos más en esta historia, tan escaldados como salimos al final. Yo volví a mis misas y rosarios e iba a visitarla casi en secreto. Elvira y el resto también acabaron desapareciendo. Así que al fin conoces toda la historia –le dijo doña Isabel mirándole a los ojos y continuando el paseo por el patio–. Nunca nadie nos delató en el Tribunal. Fui yo misma a cambio de una penitencia ridícula: tres días de ayuno y misas en la Catedral. Lo mismo que a todos los que confesaron. Y tantas fueron las confesiones que se llegó a decir que aquellos días la venta de pan en la ciudad fue de menos de la mitad de lo acostumbrado. Y hubo familias notables que habiendo de hacer ayuno durante varios días resolvieron hacer las compras como si nada para evitar mayores rumores en la Ciudad y pasar por pías. Tan grande fue el estupor del Edicto que se formaron grandes colas para inculparse. ¿Y sabes quién declaró justo antes que yo? Él y otros muchos cofrades de Nuestra Señora de Granada fueron encausados, ya que, en la cofradía, según cuentan, arraigó con fuerza el quietismo de los Alumbrados. Salió limpio cuentan que por mor de sus muchas influencias. El escultor Juan Martínez Montañés.





## CAPÍTULO XVI

**Domingo, veinte de junio de 1649**

Tiró de la cadena sin esperar que el sonido de la campanita fuera tan estridente. Las primeras luces rompían y el tenue resplandor amarillento se reflejaba en la cal del muro de la casona. Incluso en la calle, el entrecocar del badajo se oía con tal fuerza que unos gorriones se espantaron y volaron a refugiarse en un naranjo cercano. En toda la Ciudad reinaba el silencio. Había entrado por la Puerta Real tras cruzar el arrabal y el puente de tablas. El aire era fresco en la ribera del río y las gentes que dormían en la calle habían buscado algún capacete para echárselo encima. Ya estaban echando cuerpos en el carnero del Arenal. Pudo ver cómo caían, desmadejados, y el crujido de los cuerpos al chocar le heló la sangre. Apretó el paso. Cruzó al trote por la calle de las Armas para tomar por la calle que ahora se llama del Abad Gordillo, habiéndose cruzado con no más de una o dos personas. Se topó con un hombre de grande osamenta, nervudo y toda fibra, nariz aguileña y apenas unos pelos ralos grises en la nuca. Saludó al Veinticuatro con una breve inclinación, reconociendo por sus vestiduras y el caballo a alguien de seguro importante en la Ciudad. Don Fernando pudo observar cómo el hombre removía uno de los quemadores de juncia, tratando de avivar los rescoldos humeantes. Frente a la puerta de la casa que fue de don Carlos Cegarra notó cómo el corazón se le aceleraba. La historia que le había contado su madre la llevaba hasta doña Elvira Bucarelli de nuevo. Estaba sudando a pesar de que la madrugada había sido fresca durante toda su cabalgada por el Aljarafe.

Aún era de noche cuando don Fernando partió a caballo, dejando atrás en la casa de Villanueva esposa e hijos, aislados de la peste y de lo que pudiera ocurrir si no daba con el Cristo de San Agustín antes del dos de julio. Apenas pudo conciliar el sueño repasando todos los detalles de la historia que le relatase su madre. Le había ofrecido un hilo y decidió tirar de él. Debía encontrar la conexión de la historia de Catalina de Jesús con las otras tres pistas que tenía: los versos pronunciados por el embozado moribundo en el Castillo de San Jorge; el libro "Vergel de Oración y Monte de Contemplación", robado del convento el mismo día que la imagen del Cristo; y la casa que visitó antes de morir don Carlos Cegarra, Oidor del Crimen de la Audiencia.

De ninguno de estos asuntos supo su madre darle noticia alguna, jurándole que después del Auto no había tenido más contacto con aquellos herejes que las visitas que hacía en el Emparedamiento a Catalina, o Ángeles, o como quisiera el mismo diablo que se llamase aquella desgraciada. Espantada ante el relato de su hijo, doña Isabel solo pudo decirle:

—Ya no quedan Alumbrados en la Ciudad, Fernando. Ajusticiados, exiliados o reclusos los que más participaron de aquella historia, a los pocos meses no había ni rastro de la locura que inundó la Ciudad durante tanto tiempo.

El hilo de aquella madeja que llevaba ya tres semanas desenredando volvía a la casa de beatas, a doña Ángeles del Olmo, o Catalina de Jesús. Pero antes quería hacer una visita a doña Elvira Bucarelli.

Fue el mulato Rodrigo el que abrió la puerta, dejándolo en el mismo recibidor donde había estado la vez anterior. El silencio de la casa era estremecedor. El Veinticuatro no pudo más

que recordar la casa de Bartolomé Murillo, el pintor. La peste dejaba ese rastro: primero el llanto y luego el silencio. Primero el dolor y luego la ausencia. Ni siquiera la verborrea del cochero de la casa había conseguido romper aquel muro de hielo que edificaba la muerte.

Hacía casi veinte días de la muerte don Carlos Cegarra, pero cuando apareció doña Elvira ya advirtió las diferencias. Si el primer día la había notado austera, distante, casi ausente, ahora el gesto se mostraba más demacrado. Incluso la elegancia que mostraba en una desgracia como aquella parecía ir desvaneciéndose. La notó más delgada: con el pelo mal recogido, y sin apenas afeites en la cara, la edad se venía sobre ella a trompicones. Aquellos chismorreos de otros miembros del Cabildo de la Ciudad que afirmaban haberla visto medio loca andando a deshoras por la calle no le parecían desencaminados.

–Lamento mucho tener que molestaros en estos días aciagos, doña Elvira.

–Ya veo que en el Cabildo de la Ciudad no respetan la paz que busca una viuda. Si ya son días aciagos no es necesario hacerlos peor de lo que son, don Fernando. –Doña Elvira le mantuvo la mirada, sin hacer siquiera un amago de sentarse. Esperaba sin duda que la visita fuera corta.

–Lo cierto es que tenemos un testimonio de que hallaron a vuestro difunto esposo don Carlos Cegarra, apuñalado en plena calle.

–¿Y quién dice tal? –el rostro, hierático, apenas deslizó emoción alguna.

–Gente de bien, que admiraba a don Carlos. Habiendo oído gritos en la calle en plena noche salió a dar socorro, y, según dice, se lo encontró con una herida grave en el vientre.

–¿Y cómo es que no lo socorrieron y lo llevaron a un hospital, o a esta su casa? ¿Quién es esa persona que deja a alguien morir en la calle?

–Doña Elvira, os prometo que a cristiano de bien no gana nadie a este testigo. Asegura que fue a buscar socorro y al volver el cuerpo había desaparecido –don Fernando ya había decidido que no le diría nada a la viuda de que don Carlos había apuntado a unos posibles ladrones del Santo Cristo. –Doña Elvira, no sabe cuánto siento su desgracia. Pero el Cabildo desea esclarecer este asunto por si no fuera cierta la historia que le contaron aquellos tres hombres de que lo encontraron muerto de peste.

–Busquen donde quieran –dijo rompiendo en sollozos– pero nadie va a devolvérmelo. – El criado mulato apareció con una jarra de agua fresca y dos vasos, y con una mirada inquisidora que dirigió sin pudor a don Fernando. Solo se retiró cuando estaba seguro de que doña Elvira estaba repuesta.

–Esa noche fueron vuestas mercedes a una casa en la calle Escuderos. Su cochero dice que van a menudo.

–Así es. Desde que don Carlos comenzó a encontrarse mal íbamos a ver a un médico que vive allí, el Doctor Blanche, francés. –Don Fernando recordó que ese nombre rezaba en el documento que le preparó el secretario del Cabildo, y que estaba al día en el pago de sus impuestos por tal casa. Pero no era menos cierto que el secretario aseguraba que allí no vivía nadie, pues no era posible entregarle las notificaciones en dicha vivienda y no había nadie que la atendiera. –Es un hombre viajado, y recorre de continuo las tierras del imperio para aprender nuevos métodos de curación de muchas dolencias. Supimos que en un viaje por oriente había conocido un pueblo que se libró de una epidemia de peste que hubo. Y que no obró milagro alguno, sino que bebían una infusión de un árbol que solo crecía allí. Cada pocos días nos

preparaba el bebedizo en su casa, pues era receta complicada. Hube de bajar a decirle al cochero que marchara, pues le tomaba mucho esfuerzo tomarse aquel cocimiento. Mas ya ve vuesa merced que de poco sirvió.

–¿Y cómo volvieron a casa?

–Pues ese día el tratamiento tomó más tiempo del esperado, y yo me encontraba cansada. Insistió en dejarme en la casa cuando ya era tarde y volver usando el mismo coche del médico mientras le preparaba una última tisana. Y ya ve vuesa merced que nunca volví a verlo –y dos lágrimas surcaron el rostro de la viuda, que se llevó las manos a la cara y rompió a llorar con gran desconsuelo.

–Le acompañó en su dolor, doña Elvira, y a buen seguro don Carlos estará contemplando al Santo Cristo de San Agustín, del que tengo entendido que era gran devoto.

–Así es, don Carlos era no solo un buen hombre y fiel servidor de la Ciudad, sino gran devoto del Cristo. Y es por ello que acudimos a todas las funciones que en el convento tienen lugar. Y ha de saber vuesa merced que, el día que murió, habíamos ido a rezarle pues había sentido que la fiebre lo llevaba. Pero encontrando la iglesia cerrada marchamos a ver al doctor. Y yo creo que la desazón que sintió terminó con él tanto como la pestilencia.

Don Fernando era hombre de no dejar puntada sin hilo, y viendo que la pista de la calle Escuderos no le traería nada quiso ver si la evocación al Cristo despertaba algún tipo de emoción en la viuda, mas no halló nada que no fuese dolor en la remembranza de don Carlos Cegarra. Durante unos instantes pensó si no debía preguntarle por la historia de los Alumbrados. Vio en Doña Elvira el rostro de su madre, agotada por el tiempo y las miradas, los chismorreos y el olvido interesado. Habría querido oír de sus labios cómo fue aquel tiempo, saber hasta qué punto su madre se vio envuelta en aquella locura de engañabobos, estafadores y curanderos.

Se sentía consumido. La pista de la calle Escuderos se esfumaba, y él seguía buscando al Cristo Asilo y Protector de la Ciudad mientras el pasado de su familia le perseguía. Necesitaba saber si la historia que doña Isabel le había contado era cierta.

Había llamado con la campana y aporreado con el aldabón la puerta principal varias veces. Iba a volver a tirar de la cadena cuando escuchó unas voces que apremiaban y cómo se descorrían los cerrojos.

Ya la mueca de la hermana portera no anticipaba buenas noticias, por mucho que el Veinticuatro se adjudera para sus adentros que no podía esperar alegrías ni chascarrillos en aquella casa.

–Ya descansó la pobre, y nosotros también, pues recordará vuesa merced cuán ingrata se había vuelto. Como le he escrito en la nota que envié a su madre le dimos sepultura en el cementerio de la parroquia. No tenía muchas pertenencias, apenas algunos papeles. Y no sabiendo qué hacer con ellos los mandamos quemar.

Don Fernando sintió un intenso dolor en su cabeza. Por momentos pensó que caería fulminado al suelo, junto a las jambas de las puertas del casoplón. Se había agarrado a la posibilidad de que Catalina hubiese tenido un momento de lucidez, una especie de despertar consciente, un afán liberador que la hubiese empujado a revelar quiénes eran los embozados, qué otras personas la visitaban, qué había pasado el día que robaron el Cristo o qué estaba pasando en

este mismo instante a sus espaldas, oculto a sus ojos, a hurtadillas de toda una Ciudad. Había pensado en que quizás la carta que le entregó de parte de su madre contendría alguna luz. A lo lejos, apenas escuchando el soliloquio ajeno pudo oír cómo la beata le contaba que no tenía pertenencias, apenas un ropón viejo, que habían quemado pues nadie en la casa lo quería. Que haré un par de días se durmió sola y que no habiéndose despertado gritando como era normal en ella, la dejaron en lo que creían las beatas que era un profundo sueño. Y que no fue hasta la hora del almuerzo que, casi habiéndose olvidado de ella, entraron corriendo a la estancia para hallarla fría y tiesa como una estaca. Y que ayer mismo mandaron aviso a su casa al ser doña Isabel su señora madre la benefactora de Ángeles.

El Veinticuatro veía la escena desde fuera. Primero solo como una ligera neblina amarillenta y luego casi por completo como un espectador en el teatro. La voz de la hermana portera le llegaba de lejos. Apoyó una mano en el dintel, sin aceptar las solícitas invitaciones de la beata a entrar a la casa, frases que, bien es verdad, apenas podía oír don Fernando ensimismado como estaba. Sintió un calor que lo irradiaba de dentro a fuera, que lo quemaba fundiéndole las entrañas. Notó como le caía gotas de sudor, como los goterones de cera que se toman su tiempo para recorrer unos centímetros de un hachón. La espalda, algo empapada, apenas le servía de sostén.

–¿Se encuentra bien vuesa merced? –pudo oír cuando una arcada le estremeció el cuerpo de dentro afuera, de abajo arriba. Con gran esfuerzo pudo contener el vómito, a la par que seguía apoyado en el dintel, hundiendo sus uñas en la madera vieja. Fatigado de la madrugada inútil a caballo, a tiempo para reponerse y oír que la beata, sí, recordaba la última visita de dos caballeros que con aparatoso embozo a pesar de las calores, vinieron a ver a doña Ángeles, justo la tarde antes de que falleciera. Y que no recordaba o no sabía nombres, ni podía dar constancia de sus caras–, pues ya ve vuesa merced cómo dentro de la casa por el mes de junio cierran los contraluces y queda todo oscuro para conservar el frescor y así no pudo ver bien las caras de aquellos hombres. Pero bueno, no le cuento nada nuevo a vuesa merced, pues ya todo se lo relato en la nota que le envié ayer a su casa. En el mismo responso elevamos un avemaría en recuerdo de su señora madre, que ha sido una gran benefactora de esta Casa de Beatas, y que esperamos que siga siéndolo a pesar de que los tiempos que tenemos que vivir son de gran dificultad para todos.

Don Fernando pasó el resto de la mañana dormitando. Pudo llegar a su casa, donde Manuel, que había resuelto quedarse para cuidar de la Hacienda, y Lina, la hija del mulato, eran los únicos que guardaban la casa familiar en la calle Santiago. Nada más verlo entrar le insistieron en tomar alguna vitualla y que descansara, tal era la faz macilenta y ojerosa que se gastaba el Veinticuatro tras varios días de trajines en los que la madeja, a poco que se desanudaba, paría otro embrollo que hacía necesario buscar un nuevo hilo. Nada más franquear la puerta principal notó que la casa estaba en un inusual silencio. Faltando María la cocinera, las criadas y el siempre bullicioso quehacer de los hijos, apenas algún paseo de Lina buscando de seguro algo en lo que afanarse daba a entender que alguien la ocupaba. Así sería entrar en una de esas mansiones que la peste ha tomado para sí, se dijo. La casapuerta, oscura con las portillas de las ventanas echadas, ya le resultó un refugio, hastiado como estaba de perseguir fantasmas. A un lado estaba la habitación de los esclavos, que ahora ocuparía Lina. Cuando todo esto pase tendremos que comprar otro esclavo, pero no podrá dormir con ella. Cruzó la puerta de enmedio, que daba a un patio con algunos azulejos, las columnas en las galerías en tres lados, una chimenea y un viejo pozo. Al patio daban también los cuartos de la servidumbre, en la planta baja, todos cerrados. Desde abajo

pudo ver cómo todas las cámaras nobles, que se abrían al patio en la planta superior, estaban cerradas. La luz entraba en el patio rotunda, y la esquivaban con éxito los jazmines que, en las columnas esquineras, se retorcían buscando la sombra de la arcada. Las raíces habían levantado la solería como venganza contra la luminosidad del exterior del patio. Solo su estancia y las de los niños tenían ventanas que daban a la galería. Lina siguió en dirección al fondo, buscando las cocinas, en la parte trasera de la casa. El Veinticuatro tomó la escalera, bajo la que estaban las letrinas, hasta el piso superior, buscando su estancia, aún más silenciosa que las otras quince de la casa. La sala de recibir permanecía cerrada desde que se inició la epidemia. Y lo mismo el salón de honor, aunque los Medina no eran mucho de bailes ni festejos, con o sin pestilencias. Pasó junto al oratorio, advirtiéndole en sí mismo una mirada recelosa, como de quien no está recibiendo la ayuda necesaria. Tampoco la pido, se respondió. Ya en su cámara, Manuel, que lo había seguido, lo ayudó a desvestirse. Una vez se quedó solo pudo detenerse y mirar el aparador, sencillo, con alguna plata más antigua que valiosa; un bufete con silla, ambos repujados, y papelerero a juego, de cedro, sobre el que reposaba la nota que tomó con el poema; un cofre con los dineros de la casa; tres pinturas, una en cada pared, y su cama, también de cedro, con cielo, del que pendían cortinas, sobrecama y rodapiés, sin incrustaciones doradas pero con una fina talla en las barandillas. Don Fernando se había echado en su cama apenas con la camisa, el jubón y las calzas. El dormitorio permanecía inalterado tras la marcha de la familia, casi ajeno al intenso ajetreo de apenas hacía unas horas, donde se revolvieron todos los baúles para componer el equipaje que llevar a Villanueva. Lina se habría ocupado de devolverlo todo a su estado original tras la precipitada marcha de la familia. Las cortinas, corridas, servían de parapeto contra la luz que, ya furiosa, quería invadirlo todo tras la tregua nocturna. Don Fernando pudo escuchar la puerta de la casa abrirse y cerrarse. Quizás Manuel entraba o salía. Con solo tres personas en la casa la despensa no necesitaba una constante revisión. El propio Manuel se encargaría de los cuidados del caballo del Veinticuatro. Las caballerizas, vacías de las mulas, se manejaban solas. Y conocía el guadarnés y cada arreo y silla de memoria. Don Fernando, en la quietud de la casa, adormilado en el cálido medio día, oía piafar al animal desde su dormitorio, y tenía bien clara la visita que debía hacer esa misma tarde.

Caía ya la luz y el Veinticuatro, al llegar a la Plaza de San Leandro, se detuvo en la misma esquina donde, unos días antes pudo escuchar la conversación entre un mozo y un joven que trabajaban en el taller de Martínez Montañés. Decidió tomar por la Plaza de los Descalzos para ir por Morería hasta San Pedro, la calle de los Alcázares hasta la Plaza del Espíritu Santo y San Juan de la Palma.

No hubo andado unas varas el Veinticuatro cuando se topó con el Hospital de San Bernardo, sito en la esquina de la calle Amparo con la calle Don Pedro Niño. No se veía mucho tránsito de personas. El hospital estaba cerrado. Era bien conocido que los pobres y sacerdotes que en él vivían gozaban de no pocas comodidades. No tenía constancia de si era por refugio de la pestilencia o si se había establecido una morbería en el hospital. Pero a las morberías se va a dejarse morir, y se llenan de decenas de gentes enfermas sin más esperanza que morir lejos de sus casas. Y atraen gran miseria y luctuosidad a todas las casas cercanas, pues se llenan de enterramientos unos sobre otros. Viendo las calles, don Fernando se inclinaba porque aquella casona cerrada a cal y canto intentaba aislarse de la Ciudad apestada.

Desde allí hasta Omnium Sanctorum había habido una gran mortandad. Se volvió para asomarse al Convento de Montesión. La Puerta permanecía cerrada y desde allí podía divisar toda

la calle Ancha de la Feria. Las casas tenían en su mayoría los tragaluces echados. En algunas pudo ver algunos matojos creciendo en la misma entrada, bajo el dintel, emergiendo del suelo terrizo que servía para sostener las humildes portezuelas. En esa parte de la ciudad también había marcas de barro en los muros, del agua que salió por la Alameda en las inundaciones de la primavera. Vio un carro doblar para entrar a Correduría. Más cerca, dos personas subieron desde la calle del Negro en dirección al Convento, mas al ver que estaba cerrado volvieron sobre sus pasos. El Veinticuatro deshizo el camino para tomar la calle Amparo en busca del taller.

Abrió la puerta el mismo mozo que había visto en la Plaza de San Leandro dos días antes. Era de tarde y no había tanto trajín como en la primera vez que visitó el taller. El mozo entró a las estancias interiores y desapareció unos instantes.

–El Maestro lo recibirá ahora –y tomó un escobón con el que continuó lo que parecía que era la tarea que tenía entre manos antes de la llegada de don Fernando. Recogió del suelo restos de serrín y virutas de talla. Se agachó y del montón de desperdicios anduvo rebuscando y apartando algunos pequeños trozos que parecían de otro material. Todas las virutas las echó un cubo donde había tantas que amenazaba con desbordarse. De una de las estancias interiores vio venir a dos hombres en la treintena, uno de ellos el que había visto en compañía del mozo. Salían con los mandiles manchados de pintura, en un mosaico informe de centenares de churretes y salpicaduras de mil tonos diferentes. Se fijó don Fernando en las manos. Eran manos duras, fuertes, también manchadas. Notó el olor de las aguafuertes que se usaban para pintar las imágenes. El Maestro Montañés ya había tenido varios pleitos por haberse realizado labores ajenas a la imaginería, pues no le era permitido dar la encarnadura a las tallas que salían de su mano. Era un olor penetrante, intenso, pero que el Veinticuatro agradeció acostumbrado como estaba ya a las intensas pudriciones que había en la Ciudad, solo atenuadas por los quemadores de hierbas. Volvió a tener la misma sensación: parece que la peste no ha entrado a este taller.

El Maestro tardó en aparecer. Su imagen le produjo gran impresión al Veinticuatro. En su visita anterior se entrevistó con un anciano, que pasaba ratos ausente, adormecido, mirando por la ventana y reclinado en un butacón. Ahora se encontraba frente a un hombre formidable, envejecido, bien es cierto, pero no era menos verdad que rebosaba brillo en los ojos, tensión en los fuertes brazos y vida en las manos manchadas por la edad. Esta vez no lo hicieron pasar a la estancia donde dormitaba a la espera del fin de sus días, sino que fue el Maestro el que salió en su busca. Parecía más delgado, sudaba y respiraba no sin cierta dificultad.

–Disculpe vuesa merced la espera, don Fernando –dijo a modo de presentación el maestro Montañés.

–Soy yo quien debe disculparse, pues entiendo que os interrumpo en vuestros quehaceres –al paso del escultor, lento, vacilante, caían virutas de madera, y el Veinticuatro pudo ver cómo se secaba las manos con un paño que salió de alguna faltriquera del mandil.

–Tenía algunos encargos pendientes, y ya bastante mala fama tengo de no cumplir mis contratos como para alimentarla, incluso a mi vejez. –Se llevó una mano a la cabeza, y de seguida limpió el sudor de la frente con el mismo trapo–. Perdone que me siente, pero estos últimos días ando cansado. Hay excesos que no son buenos a cierta edad –y se dejó caer sobre un escabel. Miró a su alrededor y cuando se aseguró que nadie los oía dijo–: Aún no lo han encontrado, ¿cierto?

–¿Cómo lo sabe? –inquirió casi molesto don Fernando.

–Mandé a alguien del taller a tomar notas del retablo de la Iglesia del convento de San Agustín. Se hubo de volver sin que los monjes lo dejaran pasar. –Un pañuelo que debió ser blanco en algún momento le rodeaba el cuello y parecía llevar horas empapado en sudor.

–Hemos tenido algunos avances –el Veinticuatro necesitaba avanzar en sus pesquisas, así que se decidió a probar–. Algunas pistas nos han conducido extrañamente al movimiento de los Alumbrados –Don Fernando calló, no sin cierta sensación de culpa, y miró a los ojos al escultor. Éste los cerró por unos instantes, para volverlos a abrir mirando al techo. Se humedeció los labios levemente.

–Mire don Fernando, vuesa merced está aquí porque piensa que tengo algo que ver en esta historia. Ha debido oír algo de mi pasado turbulento con la Santa Madre Iglesia. Pero me permitirá que se lo cuente yo mismo.

“La Congregación de la Granada nació hará unos cien años, entre Lebrija y Jerez, fundada por un cerrajero. Pasadas algunas vicisitudes iniciales el grupo comenzó a reunirse en la Santa Iglesia Catedral junto al púlpito donde predicaba Hernando de Mata por nombramiento del Cabildo Catedral, junto a la Capilla de la Virgen de la Granada. Ha pasado mucha agua por el río Guadalquivir y no seré yo en este postrer momento de mi vida quien intente dar o quitar razones. Pero bajo ese sambenito de los Alumbrados nos colocaron a todos los que no hacían las cosas como los señores de la Iglesia ordenaban que se debían hacer. Había herejes, sí, pero también religiosos, pintores, plateros, imagineros, tallistas, gentes de saber y acendrada espiritualidad. Todos Congregados, desde Juan Bautista Vázquez hasta Francisco Pacheco, por mucho que algunos lo negasen en aquel tiempo, y todos defendiendo el dogma de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. No hará falta que le describa a vuesa merced la pasión en las calles sevillanas en aquellos primeros años del decimoséptimo siglo. Las misiones de los jesuitas movían a todo el pueblo. Las coplas de Miguel Cid se cantaban en las tabernas, se recitaban en las escuelas, se bordaban en estandartes, y se pintaban en las murallas: "Todo el mundo en general, a voces Reina escogida, digan que sois concebida, sin pecado original". No olvide vuesa merced que fueron dos Congregados los que defendieron en Roma el Dogma Inmaculista: Mateo Vázquez de Leca y Bernardo de Toro. Éramos la punta de lanza de la cristiandad en la Ciudad y, por ende, en el mundo entero. –Al Maestro le brillaban los ojos, sudaba y parecía por momentos febril, desbocado. Don Fernando recordó la conversación del mozo del taller hará unos días–. Habiéndose reconocido por la Santa Sede en el 1615 que predicar la Inmaculada Concepción no era pecado, la Congregación comenzó a tomar otro rumbo. Al final unos fueron premiados a Roma, como Vázquez de Leca, otros siguieron en el Cabildo y otros, los más, a su casa. Y ya sabrá vuesa merced que a éste se lo ha llevado la peste ha menos de una semana. Fue él quien me encargó el Cristo de la Sacristía de los Cálices para la Catedral de Santa María.”

“Los Congregados éramos portadores de un secreto que se había de transmitir con gran cautela. Hernando de Mata nos lo transmitió al padre Bernardo de Toro, que llegó a ostentar la cabeza de la Congregación y a mí mismo, entre otros. No me pida vuesa merced que ahora, viejo y achacoso, le revele tal secreto pues juré en su día no hacerlo sino al Papa, al Rey, al Obispo del lugar o al Santo Oficio. Y ya hice lo que tuve de hacer. Éramos unos ilusos, quizás. Queríamos reconstruir la Iglesia de Cristo a partir de María.”

“Llegado un momento, unos por otros, los más renombrados de la Congregación dejaron de participar por considerar que, una vez se podía predicar la Inmaculada Concepción, ya estaba terminada la labor. Pero hubo otros, recién llegados la mayoría, que pensaron que podían ir más allá: una Iglesia con una Santa Madre y donde Cristo fuera solo un hijo. Perdidos como se

hallaban tras la marcha de Vázquez de Leca y de Bernardo de Toro a Roma, muchos congregados alternaron reuniones con sectas de Alumbrados y con todo el que ofreciera algo distinto a lo que oían cada día en los púlpitos. Llegaron los éxtasis, las comuniones desaforadas, los bailes, el rechazo a la oración para llegar a la contemplación de Dios a través de extraños ritos. Los miembros más antiguos ya habíamos abandonado la Congregación, pero aún se nos relacionaba con ella. Ya puede vuesa merced imaginarse por dónde vinieron los palos, y vaya si nos dieron, por ser amigos de los jesuitas y por immaculistas. De resultado cuatro padrenuestros y algunas admoniciones a los más díscolos, y muchos rumores y mucho daño para los demás. Y no fueron pocos, que bien sabe vuesa merced que fueron más de seiscientos los reos que la Inquisición hizo en aquellos días. Y que no fue otra la razón de que Vázquez de Leca no volviera a la Ciudad hasta un año después del Auto de Fe de 1624.”

“Mire don Fernando, maté a un hombre hará casi medio siglo, estuve dos años preso, la Inquisición me persiguió, pero si algo he sufrido todos estos años es que las gentes murmurasen a mi paso. Gentes de toda condición. Lo he visto en canónigos y en prostitutas, en hijosdalgo y en esclavos, en arrieros y en compañeros de profesión. Y todos esos eran luego los mismos que venían, como vuesa merced, a mi taller, los pudientes, o a las iglesias a admirarse de mis obras, los más miserables y vergonzantes pobres.”

"Eso es esta Ciudad, estimado Veinticuatro. Murmuración y agasajo, sonrisa de dientes afilados, piropos y venenos y las mismas lenguas bífidas que son incapaces de hacer nada que perdure en la memoria."

"Tengo a buen entender que si algún pecado ha querido el Altísimo castigar en esta Ciudad con la peste no es la lujuria del Compás de la Laguna, la gula del Palacio Arzobispal o la avaricia del Cabildo de la Ciudad. Es sin duda la envidia. Don Fernando, veo cada día los carros pasar con muertos camino de la Puerta de la Macarena. En el barrio apenas quedan vecinos vivos. Quizá se merece esta Ciudad tal castigo."

"Pero no quiero aburrirle con viejas historias cubiertas por el polvo del tiempo y la niebla de la memoria. Ni tengo más nombres de los que ya le di, ni más pistas que le puedan dar luz. Y, si me disculpa vuesa merced”, tengo trabajo que hacer”

Y don Fernando Núñez de Medina se marchó en un mar de angustia. En apenas un día se le esfumaban dos de las pocas pistas que tenía: la casa de la calle Escuderos y Catalina de Jesús, que, a buen seguro, desde el mismo infierno estaría riéndose del Veinticuatro, mientras encandilaba demonios con su palabrería embaucadora, sus ojos helados y sus viejos estigmas.



## CAPÍTULO XVII

Lunes, veintiuno de junio de 1649

Se resistía aún la noche ante las primeras luces cuando el Veinticuatro se despertó. El silencio se había apoderado de todo, y ya ni gallos había que anunciasen una nueva mañana. Con los ojos cerrados, consciente de que pronto amanecería, intentó aferrarse al alba fresca que entraba por la ventana. Ni un carro, ni una voz, ni un animal, ni una campana, ni unos pasos, ni el sonido de una puerta. Era un silencio tenso, como la piel de un tambor deseando ser golpeada. Don Fernando se levantó. Llevaba tantas horas en la cama que le costó moverse. Se fue hacia la ventana, y pudo ver cómo la tímida línea de luz que nacía en el horizonte sólo era cortada por una humareda que, como a bocanadas, tapaba los primeros destellos del día. Algún quemadero de hierbas se resistía, como la noche, a apagarse. La Ciudad levantaba los dedos de sus torres para decir que aquí estaba.

Buscó en un baúl una camisa limpia, se enjuagó la cara y los ojos casi a tientas, y tras haberse aseado con algunas hierbas bajó a la cocina. Encontró algo de pan y queso, y, sin siquiera sentarse en la mesa que usaba el servicio, cortó unos trozos y empezó a comer cuando apareció Lina.

–Disculpe el señor, pero me habré quedado dormida con este silencio. –La esclava mulata venía arreglándose el pelo y colocándose la faldilla a toda prisa–. ¿Le preparo unas gachas? –Y comenzó a ocuparse más moviendo algunos cacharros de aquí para allá que en una tarea útil.

Don Fernando había pensado alguna vez en liberar a Lina cuando su padre falleciera. Y es del común que en la Ciudad muchos amos los liberen bien cuando fallecen, o si aprenden un oficio, o al cumplir una edad. Se les entregaba asimismo una dote para el casamiento si era mujer. Y con cincuenta o cien ducados bien podría contraer matrimonio una mujer libre con algún criado o un artesano que pudiera procurarle sustento. Otros los revendían, sobre todo si se trataba de gente de difícil trato o que no se dejaban bautizar. Lina y su padre Ambrosio, como ya se contó, no fueron comprados como esclavos, sino que don Fernando convino con Ambrosio resolver su situación con un contrato que pudiera usarse si alguien reclamaba su propiedad. La mano de obra iba escaseando en la Ciudad, y hay casas que ya han perdido a todos los sirvientes, y muchos señores también.

–Don Fernando, mis disculpas. –Manuel, el intendente de la casa, se mostró azorado al entrar en la cocina y ver que el Veinticuatro se había vestido solo. Antes era Ambrosio el que se ocupaba de anudar calzas y jubón con las agujetas. Las luces de la mañana avanzaban con rapidez, y pudo ver que su señor llevaba un colete de paño, sencillo, verde oscuro, y un herreruelo carmesí–. ¿Le preparo el caballo?

El Veinticuatro tomó de nuevo el animal, ambos descansados desde la vuelta de Villanueva. Una vez salió a la calle Santiago, sin destino alguno, repasó los enigmas que como naipes boca abajo, tenía sobre la mesa. ¿Quiénes eran los embozados? ¿Qué significaba el verso que le dijo uno de ellos ya moribundo? ¿Por qué robaron el Santo Cristo? ¿Qué tenía que ver con ellos Cegarra? ¿Y con Catalina de Jesús? ¿Qué tenían que ver los Alumbrados? ¿Y el libro que desapareció de la biblioteca del convento, tenía alguna relación con todo esto? Resolvió visitar a Ramiro el poetilla

por si había dado con el poema.

Ramiro vivía cerca de la muralla, junto a la Puerta de la Macarena, así que buscó esa línea recta que la une con la Iglesia Catedral de Santa María. Bajó hasta la plaza de la Paja, donde se encuentra la Iglesia de Santa Catalina, para de ahí tomar por la calle Inquisición Vieja, dejando a su izquierda el Convento de La Paz. Llegó hasta la Plaza de San Marcos. Rodeó la Iglesia, para buscar los callejones que la separaban del Convento de Santa Paula. La gente se arracimaba junto al torno. Había oído el Veinticuatro que era en los conventos de clausura donde apenas se habían dado casos de apestados. Las monjas hacían su vida normal de muros adentro, y salvo algún caso, pocas eran las hermanas que sufrieron de la peste. Él ya había podido verlo en el beaterio de San Ildefonso. Siguió por la calle Rascaviejas, donde ya no se oía el ruido que se hacía al quitar la roña a las viejas espadas, y entró a Santa Marina por las huertas, la mayor parte de ellas desasistidas bien porque sus propietarios habían fallecido, o porque, habida la gran mortandad en la zona, y siendo tanta el hambre, no eran pocos los que acudían a comerse apenas los tallos e incluso las raíces de las plantas que se habían arrancado. Al comienzo de la epidemia los hortelanos dormían al raso, con perro y porra, para evitarse el disgusto de llegar con la amanecida y encontrarse el desaguisado de no tener nada que recoger. Ahora apenas alguna mata sobrevivía. Siguió por la calle Real hasta la de San Gil para entrar a la calle del Medio Culo.

El Veinticuatro sabía que encontraría a Ramiro solo. No se le conocía esposa, y habría de nacer de nuevo el bueno del poeta Ramiro para encamarse con una hembra. Pues cuentan las malas lenguas del barrio, y de media Ciudad, que Ramiro era mariposa. Y si bien es verdad que todos dicen hablar de oídas, no es menos verdad que así lo cuentan para evitar ser preguntados por el origen de los detalles. Ramiro en su juventud gustaba de usar los mejores afeites y galas, y era así mantenido como paciente por un joven de una casa grande de la Ciudad que muchas noches lo buscaba por la Huerta del Rey, donde otros muchos bujarrones se juntaban. Y así estuvo amancebado por un tiempo con el joven hidalgo, vistiéndose que incluso una moza parecía, a decir de algunos. En una casa de juego del Arenal, y de la mano de un alguacil, se organizaban fiestas clandestinas, donde éste ofrecía mocitos galanes a otros muchos sodomitas de toda condición, pues cuentan que hasta algún clérigo se hacía ver por allí para entregarse al fuego del pecado nefando. En las fiestas, Ramiro, que ya de bien joven era de buen beber, y a espaldas de su mantenedor, alternaba versos y carantoñas con la concurrencia, y hasta canturreaba como una actriz en un corral de comedias. Y así fue sumando amantes el meliflúo mozuelo. Hete aquí que Basilio, un esclavo mulato que había comprado su libertad bien como agente, bien como paciente, en los tortuosos caminos de una sodomía incorregible, le comenzaron a molestar las gracietas de Ramiro en cuanto éste le sisó alguna noche contra natura con alguno de los habituales de la casa de juegos. Poco tiempo faltó para que el mulato le relatara tales andanzas al joven que estaba enamorado de Ramiro. Se dijo entonces que el muchacho cayó en tal postración que su familia lo daba por loco, y que lo mismo se llevaba días en la cama sin salir, que se echaba a la calle a buscar a Ramiro, que, advertido por unos amigos, había alquilado una habitación en una casa de huéspedes por San Julián. Pasadas unas semanas el joven, a punto de quitarse la vida, confesó a sus hermanos la historia. Y así fue que éstos, bien por la venganza, bien por dar un escarmiento a Ramiro y ahorrar futuras confesiones que dieran con ambos en la cárcel, decidieron tomarse la justicia por su mano. Ramiro, al cabo de las semanas, había vuelto a pasear por las Huertas del Rey, por quitarse esa soledad a la que la pensión y el aislamiento lo habían condenado. Una noche, cuando estaba retozando bajo una higuera con otro mocito, lo encontraron los hermanos. Se quitaron de enmedio al otro con rapidez, pues no le hizo falta más que un palo y un miedo atroz al castigo que tenía tamaño delito para salir corriendo mientras oía los gritos de Ramiro.

Cuando lo recogieron unos arrieros, ya al alba, lo creyeron muerto. De las heridas que cura tenían, tardo semanas en mitigar el dolor, y quedóle una cojera para siempre. En la casa de juego se dijo que había muerto. Y a fe de los que lo conocían así era. Nunca volvió a la Huerta, ni a los afeites, ni a las ropas de moza. A Ramiro no le quedó más placer que el de declamar unos versos en una taberna, tan ebrio que no se sabía quién reía más de él, si los mozos o él mismo.

Lo encontró sentado a su propia puerta, algo que, siendo normal en la Ciudad, se había tornado en desuso desde el inicio de la epidemia. Ventanas y puertas cerradas guardaban a las gentes de las miasmas malélicas, y los habitantes, acostumbrados como estaban a la luz, se vieron recluidos en la oscuridad de las casas. Ramiro había sacado la que, casi con toda seguridad, era la única silla que tenía. Vestido apenas con unas calzas y la camisa, hojeaba algo entre sus manos.

–Buenos días, Ramiro –el poeta tenía la faz ojerosa, pero la mirada, lejos de ser ausente, brillaba–. Estando como está la Ciudad no parece muy recomendable sentarse a la puerta. Se ve pasar la muerte con tanta frecuencia que la tienta uno más de lo necesario.

–Buenos días tenga vuesa merced, que un saludo así puede seguir haciéndose mientras estemos vivos –dijo con un atisbo de sonrisa, lo que le daba un cierto aire de orate, ahí sentado medio desnudo como estaba. Miró el cuadernillo que tenía entre manos y se lo enseñó, agitándolo con aire triunfante–. Le dije a vuesa merced que lo encontraría.

El Veinticuatro lo tomó entre sus dedos, no sin cierta aprensión. Eran apenas unas hojas cosidas, que no llegarían a la treintena. Algunas se habían desprendido de su precaria encuadernación, y colgaban perdidas de apenas un hilo.

–Recordaba esos versos, o más bien el aire que tenían –continuó Ramiro–. Y créame vuesa merced si le digo que he pasado varios días en vela. Primero anduve buscando por mi casa, pero no hallé nada entre los libros que guardo. Mas había algo en esas líneas que me resultaba familiar. Es un halo místico, pero sin la calidad de los clásicos en la materia. Como aún me quedan amigos recurrí a uno, que además de guardar un buen número de libros de este estilo, aún me debe algún favor. Así que fui a su casa, pero por mucho que llamé nadie abrió la puerta. Al día siguiente, cuando volví buscando diferente suerte, un vecino me dijo que se lo habían llevado al hospital en Triana y que ya nadie quedaba con vida en la casa. Una desgracia, otra más. Así que decidí volver ayer al atardecer. Pude entrar por una puerta que da al corralón trasero, y por la que alguna vez hube de salir a escondidas. Ha sido una noche de mucha lectura a la luz de la lámpara de aceite, pero ahí lo tiene.

Ramiro se levantó, con la cojera de la que todo el mundo conocía su origen. Le tomó el librito de las manos al Veinticuatro y encontró el poema en una de las primeras páginas.

“Olvidado he, Señor, el olor de la vida.

Dejo en la carne enterrado el tacto de las cosas.

Los que oro me dieron, me apartaron de las rosas.

Y sin entender ya siento mi alma desasida.

Quedan mis labios mudos en su Sagrado anhelo:

Que, de llorar tus llagas, temblor estremecido,

Contemple tu Amor de brote carmesí nacido

Y a Tu encuentro salga...”

Lo recitó con dulzura, recreándose en cada palabra, dejando que éstas se deslizaran una tras otra, buscándose, atraídas sin remedio, como un racimo de uvas inseparables, para acabar todas sin remisión en los labios. Don Fernando guardó unos instantes de silencio. Volvió las hojas para buscar la portada y leyó el título en voz alta:

–*Breviario de las Oraciones que se han de decir para la mejor Contemplación de Dios.*  
Catalina de Jesús. 1624.

Un súbito escalofrío hizo que la cara se le congestionara. De una u otra manera todo este asunto iba y venía a Catalina de Jesús a cada paso que daba.

–No sé en qué asunto anda vuesa merced –terció Ramiro al ver el gesto del Veinticuatro–. Mi amigo, y que Dios lo guarde en gloria, tenía cierta curiosidad por libros que no han estado, por así decirlo, entre los preferidos por nuestra Santa Iglesia. Y si fui a su casa fue porque desde el inicio el poema me recordaba a otros que no han circulado por el corrillo habitual de las letras. No sé si este librito está en algunos de esos índices de los que la Inquisición hace cenizas, pero cerca debe andar. Yo os lo regalo, que bastantes problemas tengo ya. Y además tampoco me gustan demasiado esos poemas.

Don Fernando volvió a tomar el cuadernillo y esta vez se lo guardó entre el colete y la camisa, de donde, con el mismo movimiento sacó una bolsa con unas monedas.

–Ramiro, esto es suyo, no me las rechace. Me ha servido de gran ayuda y quiero que me recuerden con bien nacido –dijo el Veinticuatro a la vez que alargaba la bolsa. Pero Ramiro enseguida adoptó una teatral pose para rechazarla.

–No se ofenda don Fernando, que no le rechazo el pago, sino que no es necesario pues no tiene deudas conmigo, que la visita y el encargo ya suman suficientes ducados para este poeta. Ya sabe vuesa merced que la moneda de uso corriente en la Ciudad es la puñalada por la espalda. Pero si uno adquiere suficientes méritos, aquí se paga siempre con diligencia usando el olvido. Que ya sé que no soy un hijo predilecto, ni un poeta de luces, pero he callado tanto para no dañar a nadie que de tanto silencio me he disuelto en el aire como el humo de un quemadero. Hoy, como otros muchos, soy invisible. Así que si no quiere vuesa merced compartir un vaso de vino barato...

El discurso de Ramiro quedó interrumpido por unos gritos. Una mujer se cruzó con ellos corriendo, mientras llevaba a su hijo en brazos tratando en vano de taparle los ojos. Salieron el capitular y el poeta del callejón del Medio Culo en dirección a la calle Real, de donde provenía el creciente rumor. Llegaron hasta ella cuando una ventana se cerró dejando amortiguado un "Que Dios Nuestro Señor nos asista". Pudieron ver que las gentes huían al paso de un carro. El Veinticuatro intentó adivinar qué ocurría. Decenas, centenares de carros atravesaban a diario la Ciudad con su cargamento de muerte. A veces cundía la desesperación entre quienes podían ver algún carromato llevando cadáveres de niñas que venían de la Casa de las Huérfanas. Pero todos se habían acostumbrado a lo que antecedía el lento pasear de las mulas y el ruido del rodar del carro.

Pero aquel sonido del empedrado batido por las ruedas de madera traía algo más consigo. El Veinticuatro pudo advertir un ruido de arrastre y sordo golpeteo, irregular, sin el ritmo de las

ruedas y sus imperfecciones que se repetían a cada paso. Cuando el traqueteo del carro paraba, ese otro sonido también cesaba. Dos personas se apartaron corriendo y pudo verlo. El arriero tiraba de dos mulas cuyas costillas amenazaban con salirse del cuerpo. El hombre llevaba una camisa y un jubón, amén de un pañuelo que le cubría toda la cabeza y la boca. Llevaba una mano a la rueda y en la otra un bastón que le servía para apoyarse fatigosamente en el suelo. A una de las bestias el arnés le había producido una herida, que tenía abierta y llena de moscas. El carro estaba desvencijado y, con abundantes manchas de sangre, sus tablas crujían ante el número de cuerpos que cargaba. Era difícil hacer un cálculo. ¿Veinte? ¿Quizás treinta? Por un lateral asomaban varios brazos colgando, pero era imposible ver a quiénes pertenecían. Los cuerpos se hallaban sepultados por otros y no se veían más que extremidades que sobresalían. Pero el horror venía a continuación.

El arriero se habría encontrado con más carga de lo que su carro podía transportar. Quizá había intentado amontonar los cuerpos y se habían caído varias veces, produciendo ese horrible sonido de los huesos contra el suelo de la calle. Quizá no quería tocar los cuerpos más de lo necesario, recogiendo cadáveres cada vez que éstos se caían. Quizá quería aprovechar cada viaje al máximo transportando toda la carga posible.

Con una cuerda había ido atando varios de los cuerpos que no cabían en el carro, y los lleva arrastrando por el suelo. Espantado, el Veinticuatro pudo ver el cuerpo de un hombre, cuya cara ya era irreconocible después de haber sustituido la piel por tierra y toda la inmundicia que fue encontrando por el camino. En el infame cordal le seguía un niño, atado alrededor del pecho, con una pierna en una postura imposible, dislocada hasta que el talón iba golpeando una de las sienes. Don Fernando contó al menos seis cuerpos más, entre ellos el de una mujer a la que se le había desgarrado el vestido, dejando ver un cuello lleno de bubas y dos generosos pechos que nadie se atrevía a tapar para darle una mínima honra a la hora de la sepultura. Los cuerpos siguieron su camino tras el carro, chocando unos con otros, con las piedras, arremolinados y envueltos en una mezcla de polvo, miembros, basura y sangre.

El Veinticuatro volvió la vista para buscar en Ramiro alguna palabra de consuelo, pero el poeta ya se había marchado. Pudo verlo alejarse, dando cojetadas hacia el callejón del Medio Culo. Siguió los pasos del carro, dejando a un lado la Iglesia de San Gil, que se abría a una pequeña plazuela, y la muralla junto a la Puerta de la Macarena. Los alguaciles, que impedían salir a mirar a los curiosos le franquearon el paso. Se asomó fuera de la muralla y el hedor lo sorprendió. En el trecho que va de la puerta al hospital de la Sangre, un ejército de muerte había acampado. Unos esperaban cama, sabiendo que se la dejaría libre un cadáver que iría camino del carnero que había junto a la Puerta. Una multitud de moribundos estaba desperdigada aquí y allá. Unos gritaban, otros se lamentaban, y otros muchos apenas eran un murmullo de dolor. Ante la falta de religiosos algunos confesaban a voces, levantando las manos, buscando auxilio ya más en el otro mundo que en este. Cientos, miles de personas, habían ido allí a morir. A un lado, un alguacil de la puerta espantaba con una vara a un perro que habría escapado del sacrificio y merodeaba el cuerpo de un niño y ya había intentado llevárselo arrastrando un par de veces.

Pudo distinguir algún barbero, con un batón manchado de sangre, señalar entre los cuerpos a uno aquí y otro allá, que los mozos iban cargando en otros carros para llevarlos al carnero que había junto al hospital. El olor a muerte era insoportable. Se mezclaba con el humo de fuegos improvisados que servían para mitigar el relente de la noche, y por el día para quemar en él algunas hierbas. Pero ni todo el romero del mundo hubiera podido esconder ese hedor. En algunos de esos fuegos se amontonaba basura, ropa, pertenencias, todo lo que los muertos iban

dejando en la explanada. Los cuerpos al carnero, el resto al fuego. Hasta donde le alcanzaba la vista, donde gira la muralla y se ven las huertas de los frailes capuchinos, todo era una alfombra de cuerpos, unos aún vivos y otros ya muertos, esperando su turno, que a fin de cuentas era el mismo. Las ratas iban de aquí para allá, y ni el llanto de algún niño vagando perdido por aquel infierno las espantaba.

Don Fernando comenzó a andar entre la multitud agonizante. Tenía cuidado de no pisarlos. Se echó el capotín a la boca, tratando de no respirar un aire pútrido, de cientos, miles de cuerpos muriéndose al sol. Unos iban en sillas, otros con colchones que habían traído de casa y en los que podía verse a veces tres y hasta cuatro personas echadas, y donde a veces alguna ya llevaba horas muerta, pero era tal el calor que se guardaban unos cuerpos contra otros que tardaban en notar el frío de aquel que ya había transitado al otro mundo. El hedor era tan terrible que el Veinticuatro vio tambalearse a los propios frailes que echaban los cuerpos al foso, con grande peligro de caer a tan inmensa tumba.

Era de tal dimensión el desastre que contemplaba que apenas podía reaccionar. Contenía unas grandes arcadas como podía, pero, allí donde miraba, la muerte, la pestilencia, lo acechaba. Aturdido caminó sin rumbo, esquivando una mano flácida que colgaba de un cuerpo, o un cuello que, con no menos de seis landres, se estiraba buscando un último aliento. Oyó un llanto de un niño. Estaba cerca pero no podía verlo por la gran cantidad de colchones, esterillas y otros enseres que allí había. Pudo ver los pies de una persona asomar inermes bajo una manta. El llanto venía de allí. Tiró de la manta y vio con terror a un niño aferrado a los pechos muertos de su madre, por cuyo cuello asomaban varias landres. Un religioso que había cerca acogió al niño en brazos y se lo llevó al Hospital. Cerca de la puerta de entrada unos sacerdotes acogían en confesión a todos los que entraban, que era grande labor pues si más de veintidós mil personas murieron en el Hospital, todas lo hicieron en paz de Dios, y con ellas los más de ochocientos ministros que perecieron por permanecer en aquel infierno. Frailes de distintos hábitos entraban y salían llevando cuerpos, entregando comida, abrazando al que ya no tenía más que muerte en sus venas.

–Unos venimos aquí con grandes pecados a purgar, y encontramos a estos santos para redimirnos –le dijo una anciana que parecía tan sana que podía cuidar de tres niños, no sabía el Veinticuatro si hijos o nietos.

–Sin duda el Altísimo los tendrá en su Gloria llegado el momento, que esperemos sea tarde por el bien de tanto desventurado –terció el Veinticuatro mirando a dos frailes que venían del carnero. Por el camino se paraban a escuchar a quien los llamaba. Más adelante se detuvieron cerca de un cuerpo inerte. Desabrochada la camisa le asomaban las enormes bubas. Uno de los frailes se inclinó hasta posar su oído en el pecho. Negó con la cabeza y siguió su camino.

–Ese que vuesa merced ha visto poner su oído sobre las bubas para oír el latido es Fray Blas de Milla. Cuentan que ya ha cogido la peste tres veces, y por ahora se ha resistido a morir. Se dice que, en una de las noches de fiebre, yendo con otro fraile, cayeron los dos a un Carnero. Y mientras el otro murió, Fray Blas pudo salir a las pocas horas por su propio pie.

–¿Y el otro que le sigue con cara de pesadumbre?

–Es Fray Eufrasio de Guzmán. Algunos dicen que ha enterrado a más de cuatro mil cadáveres. Si se fija vuesa merced verá que tiene dos landres sin abrir. Se ve que Dios Nuestro Señor rescata a los mejores de las garras del diablo para que puedan ayudarnos a los demás en este tránsito –dijo la anciana mientras acariciaba el cabello rubio de una niña que no tenía más de

doce años, y que ya no respiraba.

El Veinticuatro vio alejarse a los dos frailes. El hedor lo golpeó de nuevo en la cara con un cambio del aire. Contuvo una arcada y emprendió el camino hasta la Puerta de la Macarena. Había oído hablar de este escenario de muerte en el Hospital de la Sangre, pero lo que había visto no podía menos que ser el mismo Infierno.

Con el alma en vilo, al tomar por la calle Real pudo ver a algunas gentes arrodilladas. Un hombre que allí estaba no pudo más y de las grandes arcadas le vino un vómito. Por entre las gentes, un sacerdote portaba al Santísimo Sacramento de la Iglesia de San Gil y se marchaba buscando la calle de la Feria. Las gentes se arrodillaban a su paso y lloraban con desasosiego.

–Es tan grande el hedor que se llevan el Santísimo. Han sido en la propia Iglesia no pocas las escenas impropias causadas por la fetidez que hay fuera. La repulsión que emana del Hospital y alrededores no la soportan ni las almas más fuertes –oyó decir a unos hombres que habían presenciado el traslado.

Y así Dios abandonaba ese mar de pestilencia dejando a los desdichados en manos de unos mártires.

## CAPÍTULO XVIII

Martes, veintidós de junio de 1649

A medida que pasaban los días el Veinticuatro notaba cómo le iba faltando el aire. No había rastro del Santo Cristo ni de quienes lo habían robado. Podía estar en cualquier sitio, Quizás en la casa de al lado. En el palacete que había unos metros más allá. O puede que haya salido de la Ciudad hace días. Nadie sabía nada, nadie había visto nada. Y es que, hallándose la Ciudad en este estado de desdicha, andaban las gentes más ocupadas en buscarse landres y bubas que de escudriñar esquinas por si veían a la más grande reliquia que haya existido nunca en la Ciudad.

Mientras desayunaba esa mañana había oído a Manuel decir que en el mercado habían pedido por una gallina cuatro reales de a ocho de plata. Y que se inició tamaña trifulca que hubieron de intervenir los alguaciles para apaciguar a la multitud. Cada día eran más comunes los tumultos en la Ciudad, y el Veinticuatro había ordenado a los criados que salieran de casa solo lo necesario. Ahora, con Lina y Manuel como servicio y estando solo él en la casa había poco que hacer y no era necesario ir a comprar cada día. Así que, con las puertas cerradas, se mataba el tiempo en la casa como en otras tantas de la Ciudad. Pero don Fernando había de salir.

Apenas tenía ninguna pista más que una calle a vigilar donde, según Elvira Bucarelli, iban a visitar a un médico que curara unas dolencias que don Carlos Cegarra sufría y que, según ella, pudieron llevarlo a la muerte como otros muchos apestados. Mas don Fernando sabía por el testimonio de Zúñiga que Cegarra había muerto acuchillado. Decidió volver al convento de San Agustín, donde comenzó todo. Quizás alguien recordaba un detalle. Y si no al menos podría hablar con los cofrades del Cristo.

Tomó la calle Santiago abajo, dejando a la derecha la Iglesia de Santiago y a la izquierda el convento de las Descalzas. Como la mayor parte de los conventos de monjas, apenas había sufrido de la pestilencia, aislado como estaban de la Ciudad y de sus basuras, y de sus charcas hediondas, y de sus animales muertos en la calle, y de sus tumbas abiertas. Y fueron estas monjas de socorro tan grande que a través del torno todo lo que recogían de sus huertas lo daban a los enfermos.

Caminaba el Veinticuatro en dirección a la Puerta de Carmona. Podía oír los carros cargando cadáveres por la calle del Azafrán y otras que daban a la muralla para buscar la Puerta del Ossario, donde había otro carnero como el que había visto en la Macarena. Cuando salió extramuros pudo ver la hilera de muerte que iba camino de la gigantesca sepultura, donde irían a tirar todos los cuerpos. Un buen día también caerían los acemileros, los que cargaban los cuerpos. A todos los que tenían contacto con la muerte, ésta se les metía en el cuerpo y se los terminaba llevando.

El Convento de San Agustín parecía tranquilo, mirando al frente a la Puerta de Carmona. Tan enorme que parecía haberse quedado a las puertas de la Ciudad porque no cupiera dentro. La portada, de piedra de cantería, sostenía con sus columnas un frontispicio de mérito, y que dejaba extasiado a todos los que pasaban por su lado, pues es bien conocido que es, junto con la Casa Grande de los franciscanos, uno de los conventos principales de la Ciudad.

El hermano que guardaba la puerta lo hizo pasar por el compás al claustro, a la espera del



Prior. Veía la puerta que daba a la Iglesia, que permanecía cerrada por no recordar más a los hermanos la ausencia tan presente. Era la tercera vez que visitaba el Convento. El cielo azul se colaba por la arquería de pilastras, buscando bañar la rica azulejería de la planta. Grandes vigas de madera atravesaban el pasillo de lado a lado, con una robustez que, no en vano, chocaba con la delicadeza de los tonos azules y dorados de las cerámicas. En el piso superior, la arcada, más amplia, era sostenida por finas columnas a pares, lo que dejaba a la luz camino abierto para rebotar en las blancas paredes, dando la sensación de que no había techo.

El Prior no se hizo esperar. No sin cierta pesadumbre, el Veinticuatro lo notó avejentado. Era un vascón duro, ceñudo, de nervio y roca, pero el goteo de muertes de algunos de sus hermanos que salían a ayudar por los campos a los apestados lo había llenado de congoja. Camino al refectorio le fue contando su desazón, de cómo había conventos que habían perdido ya a la mayoría de sus frailes. En San Basilio habían caído una veintena, más de cuarenta en la Casa Profesa de los jesuitas entre frailes y sirvientes, y casi sesenta en la Casa Grande de los carmelitas. Don Fernando escuchaba y recorría con la vista las columnas, sobre la que descansaba una ménsula con el escudo de los Ponce de León, y de la que partían las nervaduras que huían buscando la clave del cielo para toparse con el techo.

Casi todas las reses que pastaban en los campos propiedad del convento se habían primero vendido mientras merecía la pena, y luego sacrificado para cuando fue cada vez más difícil conseguir carne. La comunidad no pasaba hambre, le dijo el Prior, y no son pocos los que salen a ayudar a los necesitados, bien por los caminos bien por los hospitales, donde hay mucha necesidad.

Don Fernando recordó las imágenes del día anterior en la explanada frente al Hospital de la Sangre, frente a la Puerta de la Macarena. Centenares de personas de toda condición, esperando la muerte. El Prior le contó un caso que le había relatado un novicio, que tuvo lugar en dicho hospital. Enfermó un mercader que había ganado algunos dineros, y encontrándose ya en trance de muerte guardó sus últimas fuerzas para caminar hasta el carnero con su propio colchón y echarse en él a expirar junto a miles de cadáveres. El Veinticuatro sintió un gran escalofrío al imaginar ese último paseo en el que, el hombre, en el momento postrero, se ve acompañado por la muerte, que le ayuda a llevar el colchón para avivarle ese último tránsito. ¡Qué sombra de desesperación se ha venido sobre la Ciudad!

Habían llegado al pie de una escalera de piedra que ascendía flanqueada por una rica cerámica. La luz entraba por una serie de ventanas que acompañaban en su ascenso a la escalinata. El techo estaba rematado por un artesonado de madera, ochavado, y con rica talla. Recordaba que por ahí se iba a la biblioteca. Don Fernando le fue contando al Prior algunos de los avances. Cómo habían detenido a uno de los embozados pero no habían podido sacarle confesión alguna más allá de algunos versos.

—Así que lo único que tenemos, estimado Prior, es un poema recitado por un moribundo que, al parecer, fue escrito por una tal Catalina de Jesús hace unos años —lanzó el nombre sin relacionarla con la causa de los Alumbrados, pues él mejor que nadie sabía cómo en aquella secta de exaltados se engañó también a gentes de buenas y cristianas familias que no se dieron cuenta de que bailaban con una herejía hasta bien tarde. Y por el propio oprobio que sentía el Veinticuatro por cómo su madre se vio envuelta en aquello y por ende toda su familia. Cada vez que aquella historia pasaba por su mente sentía el dedo acusador de la hipócrita Ciudad apuntándole.

El Prior mudó la cara. Don Fernando advirtió el gesto, pero dejó que el silencio, que era

sin duda diálogo interior a gritos, siguiera su curso. Un fraile bajaba por la escalera. En el piso superior, además de la biblioteca, por un pasillo largo se llegaba a las celdas donde dormían algunos frailes. El Prior no respondió al breve saludo. Su cara angulosa y avejentada contrastaba con los azulejos. Unos motivos geométricos jugaban con la vista, simulando relieves que parecían salir de las paredes. Los frisos que lindaban con el techo se enriquecían con amplias cenefas de motivos florales de un fondo amarillo que alternaban con bandas de un azul intenso.

–Una prueba más nos manda el Señor de cómo el pecado vive en esta Ciudad a sus anchas. Ya sabrá vuesa merced cómo en mi vida he pasado por muchos y distintos conventos, y a Fe mía que en ninguna parte del orbe está el demonio tan a gusto como aquí.

El Prior comenzó a desandar el paseo que habían hecho para volver por el refectorio hasta el claustro. Mientras tanto le fue contando las muchas vicisitudes que sufren con los novicios, pues unos son por vocación, otros vienen para poder comer caliente y algunos asimismo acaban con los hábitos forzados por la autoridad eclesiástica. Y si bien no son pocos los que acaban siendo expulsados de la congregación pues su corazón pecador lo convierte en una manzana fuente de podredumbre para todo el cesto, otros se convierten en hombres prominentes en la comunidad.

–Recordará vuesa merced la causa contra los Alumbrados, hace ya más de veinte años –el Veinticuatro sintió mezclados el rubor de la vergüenza interna, y la duda de si el viejo Prior era conocedor de la historia de su madre entre los Alumbrados–. Fue herejía inmundada que rechazaba el culto a las imágenes, pues si Dios estaba en nosotros, qué mayor gracia había que contemplar nuestro interior. Y así se entregaban a la Comunión en desmesura, y rechazaban toda oración. Una de las principales encausadas fue Catalina de Jesús, que creíase toda anegada ya del Espíritu Santo, y tomándose por beata se dedicó a entregar cabellos y trozos de su ropa como reliquias. Muchos de sus seguidores fueron no sólo gentes del vulgo, sino también grandes nombres de las nobles casas de la Ciudad. Pero también arraigó la herejía entre los religiosos. Y aunque de esto nada se dijo, muchos de ellos lo fueron por el trato que tuvieron con la beata, pues no fueron pocos los testigos que dijeron que Catalina los recibía de noche".

"Catalina fue condenada a seis años de reclusión en un convento, incluyendo ayuno y oración diarios, y la visita de un confesor. Fueron quemadas sus reliquias, que muchas eran las veneradas por sus seguidores desde cabellos a trozos de su hábito. Y también fueron recogidos sus escritos, apenas unos panfletos de varias hojas cosidas, que repartía entre sus devotos. Casi setecientos fueron condenados en el Auto de Fe de 1624, muchos a exilio o reclusión en beaterios y conventos. Uno de ellos fue el hermano menor de Catalina, que, poderosamente influido por los lazos de sangre y la jerarquía familiar, abrazó la herejía y se encargó de distribuir los escritos de su hermana. Se convirtió con el tiempo en uno de sus más fieles partidarios, componedor de sus conventículos, y vendedor de sus reliquias y libros. En el Auto de Fe fue condenado a reclusión en este Convento de San Agustín, y su nombre es Matías, nuestro bibliotecario".

El Veinticuatro tragó saliva, cuidando de no sonreír, regocijado en su alma pues cuando una puerta se cierra, Dios Nuestro Señor acude en nuestra ayuda abriendo otra. Se palpó el coleteo por fuera, donde notaba que llevaba el libreto de Catalina.

–¿Podría hablar con el hermano Matías?

El Prior intuyó desde el primer momento la gravedad del gesto del Veinticuatro. Volvieron por el refectorio hasta buscar la escalera de piedra. A don Fernando le palpaban las sienas. Todos los hilos que habían llegado hasta él habían muerto tarde o temprano. Primero fue don

Carlos Cegarra, después el embozado que capturaron en los baños, para terminar con la propia Catalina de Jesús. Camino de la biblioteca se encontró rezando para no hallar a Matías muerto sobre el escritorio.

Al abrir la puerta lo encontraron inclinado sobre lo que parecía unos pliegos de hojas donde tomaba anotaciones. Al verlos entrar se levantó, inclinando la cabeza ante su superior y el Caballero Veinticuatro que él conocía se encargaba de la desaparición del Santo Cristo. Cuando iba a preguntar en qué podía ser de utilidad se encontró casi delante de sus ojos con un cuadernillo que el Veinticuatro le entregó y él conocía tan bien. Don Fernando esperaba algún tipo de reacción que resolviera el entuerto, un llanto desconsolado, una confesión, pero no halló más que una sonrisa de media boca, no exenta de cierta ternura.

–Algunos quedan por ahí. Ya le habrá contado el Prior Recarte la desventurada historia de mi hermana Catalina, que me arrastró la pobre, en sus pocas luces, por el camino de la herejía –dijo devolviéndole el librito, del que pendían las hojas como en un otoño tardío–. Por fortuna entré en este Convento para tres años y aquí me he quedado toda la vida –dijo sentándose en el escritorio más cercano, aparentando el cansancio de quien huye toda la vida del sambenito de la Inquisición y del dedo acusador de la calle–. ¿Y cómo ha llegado esto a manos de vuesa merced?

Don Fernando le refirió entonces la historia de los embozados en los baños, y de cómo capturaron a uno, que se les fue al otro barrio a causa de las heridas, sin dejar más triste confesión que unos versos, que fueron identificados por Ramiro el poeta en el libreto que guardaba un amigo.

–“Olvidado he, Señor, el olor de la vida” –comenzó a recitar el Veinticuatro, que fue de inmediato respondido por el bibliotecario:

–"Dejo en la carne enterrado el tacto de las cosas. Los que oro me dieron, me apartaron de las rosas..."

Y hubiera seguido de no haber notado la mirada recriminadora del Prior, que no estaba del todo satisfecho de que en su Convento tuviera de pronto lugar un torneo de poesía herética. Matías le contó que desde que vio a su hermana en el Auto de Fe no supo más de ella. Hubo conocido que estaba en el Emparedamiento de San Ildefonso, y le mandó recado para hacerle saber que estaba en el Convento, por entonces ayudando al hermano Anselmo, entonces bibliotecario. Pero no recibió respuesta. Y teniendo como tenía él libertad para entrar y salir del Convento una vez ingresó en la orden y ya cumplido el castigo, nunca hizo por verla. Parecía que hablaba de un amor traicionado, y lo hacía con una lucidez de quien, conocido el engaño, al menos agradece el buen tiempo de anhelos compartidos. No albergaba ni un ápice de rencor, y el Veinticuatro hubiera asegurado que había hasta agradecimiento, porque de no haber emprendido con ella el camino del pecado, no habría conocido ahora la luz de Dios.

–Lo único que he guardado todos estos años de mi hermana es ese mismo cuadernillo, uno de los primeros que se imprimieron, y que no vendí por quedármelo yo. No era más que un jovenzuelo que admiraba las multitudes que Catalina movía. Lo tengo en el mismo sitio desde hace años –se fue diciendo mientras iba a una de las estanterías del fondo. El Prior agachó la cabeza, en un mea culpa que al Veinticuatro se le antojó innecesario. Don Fernando, por su parte, no podía ocultar la decepción de quien pensaba que iba a desentrañar un misterio y se encuentra de nuevo con un camino cerrado. Dejó vagar su mirada por la estancia, saltando de estante en estante, comprobando cuán abigarrados se amontonaban los libros, legajos, libretos y carpetones. Dejó salir el aire de su pecho, y el suspiró sonó tan intenso que le impidió oír las palabras de Matías

desde el fondo de la biblioteca. La segunda vez sonó mucho más nítido—: No puede ser. ¡No puede ser!

El fraile venía hacia ellos con un libro en las manos. Lo miraba perplejo, y se tropezó con uno de los escritorios mientras caminaba absorto en el volumen que tenía en sus manos. El Prior Recarte lo miraba extrañado, tratando de entender las murmuraciones del bibliotecario. Su gesto cambió en un instante, lo que no pasó desapercibido para don Fernando. Matías le entregó el libro que traía en sus manos, y el Veinticuatro pudo ver que su cara era una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Aquí tiene vuesa merced el Libro del Vergel de Oración y Monte de Contemplación de nuestro Hermano Alonso de Orozco. El libro que creíamos desaparecido—. Don Fernando lo tomó en sus manos y lo hojeó. En efecto, y como en su día ya le contaron no era éste un volumen de ricas ilustraciones, ni de una antigüedad que le supusiera algún valor, pero sin duda un tesoro para la orden.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el Prior—. ¿Y cómo es posible? —el anciano fraile sonreía mientras iniciaba el relato de la vida y milagros de Alonso de Orozco. El hermano Matías se volvió hasta la estantería de la que había traído el libro. Don Fernando supo que algo no iba bien. Lo veía al fondo de la biblioteca repasar uno a uno los volúmenes apilados en el anaquel. Luego se agachó y abrió las portezuelas de la parte inferior y siguió revisando libretos, legajos, carpetas y documentos. El Veinticuatro se fue acercando, dejando la alocución laudatoria del Prior, ensimismado con la recuperación del libro.

—No lo encuentro —se adelantó Matías, que lo había sentido llegar—. El libro de mi hermana no está, y desde hace años lo guardo aquí, tras estas pequeñas puertas. En este pequeño armario tengo documentos sin valor, o alguna pequeña rareza como ésta. La llave siempre está puesta, porque ya le he dicho que apenas soy yo y algún fraile más que viene a leer los que venimos a la biblioteca —iba sacando pequeños libros y los iba revisando y amontonando a un lado—. Nunca guardo volúmenes como el Vergel aquí. Así que alguien lo ha puesto.

Iban saliendo poemarios, cancioneros, pequeñas reseñas históricas, antiguos breviarios Y hasta libros de recetas. Don Fernando comprobó que aquél no era un escondite de libros heréticos, sino más bien un lugar a donde iba todo aquello que Matías no quería tirar a pesar de no tener un gran valor enciclopédico. Era difícil que alguien que no fuera Matías supiera lo que había.

—No parece sencillo buscar aquí, hermano Matías —terció el Veinticuatro.

—Lo es si se sabe lo que se busca. Desde que por castigo de la Santa Madre Iglesia ingresé en el convento estoy en la biblioteca. Primero como ayudante. Y desde el inicio aprendí a clasificar los libros. Tenemos un índice donde pueden buscarse los volúmenes que entran cada año —Matías se incorporó y se dirigió seguido por don Fernando hacia un atril grande y vetusto a la entrada de la biblioteca. En él reposaba un volumen muy principal—. Como puede ver, aquí figura cada nuevo libro que ingresa, de quién es la donación y la estantería donde se encuentra.

Don Fernando pudo comprobar la abigarrada letra del hermano Matías, anotando con precisión cada movimiento de su particular dominio. Entendió por qué su hermana le cedió, durante el auge de los Alumbrados, el control de las cuentas y la administración de todo lo que hacía, fueran libros o reliquias. El fraile fue remontando años hasta encontrar el asiento donde se hallaba el libro que buscaba.

—Aquí puede verlo. Se entró en 1629. Yo llevaba ya cinco años de ayudante y me

encargaba en exclusiva del archivo. Mi sucesor, que Dios lo guarde en su Gloria por muchos años, estaba anciano y ya no veía bien.

–¿Y por qué lo inscribió? ¿No prefería guardarlo en secreto?

–Estimado don Fernando, yo renuncié de corazón a la herejía, y si guardé el libro fue por el amor que a pesar de sus engaños le profesó a mi hermana. Y debe saber vuesa merced que, habiéndome encontrado en el Castillo de Triana a merced de la Inquisición, y sabiendo cómo se las gastan, y siendo mi amor grande, no lo es tanto como para que me encuentren en mi celda el libro. Durante las pesquisas de los inquisidores las damas de la Ciudad lo entregaban como muestra de arrepentimiento. Y no es un libro prohibido, no está en ningún índice de textos heréticos y aunque la gran mayoría se quemaron cualquiera puede tenerlo. No llegó a tener valor ni para ser perseguido. Quedó como una curiosidad, y no queriéndome deshacer de él lo guardé como tal.

–¿Alguien más sabía que lo guardaba aquí?

–No. Ya le digo que no entra mucha gente. Pocos consultan el índice, y la mayoría son frailes que se aventuran a conocer los grandes textos de esta biblioteca.

–Pero cualquier puede haberlo encontrado como nosotros hemos hecho en el índice – insistía el Veinticuatro.

–Así es, si se sabe bien lo que se busca. Pero solo mi hermana sabe que guardo un ejemplar. Ya le conté que cuando ingresé en el Convento, poco después del Auto de Fe, le mandé recado al Emparedamiento de San Ildefonso. Yo aún creía en todas sus locuras, y le escribí que guardaba sus cosas y que ya trabajaba en la biblioteca.

Don Fernando sufrió un aluvión de luz interior. Si Catalina sabía que su hermano guardaba su libro ella pudo bien habérselo dicho a los embozados que fueron a visitarla al beaterio. Y sabiendo cuán diligente era su hermano supuso que tarde o temprano acabaría guardándolo donde nadie buscaría una herejía: en la biblioteca del Convento.

–Y dígame hermano Matías, ¿Cómo creyó que le faltaba el Vergel?

–El día del robo del Cristo se formó un gran revuelo, como puede vuesa merced imaginar. En las primeras horas del alba el Prior nos reunió a todos para instarnos a orar y guardar silencio, pues siendo la gran devoción de la Ciudad, y estando próxima la salida en procesión de rogativas, podía temerse no solo una gran desazón sino un mayor tumulto. Cuando entré en la biblioteca vi el hueco que había dejado el Vergel. No se me ocurrió pensar que lo habían cambiado de sitio, ni que hubieran tomado otro libro, y menos uno que apenas nadie conoce. Además el robo del Vergel casaba bien con el del Cristo como una afrenta a los agustinos.

El Prior se había incorporado al nuevo giro de la historia. Y su cara había vuelto a la angulosa vejez. Hasta ahora pensaba que el robo del Cristo y de un libro de un agustino era una agresión contra la comunidad de frailes, contra la propia orden. Y ahora el peso era mayor, viendo su convento objeto de maniobras de los Alumbrados, la última secta herética que prendió en la Ciudad. Matías advirtió la sombra en la cara de su superior. La culpa fue creciendo en su corazón, sabiendo que aquel libro nunca debería haber estado en la biblioteca, pues no tenía ningún valor para la comunidad de religiosos. Lo había guardado por no querer desprenderse del último recuerdo de su hermana Catalina. Y había endosado la responsabilidad al convento guardándolo entre el resto de los volúmenes.

–¿Cuándo entró en la biblioteca aquel triste día en que tuvieron noticia de la desaparición del Santo Cristo, hermano? –don Fernando buscaba algo entre cualquier nimio detalle.

–Fue poco antes de la comida. Pasamos la mañana orando. Algunos se fueron al huerto o a cuidar las reses que aún nos quedaban. Algún otro, que Dios guarde en su gloria muchos años, marchó al Hospital de la Sangre a asistir enfermos. Yo me vine a la biblioteca pues la mañana anterior nos habían traído algunos libros –dijo señalando unas cajas de madera–. Recibimos muchas donaciones. Esta no parece de mucho valor por lo que he podido ver, pero es cuantiosa. No en vano los tres hermanos hubieron de ayudarme a subir en varias veces estas pesadas cajas desde el coche en el que las trajeron. Y aquí se quedaron pues no volví a la biblioteca hasta después del robo, cuando empecé a ocuparme de ellas. Y en ese momento fue cuando vi que faltaba el Vergel.

–¿Tres hermanos? ¿Quiénes eran? –El Veinticuatro apenas pudo contener los gestos de la cara. Hasta ahora tenía tres embozados alrededor de esta historia, pero por primera vez podía tener un nombre. No tenía ninguna duda de que era demasiada casualidad que tres personas estuvieran rondando la biblioteca el día que desapareciera el libro de Catalina, un día antes de que robaran la imagen del Cristo.

–Dejadme ver, pues lo tengo anotado con las entradas. Es seguro que yo no los conocía, ni su nombre recuerdo que me dijeran, pero estaba anotado en todos los libros –Matías se fue a hojear un pequeño librito que sacó de un cajón desvencijado, de la misma mesa donde estaba el índice de la biblioteca–. Vizcarreto, hermanos Vizcarreto.

Don Fernando sitió un escalofrío por todo el cuerpo. Al fin tenía una pista sobre la posible identidad de los embozados: los tres hermanos Vizcarreto. No los conocía. Es cierto que el nombre le sonaba de algo, pero debían haber llegado a la Ciudad hacía poco. De otra manera conocería a una familia capaz de donar una buena cantidad de libros a un convento.

La historia bien podría haber sido así: los tres Vizcarreto subieron del libro por su visita a Catalina en el Emparedamiento. Por alguna razón les era muy preciado, y optaron por robarlo. Lograron entrar al convento con la excusa de la donación de libros. Con el ir y venir de cajas alguno pudo mirar el índice. Si el Auto de Fe fue en 1624 tenían que partir de ese año para encontrar el libro. Tardarían unos instantes en saber dónde estaba. Algo más les llevaría encontrarlo en el mueble que se indicaba. Si entretuvieron a Matías subiendo y bajando por las escaleras hasta las cocheras por donde habían traído las cajas, alguno de ellos había dispuesto de suficiente tiempo para encontrar el libro. Incluso para distraer el Vergel y cambiarlo de sitio y dejar una pista falsa. Al día siguiente, cuando ya conocían el convento, volvieron a por el Cristo.

Los hermanos Vizcarreto. El Veinticuatro tenía un nombre. Casi tres semanas después de haber empezado la búsqueda se le ofrecía otra pista que seguir.

–Hermano Matías, ha sido de gran ayuda para el Cabildo de la Ciudad, le estamos muy agradecidos –sentía una gran urgencia en salir a buscar ese nombre, Vizcarreto, que se le había clavado de forma indeleble–. También quería comunicarle el fallecimiento de su hermana Catalina. Fue hace dos días, en el mismo Emparedamiento en el que llevaba encerrada estos veinticinco años.

Y se marchó dejando al fraile mudo y al Prior saliendo de su ensimismamiento por recuperar el texto de su beato. Los brazos del bibliotecario quedaron colgando a cada lado del cuerpo, inermes. Su hermana se había marchado de este mundo sin haberle dirigido una sola

palabra desde que se separaron en el Auto de Fe. Se sentó en el escritorio más cercano, sordo a las palabras de consuelo que musitaba el Prior. La culpa era ya un monstruo que lo llenaba. Había traído un libro de pecado a la casa que todo se lo había dado durante años. Se tapó los ojos para ver si, ciego, era capaz de olvidar. El dolor empezó a treparle desde las tripas como una araña.

## CAPÍTULO XIX

Miércoles, veintitrés de junio de 1649

El Asistente de la Ciudad, Conde la Puebla del Maestre, don Diego de Cárdenas, había estado ocupado toda la mañana. El Hospital de la Sangre estaba desbordado, y en Triana ocurría otro tanto de lo mismo. Don Luis Federigui, Alguacil Mayor de la Ciudad, Caballero de Calatrava, y don Pedro Caballero de Yllescas, Alcalde Mayor y Caballero de la Orden de Santiago habían estado informando de algunas de las medidas que habían tomado, bien para abastecer los mercados, para traer colchones de alguna localidad cercana, o para organizar turnos para transportar cadáveres, o si era necesario formar otro hospital o abrir otro carnero. Habían sido nombrados por el propio Rey como diputados del Cabildo para la Junta Real de la peste cuando la epidemia ya se cebaba con la Ciudad. Francisco Ortiz Navarrete, Teniente del Asistente, se había incorporado tarde. Don Francisco había perdido mujer, dos hijos, y treinta criados de su casa. Cuando no había una tarea concreta que hacer se echaba a la calle, repartía comida, o con sus propias manos quemaba ropa en la puerta del Hospital de Las Bubas o de La Paz, en la Plaza del Salvador. Y era tanta su entrega que las gentes cuando lo veían lo veneraban casi como si de un santo se tratase.

Antes de que SM el Rey de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña y Duque de Milán Felipe IV nombrase a la Junta Real, el propio Cabildo de la Ciudad había designado a los Veinticuatro José Campero, caballero de Santiago y Alferez Mayor, Jerónimo Federigui, Caballero de Santiago, Francisco Dávila, Gonzalo Saavedra, Alonso de Ortega, con el hábito de Santiago, Jerónimo Pinelo de Guzmán y Alonso González de Cardeña, Teniente Mayor, como miembros la Junta de Salud de la Ciudad. Y siendo como era grande la necesidad, seguían atendiendo a lo que el Cabildo les pedía conforme a la grave situación que la pestilencia había provocado, pues en cada calle había niños que alimentar, enfermos que transportar y muertos a enterrar. Y era este uno de los grandes problemas que tenía la Ciudad intramuros, que se enterraban a las gentes en las iglesias, y que no habiéndose cerrado una sepultura se abría ésta para echar dentro otros cuerpos. Y que a veces esto tenía lugar a plena luz del día para escándalo de las almas cristianas.

El Veinticuatro don Fernando esperó a que terminara la Junta Real. Luego, en el despacho habitual, le contó al Conde de la Puebla del Maestre cómo, de alguna forma, una mujer ya penitenciada por el asunto de los Alumbrados parecía relacionada con la desaparición del Cristo, y que esto se constataba porque los mismos embozados que cometieron el sacrilegio al parecer la visitaban, y, uno de ellos, capturado en los baños, dio por toda confesión uno de los versos de esta mujer, llamada Catalina de Jesús. El propio Asistente de la Ciudad torció el gesto.

No era el mejor momento para herejías. La Ciudad vivía una epidemia que la mataba a chorros, había sufrido un eclipse en una mañana con una mortandad que no se recuerda. Si era cosa de planetas podía sobrellevarlo. Pero si unos herejes habían causado la epidemia, o el robo del Santo Cristo, o ambas cosas, era asunto serio. Temía las venganzas en propia calle, las casas incendiadas, las gentes linchadas en el nombre de Dios.

Don Fernando le relató, sin mucho detalle, que las pesquisas le habían llevado al nombre de los Vizcarreto. Le contó cómo el Libro del Vergel de Oración había aparecido y cómo Matías el bibliotecario le mencionó a tres hombres de esta familia como la última visita reseñable a la



biblioteca del Convento el día anterior al robo del Cristo. No le mencionó el parentesco del fraile con Catalina de Jesús, pues bien sabía el Veinticuatro que, de no encontrar culpables, alguien cargaría con la historia.

–Don Fernando, en otra situación habría estado encantado de que esto fuese cosa de alumbrados: habría pasado el asunto a la Santa Madre Iglesia y que ella se encargase, como era habitual en estos asuntos. Pero si cuesta encontrar un cura que dé misa, no va a ser fácil que encuentren el Cristo.

El Asistente mandó llamar a uno de los secretarios, el que ya le preparase la lista de los censados en la calle Escuderos. Le pasó una nota con el apellido Vizcarreto. Le resultaba familiar, pero no sabía de qué. A él no le sonaba que viviesen en la Ciudad. Si quería conocer dónde vivían debería recurrir al censo o buscar en los impuestos de recogida de basuras, si es que los pagaban, pues no era lo normal.

–Para el sábado día veintiséis tendrá lugar una procesión de la Virgen de los Reyes. Y para la Novena en su honor está costando al Cabildo Catedral encontrar oficiantes. El Deán ya me ha dicho que hay hombres vigilando la imagen día y noche–. El Veinticuatro lo sintió como un reproche. –La Virgen dará la vuelta a la Iglesia de Santa María, alrededor de las gradas, como es acostumbrado. Y ya hemos acordado retirar los cadáveres que se encuentren allí desde bien temprana la mañana. El día del Corpus hubimos de sacar más de cuatrocientos cuerpos de las gradas de la Catedral.

Habían discutido largo tiempo si la epidemia remitía o era que quedaban menos gentes por morir. El Veinticuatro tenía fresco en la memoria el recuerdo de la explanada entre la Puerta de la Macarena y el Hospital de la Sangre. Y de la Junta Real había oído cómo en el carnero de San Sebastián los muertos eran más de veinte mil, y olor se advierte no sólo en el Tamarguillo sino a muchas leguas más. Don Fernando quedó pensando, mientras oía los datos que quitaban el sueño al Asistente. Imaginó la hierba creciendo en las calles de una Ciudad donde no hubiera ni un alma. La cal de las fachadas iría cayendo, y los azulejos, que dejarían el eco de mil pedazos aquí y allá. En el otoño el agua iría levantando empedrados de las calles. Y con el tiempo las torres se irían arrodillando ante la muerte y el olvido. Con suerte los perros y gatos, que habían sido sacrificados, volverían a las esquinas. Las puertas y ventanas se descolgarían de sus bisagras, y los techos cederían al empuje del sol. En la Ciudad no hay viento, y solo quedaría el siseo de las alas de las golondrinas.

Un nuevo y escandaloso dato del precio del pan despertó a don Fernando.

–Ya tengo a la familia en Villanueva –terció el Veinticuatro. Durante la Junta Real había notado el reproche en las miradas de los otros. Mientras él se dedicaba a buscar al Santo Cristo otros habían estado lidiando con la peste cada día, y algunas de esas grandes casas habían visto perder a casi todos sus miembros.

–Ha hecho vuesa merced lo más sabio. Otros ya se han marchado, aunque no siempre es garantía de salud. En la villa de Almonte apenas se han dado casos de muerte. Con las primeras noticias corrieron a traerse a la Virgen de las Rocinas de su ermita a la ciudad y la cercaron de empalizadas. Pero en algunos otros pueblos la mortandad es aún peor que aquí, y han organizado caravanas para venir buscando un refugio inexistente. Muchas de ellas han perecido casi en totalidad en el camino. Y otras no han conseguido más que llegar al Hospital de Sangre y morir antes siquiera de que puedan entrar. Algunas órdenes religiosas tienen por labor buscar moribundos por los caminos para que al menos puedan recibir los sacramentos, aunque sea

rodeados de espinos y echados entre las piedras.

El Asistente de la Ciudad parecía agotado, y aun así mantenía esa energía que da la desesperación. Don Fernando lo había visto despachar con casi todas las gentes que algo tienen que decir en la Ciudad, ordenaba equipos de pecheros a retirar basuras, organizaba con otros la salida de cadáveres, insistía con algunos traer comida para mantener los mercados con lo necesario para evitar una hambruna. A estas alturas no sabía si dormía algo por las noches. No reprochaba a nadie que se marchase o pusiese a salvo a sus familias. Y no puede decirse nada distinto de nadie del Cabildo, pues no se supo de ninguno que no se dejara los dineros, la salud, la familia o la vida en los tiempos más amargos que vivió la Ciudad en su historia.

—Mire don Fernando, las cosas están así. Es humano buscar abrigo en medio de este Apocalipsis. Los regidores hemos de quedarnos, pero viendo lo que ha pasado en casa de los Marqueses de la Algaba, o donde don Fernando de Almonte el mercader, que han muerto más de treinta personas entre esclavos, sirvientes y hasta familia. Hoy mismo firmé permisos para que la viuda de Alonso Guzmán se marchara. La viuda y todo el servicio querrán partir mañana.

—Solo me queda por ahora averiguar dónde pueden vivir los Vizcarreto. Ese nombre no está en la lista de casas de la calle Escudero, donde tengo puesta vigilancia desde hace días, aunque doña Elvira me habló de que allí visitaban a un médico. Todo parece como si la pista de la última visita conocida de Cegarra no conducía a nada. Quizás al dejar a doña Elvira en su casa marchó a otro sitio.

—O vaya vuesa merced a saber si el bueno de don Carlos Cegarra tenía una amante. Era hombre piadoso, pero la jodienda no tiene enmienda, don Fernando.

—Eso explicaría la visita a esa calle, pero no que, herido de muerte, apuntara que habían sido ellos los que robaron el Cristo.

—Tiene toda la razón, don Fernando. —El Asistente se incorporó del escritorio y comenzó a remover unos documentos, en un gesto que el Veinticuatro conocía bien e identificaba como que su tiempo de despacho había terminado y debía atender otros asuntos—. No vendría nada mal que fuese a ver al Deán Quesada. Si como vuesa merced apunta es cosa de los Alumbrados no estará de más que la Iglesia vaya sabiendo. Ahora no lo encontrará. Se encuentra visitando algunas de las pocas parroquias que no han tenido que cerrar por muerte del párroco, y cuyo principal está incluso dando misa en tres y hasta cuatro feligresías distintas. Vaya a ver al Deán esta noche. En la Catedral se organiza una procesión de rogativas para el fin de la epidemia. Allí podrá encontrarlo.

Como luciérnagas resplandecían las hachas por toda la Iglesia Mayor de Santa María. Prebendados y canónigos, frailes de muchas congregaciones, sacerdotes de la Diócesis de la Ciudad, y también de la de Córdoba, que se dio en ayudar a la vecina por el escaso número que quedaban para dar los Sacramentos. Las llamas de los cirios se reflejaban en los faroles y en las astas de algunos de los estandartes que acompañaban la procesión por las naves de Catedral. El Deán, en posición principal, portaba un crucifijo, que apenas se veía por la gran cantidad de incienso que se quemaba en los incensarios que portaban unos acólitos ojerosos, hundidos bajo el peso de las dalmáticas, bordadas con tanta profusión que contrastaba con el rostro anguloso de sus portadores. Caminaba la procesión rezando el Santo Rosario, parando para iniciar cada Estación del Vía Crucis en una reseñada capilla de las muchas que de gran valor existen en el templo mayor de la Ciudad. Las luciérnagas llegaban y se iban en medio de la oscuridad, apenas inquieta por la

miríada de puntos que revoloteaban. El sonido del órgano parecía absorber el aire en aquellos puntos donde apenas se vislumbraba más que la cara macilenta del sacerdote que portaba éste o aquel cirio. Delante del Altar Mayor, donde el Veinticuatro y algunas otras autoridades aguardaban el final de la procesión, la música parecía cobrar toda su magnificencia. El Cristo del Millón apenas se veía en plena noche. Tras una vuelta completa por las naves vio llegar las oraciones, arrastrando los pies, con la Fe quebrada a base de acarrear muertos, de dar la Extremaunción decenas de veces al día. Terminada la última Estación y habiendo dado el Deán las bendiciones finales, la procesión finalizó en medio de un ambiente de pesadumbre que casaba poco con un templo que era envidia del mundo. Cada día quedaba más a la vista que la Ciudad era un decorado inadecuado: toda su riqueza, las decenas de iglesias llenas con los mayores tesoros que la pintura y la escultura podían imaginar, la voluptuosidad de sus calles, plazas y palacios, la gallardía de sus torres, clavadas en el cielo, no encajaba con la muerte y desesperación que había en sus habitantes, actores en el escenario equivocado. Tristes, hambrientos, desesperados, los religiosos que habían participado en la procesión fueron abandonando los cirios en silencio. Unos hombres fueron llevándose los enseres de valor a la Sacristía Mayor. Al poco vio salir a los acólitos, que pudo adivinar más jóvenes de lo que parecían durante la procesión. Uno se guardaba unas monedas sin el menor atisbo de sonrisa.

Al poco vio salir a un Canónigo que le hizo una señal para que entrara a la Sacristía Mayor. En las columnas de la entrada pudo ver las cornucopias, frutas, querubines, sirenas y atlantes, fuertes y rijosos, poderosos, ajenos a lo que les rodeaba. Al llegar a la sala siguió con la mirada la Custodia de Arfe hasta la cúpula, donde los relieves del Infierno y el Purgatorio se le antojaron más adecuados al estado de postración en que la Ciudad se encontraba por las letales miasmas pestíferas. El Deán Quesada despidió a un par de sacerdotes y a varios carmelitas y dominicos que aún conversaban en la Sacristía y condujo al Veinticuatro a una pequeña habitación.

Don Fernando le resumió lo que le parecieron meses de pesquisas. Cómo supo de tres emboscados que buscaban en los baños a gentes de mala vida para un trabajo y cómo organizó una emboscada que se saldó con uno de ellos recitando unos versos antes de morir en el Castillo de San Jorge.

–Unos versos... –si existía una cara que reflejase la perplejidad debía ser muy parecida a la que tenía el Deán en esos instantes. Sus ademanes, que en otros encuentros le parecieran fríos y elegantes, como si en realidad este asunto del Cristo no le importara, ahora, a la luz de las velas, se le antojaron inquisitivos. El Deán quería saber. Don Fernando entendió que tendría que ser muy transparente con él si no quería acabar recibiendo una nota del Asistente de la Ciudad relevándolo del asunto del Cristo.

–Ilustrísimo Señor Quesada, no eran unos versos cualesquiera. Mis pesquisas me han llegado a determinar que esos versos fueron escritos por Catalina de Jesús –el Veinticuatro dejó el nombre unos instantes en el aire. Los ojos azules del Deán no pestañeaban. Intentaba don Fernando descifrar ese silencio cuando decidió continuar–. Catalina de Jesús fue procesada en...

–Recuerdo a la perfección aquel Auto de Fe, don Fernando. No olvide vuesa merced que ostento esta posición, entre otras razones, por la edad que tengo y por haber pasado muchos de esos años al servicio de la Iglesia de la Ciudad. Recuerdo no sólo ese Auto sino todo el caso de los Alumbrados. No fueron pocas las locuras que tamaña herejía logró prender en las cabezas de no pocos habitantes de la Ciudad. Y tampoco se libraron de ello las mentes preclaras, las gentes con poder ni las familias con apellido.

Esta vez fue el Deán el que dejó el silencio en el aire. Sus pupilas se abrieron paso a través del Veinticuatro, y éste pudo casi oír el pensamiento del viejo canónigo: "el hijo de doña Isabel de Medina, que en su día escapó tirando de apellidos del escándalo de los Alumbrados, viene a contarme que al Santo Cristo de San Agustín lo han robado los mismos seguidores de Catalina de Jesús veinticinco años después".

—Lo cierto es que —continuó don Fernando espoleado por llenar el silencio— tengo testimonio de una hermana de la Casa de Beatas donde estaba recluida Catalina que asegura que recibió hace pocos días visita de los embozados que todos nombran a cada paso que doy en esta historia. Y que eran tres hasta que fue capturado el que antes referí.

El Deán comenzó a mesarse los pocos cabellos rubios que le quedaban. Cerró los ojos por un instante para luego abrirlos con lentitud y dejarlos pasearse por el pequeño despacho de la Sacristía. La lámpara de aceite desdoblaba la habitación en una zona de luz centrada en la figura del Deán, rodeada de sombras. Parecía imposible que aquella angosta estancia, de muebles sencillos, estuviese en pleno corazón de la Iglesia Mayor de Santa María. El Deán no estaba fuera de lugar, y parecía pensar con la misma agilidad que cuando lo vio comer rodeado de lujo y atención en el Palacio Arzobispal. La muerte del Cardenal Spínola lo había dejado con las riendas de una diócesis poderosa. Bien la conocía tras tantos años. El Cardenal que viniese no sería más que un recién llegado. A fin de cuentas, la Iglesia, toda la Iglesia, eran sus dominios: la de las naves catedralicias y la de las parroquias cerradas por la pestilencia que había visitado por la mañana. Enarcó las cejas y lo miró de nuevo.

—¿Tiene vuesa merced algún nombre?

—El día antes del robo del Cristo tres hermanos llamados Vizcarreto fueron al convento a donar unos libros. Otra vez tres hombres. Pudieron quedarse a solas en la Biblioteca y robar el Vergel, amén de estudiar el Convento y cómo acometer el robo. —El Veinticuatro omitió la historia de Matías y el librito de Catalina, aunque sabía que jugaba con fuego. El Deán bien podía recordar la pena de reclusión del hermano de la principal encausada de los Alumbrados. Pudo ver cómo el máximo representante de la Iglesia de la Ciudad se apretaba las sienes y suspiraba. De pronto levantó la cabeza.

—¡Natalio! —el Deán dio una voz mirando a la puerta. Al instante apareció un criado—. Vete y busca a Sebastián Martínez, que nos espere en el Archivo del Palacio Arzobispal.

Sebastián tardó un buen rato en aparecer. Natalio hubo de ir a buscarlo a su casa, en la calle Mesón del Moro, maldiciendo como un carretero, pues no eran estas horas de la medianoche las más propicias para andar paseándose. Sebastián Martínez era alto, moreno, delgado, de miembros alargados, tanto que el Veinticuatro pensó que podría alcanzar documentos en las estanterías más altas sin necesidad de una escalera. Su cara era más de preocupación que de molestia. Don Fernando y el Deán lo esperaban junto a una mesa donde habitualmente Sebastián trabajaba. No era el Archivero, que era puesto reservado a miembros de la Iglesia, pero el Deán Quesada sabía que nadie como él conocía el Archivo General de la Diócesis.

Las presentaciones fueron cortas, y las instrucciones del Deán no lograron que Sebastián borrara su cara de preocupación. Natalio había dejado antes de marcharse dos lámparas, que repartían algo de luz cálida, y que ayudaron a Sebastián a buscar unas llaves en el cajón de su desvencijado escritorio. El sonido de las dos cerraduras y las puertas al abrirse hizo que el

Veinticuatro se estremeciera. Un repelucos se abrió paso por su espalda a pesar de que la noche era tibia como en cualquier junio de la Ciudad. Sebastián, con una lámpara en la mano, se adentró en la boca oscura que se había abierto tras la puerta.

El punto de luz guiaba al Deán y a don Fernando por los pasillos. El olor a papel le hacía presuponer al Veinticuatro que estaban rodeados de libros y documentos, pero el tenue destello de la lámpara apenas permitía ver más allá de la cara y el cuerpo de Sebastián. Hubieron de traspasar otras dos puertas, y en cada una se repitió el rito: el tintineo de llaves, el movimiento del sistema mecánico de la cerradura, y el crujir de la bisagra.

Sebastián conocía cada pasillo a la perfección, y no necesitó mirar ninguna de las indicaciones para anunciar que estaban en el sitio indicado. Ofreció un pequeño escabel al Deán y comenzó a buscar en una estantería a la luz del aceite. Apenas se alejaba todo quedaba en total la oscuridad. Al poco trajo un libro de actas que depositó en una pequeña mesa junto a la lámpara. Repitió la operación otras dos veces.

—Ha de saber vuesa merced que fueron tantas las mujeres de la Ciudad atraídas por los Alumbrados que llegaron a ser necesarios más de veinte notarios para tomar nota de sus confesiones —dijo Sebastián a modo de excusa.

El Veinticuatro prefirió no buscar la mirada del Deán. En uno de esos libros estaba el nombre de su madre.

—Los perdones están copiados en éstos de aquí. Y las sentencias en este otro —don Fernando quedó mirando los dos volúmenes que había señalado Sebastián. En uno de ellos estarían relatados los hechos que su madre refirió en los interrogatorios. En la calle pronto se empezaron a conocer los detalles más escabrosos. Confesores sátiros que bailaban desnudos rodeados de sus seguidoras al término de interminables misas, auténticos banquetes de Sagradas Formas, inducidos por la creencia de que, cuanto más comieran, más Dios tendrían en sí. Y que en esa desmesurada comunión y en la contemplación interior estaba el encuentro con el Altísimo, y no en la oración a las imágenes. Inauditas convivencias de lecho entre los confesores y las beatas que vivían en las casas de recogida, pero también con algunas de las damas que los seguían. Extrañas ceremonias donde acababan yaciendo como perros todos con todos. Su madre le había referido cómo ella se había distanciado a tiempo de los Alumbrados y toda la locura que rodeaba el nombre de Catalina de Jesús.

—Buscamos un nombre en la sentencia —el nombre que el Deán Quesada mencionó le resultó desconocido al Veinticuatro, que se preparó para asistir como espectador. Sebastián comenzó a hojear. El Veinticuatro apenas adivinaba alguna palabra en la abigarrada letra del secretario que escribió aquellas sentencias. Los largos dedos del archivero las recorrían con avidez, y la luz oscilaba con fuerza con la corriente de aire que, como en una sutil respiración, producía cada página al pasar.

—*Cristi Nomine Invocato*, aquí está —comenzó a leer Sebastián—. *Fallamos los autos y méritos deste proceso el mencionado...* —seguía leyendo para sí, musitando las palabras, que resbalaban de sus labios, para elevarlo cuando encontraba algo de interés—*haber probado bien y cumplidamente su acusación* —para volver al bisbiseo, como si se cansara pronto de leer en voz alta— *en consecuencia de lo cual que debemos declarar y declaramos la dicha Catalina de Jesús hereje apóstata y parte principal del grupo de herejes que según testimonios* —el tono bajaba, o llegaba a pararse al pasar una nueva página—. Aquí están los acusados de más renombre, que es donde la sentencia se extiende más. Miraré más adelante.

El Deán y don Fernando se inclinaron sobre el libro, tratando de leer entre los dedos de Sebastián y las sombras que producía la tenue luz temblorosa.

*–Y por cometer los dichos delitos de herejía debemos condenar y condenamos a destierro a la persona de don Alonso Vizcarreto Montero a la Justicia Seglar, a la cual rogamos y encargamos se hagan benignamente con él. Y declaramos que los hijos y esposa del dicho don Alonso Vizcarreto sean inhabilitados para que no puedan obtener dignidades eclesiásticas o seglares u oficios públicos –la voz de Sebastián fue bajando de tono cuando hubo notado que habían encontrado lo que buscaban–. Ni que puedan vestir oro, plata, o piedras preciosas, y que sea esta sentencia cumplida y vigilada en especial para su esposa doña Elvira Bucarelli ...*

## CAPÍTULO XX

**Jueves, veinticuatro de junio de 1649**

Una enorme luna llena era casi la única luz que pudo ver el Veinticuatro cuando salió del Palacio Arzobispal, siendo ya la madrugada del siguiente día. Y aun así le pareció una luminaria al lado de la débil llama del aceite que le había acompañado mientras el Deán le contaba la historia.

Don Fernando Quesada, Vicario y Provisor de la Iglesia de la Ciudad, tuvo el privilegio de casar, a los inicios del siglo, a don Alonso Vizcarreto y a doña Elvira Bucarelli, pues siendo grande la amistad de la familia del Deán y la de la novia, acordóse que el casorio fuera oficiado por él, recién ordenado sacerdote. Corría la primera decena del corriente siglo. Los hijos vinieron rápido para gozo de una familia de bien y cristiana vieja. Tenían casa en la collación de San Vicente y los primeros años no dieron lugar más que a felicidad.

"Pasando los años doña Elvira cayó, como otras muchas damas, en los conciliábulos del Padre Méndez. Aquel portugués loco y sus comuniones pantagruélicas, sus llamadas a la contemplación, a no adorar imágenes, sus danzas y sus risibles profecías calaron en la gente. Y ya sabe vuesa merced que se dieron varios testimonios sobre él y otros clérigos sobre sollicitación durante la confesión".

Don Fernando bajaba la cabeza. Aunque nunca se probara con doña Isabel su madre, no fueron pocas las mujeres de toda clase que testificaron haberse encamado con el Padre Méndez. Y no sólo señoras de familias con raigambre en la Ciudad, sino también varias monjas que se convirtieron en seguidoras del portugués.

"Cuando lo encarcelaron la ebullición que vivían los Alumbrados se relajó durante unos meses. Hasta que la figura de Catalina emergió como la gran embaucadora. Ella había manejado al Padre Méndez en la sombra, pero ahora se presentaba con sus estigmas y su mensaje de acercamiento definitivo a Dios. Otros sacerdotes siguieron sus proclamas y pronto la situación fue inmanejable en la Ciudad. Decían que siendo tan grande la misericordia de Dios, y siendo nosotros los hombres hechos a su imagen y semejanza, bastaba comulgar para llenarse del Altísimo".

"Y hubo algunos testimonios de que en algunas capillas de los beaterios que controlaban los Alumbrados, tras una misa siguiendo una liturgia inventada con copiosas comuniones, todos danzaban desnudos, y no pocos yacieron como animales".

"El escándalo en la Ciudad corría de boca en boca y eran tantos los que se escandalizaban como los que querían participar de tales ritos herejes. Don Fernando –quiso contemporizar el Deán– entre los Alumbrados ya sabrá vuesa merced que hubo de todo. Desde católicos de bien, con la sana intención de llegar a Dios, hasta sinvergüenzas que se aprovechaban de la fe de muchos para hacer negocio robándoles o exigiendo continuas donaciones".

"Tamaña ignominia duró meses. Las gentes se agolpaban en las casas donde se reunían. Unos para quejarse, otros para entrar, y la mayoría para curiosear. Aparecieron librillos con poemas que recitaban con el fin de alcanzar la contemplación perfecta. Y fue tanta la implicación de sacerdotes y religiosas que la Iglesia decidió actuar".

"Se cuenta que entre las mujeres que se vieron implicadas en este asunto estaba Elvira Bucarelli. Cuando fue llamada a declarar evitó incriminar a Catalina de Jesús –don Fernando recordó cómo su madre le confesó haber denunciado a la propia Catalina–. Y durante la instrucción de la causa el Santo Oficio solo le sacó negativas. La herejía había prendido en Elvira, comentaban unos. Pero otros aseguraban que realmente la dama apenas había participado en aquellos tumultos".

"Sin embargo, en uno de los últimos interrogatorios, no se sabe si por dar con un avezado dominico o porque así realmente fuera el caso, se le instó a dejar la senda de las negativas, pues un testigo había asegurado que un coche con el emblema de su casa había sido visto en las mediaciones de un beaterio donde Catalina de Jesús paraba, y en el que se rumoreaba que visitaba a no pocos sacerdotes por la noche".

"Lo cierto es que ese día mantuvo su rechazo a haber participado, y volvió a casa. Pero a la mañana siguiente se presentó en el tribunal su marido don Alonso Vizcarreto. Y allí mismo confesó que era él quien asistía a las reuniones de los Alumbrados".

"Vuesa merced no recordará los detalles. Y a otros muchos en la Ciudad no les viene a la memoria porque no les conviene. Pero hubieron no pocas lenguas que dijeron que don Alonso había decidido entregarse para ahorrar la vergüenza a Elvira de verse procesada en el Auto de Fe de 1624. Unos hablaron de que fue por el honor de su familia, y otros que fue por amor a su esposa".

"Y así fue como don Alonso Vizcarreto hubo de unirse a los penitenciados en aquel lluvioso día treinta de noviembre. Caminó entre judaizantes, marranos y, por supuesto, entre los Alumbrados. Muchos iban sucios, desgredados, aún con las señales de los rigores del Castillo de Triana. Pero él lo hacía erguido, gallardo, con ropas limpias y de buena costura, aunque sin joyas ni ornamentos pues no eran permitidos, haciendo oídos sordos a la catarata de improperios que le caía de un público embrutecido. El Auto duró todo el día, interrumpido varias veces por la lluvia. Les llegó el turno a los reconciliados, aquellos que, como él, habían reconocido los delitos, abjurado de la herejía, y pedido perdón de corazón. Se les impusieron penas menores: ayunos, destierros o asistencias a solemnes oficios. Cuando el tribunal lo nombró y detalló los cargos y su confesión, sus tres hijos, unos mozalbetes, lloraron a lágrima viva. Nunca olvidaría cómo la gente los insultaba a voces y les tiraban verdura podrida".

"A don Alonso Vizcarreto lo condenaron a dos años de destierro. Y al día siguiente cerró su casa, despidió a la servidumbre, dio carta de libertad a los esclavos, y llevando consigo solo a los criados de mayor confianza marchó con Elvira Bucarelli y sus tres hijos a Osuna. Allí llevó unos años de vida gris hasta que murió sin haber vuelto a la Ciudad, ni siquiera tras cumplir su condena".

"Elvira volvió hará unos años, como viuda solitaria, sin hijos, y distante de la alta sociedad que un día le dio la espalda y la olvidó con el paso de los años. Al poco casó con don Carlos Cegarra, en una ceremonia discreta, un matrimonio entre dos personas ya entrando en su vejez. Sus hijos, que ya deben andar entre los treinta y cuarenta años, nunca volvieron, y el apellido Vizcarreto quedó olvidado hasta que vuesa merced me lo ha mencionado hoy".

Con esa historia inició don Fernando el camino de vuelta a su casa, pergeñando en su mente el plan final. Tendría que despertar pronto al Conde de la Puebla, el Asistente de la ciudad, para que le dejara unos hombres. No sabía dónde se alojaban los Vizcarreto, pero la calle Escuderos parece una pista que no ha llevado a ningún sitio. Debía interrogar a Elvira Bucarelli. Puede que los Vizcarreto estén la propia casa del difunto Carlos Cegarra, y con ellos la efigie del Santo Cristo. Y ahora le cuadraba que, moribundo, dijera a don Luis Zúñiga que habían sido



“ellos”. Se refería a sus hijastros.

Tomó en dirección a su casa por la calle Abades, calle de los Mesones, Corral del Rey, tan estrechas que la luna llena apenas dejaba algún rastro de luz. Solo al llegar a la Plaza de San Ildefonso se encontró con la blancura del convento de las agustinas de San Leandro, una mole encalada que rebotaba la luz clara y fría a todas las esquinas. La puerta permanecía cerrada, y adentro pudo imaginar el Veinticuatro una realidad distinta a la que vivía la Ciudad, sin peste, sin muertos, sin carneros. Siguió por la calle de la Lanza hasta llegar a la calle Santiago. Desde lejos pudo ver una sombra en la puerta de su casa.

Decidió andar con cautela. Se refugió en el quicio de una vivienda, a unos treinta metros del portalón de la suya. La sombra se movía nerviosa de un lado para otro. Parecía una figura menuda, se frotaba las manos con fruición y parecía estar hablando consigo misma. Don Fernando se acercó unos metros más, y en un momento en que la sombra, en su ir y venir, pasó bajo un claro de luna el Veinticuatro pudo ver que se trataba de una mujer ataviada con una cierta ligereza. Un mal presagio le vino a la mente.

–¿Quién va? –Se acercó con rapidez, aligerando el paso a cada instante–. ¿Quién va? –En ese momento la mujer se dio la vuelta y la puerta de su casa se abrió para que Manuel se asomara, aún vestido de calle.

–Don Fernando, me ha de disculpar, pero vino contándome no sé qué historia de un tal Gaspar que es amigo común, y no le he dado crédito. He preferido que esperase fuera, y yo he quedado tras la puerta vigilante por si resultaba alguna amenaza. Estábamos preocupados.

–No pasa nada Manuel. Gaspar es, bueno, un viejo amigo –dijo poco convincente a Manuel, que no se movía un centímetro de su lado intentado no mirar a los pechos de la mujer, que sobresalían asomándose por el corpiño–. Si ha venido hasta aquí es porque tiene algo que contarme, ¿no es así? –La mujer, que había estado callada hasta el momento, aprovechó para hablar.

–Es Gaspar, está enfermo. Me lo he encontrado en la calle, tirado. Me dijo que viniera hasta aquí. Que vuesa merced sabría. –Don Fernando pudo advertir también, en el dintel, la mirada severa de Lina la esclava, cuya condición no le eximía de reprobar que su señor tuviera trato con mujeres de ese jaez.

Rosario, que así se llamaba la hetaira, trabajaba en el lupanar donde Gaspar estuvo escondido tras el asunto de los baños donde murió uno de los Vizcarreto. Había salido a casa de una prima a por algo de comida. No quedan muchos clientes, y los que quedan tienen miedo de contraer la peste acudiendo a una casa de pecado. Cosas de los castigos divinos. Ya de vuelta encontró a Gaspar tirado en la calle Vidrio, esquina con una que dice Escuderos. Cuando se acercó le vio las bubas. –Él se había portado muy bien con todas nosotras los días que se quedó allí. Y no crea que vemos un hombre honesto tan a diario en esta profesión. Me dijo que viniera a contarle.

Don Fernando agradeció a Rosario el aviso con unas monedas. Luego despidió a Manuel, que no quería moverse del lado de su señor, y se ofreció una y mil veces a ir a por el tal Gaspar y llevarlo al Hospital de las Bubas. Pero el Veinticuatro no consintió. –Son asuntos del Cabildo de la Ciudad, y soy yo quien debe resolverlos–. Y solo una firmeza rocosa consiguió convencer a Manuel de que entrara en casa. Cuando la puerta se cerró, aún pudo vislumbrar el rostro de Lina, que había tornado el reproche por honda preocupación.

El Veinticuatro salió hacia la calle Escuderos con la angustia en el cuerpo. Gaspar había perdido casa y familia, primero con las inundaciones y luego por la peste. Y ya casi perdió la vida cuando tendieron la celada a los embozados en los baños. Como otros muchos en la Ciudad vivía siempre al filo de todo. Cargando en un puerto cerrado apenas se llevaban jornales a casa desde que se inició la epidemia. No había comercio, y no salían ni llegaban caravanas desde hacía semanas. Y pese a todas las manos que iban faltando poco a poco por la gran mortandad, las gentes como Gaspar solo podían deambular de aquí para allá mientras tuvieran algunas monedas en la bolsa. Cuando éstas se acababan solo quedaba dedicarse a los muchos negocios turbios que había, hay y habrá en la Ciudad. Solo las iglesias, los hospitales y los cementerios estaban plenos de actividad. Rezar, robar o morir eran las únicas posibilidades.

A unos metros de Gaspar pudo ver su cuerpo echado en una esquina. Tapado con una manta no era más que bulto en el suelo en el silencio de la noche. Se preguntaba el Veinticuatro cuántos había visto así en estas últimas semanas en la Ciudad.

Se acercó y pudo verle la cara. Amarillenta, angulosa, no sólo la peste, el hambre también pasaba factura. Había ganado algunas monedas unos días en el prostíbulo. Pero de eso hacía más de una semana. Con suerte habría podido conseguir un buen pan y un trozo de tocino o de queso. Le apartó la camisa y pudo ver las bubas. Una mancha negruzca bajaba del cuello hasta el pecho, y sobre ella crecían como vivos tres grandes bubones, negros, brillantes, palpitantes. Don Fernando se acercó y pudo notar una leve respiración. La fiebre era grande y parecía dormir. Trató de incorporarlo y le vinieron unos terribles escalofríos. La manta, inusual en las noches tibias de esta época, era un tesoro en ese momento; raída, con un par de grandes rotos, pero un tesoro.

—Gaspar, soy yo —musitó quedó el Veinticuatro con un creciente sentimiento de culpa por haberlo tenido buscando una prueba que había resultado inútil. Por respuesta no tuvo nada. Cuando insistió pudo ver que los ojos se entreabrieron. Apenas una línea que volvió a cerrarse al instante.

Don Fernando miró a su alrededor. Ni un alma. Miró hacia la calle que Gaspar había estado vigilando inútilmente los últimos días. Nadie. El Hospital de las Bubas en la Plaza del Salvador le quedaba lejos para ir cargando con Gaspar. Se agachó para cogerlo en brazos. Un gemido y más escalofríos sacudieron su cuerpo. Intentó llevarse una mano al cuello con un gesto de dolor. Pero enseguida se durmió sumido como estaba en el mar de la fiebre. Logró levantarlo, manteniéndolo arropado con la manta, y la cabeza apoyada en su pecho. Tomó la daga que le había dejado, que era de su padre, y que Gaspar aún llevaba oculta en sus ropajes, y se la puso al cinto. Con gran dificultad salió hacia el Convento de las Mercedarias Descalzas. En la puerta logró arrodillarse y dejar a Gaspar recostado sobre el dintel.

Llamó con fuerza a la puerta del convento. Le faltaba el aire. Sabía que así no podría llegar muy lejos, y necesitaba ayuda. Gaspar alternaba algún leve gemido con periodos en los que se sumía en un profundo sueño. Don Fernando temía que nunca despertara, pues la calentura era grande. De la puerta del convento se abrió una pequeña portezuela, que no dejaba asomar más que una cara, la de una monja somnolienta.

—Hermana, soy don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad. Tengo aquí un hombre con la peste. Necesito ayuda. Por caridad.

—Pero aquí no acogemos enfermos, caballero. —La monja miraba harto extraña aquella situación: un Veinticuatro llamando de madrugada al convento—. Deberá ir al Hospital de las Bubas. Esto es una clausura.

El Veinticuatro aún sentía el corazón golpeándole en el pecho. Sabía que de aquellas monjas no podía esperar socorro alguno. No tenían animales que dejarle, ni sirvientes, pues a aquella hora cualquiera de fuera de la clausura que prestara servicios en el convento estaría en su casa.

—¿Tendría la bondad de darme un poco de agua? —Don Fernando casi imploró, con una mano apoyada en la puerta. Al poco una jarra llena de agua fresca apareció por la portezuela.

—Que Dios se apiade de su alma —sentenció la hermana portera buscando con la mirada el cuerpo de Gaspar que, aún apoyado en la pared, se ocultaba a la vista de la monja.

Le costó un rato que el enfermo bebiera. El suficiente para que la monja se cansara de espiar por el portillo y la cerrara. Y aún la oyó hablar con alguna otra hermana tras el portalón del Convento. Una vez que Gaspar hubo bebido un poco don Fernando volvió a cargar con él, en dirección a la calle Levies. Un par de veces estuvo a punto de caer por el mal estado del empedrado. La calle estaba a oscuras por completo, y la luna no lograba asomarse por sobre las casas. Trasteando como podía se dejó caer en el dintel de una gran puerta, de color oscuro, que parecía que iba a tragárselos ahí mismo. Dos grandes columnas de piedra blanca sostenían un friso decorado, aunque no pudo advertir cuál era el dibujo. Y sobre el friso un balcón principal en el que creyó ver un resplandor.

—¡Auxilio! ¡A mí! ¡Auxilio!

Su respiración era tan profunda y agitada que apenas podía oír nada.

—¡Socorro de buen cristiano!

Oyó carreras al otro lado de la puerta. Y pudo notar cómo el reflejo de la luz se deslizaba de una estancia a otra. Al instante se abrió el portalón, apenas una cuarta. Una cara cuadrada y de facciones toscas, de un hombre bajo, asomó.

—¿Quién va?

—Don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad. He encontrado este hombre, está enfermo y necesita un hospital.

La puerta se abrió y el Veinticuatro pudo ver cómo el hombre que había abierto la puerta portaba una garrota de considerables dimensiones. Que no es cuestión baladí para asomarse a la noche de la Ciudad cuando se oyen tales alaridos.

—Pero ¿y qué ayuda podemos brindar a vuesa merced? —el hombre, habiendo dejada la garrota apoyada en el dintel, miraba al enfermo. La pregunta encerraba un veredicto médico: quizás era mejor buscar un sacerdote.

—¿Qué ocurre Antonio? —un hombre joven, de unos veinte años asomó por la puerta. Vestía apenas un camisón y unas calzas. Moreno, los ojos le parecían oscuros a la luz de la vela que traía. Una barbita rala y un bigote que caía por las comisuras de los labios afilaban aún más un rostro delgado.

—Necesito que me ayuden a llevar a este hombre al hospital de las Bubas. Me lo he encontrado en la calle y tiene landres y una gran fiebre. —El Veinticuatro se incorporó a medida que hablaba, y el hombre de la puerta le acercó a la cara la vela, con lo que su cara quedó en una cierta penumbra.

—Antonio, prepara el coche de la señora, el pequeño. —Dicho esto el criado desapareció,

y el señor de la casa se fue tras él. Volvió al poco sin la vela y con unos paños de agua fría y una manta. Se agachó sobre Gaspar y le aplicó en la frente las compresas. El enfermo volvió a gemir. El Veinticuatro creyó ver que le cogía la mano y musitaba algunas palabras. Parecía que estaba rezando. Se incorporó y le alargó la mano a don Fernando con la manta—. Tenga esto vuesa merced, en el hospital quemarán todo lo que tenga, y ya no quedan muchas mantas y sábanas en la Ciudad. De algo servirá.

Al instante apareció Antonio con una lámpara de aceite.

—El coche está listo. Espéreme vuesa merced aquí mismo pues he de dar la vuelta por la calle —a la luz de la lámpara, más intensa y clara que la de la vela, don Fernando pudo ver que la manta tenía un bordado. Era el escudo de la orden de Calatrava: la manta no era sino una capa negra, con el escudo bordado en rojo sobre el lado izquierdo. Pudo entonces ver el dintel de la casa y la cara de la persona que le había dado socorro en tan aciaga noche. Era don Miguel de Mañara y Vicentelo de Leca.

Y ya podía don Fernando dar gracias al Altísimo, pues no había persona más piadosa en la Ciudad que él. De buena cuna, y con fortuna de su padre hecha en las Indias y otros comercios acumuló pronto cargos, siendo entonces uno de los Alcaldes Mayores de la Ciudad, entre otras varias diputaciones. Pero si por algo era conocido era, como se ha dicho, por ser un hombre religioso y caritativo como pocos había. Y no en vano era ya miembro de la Junta de Gobierno de la cofradía de la Soledad del barrio de San Lorenzo, años antes de que llegara a ser Provincial de la Hermandad de la Santa Caridad.

—Muchas gracias por vuestra ayuda don Miguel —don Fernando había tratado más a su padre, don Tomás, que había fallecido un año antes, legándole los mil y un cargos para cuya ostentación y buen gobierno había sido educado.

—Estaba en el oratorio, rezando por el alma de mi padre —el carro se escuchó rodar por el otro extremo de la calle—. Que Antonio os lleve al Hospital de Bubas. Espero que allí puedan tratarle, aunque la fiebre es alta y las landres no son pequeñas —y él mismo se agachó y tomó en brazos a Gaspar para introducirlo en un pequeño carro, cuya puerta con el escudo de la familia había abierto diligente el criado, que actuaba un poco azorado al ver a su señor cargando con el enfermo—. Yo me vuelvo a mis aposentos. Rezaré por el alma de este pobre infeliz como tantos otros desposeídos de todo que hay en la Ciudad.

—Que Dios lo guarde a vuesa merced muchos años —se despidió el Veinticuatro estrechando la mano de don Miguel de Mañara, que quedó al borde de la calle, en camión, con el gesto sereno, y la caridad en los ojos.

El coche arrancó con violencia, y don Fernando hubo de sujetar a Gaspar en la oscuridad del habitáculo. Por la calle San José bajó hasta el convento de Madre de Dios, buscando San Nicolás hasta bordear la Iglesia de San Isidoro camino de la calle del Horno del Bizcocho.

El coche se detuvo en seco, y la puerta se abrió apareciendo la cara de Antonio con el gesto de urgencia propio de quien han sacado de la cama para llevar al hospital a un enfermo agonizante. Sacaron a Gaspar entre ambos, y sujetándolo por axilas y piernas lo entraron, dejándolo en una mesa que, acomodada con un colchón de borra, servía para dejar a los enfermos recién llegados. La sala donde se recibía a los enfermos no era muy grande, y a esa hora de la noche permanecía a oscuras. El hedor era insufrible: lo sintió de pronto penetrar por su nariz y bajar directo al estómago. Podía paladear el sabor dulzón de la pudrición, primero al respirarlo, y

luego cuando, como un alud, pugnaba por salir de su vientre.

–Si vuesa merced desea puedo esperarle fuera para llevarlo donde se tercié –dijo Antonio mirando al aire negro e inficionado con repulsión.

Los interrumpió un fraile que cubría sus hábitos con un ropón manchado. Había surgido de algún cuarto que no podían ver. El rostro demacrado se dibujaba aún más tétrico con la luz del candil. Miró por encima al enfermo y le tocó la frente, y apartándole con cuidado la camisa le miró las bubas. Hizo un gesto de desasosiego y se volvió a un escritorio pequeño que había junto a la puerta. No se movía con rapidez, advirtió don Fernando, como el que está acostumbrado a lidiar con la muerte y ya no le presta mayor atención. El Veinticuatro pudo advertir un rumor en el ambiente, una especie de zumbido que no lograba identificar. Tomó con diligencia el nombre de Gaspar, anotándolo como vecino de la collación del Arenal a instancias del Veinticuatro, que aún recordaba que allí vivía antes de las inundaciones y tenía esposa e hijos. Luego, a la luz del candil, le examinó las bubas con detenimiento, por si estaban abiertas, para luego rasgar calzas y camisa buscando en axilas e ingles otras landres. El zumbido seguía ahí, y don Fernando buscaba en vano en la oscuridad.

–Le retiraremos las ropas, que serán quemadas, y le daremos un camisón mientras tanto. Es grande la mortandad, pero las camas que se van vaciando se llenan también con rapidez. Veré a ver si en el pabellón de hombres queda alguna ahora, pero antes es obligatorio que le sean administrados los sacramentos, así que iré a buscar al sacerdote –y se volvió para subir por unas escaleras de madera que había al fondo, dejando a don Fernando y a Gaspar en total oscuridad. El Veinticuatro pudo aguzar el oído en ese momento.

Eran lamentos. El zumbido eran lamentos. Se oían de forma vaga, superpuestos unos con otros: una sucesión de gemidos de todos los tonos posibles que acababan conformando el quejido de una Ciudad entera. Ahora que lo había identificado no podía dejar de escucharlo. Sentía incluso que el volumen se iba alzando, hasta ser lo único que podía oír. Uno podía volverse loco en ese sitio, pensó.

Gaspar se removió en el camastro. Un suspiro ahogado salió del maltrecho cuerpo de aquel pobre hombre. El aire salido de su boca fue tomando cuerpo como una murmuración. El Veinticuatro se acercó para acompañarlo en el delirio. Los labios se despegaban produciendo apenas un bisbiseo. Un leve brillo apareció entre sus párpados. Luchaba por entreabrir los ojos.

–Gaspar, trata de descansar. Ahora te verá un médico. –Los murmullos fueron creciendo, aclarando palabras entre aquel discurso malherido y febril.

–Al alba... Triana... Iglesia... –los ojos volvían a cerrarse sumidos en una bruma brillante.

–Gaspar olvida el asunto. Me temo que la casa de la calle Escuderos fue una pista falsa todo el tiempo. Ya sabemos quiénes robaron el Santo Cristo. –El cuerpo del enfermo se agitó, con un gemido que pareció surgir de sus entrañas. Don Fernando le asió el brazo para que sintiera su presencia–. Y ahora procura dormir, saldrás de ésta, siempre has salido –Gaspar volvió a gruñir, y con un esfuerzo que parecía agotar sus últimas fuerzas abrió los ojos.

–Están allí... En el número 3... –cada palabra sonaba más lejana que la anterior, marchándose por un túnel oscuro, sin ninguna luz que seguir–. Salen al alba... Cada mañana... Tiene que ir... –sonaba como un rumor lejano. El brillo de sus ojos se fue escapando entre los párpados, hasta convertirse en una línea imperceptible, oscura.

En el silencio que se hizo, el constante zumbido de lamentos volvió a la cabeza del

Veinticuatro. Y solo logró callarlos tomando la mano de Gaspar entre las suyas. Dejó a sus pies la capa de la Orden de Calatrava que le había dejado don Miguel de Mañara y se volvió hacia la puerta justo cuando un sacerdote llegaba para administrar los sacramentos al moribundo.

–Antonio, aquí ya hemos terminado. A la calle Escuderos.

## CAPÍTULO XXI

El coche iba dando tumbos camino de la judería mientras don Fernando trataba de poner las ideas en orden. No dejaba de pensar que Gaspar podía estar delirando a causa de la fiebre, pero en las pocas palabras que dijo no encontraba ningún rastro de esa ofuscación en la irrealidad que causa la demencia.

Le parecía que habían transcurrido días desde que el Deán Quesada le había contado la historia de cómo los Vizcarreto, que habían llevado los libros a Matías el bibliotecario, eran hijos de Elvira Bucarelli, la esposa del asesinado don Carlos Cegarra. Pero había sido esa misma noche. Sentía un gran cansancio, y hasta diría que algo de fiebre. Los hechos se estaban sucediendo con tal rapidez que parecía que todo lo que hiciese le iba a dar una pista más y no podía parar a pesar de que se sentía débil.

Antonio el cochero lo dejó en la esquina que hacía con la calle Vidrio. Desde allí podía ver ese callejón numerado y sin salida, estrecho, oscuro, en el que Gaspar se había apostado a vigilar durante días.

Al salir sacó del jubón el papel en el que el secretario del Asistente de la Ciudad le había anotado los dueños de las casas, y que no había tirado solo porque no recordaba llevarlo. *Alonso V. Montero, número 3*. Alonso Vizcarreto, casado con Elvira Bucarelli, una alumbrada, y que se entregó al escarnio de los inquisidores de la muy hipócrita y muy invicta Ciudad, para ser condenado al destierro y muerto en el exilio.

Podía imaginar que la casa había permanecido desde entonces a su nombre. Y habiéndose pagado las tasas municipales no se tramitó traspaso hereditario ni cambio de titularidad. El Deán le había contado que Elvira volvió a la Ciudad y enseguida tomó matrimonio con Carlos Cegarra. Si los hijos habían regresado hacía poco tiempo quizás se alojaron en esta casa. Y eso explicaría las frecuentes visitas de don Carlos y su esposa Elvira.

Si ellos también habían abrazado las creencias heréticas de su madre y habían robado la imagen del Santo Cristo de San Agustín sólo podía saberlo atravesando la puerta de la casa número 3.

Pero Gaspar le había avisado. Salían al alba. Quizás a Triana. Si era la fantasía febril del apestado o no lo sabría pronto. Ya empezaba a llegarle el trinar de los gorriones de una plaza cercana. Y, aún con la luna alta y llena, el día se despertaba por detrás de las murallas que miraban al Este. La noche había sido tibia, y una ventana abierta daba testimonio de que algunos preferían dejar que entrara la pestilencia en sus casas a no poder conciliar el sueño. Miraba la puerta del número 3 y se preguntaba si debía ir a pedir unos hombres al Asistente de la Ciudad y entrar cuando oyó el deslizamiento metálico de una cerradura que, en aquel callejón sonó como la puerta de una catedral. La puerta comenzó a abrirse y los gorriones salieron espantados mientras dos ratas y él mismo salieron en dirección a la calle Vidrio a buscar refugio.

El Veinticuatro se echó en el suelo, apoyando la espalda contra una columna de la puerta de la parroquia de San Bartolomé, y entrecerró los ojos. Los pasos se fueron acercando. Por un instante se detuvieron. Don Fernando aguantó sin moverse hasta que se dio cuenta de que había dejado de respirar. Al instante los pasos reanudaron su camino. Cuando ya apenas los oía se incorporó para ver a un hombre joven marchar con cierta premura por la calle Toqueros.

Fue consciente de que podía seguirlo y no ser uno de los hermanos Vizcarreto. Solo las palabras de Gaspar lo amparaban, pero decidió seguirlo, escondiéndose en las pocas sombras que quedaban cuando el alba llamaba a las puertas de la Ciudad. En algunos momentos lo perdía, como en la calle Chapineros, donde decidió dejarle una distancia conociendo que la Plaza de San Francisco estaba al cabo y podría descubrirlo en un espacio abierto. El alba era clara cuando por la calle de los Catalanes desembocó en Pajería y en el arrenal junto al río.

Aquel hombre hacía el camino sin detenerse ni dudar un solo instante, como si hubiera recorrido esas mismas calles decenas de veces. Bordeó el arrenal y llegó al puente de barcas para buscar el arrabal de Triana, como le había avisado Gaspar.

La neblina aún no se había disipado, pero no era tan espesa como para ocultarle el Castillo de San Jorge. Si todo era como pensaba, uno de los hermanos Vizcarreto había muerto allí, el que capturaron en los Baños, y otro cruzaba el puente quién sabe si ignorando por completo la cercana suerte de su hermano.

Al bajar el puente tomó a la izquierda por la calle Larga. Algunas gentes salían de sus casas, la mayoría buscando el mercado cercano, a donde arribaban también algunos carros con la escasa mercadería que de las huertas cercanas se podía encontrar. El Veinticuatro apenas se escondía, y se limitaba a guardar una distancia cuando lo vio girar y entrar en la iglesia de Santa Ana por entre los enfermos que se agolpaban a la entrada.

Algunos apestados yacían a sus puertas. Gemían y se estremecían de la propia fiebre. Supuso que, como en casi todas las iglesias de la Ciudad, se habrían acercado a la parroquia durante la noche esperando poder recibir confesión. Al menos uno de ellos parecía haber llegado tarde a recibir los sacramentos: su cuerpo caía en una extraña postura, con el torso mitad apoyado en una de las paredes en las que se encastra la puerta de la iglesia, mitad rodando por el suelo. El sacerdote había salido, como cada mañana, a tomar confesión a los moribundos allí mismo sobre el suelo. Anciano y con un ojo velado daba sus últimos años de vida a Dios en medio de aquella grande mortandad.

El Veinticuatro entró con cuidado. La iglesia estaba a oscuras, pero pudo ver al Vizcarreto arrodillado en una esquina, orando en silencio. Sin hacer ruido alguno don Fernando se situó tras una columna desde la que poder observarlo. Apenas nada se movía en la Iglesia. Una anciana que había entrado a rezar encendió una vela y se marchó arrastrando los pasos. En ese momento el Vizcarreto se giró, para comprobar cómo entraba un anciano, con un pesado bastón en la mano, y que se destocaba para arrodillarse frente a la efigie de Santa Ana, la Virgen y el Niño. Cada poco el Vizcarreto se giraba para mirar a su alrededor.

Por las vidrieras situadas justo sobre la puerta entraba la luz. Eran dos ojos que refulgían en la oscuridad de la iglesia como dos soles nacientes. El anciano se incorporó, y con ayuda de su bastón inició el camino de salida. El Veinticuatro, amparado en la oscuridad, no quitaba ojos al Vizcarreto, que seguía arrodillado y con la cabeza hundida en el pecho. Quizás no era más que un hombre piadoso. Cuando se oyó la puerta de la Iglesia cerrarse se giró, mirando con atención toda la Iglesia. Cuando su vista se posaba sobre la columna donde se escondía don Fernando éste se ocultó tras ella.

El Vizcarreto se levantó y sacó de su jubón una pequeña talega, de color oscuro, carmesí quizá. Y un cuchillo de hoja larga. Con paso presto se dirigió al altar, empequeñeciéndose ante el mosaico de pinturas que había en el retablo. Una última vez miró en derredor para comprobar que nadie había. Con un movimiento diestro abrió el Sagrario y se arrodilló para hacerse la señal de



la cruz. Con suma rapidez tomó el cáliz y retiró de él un buen número de Sagradas Formas, que fue metiendo en la bolsa carmesí.

Don Fernando quedó espantado ante el sacrilegio, y recordó entonces el afán que tenían los Alumbrados, según le había contado su propia madre, por comulgar en demasía. El Vizcarreto devolvió el copón al Sagrario, volviendo a arrodillarse un instante antes de cerrarlo. Y le pareció al Veinticuatro una terrible venganza venir a robar la Sagrada Forma en la misma Iglesia en la que don Alonso Vizcarreto fue sentenciado hacía veinticinco años. Se giró y comenzó a caminar hacia la salida de la iglesia por el pasillo central, guardando la bolsa dentro del jubón, y mirando a las naves laterales por si hubiera alguien. Debía de hacer esto mismo muy a menudo: aprovechaba esa temprana hora en que el sacerdote salía a confesar a los enfermos y dar la extremaunción para colarse en la iglesia y llevarse las Formas.

El Veinticuatro fue moviéndose de columna en columna, ocultándose de la vista del Vizcarreto hasta que éste salió de Santa Ana. Una vez que el portalón se cerró tapando la bocanada de luz que entraba, se apresuró hasta la puerta y aguardó unos instantes en la oscuridad.

Don Fernando entonces abrió la puerta y salió. Quedó deslumbrado por la claridad de la mañana, pero no quería perder de vista al Vizcarreto y decidió dar unos pasos. Y entonces fue cuando tropezó con dos mendigos que en ese momento se sentaban para pedir limosna.

–¡Por caridad cristiana, caballero! ¡He sobrevivido a la peste, pero no me queda para comer! –dijo alargando la mano uno de los menesterosos.

En ese preciso instante el Veinticuatro levantó la vista y sus ojos se cruzaron con los del Vizcarreto, que giraba la esquina en dirección a la calle Larga y se volvía para mirar. El sacrilego pudo leer en los ojos de don Fernando que lo había visto, y echó a correr.

Sin saber muy bien qué haría si lo alcanzaba, el Veinticuatro salió tras él. De haber sido cualquier otro año y no aquél en el que la pestilencia se abatió sobre la Ciudad como un jinete del Apocalipsis, lo habría perdido entre la muchedumbre, pero siendo el año de 1649, las calles se encontraban desiertas, y los carneros llenos.

El Vizcarreto iba callejeando, buscando ocultarse en alguna esquina, en dirección la ermita de la Candelaria. El Veinticuatro pudo ver que se trataba de un hombre que ya había abandonado su juventud. En sus ojos leyó un miedo que lo impulsaba a correr despavorido, volviendo la mirada atrás cada poco. Esquivó a un carromato que cargaba cadáveres hasta el cementerio del convento cercano, y en la carrera trastabilló, pero logró recuperar el equilibrio y se internó en la calle Alfarería.

Don Fernando se aproximaba, más por las continuas paradas del Vizcarreto, pendiente de si lograba despistar al Veinticuatro, que porque corriera con mayor presteza. Y era tan sin sentido la carrera que más de una vez se hallaron dando vueltas a la misma manzana.

El resuello de ambos era cada vez más intenso, con el corazón golpeándoles las costillas con la misma fuerza con la que sus botas iban primero sobre el adoquín, y luego sobre el suelo terrizo. Don Fernando se sentía agotado y la cabeza le dolía. En uno de sus giros el Vizcarreto tomó hacia una calle donde se podían ver varias casas en un estado lamentable tras las avenidas del río del mes de abril. Una de ellas se había venido abajo, y dejaba entrever una mezcla de cascotes y vigas de madera podridas. Las ratas saltaban entre restos de ropa de apestandos que las familias de los enfermos habían ido depositando a medida que iban muriendo. El hedor era insostenible. El ladrón entró en la casa contigua sin apenas pararse a cerrar la puerta tras de sí.

Don Fernando dudó un momento. Aún en los muros se veía la marca que había dejado el agua del río en la crecida de abril. Cuatro grandes troncos apuntalaban la pared principal contra el suelo de la calle. Las ventanas, como las de la mayoría de las casas de la Ciudad, estaban cerradas, última línea de defensa de las miasmas pestíferas que acechaban a las familias.

Cuando el Veinticuatro entró apenas veía nada. Sentía que había gente alrededor. La primera estancia era como un recibidor que daba a un ensanche. ¿Qué haría si lo alcanzaba? Al fondo pudo oír unos pasos, y una puerta que se cerraba. Decidió adentrarse. El ensanche era como un patio; no era pequeño, pero la falta casi total de luz lo convertía en una especie de cueva oscura. Al ensanche se abrían numerosas puertas. Era un corral de vecinos, pequeño y pobre, misérrimo, pero era un corralón.

La primera puerta que encontró cedió al menor empujón. Con mucho esfuerzo pudo ver un cuerpo en la cama. Estaba casi seguro de que estaba muerto. Llevaría así al menos uno o dos días. Delgado, las rodillas y los tobillos hinchados como tubérculos deformes, el pelo ralo, y unas bubas que parecía salirle del pecho. Era difícil decir si era un hombre o una mujer. Estaba echado en un jergón, y allí esperaba que alguien lo echara en algún carro camino de la cal viva.

Entró a la siguiente habitación. Tras una pequeña antesala llegó a un dormitorio minúsculo. Una madre gemía con su hijo en brazos, ambos echados en un jergón. Era un niño pequeño, de unos cinco o seis años, con la cabeza llena de calvas y postillas. El pequeño tiritaba y ella lo envolvía en un mantolín, basto y marrón. Lo acurrucaba con nerviosismo, palpándole la frente cada poco, con la esperanza casi perdida y la desesperación en los ojos.

Al salir, en el ensanche, que no era más que un patio sin aire, notó que el suelo tenía numerosas ondulaciones, como pequeños cerros que emergían del suelo. La disposición aparejada que tenían todas le hizo pensar que eran tumbas. Y así era, que, en muchas casas de vecinos y palacios de más abolengo, se llegaron a practicar inhumaciones dentro de ellas mismas, pues eran tantos los fallecidos de la epidemia que se enterraba a las gentes sin misa, lápida ni más acompañamiento que el de un vecino con una pala y un patio. De una de las tumbas asomaba la punta de un zapato de mujer.

El Veinticuatro se tapó la boca. El hedor lo había impregnado hasta las entrañas, como una pasta pulposa que tragaba sin parar. Las arcadas le hacían remover toda esa fetidez desde la boca y la nariz hasta el último rincón de sus tripas. Vigilando como podía el portalón de la calle a cada momento fue recorriendo estancias donde pudo ir viendo lo peor de la pestilencia: las gentes que mueren sin médico, ni hospital, ni cura que los perdone, ni cementerio que albergue sus huesos.

El silencio en la casa le hizo recordar ese rumor que había notado en el Hospital de Bubas. Aquí no se escuchaban apenas lamentos. Nadie llamaba a gritos a un médico. No había tránsito de enfermos a la convalecencia o a la tumba. Decenas de personas venían aquí a morir en silencio y tras un largo tiempo de padecimientos.

Así llegó hasta una escalera de madera que había en una esquina de la casona. Junto al pie, una anciana y una niña. Lo miraban desde la ausencia. La vieja, con el pelo blanco y alborotado, apenas vestida con un ropón oscuro, cuidaba de la niña, que estaba echada encima de unos sacos. La sombra negruzca de las bubas trepaba por el frágil cuello de la pequeña. Sus ojos no tenían brillo, y se asomaban más a la muerte que a la vida. Sin expresión alguna, sin pedir ayuda, sin gemir siquiera, parecía que aquellos ojos ya habían muerto y sólo esperaban el último hálito del resto del cuerpo.

Subió por la escalera, que crujía como un barco hundiéndose. En el corredor superior había un pasillo al fondo, con una puerta abierta. Daba a una entreplanta, un piso usado para guardar algunas herramientas. Bajo el entrepiso, a la vista tras una barandilla de madera, había un antiguo muladar donde, en otro tiempo quizás no lejano, había animales. Ahora no menos de diez cuerpos estaban tirados aquí y allá, muriéndose tan poco a poco que la vida, más que escapárseles, goteaba extrayendo toda ánima de aquellos moribundos febriles.

El Veinticuatro anduvo unos pasos por aquella techumbre podrida, buscando cualquier indicio de la presencia del Vizcarreto. Por un instante pensó que lo había perdido, pero no podía haberse escabullido de forma tan sencilla, habiendo tenido a la vista la que parecía única salida a la calle.

En el momento en que se volvía oyó un crujido del entablado del piso en el que se hallaba, y acto seguido el Vizcarreto se echó encima con tal violencia que ambos rodaron chocando con varias de las herramientas que estaban apoyadas contra una de las paredes. Al estruendo sucedió el forcejeo; los dos pugnaban por coger siquiera alguno de los rastrillos, y la lucha se centraba en tratar de inmovilizar al otro. Se agarraban manos, brazos, hombros, el Vizcarreto tratando de ganar la puerta, y el Veinticuatro buscando apresarle vivo sin querer echar mano de su daga.

Abrazados como estaban, el solo cuerpo que componían se movía caótico por el piso, llevándose todo por delante, impactando con todo. Los crujidos de suelo y paredes acallaban sus bufidos. Y era grande el escándalo, pero la extrema debilidad de los moribundos que se hallaban abajo en el muladar les convertía en una ayuda muy escasa.

En una de las acometidas, el Vizcarreto consiguió agarrar por el cuello a don Fernando. Pronto le faltó el resuello. La lucha los llevó al suelo, donde aquél se echó encima, haciendo de nuevo presa de su garganta con una fiereza inusitada.

El Veinticuatro intentaba liberar su cuello, pero las manos le apretaban con mucha fuerza. La vista comenzó a nublarse. Intentó golpearle la cara, pero los impactos de su puño apenas lo inmutaron.

Casi por suerte, con el pataleo, había introducido una rodilla entre su cuerpo y el de su oponente. Apretó todo lo que pudo. Vio la cara del Vizcarreto contrariarse durante apenas un pestañeo, y entonces usó todas las fuerzas que le quedaban para separarse impulsando la pierna hacia delante.

Todo transcurrió tan rápido que poco pudieron darse cuenta de lo ocurrido. Al separarse de forma tan brusca, el Vizcarreto salió despedido hacia detrás. El Veinticuatro aprovechó para tirarse sobre él con tanta virulencia que el mismo empuje los llevó a chocar con una viga de madera. Se oyó un gran crujido, que apenas sintieron en el fragor de la pelea. La lucha los llevó a rebotar, abrazados, de la pared a la viga varias veces.

Entonces, con un gran estrépito, la techumbre del muladar se vino abajo. Si fue primero el piso colgado en el que se hallaban o el propio techo, no llegó a saberlo. Un aluvión de tablas podridas, vigas, clavos, cuerdas, enseres y ropa cayó, arrastrando a don Fernando y al Vizcarreto, y luego al suelo del sobrepiso de madera donde habían estado forcejeando. Cuando la polvareda se asentó, si alguno de los apestados que estaban durmiendo en aquel corralón hubiese tenido fuerzas para mirar, habría visto apenas dos cuerpos, y quizás el de algún enfermo moribundo, sepultados por tablones y grandes vigas.

## CAPÍTULO XXII

Don Fernando trató de moverse. Apenas podía abrir los ojos. Un extraño sabor a polvo y virutas de madera le llenaba la boca. Quiso llevarse una mano a la frente, donde notaba un líquido caliente correr hasta llegar a su nuca. Pero no pudo mover la mano. Ni el brazo. Ni las piernas. Ni los ojos. Nada. Intentó girar la cabeza. Nada. Volvió a dormirse.

Se desveló y esta vez logró entreabrir los ojos. No sabía si era de noche o de día. Ni cuánto tiempo llevaba ahí. Quizás si pedía socorro alguien podría oírlo. Pero de su boca no salió ningún sonido. Apenas llegó a un ronco maullido. Tenía sed. Mucha sed. Y la boca parecía un saco de serrín. Intentó liberar el brazo derecho, que sentía aprisionado. Tiró de él con todas sus fuerzas, lo que en el aquel momento le parecía algo sobrehumano. Sintió la piel desgarrarse, desconocía si contra la madera astillada o algún clavo. Se desmayó.

No sabía si había sido el aire. Desconocía si llegaba alguna corriente de la calle hasta donde se encontraba. Pero el repelucos que sintió lo hizo despertarse. Había abierto los ojos, o eso creía, pero no logró ver nada. Por un instante pensó que estaba ciego, pero luego pudo distinguir alguna forma. Dedujo que era de noche, aunque el día en aquel sitio podía no ser muy diferente.

Logró mover la mano, aunque el dolor que sentía al agitar los dedos le recorría todo el cuerpo. No podía ver bien, pero imaginaba que el destrozado sería importante en el antebrazo. Intentó pedir auxilio de nuevo, pero al mover la lengua notó que estaba seca como el esparto. Y tenía la boca llena de minúsculas astillas que le causaban un gran dolor. Con la mano libre apartó un tablón que le apretaba en las costillas desde el lado derecho. Le llevó un rato. Acomodar el brazo, agarrar la madera con un dolor insufrible que le llegaba desde los dedos hasta el hombro, e ir moviéndola poco a poco. No le molestaba demasiado en las costillas, pero esa tarea era lo que más tenía a mano para poder hacer algo. Notó que sudaba cuando por fin pudo retirar el tablón. Cerró los ojos. Daba igual porque no veía. Respiró por la nariz hasta que el sudor se fue refrescando, y volvió a dormirse exhausto, febril.

Oyó un ruido. Nítido, agudo, rápido. Abrió los ojos y lo recibió la misma oscuridad. El ruido se dejaba sentir cada vez con mayor claridad. Primero como un sonido leve, y luego como una débil vibración. Lo sentía alrededor de la cabeza, aprisionada entre dos vigas. No intentó hablar por el dolor que le causaban las astillas. De pronto fue consciente. Era una rata. Podía oír su nervioso caminar por entre las maderas. Incluso sentía cuándo se paraba a olisquear. Estaba muy cerca. Notó los pasitos húmedos junto a su oído izquierdo. Un leve salto para trepar por la viga que tenía sobre la cabeza y luego descender por el otro lado para situarse a su derecha. Se paró de nuevo a husmear, supuso. Don Fernando no oía nada ahora. Nada. Quizás se había marchado. De pronto notó cómo la rata se encaramaba en su brazo dirigiéndose hacia la muñeca, donde aún sentía el Veinticuatro la herida abierta. Imaginó que buscaba fácil acceso a carne fresca, y ese mismo pensamiento fue como un latigazo.

Comenzó a agitar el brazo, lo único que podía mover, con toda la energía de que fue

capaz. Gruñía como un lobo enloquecido. Cualquiera que hubiese visto la estampa de un brazo agitarse entre una escombrera de maderas habría sufrido pesadillas de por vida. De pronto se paró, más por sentir dónde se hallaba la rata que porque se le hubiera pasado el pánico. Quizás se había marchado desfavorada. No oía nada. Pero así no podría dormir. La idea de despertarse con la rata devorándole el brazo le aterraba.

Se había quedado dormido. Algo de claridad le decía que el día había llegado. Comenzó a notar el picor de las pulgas. En aquel corral debían de contarse por miríadas. Y quizás era su sangre la única disponible. Con el brazo libre se rascaba lo que podía. De pronto fue consciente. ¿Dónde estaba el Vizcarreto? ¿Había huido? ¿Había muerto y su cuerpo estaba allí al lado?

Notó que podía flexionar la pierna derecha. Así, un tronco se elevaba, pero al retirar la pierna volvía a caer sobre él. Intentó moverse un poco, pero sin éxito. En una de esas logró alzar la madera con la rodilla, y alargó la mano libre para dejar caer sobre ella el tablón. Eso le dio la ocasión de usar la pierna como palanca contra los restos bajo los que se hallaba. Mientras empujaba giró el cuerpo, y logró dejar que rodara la viga que le aplastaba la cabeza. Ya tenía medio cuerpo libre. Ahora podía rascarse. Aquellas pulgas y la sed lo iban a volver loco. Le costaba cada vez más respirar.

Notó las tablas moverse. Debía de haberse quedado dormido de nuevo. Sintió que a la mitad izquierda de su cuerpo, que aún permanecía aprisionada, la recorría de pronto una extraña sensación de libertad. Vio que alguien se acercaba y le vertía agua en la boca. Bebió con ansia sin preocuparse de quién era su salvador, a la vez que intentaba encoger sus brazos y piernas, que apenas respondían.

Estaba tan cansado que no podía abrir los ojos, pero sentía que tiraban de sus brazos. Estaba muy débil. No sabía cuánto tiempo llevaba allí sepultado. ¿Unas horas? ¿Un día? ¿Dos? Notó que lo dejaban en el suelo y que volvían a darle agua. El brazo derecho podía moverlo, pero con un gran dolor.

Se desveló entre escalofríos. Estaba tirado en el suelo y apenas podía moverse. El dolor le había ocupado todas las articulaciones, y un bombeo intenso le recorría el pecho, las sienes, el cuello.

De su garganta salió un gemido, pero no pudo articular palabra. Lo intentó de nuevo, pero sin suerte. Quiso girar su cuerpo sobre el lado derecho, pero el dolor del brazo fue tan intenso al quedar bajo su cuerpo que se le escapó un aullido y se volvió a dejar caer sobre su espalda para estar tumbado boca arriba.

A su lado había alguien. Primero lo sentía y luego podía oír voces, una conversación. Poco a poco consiguió abrir los ojos. Estaba en aquel patio oscuro en cuyo piso vio las tumbas improvisadas cuando entró. No sabía cuánto tiempo hacía de aquello. Desde donde estaba podía ver la escalera por la que accedió al piso superior en el que forcejeó con el Vizcarreto. Pudo ver cómo faltaba un trozo de lienzo de pared, que en algún momento separaba la escalera del sobrepiso que se vino abajo.

La poca luz que le llegaba desapareció durante un instante. Aquel eclipse lo había provocado una cara, que se había inclinado sobre él. No podía ver bien quién era. Notó que lo

examinaban durante un instante y le dieron agua. Sentía frío por todo el cuerpo y buscó acurrucarse, esta vez para el lado izquierdo. Cerró los ojos. Gemía débilmente. Notó que alguien le echó una manta por encima y se sintió reconfortado de inmediato. Se durmió esperando que aquella presión que sentía en las sienes desapareciera.

La fiebre había aumentado. A ratos sudaba hasta quedar empapado y en otros momentos estaba aterido de frío. La cabeza le iba a estallar. Se había despertado porque sintió que alguien le daba de beber. Apenas podía oír voces inconexas que se le colaban en la mente, sin llegar a discernir del todo su significado. Trató de taparse bien con la manta que le cubría. Tumbado como estaba se giró: le dolía todo el cuerpo y recordó que tenía una herida en la mano, que ahora no le causaba padecimiento alguno. Pero era incapaz siquiera de abrir los ojos.

–Parece de buena cuna –dijo una voz de mujer.

–Al final la Justicia de Dios nos alcanza a todos. Y a este caballero la peste le ha alcanzado en este corral, mitad hospital mitad cementerio –respondió otra voz cercana.

–Cuando muera no lo amortajéis con la manta. Me vendrá bien.

–Pero habría que quemar la ropa.

–¿Crees en serio que eso te salvará de morir? ¿Le ha valido a éste?

Vomitó de repente, como si desde el estómago profundo del sueño le hubiera salido una bola que estuviera viva. Se sentía arder, y apenas podía moverse. Pero el impulso de aquella masa biliosa y hedionda que tenía en las entrañas lo había hecho incorporarse y vomitar a un lado. Quedó sentado contemplando la pulpa verdosa que había expulsado a un lado.

Se miró y tenía la camisa abierta, no sabía dónde estaba el jubón que llevaba cuando se lanzó a perseguir al Vizcarreto. Pudo observar una mancha negruzca que le subía desde la axila hasta el cuello. Unas minúsculas bubas comenzaban a surgir de la piel. Tenía la peste. Trató de incorporarse. Necesitaba ir a un hospital. Pero otro temblor lo agitó, y a la arcada le sucedió otro vómito que sacudió todo su cuerpo desde dentro. Volvió a tumbarse de espaldas.

Iba a morir allí. Cerró los ojos y trató de traer a su mente la imagen del Santo Cristo de San Agustín. No había podido encontrarlo, y quizás la peste no era más que un castigo a su fracaso. La Ciudad se derrumbaba y él iba a morir allí, solo, alejado de los suyos. Un cadáver desconocido más. Notó que estaba llorando.

Los temblores le sacudían todo el cuerpo. Era un saco de escalofríos, de saltamontes enloquecidos, impulsados por una furia imparable para salir de debajo de la piel de aquel cuerpo moribundo. Estiraba la cabeza, tratando de separarla de un cuello en el que las bubas crecían poco a poco, como un mal que, indiferente de la destrucción que causaba a su paso, avanzaba inexorable, sin detenerse siquiera a mirar la piel ennegrecida que iba pudriéndose.

Se movió con tanta violencia que un paño húmedo que tenía sobre la frente se le cayó. Tenía mucha sed; quiso hablar y le salió un aullido, gutural, lleno de amargura. Como por arte de una extraña magia el paño volvió a su cabeza. Otro gáñido salió de su garganta, implorante. Navegaba en el mar de la fiebre, dormido o despierto qué más daba. No diferenciaba el día de la

noche, y si era aún ayer o ya mañana importaba poco a quien se encuentra en franco diálogo con la muerte. De pronto sintió que estaba bebiendo. Quería morir, que aquel padecimiento que lo arrasaba parase de una vez. Pero ahora se agarraba a ese agua que le bajaba por la garganta.

Se sentía arder, y aun así agarraba con fuerza la manta que lo cubría. El sudor le empapaba la ropa, pero sabía que al instante se tornaría en un frío terrible. Las náuseas le atenazaban el vientre: tan débil como se encontraba, solo cuando vomitaba era ese latigazo el que podía tirar de él para incorporarlo lo suficiente y que pudiera mirar a su alrededor.

En aquel sitio reinaba un silencio que helaba la sangre. ¿Cómo sabría si habría muerto? ¿Sería consciente de alguna manera? ¿O ya lo estaba?

Había dejado de oler aquel hedor infernal que lo sorprendió cuando penetró en el corral buscando al Vizcarreto. Despegó los párpados para comprobar que seguía allí. Estaba oscuro, creía. A su lado reconoció a la anciana que vio con una niña apesada en brazos. La pequeña no estaba con ella. Tenía entre las manos lo que parecía un mendrugo. Con la paciencia de quién no le da significado ninguno al tiempo arrancaba un pedazo y lo migaba en un cuenco. Al poco el pan salía empapado en vino. La anciana entonces se lo metía en la boca, degustándolo con gran ceremonia, sin echar de menos los dientes que no tenía.

Desde la axila notó de nuevo el dolor. Lo sentía reptar debajo de su piel, como en olas, en una amenaza pulsante que recorría el pecho y el cuello y le llegaba hasta las sienas. Supuso que con cada avenida las bubas iban creciendo. Le quedaba poco de vida. Si al menos hubiera podido ver a su mujer y sus hijos. Pero quien iba a morir allí era un desconocido, y así sería echado su cuerpo a un carnero, y cubierto con cal viva, sin nadie que diera un responso por su alma ni nadie tallase una lápida a la que llorarle. O quizás lo enterrarían allí mismo: cubriendo su cuerpo con un poco de tierra. Sentía su cuerpo arder.

Abrió los ojos para comprobar que era cierto: que aquella voz que oía la de su madre. Doña Isabel estaba sentada en una silla alta, recta, al pie de la escalera. La había escuchado hablar, creía que entre sueños, pero allí estaba.

—Catalina ha muerto, ¿verdad, hijo? Es cierto que yo te mandé a ella, pero no tenía intención de que descubrieras nada. Yo no sabía lo del Cristo. Y si te pareció que ella sí estaba al tanto es una prueba más de que siempre estuvo conectada con Dios —en su mirada, elevada a la techumbre del corral, había admiración—. No salía del Emparedamiento, pero era capaz de sumirse en un estado de contemplación que daba miedo. No se le acercaban unos locos cualesquiera, no. Su grey eran sacerdotes en su mayoría. Ya te habrán contado historias truculentas, y que si se encamaba con ellos. ¡Qué más da lo que hiciera si era para mayor gloria de Dios! ¡Qué más da lo que hiciéramos todas! —se removió inquieta en la silla, para mirarlo de soslayo—. Los Vizcarreto iban a visitarla porque sabían que nadie como ella podría guiarlos a la contemplación perfecta. Su madre, Elvira Bucarelli, los mandó. ¡Ay Elvira! Tendrías que haberla visto en el Convento del Valle, bailando extasiada en aquellas misas eternas. A ella y a otras tantas: quien no se reunía en algunas de las citas de los Alumbrados no era nadie —la mirada cómplice, de quien ha cometido una travesura, le sorprendió—. Elvira nunca quiso denunciar a Catalina, y su marido estaba tan loco por ella que se entregó, incluso a expensas del gran castigo que sufriría. Los que conocimos a don Alonso Vizcarreto sabemos que hubiera preferido la

hoguera a la vergüenza del destierro. Y esa vergüenza lo mató poco a poco. ¿Sabes? No me extrañaría que Elvira hubiera educado a sus hijos en la contemplación. Pero qué han venido a hacer a la Ciudad, llevándose nada más y nada menos que la imagen del Santo Cristo de San Agustín, eso no lo sé. Ella los ayudó seguro, dejando abierta la puerta de la Sacristía cuando fue a misa con su segundo marido, don Carlos Cegarra la tarde anterior al robo. –De pronto se incorporó a mirarlo fijamente a los ojos–. Fernando, ¿te encuentras bien?

Volvió a despertarse y buscó con la mirada a su madre. Pero al girarse a la izquierda se encontró con Su cara. Allí estaba, crucificado a su lado, la cruz tendida en el suelo, las caras frente a frente. Él dejaba caer su Divino Rostro sobre su hombro derecho. El cabello le caía por la espalda y el pecho hasta la llaga del costado. La corona de espinas remataba una faz que reflejaba una gran serenidad: parecía que ya no le causaba dolor alguno. Una orla dorada, lejos de ser un signo de divinidad, parecía pesarle hasta con el rostro adormilado. Tantas horas en la cruz lo habían llevado a un estado de respiración extrema, y el vientre aparecía por completo contraído, como un fuelle que acabara de hinchar unos pulmones hasta tal extremo que las costillas iban a reventar la sangre de la piel. A modo de sudario, un faldellín con una línea bordada en oro que refulgía, en gran contraste con la sangre que manaba de su costado como una rosa tierna recién nacida

Al fin lo había encontrado, pensó don Fernando. Estaba allí. Quizás todo este tiempo había estado en ese corral. Quizás por eso el Vizcarreto se había refugiado en esa casa de Triana. En cuanto se encontrara mejor podría llevárselo de vuelta a su convento.

Muy cerca de su propia cara tenía un brazo clavado en la cruz. La palma de la mano atravesada por el hierro inmisericorde. Los regueros de sangre, como pequeñas raíces, se adentraban entre los dedos y bajaban hasta el madero. De pronto vio que un dedo se movía y dio un respingo. Luego otro dedo.

Lo miró. El Cristo había entreabierto los ojos y alzado levemente la cabeza. Moviò los labios, pero no salía ningún sonido. Estaban resecos, agrietados. Estaba expirando, pero con la serenidad inefable de quién duerme en paz en medio de aquella tormenta de muerte.

Don Fernando se encontró llorando. Él, que tanto se había lamentado, que había gemido desde sus entrañas, que se retorció de dolor en cada vómito, que se tentaba las bubas ardientes con los dedos temblorosos, estaba allí agitándose entre escalofríos mientras el Salvador moría azotado y clavado en la cruz con la mirada llena de luz, y diríase que hasta con una sonrisa en los labios. El Cristo le miró, directo a sus pupilas desde el vacío vidrioso de los ojos de un moribundo.

El Veinticuatro se sintió arrodillarse aun cuando seguía tendido en el suelo, hirviendo de fiebre. La mirada del Cristo seguía hurgando en su alma, despegando las páginas de su corazón, páginas que iba leyendo, por más que fuera don Fernando el único que oyera, desnudo, pequeño, desprendido, solo, concentrado en un único punto del universo, fuera del cual no existía nada.

Con los ojos anegados de lágrimas, y reuniendo fuerzas, rebuscó entre las oraciones que conocía de memoria. Apenas podía recordar un par de palabras. El Cristo iba cerrando los párpados. La cabellera colgándole del hombro. Y él no sabía si era la garganta la que no dejaba salir sus pensamientos, o era su mente febril la que tenía cosidos los labios. Apenas los ojos del crucificado dejaban brillar un tenue hilo de luz cuando el Veinticuatro se oyó decir:



“Olvidado he, Señor, el olor de la vida.  
Dejo en la carne enterrado el tacto de las cosas.  
Los que oro me dieron, me apartaron de las rosas.  
Y sin entender ya siento mi alma desasida.  
Quedan mis labios mudos en su Sagrado anhelo:  
Que, de llorar tus llagas, temblor estremecido,  
Contemple tu Amor de brote carmesí nacido  
Y a Tu encuentro salga...”

Salió muy lentamente del sueño, intentando zafarse de él como de un molesto animal que se pegara en cara y brazos. Pero, de pronto, sintió la llama súbita del recuerdo de lo que había vivido y abrió los ojos. Buscó primero a su izquierda, pero no lo halló. Luego a su derecha. Tampoco. El Cristo de San Agustín no estaba. Y sin embargo era tan vívido el recuerdo de su brazo extendido y clavado en la cruz, de su rostro cercano de íntima serenidad, de sus ojos que ya habían recorrido el camino de la muerte, que nadie podía decirle que Él nunca había estado allí.

Se incorporó. Hacía días que no veía el mundo desde esa perspectiva. Sintió un mareo, pero una mano le tocó el hombro.

–Toma. Bebe. –La misma anciana desdentada que había visto, no sabía sin en sueños o durante la duermevela, le alargó una jarra con agua fresca. Se sentía mejor, y eso le hizo preguntarse si no había muerto ya–. Sigues vivo, no hay muchos que puedan decirlo.

El Veinticuatro miró a su alrededor. La luz entraba en el corral por el trozo de techo que se había derrumbado, convirtiéndolo en un lugar menos siniestro de lo que recordaba. A su alrededor no veía a nadie más. En el sitio donde buscaba al Cristo no había nada más que las maltratadas losas de un suelo envejecido, al que le faltaban tantas piezas como a la dentadura de la anciana.

–Come algo. Llevas días muriéndote. –Don Fernando agarró el trozo de pan. Olvidando el hambre por un instante se buscó el pecho. Apartó un jirón de la camisa y pudo ver cómo se secaban las bubas, y cómo la piel, que antes era negra a su alrededor, iba tornándose gris, sin brillo alguno. Mordió el pan con avidez, como si fuera a escapársele el sueño y quisiera aprovechar el descuido de la muerte–. Menudo escándalo ¿eh? –dijo señalando la escalera desde la que podía verse el tabique y techumbre que se habían caído.

–Connmigo había otro –acertó a decir en lo que supo que eran sus primeras palabras en varios días. Le sonaron con una voz grave, opaca, que no reconoció como suya.

–Se rompió el cuello en la caída. Ahí sigue enterrado entre los escombros. Las ratas han empezado comérselo. En tu caso pude ver que te movías, aunque me llevó un tiempo sacarte. – Supo que aquellas frases representaban un alivio imperfecto. Por un lado, había muerto el Vizcarreto, pero por otro se le escapaba una oportunidad más de saber.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí? –apuró el pan que le quedaba. Le pareció una exquisitez cuando sabía que hace solo una semana ni lo hubiera probado. Oscuro, sin apenas miga, y duro como el cuero.

—Hace tantas semanas que dejé de llevar la cuenta de los días que no sabría decir. Para qué. Tampoco sé cuánta gente llevo enterrada —dijo mirando aquel pequeño cementerio donde las tumbas se desordenaban en el patio. Mientras, el Veinticuatro se terminaba la jarra de agua—. Cinco días. Seis. Siete. Qué más da.

Don Fernando despertó con una sensación de placidez que no recordaba. Se había desperezado, estirando brazos y piernas sin notar más que el entumecimiento de haber estado varios días sin apenas moverse. Miró a un lado y vio de nuevo la misma jarra y un trozo de pan y queso. Lo comió con avidez lobuna. Un silencio absoluto lo rodeaba. Era una noche cálida, que caía a plomo sin una brizna de aire. Un grillo rompió la quietud, pero se calló en cuanto el Veinticuatro se levantó.

Rebuscó en un hatillo que tenía a un costado. Encontró su jubón, arrugado y lleno de astillas de madera del derrumbe del techo y el sobrepiso. Al lado estaban sus botas, sucias, llenas de polvo, y la daga.

Ya vestido, buscó con la mirada a la anciana que le había estado cuidando. No había rastro de ella. En la oscuridad aún podía distinguir las suaves colinas que formaba la tierra del patio en cada una de las tumbas. Se preguntó cuántos de aquellos enterramientos habría hecho ella con sus propias manos. Cuando entró en aquella casa cada rincón estaba ocupado por un enfermo moribundo, desahuciado, por alguien que lo cuidaba desesperado, aguardando solo el cuándo o el milagro. Hoy no quedaba nadie. De una de las tumbas, con la tierra aún fresca, sobresalía una mano infantil.

El grillo volvió a cantar dentro del patio cuando don Fernando salía a la calle, y así quedó como única compañía de la noche y de los muertos.

## CAPÍTULO XXIII

Viernes, dos de julio de 1649

La luna estaba en cuarto menguante, por lo que el Veinticuatro supuso que habrían pasado siete u ocho días desde que entró en aquella casa de vecinos buscando al Vizcarreto. Un alguacil en la puerta de Triana le confirmó que era aún la madrugada del día dos. A la tarde siguiente habría tenido lugar la procesión del Santo Cristo de San Agustín. Si él hubiera sido capaz de hallarlo.

Había estado ocho días entre sepultado y moribundo. Se sentó mareado en el soportal de una casa en la calle Ancha de San Pablo. Su mujer y sus hijos estaban en Villanueva, y quizás ya habrían sido avisados por Manuel de que hacía días que faltaba. Mientras recuperaba el aliento se pasó las manos por la cabeza, apesadumbrado. Y notó que le faltaba la mayoría del pelo. Lo había visto en otras ocasiones, aunque no era un gran número los que vencían a la pestilencia, pero un recuerdo que les quedaba de la convalecencia era la falta de pelo. Notaba la cabeza rala en muchas partes, completamente calva en otras, y con su pelo habitual en las menos, como si un animal le hubiera roído el cabello a ratos.

Pero la cicatriz más grande era haber fallado a la Ciudad. Sus habitantes se habían marchado o habían muerto. Y cualquier atisbo de esperanza se había esfumado con aquel robo. En unas semanas solo quedarían señoriales palacios cerrados, pasto de las hierbas y el sol. La cal iría cediendo al paso del tiempo, mostrando ladrillos como costillas descarnadas. Poco a poco los animales poblarían sus calles, y hasta los perros y gatos sacrificados como culpables de la pestilencia sestarían a la sombra de los campanarios, dormirían al fresco en los patios de mármol, o dejarían sus inmundicias en puertas cuyos escudos habrían perdido todo el valor de siglos en unos meses. Las ratas roerían poco a poco las montañas de ropa que había tiradas por doquier, y los pájaros harían sus nidos con los retales que un día llevaron los muertos.

Siguió andando calle arriba, dejando el convento de San Pablo y luego la Iglesia de la Magdalena a su izquierda. El carnero que había en la Plaza ya estaba lleno. Era una gran olla a rebosar de muerte, y aunque lo habían tapado, de un lado asomaba una mano, seca y apergaminada. Resolvió ir por el Santo Ángel, pues la calle de la Encomienda, por su estrechez, a esta hora le daba poca desconfianza ante cualquier eventualidad como despojos de apestados o varios cadáveres que impidieran el paso. Pasó junto al Convento de las Mínimas de San Francisco para llegar a la calle de la Sierpe. Ni una campana sonaba ya en la Ciudad, que había abandonado hasta el duelo. Un llanto desconsolado y lejano rompía la quietud. Podía abarcarla de lado a lado con la vista toda la calle, y no se veía a nadie. Recordó la vieja leyenda: unos niños habían desaparecido de forma enigmática hasta que un caballero encontró el nido de una serpiente en unos túneles y acabó con ella. Nadie recuerda el nombre de aquel hombre porque la Ciudad, siempre agradecida, decidió poner el nombre de su enemiga a una calle tan principal, olvidando, si alguna vez lo supo, cómo se llamaba el héroe. La Muy Noble, Muy Leal y Muy Desagradecida Ciudad.

Esbozó una mueca, que se le antojó habría de ser entre cómica y sórdida, viéndose como estaba sin apenas pelo, macilento, ojeroso y la ropa cubierta aún de polvo y astillas. Deseaba poder echarse en su colchón, comer un pan que no estuviese negro, o vestir ropas limpias. Aún llevaba el mismo atuendo que cuando perseguía al Vizcarreto. Aquel hombre, de pronto recordó,

aún yacía bajo las maderas de una casa medio derruida. ¿Por qué habría robado la imagen? El fracaso era la roña que cubría las dos caras de una moneda. Una imagen que no aparecía. Y una historia de herejes que rozaba la vida de su propia familia. Se imaginaba volviendo a mirar a su madre, doña Isabel, pasando cerca del convento con su altar vacío, o del Emparedamiento de San Ildefonso con la sombra de unos ojos y unos estigmas. Y ni una respuesta. Miró en derredor. Sentía que la Ciudad lo miraba. Cuando fue consciente de sus pasos, estos ya lo llevaban hacia la calle Escuderos.

Al llegar pudo ver por el sur de la Ciudad, extramuros, una gran humareda. Y sería de los grandes quemadores que el Cabildo tenía instalados desde el inicio de la epidemia para deshacerse de la ropa de los enfermos como había dictado la Junta de Salud primero y la Junta Real después. Y siendo, como ya se ha dicho, que en algunas calles era difícil pasar por las grandes cantidades de ropas de apestados que había, a veces los carrromatos que portaban cadáveres se usaban para llevarse los enseres de los muertos hasta las hogueras, situadas en la cercanía de los carneros.

El aire apenas se movía, y la columna de humo se erguía amenazante. Había días en que podían verse varias sobre la Ciudad, sosteniendo un cielo que se caía a pedazos.

Mirando la huella que el fuego dejaba en el aire, el Veinticuatro observó una ventana abierta sobre la pequeña torre que tenía la casa de los Vizcarreto, en el número tres. La calle era estrecha, y las casas por fuerza debían estar pared con pared también en los soberaos. El número 5 según el secretario pertenecía al médico Blanche, y estaba vacío. Pero Elvira Bucarelli le aseguró que la noche que don Carlos Cegarra murió estuvieron allí visitando al doctor. Tendría que comprobar la verdad por sí mismo. Rodeó para buscar la calle de los Tintes, junto a la muralla, y a dónde daba la espalda de las casas de la calle Escuderos.

En otro tiempo, meses atrás, recordó el Veinticuatro que la calle era fuente de numerosos problemas por las pestilencias que causaban los talleres allí situados, así como los que estaban en la Plaza de los Curtidores. Y eran tan peligrosas las ponzoñas que pocas madres dejaban jugar a sus hijos por esas calles, siempre encharcadas de venenos. Pero la epidemia había dejado los talleres vacíos y las calles secas.

Buscó la puerta de la cochera de la casa del número cinco. Era una puerta baja, que daba a unas caballerizas abiertas al cielo. Se encaramó con facilidad por ella, y de un salto entró en la casa. Pronto pudo ver que estaba en desuso, sin apenas muebles ni rastro de que nadie viviera en ella desde hacía mucho tiempo. El patio interior tenía hojas y pequeñas ramas amontonadas que el viento había ido recogiendo, y una gran cantidad de polvo cubría los pocos cachivaches que quedaban. Recordó que el secretario le aseguraba que el propietario, a pesar del desuso, estaba al corriente de todos sus pagos, lo cual es más raro aún, pues era normal que incluso viviendo varias generaciones en la misma casa se tomara por gran virtud no aflojar al erario mientras fuera posible. Y así era que, con la excusa de que las calles estaban sucias, o que junto a aquella cruz se depositaban basuras sin control alguno, las gentes porfiaban, y conseguían, sobre todo si eran familias de noble cuna o conventos, no abrir la bolsa ni aunque los matasen. Y quizás el caso de este Blanche es de comprender por ser ciudadano francés, pues si llega a ser nacido en la calle de la Feria en vida hubiera pagado un solo real.

Buscó con rapidez la escalera que lo llevaba a los pisos superiores, y de ahí a la azotea. Desde arriba podía ver mejor las grandes humaredas que formaban los quemaderos de ropa. Y aún en la oscuridad contó al menos tres: uno en el Prado de San Sebastián, otro cerca de la Puerta del

Ossario, y otro aún más lejos.

La azotea estaba separada de la del número tres por un murete que apenas le llegaba a la cadera. Saltó al otro lado y se acercó a la ventana abierta de la pequeña torre que había observado desde la calle. Una vez hubo aguzado el oído, y estado seguro de que no se oía nada, se aupó para entrar a la casa. Don Fernando pasó con cautela a la vivienda de los Vizcarreto, aún a nombre de su padre muerto en el exilio. Sin darse cuenta llevaba la daga en la mano, así que volvió a enfundarla.

La oscuridad era total, y necesitó de unos instantes antes de orientarse. La torre era apenas un pequeño espacio donde se guardaban algunas herramientas. Tras una puertecita bajó, cuidando casa paso que daba, por unos peldaños hasta la parte principal de la casa. El piso superior, con columnas y una balconada de piedra al interior, se abría a un patio amplio, con baldosas que definían diseños geométricos, y una pequeña fuente en el centro. Todas las estancias que daban a la planta superior estaban cerradas. Por un momento estuvo tentado de abrir una puerta, pero el silencio en toda la casa era tal que con solo imaginar el ruido de los goznes se sintió descubierto. Tuvo claro que alguien vivía allí, pues no tenía los signos de dejadez que había visto en el número cinco.

Siguió por la planta buscando las escaleras que bajaban al patio. Los azulejos reflejaban la débil luz de la luna menguante. Y aunque no pudo distinguir sus dibujos, supo apreciar el fino diseño de lo que seguro era una costosísima ornamentación. Respiró al ver que la escalera era de piedra y no respondería a sus pasos con crujidos.

Las paredes estaban cubiertas con gruesos lienzos que oscurecían aún más la gran estancia del patio, rodeado por una galería con techos de madera. Pudo ver al menos un aparador con multitud de pequeños cajones, con poca filigrana y algo desvencijado. Pegadas a las paredes de la galería había algunas mesas y sillas que, sin hacer juego con el otro mueble, sí compartían con él que no estaban a la moda, y ni siquiera a la altura de una casa con piedra tallada y rica azulejería. La casa habría estado abandonada muchos años durante el exilio de don Alonso Vizcarreto y familia en Osuna, y si los hermanos habían vuelto hacía poco a la Ciudad es de suponer que se habrían arreglado con unos pocos muebles tomados de aquí y allá.

Don Fernando pensó por un momento en la fatídica noche en que los tres Vizcarreto, embozados para que nadie los reconociera, se llevaron el Santo Cristo de San Agustín. Habrían entrado con la imagen envuelta en lienzos por la Puerta de Carmona. Quizás habrían sobornado a los guardias, o los habrían distraído, o habrían entrado por muchas de las brechas que la muralla tenía, o por alguna de las montañas de basura que permiten cruzar de un lado a otro. Y de ahí directamente a la calle de los Tintes. Después habrían entrado a la casa por la puerta de las caballerizas. No les habría llevado mucho tiempo, pues la distancia al Convento es corta, y, amparados en la noche y en una Ciudad despoblada por causa de la pestilencia, pocas personas podrían haberlos visto. Una vez dentro de la casa lo más sencillo sería guardar la imagen en alguna de las estancias. Le daban escalofríos pensar que la imagen que llevaba un mes buscando estaba ahí, a unas varas del Convento, y a unos pasos de donde él se encontraba.

Fue pasando ante las puertas escudriñando algún signo que le empujara a abrir una. Quizás buscaba también la valentía. ¿Qué se encontraría allí? ¿El Santo Cristo? ¿Al Vizcarreto que faltaba?

De pronto creyó oír unas voces. Se quedó paralizado. El sonido venía de alguna habitación cercana. Parecía un rumor continuo y átono, una salmodia que, sin entonación de

ninguna forma, ni cambios en su volumen, cayera como una cascada débil, sin parar, sin crecer, sin ser empujada a otro nivel.

Anduvo aguzando el oído, pero fue la vista la que le guio hasta la capilla, indicada por un pequeño azulejo azul, con las letras en blanco, situado a la derecha de la doble puerta del pequeño oratorio que muchas familias en la Ciudad incluían en sus casas. Sin embargo, era en la habitación contigua donde pudo ver una tenue línea de luz cálida en el suelo, bajo la puerta. Tras ella pudo escuchar de forma clara voces que entonaban alguna oración. Fue consciente entonces de que si había alguien podía ser descubierto. Y corrió a esconderse torpemente detrás de unas de las colgaduras situadas en una pared cercana, y que le permitía observar la puerta con claridad.

Había creído oír voces de dos o más personas, y al menos una parecía ser una mujer. Y, sin embargo, no estaban en la capilla, de donde hubiera esperado que vinieran los rezos. Con mayor sigilo aún al saber que había alguien en la casa, se desplazó hasta el oratorio. Tenía el corazón a punto de salir del pecho, pero tomó el picaporte y abrió la puerta. Se escabulló dentro.

El rumor de las oraciones era allí más patente. Era una habitación pequeña, minúscula diría. En la oscuridad podía distinguir un pequeño retablo que destacaba sobre un altar que podía abarcar con los brazos abiertos, y que solo tenía tres cirios apagados. Completaban la capilla dos reclinatorios forrados en terciopelo. Desde luego el Santo Cristo de San Agustín no estaba allí. Apenas hubiera cabido.

Volvió a abrir la puerta, apenas dos dedos, y echó una ojeada al exterior. Nada parecía haber cambiado en el patio, pero, justo en el momento en que iba a salir, sintió que se abría la habitación contigua. Se aguantó como pudo el impulso de cerrar con violencia, y entornó lo suficiente como para poder mantener una línea que le permitiera ver algo del exterior.

Las oraciones, o lo que fuese, cesaron al instante, y de la habitación salió una mujer con ropón claro, el pelo greñado, oscuro. Iba descalza y andaba con cierta torpeza. Los brazos, muy delgados, terminaban en unas huesudas manos ocupadas por una jarra y un candelabro con una vela. La mujer desapareció de su visión y al cabo de unos momentos interminables en los que el Veinticuatro se preguntaba si, cuando volviera, intentaría entrar en la capilla y qué haría en ese caso, la oyó trastear en lo que supuso era la cocina. Al poco volvió, y solo entonces pudo ver quién era.

Elvira Bucarelli parecía haber envejecido veinte años en los pocos días que habían transcurrido desde la última vez que se vieron. El rostro demacrado, ojeroso, y las manos temblando mientras avanzaba vacilante por el patio, la habían convertido en una anciana con la mirada perdida. No quedaba en ella nada de la altiva viuda que había visitado hacía poco. En esos pensamientos andaba don Fernando cuando Elvira miró hacia la puerta de la capilla y se dirigió hacia allí. El Veinticuatro se retiró de la estrecha luz que había dejado al entornarla, y se ocultó pegado a la pared. Era inútil porque, siendo tan pequeño el oratorio, era imposible que no lo viera nadie que entrase.

Pudo oír los pasos de Elvira avanzando, y de pronto se detuvo. Atrapado como estaba se quedó mirando la hoja que había dejado abierta. La mano huesuda, blanca, manchada, apareció para agarrar el picaporte. Lo agarró con firmeza y comenzó a ser cada vez más visible el brazo, señal de que estaba entrando.

Cuando ya podía ver más allá del codo un extraño maullido vino de la otra habitación. El brazo se detuvo en seco y la mano giró y cerró la puerta. Don Fernando recuperó el aire y aguzó el

oído. Le llegaban algunas voces entrecortadas, pero no podía entender lo que decían. Debía salir de la capilla si no quería que lo encontraran.

Volvió a abrir la puerta y salió para esconderse en los cortinajes. La puerta de la habitación estaba abierta, así que fue moviéndose tras las colgaduras hasta situarse de forma que pudiera ver el interior. Y lo que contempló fue una imagen que no olvidaría el resto de su vida.

En la cama yacía alguien, que al principio no pudo identificar. Su cuerpo estaba casi consumido, y tras un camisón que debió ser blanco alguna vez asomaban unos miembros desnutridos que no mostraban signo alguno de vida. Una de las piernas estaba ennegrecida desde la ingle hasta casi la rodilla, de lo que supuso que lo que había en la cama era otra víctima de la peste. En el pecho el camisón se abría, dejando ver decenas de bubas. La pestilencia había progresado tanto que desde el cuello le bajaba un brillante mar negruzco, sobre el que flotaban los bubones como tortugas sobre un alquitrán maligno. Los brazos caían a los lados del cuerpo, inermes, cerúleos. La cara, y solo entonces pudo atisbar que se trataba de una niña, envejecida por la enfermedad, tenía unos ojos sin ningún brillo. El pelo, apenas unos mechones, que intuyó que debió ser negro alguna vez, ahora no era más que ceniza. La boca no tenía ningún diente, y justo cuando el Veinticuatro la miraba se abrió para emitir una suerte de quejido sin alma, como de una puerta vieja que se abre y que, se le antojó, no tenía nada de humano.

Nunca había visto a nadie resistirse así a morir. Cualquiera apestado de los que habían sido echados a una de las fosas comunes tenía mejor aspecto que esta niña. ¿Cuántos días llevaba en ese estado? Y si no hubiera sido por aquel maullido herrumbroso, habría dicho que estaba muerta desde hace días.

Elvira Bucarelli se inclinó sobre ella, poniéndole en la frente unos paños húmedos. Se volvió hacia un lado de la habitación que no podía ver.

—Alcánzame las Formas, Luis —y acto seguido apareció el último de los Vizcarreto con un copón. Don Fernando fue consciente de que había visto morir a los dos hermanos, y de que él había sido, de una forma más o menos directa, el causante de sus muertes. ¿Sabrían de su existencia en la familia? ¿Serían conocedores de que los perseguía de forma incansable desde hacía un mes? Y Luis Vizcarreto apareció con un copón sencillo lleno de Hostias. Supuso que tras la desaparición del hermano que salía a robarlas en Santa Ana, y que murió sepultado en el corral de Triana, el mismo Luis debió de encargarse de la tarea de conseguir las Sagradas Formas. Vestido apenas con una camisa y unas calzas tenía un aspecto algo menos demacrado que la madre, pero estaba delgado y su gesto era triste, alicaído. Don Fernando no pudo menos que sentir durante un instante algo parecido a la compasión. Lejos de un villano peligroso, de un sicario a sueldo de alguna organización hereje y dañina, se hallaba ante una madre y un hermano que cuidaban de los que supuso era una hermana más muerta que viva, y que habían perdido en el lance a otros dos hermanos. Una familia desfigurada por la muerte. Un apellido olvidado en la Ciudad. Otro más.

Elvira tomó con sus dedos las Sagradas Formas y comenzó a introducir las con sumo cuidado en la boca desdentada de la niña. Cada poco le daba de beber exprimiendo un paño empapado en agua sobre sus labios, que era casi la única parte del cuerpo que la niña podía mover. La mirada, exánime, perdida en el frente, ya no estaba allí. Don Fernando recordaba los días recientes en los que él se sintió maniatado por la fiebre del mismo modo, y pugnando por pronunciar algún grito de piedad o auxilio.

El Veinticuatro, haciendo el menor ruido posible y oculto por las colgaduras, se mantuvo

pegado a las paredes mientras iba desplazándose para ver el lado de la habitación que le quedaba oculto. Y fue entonces cuando lo vio.

Ahora comprendía dónde fijaba la vista la niña moribunda. El Cristo de San Agustín estaba allí, colgado en esa estancia, en la pared frente a los pies de la cama, mirando cómo aquella niña no terminaba de morir nunca. Don Fernando tenía su imagen fresca, no por ser reliquia de sin par veneración, sino por cómo lo había visto aquella noche en el corral de Triana. La cabeza caída sobre el hombro derecho, la cabellera desplegada hasta casi el costado, las potencias orladas en su cabeza, el faldellín anudado también al lado derecho. Recordó aquella noche en que lo vio con tanta claridad. Nadie nunca podrá negarle que el Cristo estaba allí echado a su lado, mirándole desde la infinita paz de sus ojos. Fue tal el sobrecogimiento que pensó en arrodillarse para agradecerle su curación.

Después de tantos días de recorrer la Ciudad en su busca allí estaba. Se acordó de la primera vez que oyó hablar de los embozados a Cirilo de Utrera, cuando le relató el robo en presencia del Deán Quesada. Le vino a la mente la muerte del Alcalde del Crimen don Carlos Cegarra, de sus hijastros los dos Vizcarreto, de Indalecio y los hombres del Duque de Medinasidonia cuando prepararon la encerrona en los baños, de la misma Catalina de Jesús, y casi de la suya propia en el corral de Triana. Demasiadas muertes alrededor de un Cristo para una Ciudad ahíta de tumbas. Pero ahí estaba, cuando había perdido toda esperanza, por fin lo había hallado.

Debía buscar enseguida al Asistente de la Ciudad y rodear con varios hombres la casa. El Veinticuatro comenzó a moverse por detrás de los cortinajes buscando la escalera. Quería hacer el camino a la inversa para poder salir a la calle e ir a por los alguaciles o los miembros de la Santa Hermandad o a quien fuera posible encontrar a esas horas de la madrugada.

Iba pensando en el camino más corto hasta la casa del Asistente mientras a tientas recorría, entre la pared y las colgaduras, la distancia que le separaba de la escalera. También podía recurrir a la guardia que estaba en la Puerta de la Carne o en la de Carmona.

En un momento supo que tendría que caminar al descubierto para pasar de una cortina a otra. Había mirado a la habitación, donde Elvira y su hijo aún cuidaban de la moribunda: cambiaban paños, ropa de cama y el camisón que llevaba la hija, y que pudo ver manchado de sangre de la cantidad de bubas abiertas que tenía. Cuando iba a pasar hasta la siguiente colgadura el hijo salió de la estancia.

Con todo el sigilo del que fue capaz volvió a su escondite, con la suerte de que el Vizcarreto, más pendiente de no caer las ropas y una jarra que llevaba, no percibió su fallido intento de alcanzar el último tapiz antes de la escalera.

Oculto tras la gruesa tela carmesí don Fernando pudo oír al hijo trasteando primero en la cocina, y luego salir en dirección a las caballerizas. No podía decir cuánto tiempo estuvo ahí agazapado mientras el Vizcarreto iba y venía. Por unos instantes supo que lo tenía al alcance de la mano, y estuvo tentado de echarse encima y sorprenderlo.

Aunque pudo verlo apenas unos instantes le pareció que éste era el menor de los hermanos. Del primero apenas recordaba nada: los hombres del Duque le dejaron la cara y el resto del cuerpo irreconocibles. Del que murió sepultado en el corral diría que sobrepasaba la treintena, aunque por aquellos días era difícil ver en la cara de las gentes nada más allá que hambre y desesperación. Las cabezas calvas, los miembros delgados y macilentos, las bocas sin



dientes, los ojos sin vida, los delirios del hambre.

Volvió a oír una conversación entre Elvira y su hijo, pero aguardó aun unos instantes antes de asomarse. Ella estaba inclinada sobre la cama, vistiendo a la niña quizás. Y él estaba en la puerta, de espaldas al patio. Don Fernando decidió que ese era el momento.

Sin quitar la vista de la habitación se desplazó hasta el siguiente cortinaje, y siguió por detrás de las telas hasta alcanzar el extremo que daba a la escalera. Se asomó y vio que ambos seguían de espaldas al patio. Sin perder la referencia de la habitación dio dos pasos buscando el primer peldaño y entonces lo escuchó.

En alguna de las idas y venidas del Vizcarreto debió haber dejado un jarrón al borde de la escalera, que ahora, a los pies del Veinticuatro, se rompía con estrépito. Levantó la mirada de los trozos de barro hasta la puerta de la habitación, donde cuatro ojos lo miraban aterrorizados. Y el silencio de la noche solo lo atravesaba el terrible maullido de la niña moribunda.

–¿¡Quién sois y qué hacéis en esta casa!?! –gritó el hijo, que había salido del aposento y se acercaba dibujando un movimiento circular sobre el patio.

–Mi nombre es Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad, diputado por el Cabildo de Justicia y Regimiento para la búsqueda del Santo Cristo de San Agustín y la puesta a disposición de la Audiencia de los sacrílegos ladrones. Entregadme la imagen y nadie sufrirá daño alguno.

Don Fernando lo había dicho con convicción, superando, aún sin saber cómo, el instante de pánico que sintió al romper la jarra. Bajo el mandato de autoridad, sin embargo, el corazón galopaba y las manos le temblaban, teniendo, como tenía, poca esperanza en que le obedecieran.

–¿De verdad creéis que vamos a daros esto sin más? –dijo señalando a la habitación, los ojos desplegando una ira sin rastro alguno de razón.

–Devolvedla. Harán un gran bien a la Ciudad. Hay mucha gente que lo espera para poder sobrellevar tanta muerte, para poder rogar por sus vivos y enterrar a sus muertos –dijo mirando a la habitación, buscando que el Vizcarreto se compadeciera de los muchos que sufrían lo mismo que su familia.

–No habéis entendido nada, y esta enfermedad, esta pestilencia que asola la Ciudad, es un castigo que habéis de sufrir. Vuestras Misas absurdas, vuestras oraciones repetidas sin alma, vuestras reliquias de unos santos que nunca existieron, vuestras imágenes en los altares, todas esas procesiones ridículas, nada de eso llega a Dios Nuestro Señor. –El joven Vizcarreto hablaba por momentos con cierta pesadumbre, como si no hubiera querido llegar hasta allí.

"Preferís pasar de puntillas ante la divinidad que ver Su Rostro. No habéis entendido nada. Creáis que la Inquisición podía acabar con nosotros, pensabais que con el destierro de mi padre o la cárcel de otros muchos terminaría todo. Pero no. Porque yo lo he visto, Caballero Veinticuatro. Me costó ayunos, oraciones dichas con el alma que nadie oye, horas, días de meditación, de dejarme ir, de abandonarme de este mundo terrenal al que nos quieren atar con el oro, la madera tallada y los ricos bordados. Pues solo con la contemplación y la Comunión se puede ver a Dios. Y qué más prueba queréis de ello que mi hermana, lleva semanas en las que solo se alimenta de la Sagradas Formas y de agua, y por ello Dios la tiene agarrada a la vida. Pero mirad a vuestro alrededor, ¿cuánta gente ha de morir para que entiendan que al Altísimo no se llega con el golpe de pecho, el miedo, la Iglesia y unos trozos de madera?"

–¿Por qué mataron a don Carlos Cegarra? –cortó don Fernando el discurso obnubilado del Vizcarreto. Cuando el Deán Quesada le contó la historia familiar no le mencionó la existencia de una hija pequeña, que, por la edad, parecía haber nacido ya durante el destierro en Osuna. Aquel cuerpo arrasado por la peste podría tener entre ocho y quince años.

–¿Don Carlos? –respondió la madre desde el quicio de la puerta–. Si cree vuesa merced que no me entristeció su muerte se equivoca. Ya os lo dije cuando vinisteis a mi casa. Era un buen hombre, bondadoso, fiel servidor y con una destacada posición, por ello desposé con él ya viuda de mi amado marido Antonio y me vine de Osuna, dejando allí a mis cuatro hijos cuando la pequeña Juana apenas contaba tres años. ¿Y qué creéis que me encontré aquí? Pues muchas de las mujeres que conmigo frecuentaron a la beata Catalina de Jesús ahora me evitaban. Y he de decir, don Fernando, que fue vuestra madre doña Isabel de las pocas que me dispensó el mismo trato que hasta un día antes del Auto de Fe de hace veinticinco años. Pero la inmensa mayoría optó por el olvido, en lo que ya sabe vuesa merced que esta Ciudad es maestra”. –La voz de doña Elvira tenía un tono extraño, como una cuerda a punto de romperse por querer pulsar tonos demasiado agudos. Hacía grandes aspavientos con las manos, como queriendo aventar la mezcla de odio y dolor que la embargaba.

"Hace unos meses volvieron mis cuatro hijos a esta la casa de su padre, para comprobar que el apellido Vizcarreto no significaba ya nada para nadie. Ninguno de los varones tomó nunca esposa, estando como estuvieron toda su vida pendiente de que a ninguno de los hermanos le faltara nada después de haberlo perdido todo, y sobre todo cuidando de la pequeña Juana desde que volví a la Ciudad –movía los brazos con fuerza, mucho más de la que cabía esperar de un cuerpo tan debilitado, un poder que parecía nacerle de la veneración que sentía por sus hijos. Al nombrarlos su voz tronaba–. Aquí don Carlos los trató bien, incluso con afecto, pero los problemas empezaron cuando Juana enfermó de peste."

"A mi Juana se le iba la vida a chorros y don Carlos insistía en las oraciones, los rezos a esas imágenes que no llevan a nada. Y, sobre todo, se encomendaba al Cristo que veis ahí. Y por él asistimos a algunas misas en el Convento. Mis hijos incluso habían visitado unos días antes a Martínez Montañés para encargarse una copia de la imagen para regalar a don Carlos, fijese si lo apreciaban. Pero el escultor se negó. Y Juana se moría."

"Desesperados, mis hijos y yo comenzamos a meditar rogando por su vida. Tras la muerte de mi querido Antonio en Osuna intenté mantener en ellos la luz de los Alumbrados, pero siempre nos faltó una guía. Rogando la salvación de Juana practicábamos el ayuno hasta que llegáramos a la Contemplación de Dios. Sabíamos que Él nos escucharía. Pero no lográbamos alcanzarlo”.

“Yo conocía que su madre, doña Isabel, era de las pocas que sostenía el Emparedamiento por seguir ayudando a Catalina. Así que usando su nombre mis hijos pudieron llegar hasta ella sin llamar la atención. Ya habíamos pasado por un destierro, y sabíamos de lo que la Ciudad es capaz. Visitaron a Catalina en el Emparedamiento, que comenzó a guiarlos por el camino de la Contemplación. La vieron renacer, como yo la vi hace tantos años. Les habló de sus poemas, oraciones nacidas de un corazón puro. ¡Gracias a Catalina pudimos alcanzar el éxtasis y mirar en los Ojos de Dios! ¡Su madre sabe bien lo que le cuento!”

“Durante los trances, aquí al pie de la cama, le rogábamos que mantuviera con vida a Juana, y Dios nos respondía que debíamos comer de Su Carne y evitar las falsas oraciones a los santos sin sentido, a los ídolos de madera."

"Don Carlos nos anunció sonriente un buen día que Juana se curaría: el Cristo de San Agustín

saldría por las calles de la Ciudad en procesión de rogativas por el final de la peste. Mis hijos, que ya habían visto la verdadera Luz del Rostro de Dios, se rebelaron y me ayudaron a afrontar la realidad: no era más que un beatón de esos que me hubieran condenado a la hoguera, de la misma carne que nos obviaba y hacía como que los Vizcarreto no existíamos. Como el propio Martínez Montañés, un cobarde renegado que espero arda en el Infierno. Aquel mismo día Catalina nos dijo que su hermano guardaba su libro de poemas en la biblioteca del Convento de San Agustín. Mis hijos me dijeron que era una señal que solo los que no han visto a Dios se obstinarían en rechazar. Ellos decidieron que robarían la imagen para demostrar que solo la perfecta Contemplación de Dios era la única forma de orar.”

“Fue esa misma adoración que don Carlos tenía por el Cristo la que nos llevó de querer regalar una copia a urdir un plan para robarlo. Yo misma dejé la puerta de la Sacristía abierta para que pudieran acceder. De algo me hubo de servir la última Misa a la que asistí con don Carlos”.

"El resto ya lo sabe o se lo imagina. Al cabo de un par de noches vino a esta casa a ver cómo se encontraba Juana, y encontró la imagen envuelta en unos lienzos en el corral. Nos tachó de locos y herejes, gritó y nos maldijo. No solo a mí, sino a la memoria de mi amado Antonio. –Qué se puede esperar de los hijos de un hereje– espetó, y salió huyendo para llamar a los alguaciles, pero mis hijos le dieron alcance. Luego decidimos poner aquí ese trozo de madera, junto mi hija enferma, moribunda, donde nadie se acercaría, para que nadie más lo encontrara”.

–¿Y queréis hacernos pasar por lo mismo que hace veinticinco años? Habrá de entender que no lo permitiremos –dijo el Vizcarreto tomando un cuchillo de un cajón al que se había ido acercando.

–Dejen que me lleve la imagen y tendrán mi palabra de que no revelaré nada más. La Ciudad necesita verlo mañana por sus calles. ¡Qué daño puede hacerle a su hija! –El Veinticuatro buscaba algún resquicio que le permitiera recuperar al Cristo.

–¡Esa imagen ofende a Dios! –gritó Elvira Bucarelli–. Cuando lo hemos contemplado en nuestros trances Él nos ha hablado: ¡debemos evitar esta idolatría para que Juana sobreviva! ¡No hay más cuerpo de Cristo que el que se toma en la Comunión! Y ella será la prueba de que la oración perfecta que lleva al temblor, al desmayo, al éxtasis, es la única plegaria que te conduce a la vista de Dios. –En los ojos de Elvira solo brillaba el odio–. Y dígame vuesa merced, ¿dónde están mis hijos? ¡¿Dónde?!

–Doña Elvira, ponga fin a esta locura. Nadie más debe salir herido.

–¡Dígame dónde! –la madre gritaba fuera de sí mientras le amenazaba con un viejo candelabro cuyas velas iluminaban su rostro cercado por la edad, el destierro, el hambre y los hijos perdidos.

–Uno de ellos falleció a causa de las heridas tras el enfrentamiento en los baños. Y otro mientras era perseguido en Triana –el Veinticuatro habló con voz queda, sabiendo que, aunque Elvira pudiera intuir que sus vástagos no volverían, ninguna madre quiere oír la noticia de la muerte de sus hijos. Su gesto, ya de por sí desgastado, se quebró con un gran grito.

En ese instante el Vizcarreto se lanzó con furia sobre don Fernando, que apenas pudo esquivar la arremetida lanzándole una silla. Se rehízo el tiempo justo para poder sacar la daga. Reparó en lo débil que se encontraba. Hacía unas horas aún dormía convaleciente en el corral de Triana, donde había pasado una semana tirado en el suelo, abatido por la pestilencia. Por suerte, el menor de los Vizcarreto no parecía tener mejor aspecto. Los continuos ayunos y alimentarse a

base de Sagradas Formas durante Dios sabía cuántos días lo habían llevado a un estado no mucho mejor que el de don Fernando.

—Créanme cuando os digo que esto no es necesario. Dejen que me lleve al Cristo y tendrán mi palabra de que no les ocurrirá nada. No puede morir nadie más por todo esto.

—Ya veo que vuestra madre no os ha enseñado nada —continuó Elvira iracunda—. Ella nunca renunció de corazón. Catalina nos dijo que ella misma debía pagar el precio, que la denunciáramos. Yo no fui capaz y acabamos desterrados. Pero vuestra madre ha mantenido la luz de nuestra unión escribiéndose con Catalina. ¡Siempre será una alumbrada! ¡Y vos así lo pagáis!

Luis Vizcarreto le lanzó una tajada que le rozó el brazo. Ambos fueron girando uno alrededor del otro, calibrándose. Don Fernando recordó que en los baños se mostraron como gente muy diestra con el acero. Se sucedieron otros ataques, y alguno dio en la carne del Veinticuatro, que comenzó a sangrar en un hombro.

Don Fernando cogió una pequeña banqueta que había junto a la puerta de la cocina, y la usó para golpear la mano del Vizcarreto que llevaba el cuchillo. Éste gritó, y el Veinticuatro aprovechó para tirarle una cuchillada que le cortó cerca del pecho, dejándole una línea de sangre que ya manchaba la camisa.

La respiración de ambos se agitaba. La lucha no duraría mucho más, intuyó el caballero, que repitió el ataque con la banqueta para forzar al Vizcarreto a soltar su arma. Lo golpeó con fuerza, pero el menor de los hermanos aguantó el envite. Doña Elvira, iracunda, le lanzó el candelabro al Veinticuatro, que esquivó con facilidad, y que fue a golpear los cortinajes que colgaban junto a la capilla. El hijo quiso aprovechar el instante de confusión para tirarle otra puñalada, pero don Fernando consiguió pararlo con la suya. Cuando pudieron darse cuenta las colgaduras ardían sin freno.

El Veinticuatro intentó desarmar a su contrincante un par de veces golpeándole con la banqueta. Pero la poca fuerza que tenía se agotaba. Por su parte, el Vizcarreto ansiaba dar golpes fatales con su cuchillo. Cada uno era más desesperado que el anterior, más torpe por ello. Pero don Fernando se hallaba más cansado, trastabillaba a cada poco, y tras alguna arremetida hubo de apoyarse en la baranda de la escalera para sostenerse. El Vizcarreto espaciaba sus golpes, pues el resuello le faltaba. Pero aun así no cejaba en su empeño, instado a gritos por su madre a terminar rápido ante el fuego que, del cortinaje, se había extendido al techo de la galería que rodeaba el patio. Las llamas ya ascendían con fuerza de la pared a la techumbre.

El calor comenzaba a ser abrasador. En uno de los ataques del Vizcarreto don Fernando no supo más que quitárselo de encima como pudo, pero el hijo de doña Elvira arremetió con todo el cuerpo y ambos rodaron por el suelo. Las manos trabadas, los dos intentando que el otro no hundiera la daga en su cuerpo. Un grito horrible les sorprendió: las llamas habían llegado trepando por el techo a la estancia donde estaba la niña y el Cristo. Primero había sido reptado por los cortinajes, que iban prendiéndose unos a otros. Y después, aquel techo de madera, seco y envejecido. La galería que circundaba el pequeño patio se había convertido con inusual rapidez en un cielo de fuego, que había avanzado como una nube hirviente hasta alcanzar la habitación.

Aquel alarido sirvió para que ambos soltaran a su presa y se separaran. El Vizcarreto fue hasta la puerta. Dentro de la cámara la visión fue tan terrible que don Fernando nunca la olvidaría en su vida.

La lluvia de ascuas que caía del techo había prendido la cama de la niña, y decenas de

lenguas de fuego surgían de la ropa de la pequeña, las sábanas y las pesadas telas que tapaban las ventanas. Elvira Bucarelli se inclinó sobre la cama para intentar protegerla, a la vez que tiraba del debilitado cuerpo de la niña. Las llamas hicieron presa del cuerpo de la madre, y, mientras tomaba en brazos a la pequeña, a ambas les ardía el pelo y la ropa para fundir en uno solo también sus gritos. El de la pequeña Juana seguía pareciéndole a don Fernando un chillido infernal.

Así salieron de la estancia, cuya puerta ya se quemaba con ferocidad, y los dos espectros ardientes dieron unos pasos en el patio para desplomarse junto a unas de las colgaduras, que se desprendían y caían al suelo envueltas en llamas. Las páginas del libro de Catalina volaban como hojas ardientes. El Veinticuatro pudo ver que ambas ya no gritaban, y a los aullidos había sucedido una extraña calma. Apenas el rumor del fuego llenaba el patio. Madre e hija, ardiendo, se miraban con una paz que a don Fernando se le antojó que no era de este mundo.

De aquella ensoñación los sacó el enorme crujido que dio el techo, y, sin que el Veinticuatro pudiera siquiera advertirlo, el más joven de los Vizcarreto intentó cubrir a su madre, ya consumido el ropaje que llevaba, y que había dejado a la vista sus desnudeces. Cuando el techo se vino abajo sobre los tres ella aún llevaba el cuerpo ardiente de su hija en brazos.

Don Fernando dio un salto atrás, intentando esquivar la cantidad de ascuas que saltaron. Cuando volvió a mirar comprendió que nada podría hacer por la vida de lo que quedaba de la familia Vizcarreto, sepultados entre las llamas. Se volvió hacia la estancia donde estaba el Cristo.

Al acercarse a la puerta el fuego era muy intenso, tanto que debía retirarse para no sentir que la piel le ardía. Dentro, la cama era una inmensa bola de fuego donde era difícil discernir las llamas que subían de las que caían del techo. Y entonces miró al Cristo.

Pequeñas columnas humeantes ascendían de los brazos y la cruz allí donde algún ascua había prendido. El Veinticuatro intentó entrar, pero solo consiguió quemarse los brazos cuando se tapaba la cara. Algunas llamas comenzaron a brotar de la efigie del Santo Cristo de San Agustín, y enseguida pudo ver cómo un brazo le ardía con facilidad, y de ahí se extendía la furia hirviente hasta la cruz.

Don Fernando quiso entrar de nuevo, pero fue consciente de que tendría que descolgar la imagen y arrastrarla por un patio infernal. Pero no podía dejarlo ahí sin más. Recordó la noche en el corral de Triana, y cómo aquel Cristo le había hablado mientras él se moría. El Veinticuatro notó que las lágrimas le caían por la cara para secarse al instante.

Antes de buscar la escalera de piedra por la que había entrado, y que era el único lugar que no estaba envuelto en una lengua de fuego, miró al Cristo por última vez. Un ascua le había caído en el pelo, y las llamas bajaron por la cabellera hasta el costado. El rostro del Protector de la Ciudad envuelto en una tea fue lo último que pudo ver.

## CAPÍTULO XXIV

Manuel hubo de llamarlo con insistencia. El agotamiento, la falta de alimentos, la convalecencia de la peste y la angustia por lo vivido en las últimas horas lo habían sepultado en un sueño tan pesado que el propio intendente de la casa temió que hubiera caído en uno de esos delirios que algunos contaban que se sufrían en las Indias por la picadura de alguna alimaña. A don Fernando le costó un buen rato entender que debía salir de su mullido colchón en la calle Santiago.

Por el contrario, ni Manuel ni Lina habían pegado ojo desde que lo vieron aparecer ante el dintel de la puerta de su casa. El Veinticuatro llevaba desaparecido más de una semana. Al tercer día de su ausencia hubieron de preguntar en los hospitales de la Ciudad, pero en ninguno le dieron razón sobre el Caballero. Y aun no siendo menos cierto que muchos al saberse enfermos caían enloquecidos y vagaban sin rumbo por la Ciudad, o quedaban a morirse en sus casas, o se marchaban a errar por los campos para que la muerte les cogiera lejos de sus seres queridos, los dos albergaban esperanzas de que el señor de la casa regresara.

En la puerta, cuando acudieron a la llamada de la campanilla, hallaron a un hombre envejecido, que había perdido las pocas carnes que poseía, ojeroso, con una barba descuidada, calvas que dejaban asomar el cráneo en no pocos sitios, y la cara, los brazos y toda la ropa manchados de hollín. Lina rompió a llorar cuando reconoció a su señor. Y Manuel alcanzó a tomarlo en brazos cuando se desplomaba.

Se apresuraron a preparar un baño que, por el estado en que se encontraba, fue lo que juzgaron más urgente. Manuel hubo de pedir ayuda a Lina, que, azorada, intentaba no reparar en las vergüenzas del Veinticuatro. Ya con una camisa de dormir lo sentaron en un butacón y tomó algo de pan con tocino antes de quedarse dormido aún con la boca llena. Cuando Manuel lo metió en la cama ni don Fernando había dicho una sola palabra ni Lina había dejado de llorar.

Anduvieron haciendo conjeturas el resto de la noche, sentados en una estancia contigua a la de su señor, pero ninguna historia medianamente lógica les daba la respuesta a la ausencia del Veinticuatro y el estado en el que había aparecido ante la puerta. La alegría los desbordaba, ya que habían comenzado a albergar grandes temores cuando, hará un par de días, el coche del Asistente de la Ciudad se paró ante su puerta y el propio Conde de la Puebla preguntó por don Fernando. Pareció sorprendido de que no se hallara en casa y dejó dicho que fuera avisado en cuanto volviese. Y así Manuel, ya pasado el mediodía y recuperados de la sorpresa, mandó recado a las Casas Consistoriales con una breve nota. De ahí que no le extrañase que, tras volver a sonar la campanilla, ya avanzada la tarde, hallaran un coche que debía recoger sin demora a don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro de la Ciudad.

Le llevó un rato comer lo que le había preparado Lina, dispuesta a que las flaquezas por las que su señor había pasado se olvidaran con la mayor rapidez. Manuel procedió a afeitarlo, y solo obtuvo respuestas esquivas a las preguntas sobre las calvas que lucía en la cabeza. Pues, si bien el intendente conocía el origen tras verle, con gran disgusto, las cicatrices de las bubas en el cuello, quiso indagar usando alguna chanza, mas solo silencio o alguna vaga contestación que pretendía sortear el interrogatorio fue lo que don Fernando le dio por respuesta.

El cochero lo recibió impaciente. –Hay gente por las calles hoy–. Fue lo único que acertó a decir,

huraño. Por la calle de la Alhóndiga decidió volverse ante el riesgo de atropellar a alguien, pero para salvar la incomodidad de las estrecheces de la calle tomó hasta la Plaza de San Leandro.

Don Fernando sintió al coche trotar un rato más, con constantes paradas. Oía los murmullos de la calle y el Veinticuatro temió que se estuviera gestando una revuelta.

–¿A dónde vamos? –preguntó al cochero.

–Tengo orden del Asistente de llevarlo hasta las Casas Consistoriales

Esta respuesta llevó el temor al corazón de don Fernando. No había podido recuperar al Santo Cristo de San Agustín, y la suspensión de la procesión había dado pie a la algarada. Había pocos alguaciles por la gran mortandad, y sería difícil encontrar a tiempos suficientes hombres de la guarnición más cercana.

Por temor a que el menor incidente con el coche desatara una trifulca, con Dios sabe qué consecuencias, pidió al cochero que se detuviera en la calle Boteros. La gente caminaba despacio, las caras cansadas, y veía en sus rostros demacrados la agonía de la peste, de haber enterrado a hijos y padres, de no tener qué comer, y hasta de las inundaciones de hacía dos meses, olvidadas como si hubieran tenido lugar en el principio de los tiempos.

Quiso tirar hacia la Alfalfa, pero la multitud venía hacia él. Durante unos instantes se asustó pues pensaba que lo habían reconocido. Pero pasaban a su lado sin prestarle atención. Una mujer, vestida con unos harapos, y sin apenas dientes que relucieran en sus encías, llevaba a un anciano del brazo. Iban caminando con minúsculos pasitos, y el Veinticuatro pudo oír lo que decía:

–Ya debe ir por la Plaza del Pan. Dicen que hay mucha gente congregada desde hace horas.

El Veinticuatro se temió lo peor. Quizás habían apresado al Asistente de la Ciudad, o a cualquier otro gentilhomme, y la turba lo paseaba camino de cualquiera sabe qué ignominia. Con celeridad tomó por las Siete Revueltas, esquivando a la gente como pudo. Al llegar a la Plaza se encontró con riadas de gente que venía por Alcuceros y Lineros. Se acomodó como pudo entre el gentío. Reinaba un silencio irreal, fruto de una tensión contenida, que mantenía las caras vigilantes, los susurros al oído y muchas miradas perdidas.

Un murmullo se inició en la Alcaicería para propagarse por la Plaza del Pan. Al poco vio aparecer una cruz al fondo de la calle. Era de madera, con un sudario colgando, portada por un sacristán ojeroso. Le seguían filas de religiosos, organizados por órdenes. De algunas venían multitud, pero de otras apenas había dos o tres representantes. Todos parecían meditabundos, las caras con las facciones afiladas, e impactaba verlos caminar como convictos camino del cadalso.

–De la Casa Grande de San Francisco han venido muchos, pero es donde más se ha cebado la peste. Hasta cien, entre frailes y sirvientes, han fallecido. Y en los Terceros, Trinitarios, o de San Antonio de Padua hubieron de enterrar a más de treinta cada uno.

Don Fernando puso el oído a las conversaciones que le rodeaban para conocer algo más de aquella fúnebre comitiva. Llevaba una semana desaparecido, pero fue consciente de que algo se había gestado estos días. Reconoció entre el cortejo algunos de los estandartes de las cofradías de la Ciudad.

–Faltan muchas de las hermandades, pues en algunas no les ha sido posible encontrar hermanos suficientes para participar. La de Montesión ha tenido gran pérdida. Los patronos de

barcos han sufrido el azote pestífero con gran virulencia, y en los alrededores de su collación la devastación ha sido grande.

Aquella extraña procesión continuaba su camino buscando la calle Francos, donde parecía que se acumulaba una mayor multitud, sin duda buscando la sombra en la que refugiarse del inclemente calor de la tarde, que aún se dejaba sentir a pesar de que el sol ya caía tendido. No veía el boato acostumbrado con el que en la Ciudad se organizan las procesiones, y hasta los Autos de Fe, sino más bien parecía una lánguida monotonía de dolientes, de gentes cansadas, hambrientas, desmoralizadas.

A poca distancia unos jóvenes colocaron un escabel, a buen seguro listo para sentar a algún anciano. Un par de niños, sucios y andrajosos, correteaban incansables, rascándose la cabeza con fuerza a causa de una tiña. En las casas podía ver que se asomaban gentes a las ventanas, muchos eran enfermos o convalecientes, que habían abierto los portillos y miraban absortos la comitiva.

Habían pasado los colegiales con sus hachas. Pasaron luego las cruces con manguilla y caballeros de las principales órdenes, pero en todas las caras se veía la misma contrición. Hubo de ver algunos penitentes con instrumentos de mortificación, pero en nada se diferenciaba el sufrimiento de sus almas con las del resto de la procesión. Le pareció oír un cántico cuando advirtió que se aproximaban unos ciriales llevados en alto. Y fue entonces cuando lo vio.

Por la calle Alcaicería bajaba el paso con el Santo Cristo de San Agustín, Asilo y Protector de la Ciudad.

Don Fernando sintió que se le paraba el pulso. No podía ser cierto. La noche pasada vio, entre lágrimas, cómo ardía su sudario, cómo se desdibujaba la policromía al intenso calor de las llamas. Vio su pelo prenderse con velocidad hasta orlar su rostro de fuego. Lo vio. Salió de la casa cuando ya el incendio devoraba el número tres de la calle Escuderos y las gentes se organizaban con cubos de agua para intentar sofocar un auténtico infierno. Él estuvo allí. Fue anoche. ¡Nadie podía negárselo!

La sorpresa lo había paralizado hasta el extremo de que no se percató de que toda la plaza estaba arrodillada al paso de la imagen. El silencio sólo se rasgaba ante la voz de los cantores, que, si bien no eran en el acostumbrado número por los rigores de la peste, sí conservaban la dulzura necesaria para componer una melodía que se batía en el aire con los vencejos con los últimos rayos de sol por testigos.

Hincó la rodilla en tierra, y, aún conmocionado, levantaba la cabeza cada pocos instantes para verlo pasar. Justo delante del paso pudo ver, con gesto grave pero orgulloso, a los cofrades que conociera en el Castillo de San Jorge Las andas en que lo llevaban eran ricas como corresponde a la dignidad de tan piadosa imagen. Cuatro faroles guardaban sus esquinas. Y la cruz reposaba sobre un monte tallado, rodeado de candelabros, hendiéndose en él junto a las cabezas de unos angelotes entristecidos ante el tormento último de Nuestro Señor.

Alrededor del Veinticuatro las caras de las gentes habían recobrado la luz, pues era para muchos el único signo de esperanza que habían visto en meses. Las ventanas se llenaban de vecinos, algunos incluso con las bubas al aire y las caras con el semblante de muerte. Pero quién podía temerle al momento postrero si el Protector de la Ciudad pasaba por delante de tu casa. Los niños se arrodillaban con más simulación impostada que verdadero recogimiento, y los capones iban y venían de uno a otro sin decoro. El Veinticuatro sonrió, por primera vez en muchas



semanas, y solo torció el gesto al ver vacío el escabel que habían traído para el anciano.

Don Fernando se palpó el pecho: las llagas secas de las bubas ahí seguían. El pelo ralo por las calvas producidas por la pestilencia. El cuerpo aún magullado de una semana donde la muerte llegó a acunarlo. La quemadura en la mano con la que intentó abrirse camino anoche. Pero lo vio arder. Y tuvo a bien entonces don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro, desbordado por la congoja causada por la falta de entendimiento y el gozo por ver lo que creía perdido, ponerse a llorar preso de un desconuelo que enterneció a los que le rodeaban.

Se marchó el Santo Cristo por la calle de los Francos, seguido por un palio que sostenían, como era costumbre en hermandad tan principal, varios de los Veinticuatro del Cabildo de Justicia y Regimiento de la Ciudad. Pudo ver cómo, a medida que se alejaba, las ventanas seguían abriéndose para que los moribundos pudieran llevarse aunque fuera una última mirada. El silencio, oración contenida, seguía esparciéndose por la Ciudad como una balsa de aceite. Y seguía don Fernando hincado de rodillas cuando los cantos se perdieron en la tarde. Una mano amiga le tomó del hombro y le ofreció un pañuelo.

Azorado, hizo lo que pudo por recomponerse: se secó las lágrimas, tosió y se incorporó. La cara le era conocida. Un caballero fornido, con barba gris, el gesto vivo y que mostraba una clara ascendencia sobre el resto de un grupo de jóvenes. ¿Dónde lo había visto antes? Las manos manchadas de aceites y pinturas le trajeron la respuesta de entre la bruma de las últimas semanas. Era Pedro, el Oficial Mayor del taller de Juan Martínez Montañés; lo recordaba dando órdenes a los aprendices y dirigiendo los trabajos aun cuando el anciano maestro conservaba el vigor y la determinación que lo hicieran famoso también en los juzgados.

Varias inclinaciones de cabeza le hicieron a don Fernando saberse reconocido en el grupo de hombres del que se había adelantado el tallista para darle el pañuelo.

–No veo al Maestro Juan Martínez. ¿Cómo se encuentra?

–Falleció hace unos días –dijo con cierta pesadumbre–. La peste se lo llevó, como a tantos otros.

–Mis más sinceras condolencias –don Fernando se preguntaba si, mientras él agonizaba en el corral de Triana, también estaba el insigne escultor caminando el tránsito al otro mundo–. La peste no hace distinguos, y a fe mía y de toda la Ciudad que no hay hombre en todo el orbe que pueda estar viendo más cercana la cara de Dios ahora mismo. Él, que tantas veces la esculpió para deleite del mundo cristiano, ahora la tiene ante sí.

–Sabias palabras de alguien que apreciaba al Maestro, y tiene por ello nuestra gratitud. Ha de saber vuesa merced que hasta el último de sus días quiso cumplir en la vida como artista, pero asimismo como buen católico. –Don Fernando recordó cómo Martínez Montañés se había visto envuelto en la historia de los Alumbrados como otros miembros de la cofradía de la Granada.

–Y no hará justicia quien tal le niegue, pues las últimas veces que lo visité, a pesar de la edad, vi en sus ojos el brillo de quien aún mantiene la voluntad, la osadía quizás, de saber que está haciendo lo que sabe y debe cuando tiene la gubia en la mano.

–Así era, don Fernando, en las últimas semanas tomó una febril actividad, que sin duda a su edad lo debilitó lo suficiente para que la epidemia hiciera presa en él. Cuando enfermó, aun sabiéndose en el trance en que estaba, nos exigía a todos dedicarnos a terminar lo que teníamos entre manos. Y ya conoce vuesa merced el genio que gastaba el genio, como decíamos en el taller.

Quería marcharse con un último servicio a mayor gloria de Dios.

–¿Y podría preguntar...? –inició la cuestión el Veinticuatro, sabedor de que los artistas son celosos de guardar sus secretos, los proyectos de obras inacabadas. El tallista volvió los ojos hacia la figura del Santo Cristo, que se perdía en la embocadura de la calle Chapineros. Esbozó una media sonrisa para mirar a sus acompañantes. Y fue entonces cuando don Fernando recayó en que ellos eran los que habían estado guardando el escabel para que se sentara alguien que nunca había llegado a ver el Cristo esa tarde. Con la sonrisa en los labios respondió al Veinticuatro:

–Ya sabe vuesa merced que al maestro le gustaba ver sus obras en la calle.

# EPÍLOGO

Así escuché y así he referido a vuestas mercedes, sin añadir adorno alguno ni exagerar un ápice, una historia que relata hechos extraordinarios de un tiempo en que una Ciudad soberana del mundo quedó poco menos que como guardiana de sí misma y sus recuerdos, celosa y anclada en un tiempo que ya no volvería.

Mi abuelo, don Álvaro Henríquez y Santolalla, aquella madrugada lluviosa de un Viernes Santo, ahuyentado el sopor de la bebida por las horas de relato, guardó silencio cuando don Fernando terminó su historia. Era la única que vez que había arriesgado su vida y desenfundado su daga por la Ciudad. La oscuridad los había acogido en la taberna del Tuerto, cerrada a cal y canto. Hasta las sombras titilantes de la lámpara de aceite, ya apagada, se disolvieron en aquella madrugada fría y húmeda. La lluvia hacía rato que se había parado, y afuera en la calle no se oía un alma con las primeras luces de la mañana.

—Hora de irse —dijo el Veinticuatro mirando la botella vacía. Tuve que hacerme el dormido para que no supieran que había estado escuchando toda la noche. Debí excederme con mis dotes interpretativas, pues mi abuelo sonrió pícaro ante mis fingidos bostezos. Dejaron al Tuerto lo suyo y salieron a la noche. Don Fernando y mi abuelo se despidieron con un abrazo confidente. Aquellos hechos que oí nunca salieron a la luz, y el propio don Fernando nunca volvió a hablar de los Alumbrados, ni siquiera con su madre, que falleció al poco dejando en él la sombra de la duda de si se había ido de este mundo como católica de bien o como hereje impenitente.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a ver al Veinticuatro. Ya en el lecho de muerte, y habiendo oído de boca de mi abuelo que afrontaba sus últimos días, le pedí acompañarlo en la visita diaria que hacía a su antiguo amigo. Rodeado de sus hijos y con Lina, la esclava mulata, llorando muy lastimera, don Fernando yacía en la cama familiar. Por la camisa pude verle asomar las cicatrices de las bubas, ya casi ocultas por las manchas de la vejez. Sonrió cuando me vio mirar un grabado que colgaba de la pared: una cruz se hundía en un monte tras la cabeza alada de un ángel. A ambos lados, unas velas acompañadas de exvotos, y por detrás el sol rutilante. Reconocí el rostro sereno y el cabello hasta el sangrante costado.

Me contó, con la voz apagada de quien sabe que ya no tiene mucho que decir en este mundo, que lo había encontrado el mismo año de la peste, entre las calles Rascaviejas y de las Beatas, en la collación de Santa Marina. Tras la procesión del Santo Cristo disminuyó tanto el contagio que, a finales del mes de julio, se izó la bandera de salud en los hospitales, donde ya apenas quedaban algunos convalecientes. Cien mil almas se llevó la mayor epidemia que viera la historia de la Ciudad, dejándola tan asolada que por las calles crecía la hierba mucho después del último enterramiento. Ya nada sería igual.

Por uno de esos callejones andaba don Fernando en el mes de setiembre a la caída de la tarde. Venía de vuelta de la parroquia San Julián, pues como capitular había acompañado a la Virgen de la Hiniesta en su regreso desde la Catedral, donde se le había dedicado una Octava en agradecimiento por el fin de la epidemia. El sol se agostaba en una tarde cálida, de un verano que le costaba marcharse. Los últimos rayos doraban aquel escenario vacío, y los pasos del Veinticuatro eran casi el único sonido que podía oírse. Hacía rato que no se cruzaba con nadie.

Tras una puerta abierta en una humilde casa de tapial oyó un ruido. Entró y pudo ver un decorado que ya había visto en otras ocasiones. Un hogar abandonado, cubierto de polvo, hojas, y donde el tiempo parecía haberse detenido. Las gentes enfermaban y, o bien morían en sus camas, o bien marchaban a morir en los hospitales. Muchas veces en la casa no quedaba nadie, y familias enteras perecían en las morberías sin más esperanza que la que daban los sacramentos que recibían. Nadie volvía a aquellos hogares.

Por una pequeña escalera trepó al piso superior, que no era más que una azotea. El sol se marchaba allende el río, y la silueta de la torre de la Iglesia Mayor de Santa María de la Sede, la Catedral de la Ciudad, se recortaba contra el cielo. Era el punto más alto, *Tvrris Fortissima* a donde convergían todas las miradas en busca de la Fe que se perdió para siempre, la Fe en sí misma. Memoria de una gloria perdida, de galeones en el arenal, de príncipes de las artes y las letras paseando por sus calles, de palacios y reyes que la sabían una mano en las Indias y otra en Europa, de teatros y de catedrales. Pero nadie andaba ya por sus calles.

La casa de al lado se había derrumbado, y con ella se había llevado el tabique que las separaba. Muchas en la Ciudad se habían caído, fruto de inundaciones, incendios, y por falta de gentes que las habitaran y repararan. Por todos lados había casas y corrales enteros que se habían venido abajo desde que el río se desbordara en primavera. En otras ocasiones no era un derrumbamiento lo que impedía pasar a los escasos transeúntes, sino montones de enseres de los difuntos. Tan grande había sido la mortandad que no quedó vía en la Ciudad que no tuviera una pila de ropa que impedía pasar, si no por el espacio, sí por el gran espanto que daba a los vivos. Los que quedaron.

Así era que, desde la azotea, volvió a oír aquel ruido junto al muro que había caído en la casa anexa. Bajó y, con la vista, pudo seguir a una rata que, cruzando la calle de lado a lado por entre las hierbas que crecían, pasó por encima de un montón de cascotes, madera y ropa. Allí, como coronando un olimpo de la inmundicia y el olvido, levantó la cabeza contemplando sus dominios, para terminar escabulléndose por el muro derruido. Entre la basura se podía ver un grabado que alguien habría tirado. Don Fernando Núñez de Medina, Caballero Veinticuatro, tomó aquella imagen entre sus manos y siguió su camino, dejándose arañar por las dulces espinas del aire de la Ciudad.

FIN

© 2018, Jesús Delgado

ISBN ebook: 978-84-09-04639-3

Dibujo de la portada: Miguel Ángel Morrondo

Diseño de la portada: Ana Delgado Jarana

Facebook: @caballeroveinticuatro

Twitter: @Caballero24\_

# BIBLIOGRAFÍA

Sin ser un libro de historia, esta novela de ficción bebe, indefectiblemente, del trabajo de muchos y muy buenos historiadores que han diseccionado con precisión la vida de la Ciudad a lo largo de los siglos. Sin “estar todos los que son”, sí quiero dejar constancia y agradecimiento acerca de los principales textos que, en algún momento, me han ayudado a recrear escenas, lugares y personajes de la Sevilla del siglo XVII.

Anónimo. Copiosa relación de lo sucedido en el tiempo que duró la Epidemia en la Grande y Augustísima Ciudad de Sevilla, Año de 1649. Biblioteca Digital Hispánica, 1649.

CARMONA, J. I. Crónica urbana del malvivir (s, XIV-XVII). Insalubridad, desamparo y hambre en Sevilla. Universidad de Sevilla. 2000.

CARMONA, J. I. La peste en Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla. Área de Cultura. 2004.

CASTILLO MARTOS, M. y RODRÍGUEZ MATEOS, J. Sevilla barroca y el siglo XVII. Ed. Universidad de Sevilla. 2017.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. Autos de la Inquisición de Sevilla (siglo XVII). Ed. Biblioteca de temas sevillanos. 1981.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. La Sevilla del siglo XVII. Ed. Universidad de Sevilla. 1984.

GONZÁLEZ POLVILLO, A. La Congregación de la Granada, el Inmaculismo Sevillano y los retratos realizados por Francisco Pacheco de tres de sus principales protagonistas: Miguel Cid, Bernardo de Toro y Mateo Vázquez de Leca. Revista Atrio, 15-16. 2009-2010.

MENÉNDEZ y PELAYO, M. Historia de los heterodoxos españoles. Biblioteca Digital Hispánica, 1880.

MORALES PADRÓN, F. La ciudad del quinientos. Universidad de Sevilla. 1989.

NÚÑEZ ROLDAN, F. La vida cotidiana en la Sevilla del Siglo de Oro. Sílex Ediciones, 2004.

ORTIZ DE ZÚÑIGA, D. Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de

Sevilla, metrópoli de la Andalucía. Biblioteca Digital Hispánica. 1677.

POZO RUIZ, A. La homosexualidad o sodomía en la Sevilla del XVI.  
[https://personal.us.es/alporu/histsevilla/homosexualidad\\_sodomia.html](https://personal.us.es/alporu/histsevilla/homosexualidad_sodomia.html)

# ÍNDICE

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)



CAPÍTULO XXIV

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE